

Mientras me **quieras**

Charo Gabarró



bubok
EDITORIAL

CHARO GABARRÓ

MIENTRAS ME QUIERAS

Mientras me quieras

Charo Gabarró



© Charo Gabarró
© Mientras me quieras

ISBN epub: 978-84-685-2489-4

Impreso en España
Editado por Bubok Publishing S.L.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A vosotros, a los que soñáis, a los que viajáis,
a los que amáis, a los que no os importa
acariciar un papel con vuestra alma
para dar forma a una historia.*

ÍNDICE

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Marcel](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Elise](#)

[Marcel](#)

[Epílogo](#)

Elise

El avión cogió velocidad para despegar del aeropuerto de Barajas, ahora Adolfo Suárez, rumbo a París. Era el momento del vuelo que más me gustaba, al contrario de muchas personas que era justo el que menos. Iba sentada al lado de la ventanilla como una niña pequeña ante una juguetería. Me encantaba. A mi lado, mi flamante y estupendo marido llevaba los ojos fuertemente apretados, como si de esa manera no se enterase de nada, sus manos agarrando el reposabrazos como si se fuera a caer, pobre, qué mal lo pasaba. Cogí su mano y la apreté con suavidad. Abrió los ojos y me miró con cariño, los volvió a cerrar. Se había tomado dos comprimidos para el mareo que, seguro, le harían dormir por lo menos una hora o algo más. Así podía yo dar rienda suelta a los recuerdos de aquel último año.

Éramos compañeros de trabajo en una gran empresa dedicada a la fabricación de automóviles, él era jefe de un departamento comercial y yo secretaria del departamento financiero. Entré con dieciséis años y él con veinte, habían pasado cinco años desde entonces. Nos llevábamos muy bien, Robert tenía novia desde antes de conocerle y yo había tonteado con algún compañero y había salido un par de meses con un amigo de la pandilla del barrio, sin más complicaciones. Un día me contó, nos lo contábamos todo, o casi todo, que había roto con su novia de siempre. Llevaban un tiempo en un tira y afloja y la intención de meterse en la compra de un piso, parece que había sido el detonante de la ruptura, fue bastante traumático para las familias que daban por hecha la boda.

Después de aquello su actitud cambió, me confesó que llevaba tiempo pensando en mí y ese fue el motivo del distanciamiento de la pareja. La verdad es que yo nunca lo había visto así. Era un chico muy mono que gustaba a las chicas, bien parecido, moreno, ojos oscuros y grandes, un cuerpo que, sin ser de gimnasio, estaba muy bien, la verdad, y además hacíamos muy buena pareja, pero se me hacía raro estar con él de otra manera. Al final insistió tanto en que saliéramos que accedí y un día saltó la chispa. Habíamos salido

varias veces y en esta ocasión me llevó a cenar a un restaurante en la autovía de La Coruña; tenía una orquesta que, aparte de amenizar la cena, tocaba músicaailable, todo en un jardín muy cuidado y con la iluminación adecuada. No era muy juvenil, pero sí muy romántico y sucedió. Yo no sabía mucho de sexo, él bastante más y, cuando encontró el momento oportuno, me besó. Para mí fue un poco heavy: primero fue muy suave, y cuando vio que no me retiraba insistió y, cuando me rozó la boca con la lengua, sentí que las manos me ardían, me subía calor por las muñecas y me mareé, de verdad, me agarré a las solapas de su chaqueta y el pobre se asustó. Nos sentamos y luego, cuando nos dimos cuenta de por qué era, no parábamos de reír. Dios, qué simple me vi, pero la verdad es que a partir de aquella noche no nos separamos.

En las familias la noticia de nuestro noviazgo cayó de distinta manera. En la mía muy bien, aunque se les iba una ayuda económica que les hacía falta. Mi padre, un buenazo, había sufrido un ictus hacía tres años y no se había recuperado, tenía una pensión decente porque no podía volver a trabajar, pero teníamos un hermano pequeño, Gaby, que todavía estaba estudiando. Mi hermana mayor, Paula, se había ido a vivir con Juanjo, su novio, para ser menos carga en casa y yo ayudaba como podía, ahora intentaría ver de qué manera podía echar una mano. No había llevado a casa nunca novio. Robert tenía un físico agradable, inteligente, con un buen trabajo, serio y, de repente, quería casarse enseguida, llevaba tiempo deseando estar conmigo y, ahora que me tenía, no quería esperar; yo, la verdad, no tenía tanta prisa y él era el tipo de chico que cae bien en las casas.

La familia de él no reaccionó tan bien; al fin y al cabo la otra chica había estado mucho tiempo entrando y saliendo de aquella casa y, la madre sobre todo, tenía esperanza de que se arreglaran las cosas y volvieran a estar juntos, así que cuando me llevó para presentarme le caí fatal. El padre fue más elegante, yo creo que esperó a conocerme un poco más para sacar conclusiones. Su hermana, Lourdes, fue amable; y su marido, Tony, un auténtico encanto, se mostró cercano y con mucho don de gentes, luego me enteré de que era profesor y dueño de una academia de baile, un entretenimiento que influyó mucho en mi vida tanto en un futuro cercano como lejano. Me cayó fenomenal.

Bueno, y aquí estamos, catorce meses después habíamos comprado un piso en la zona de Pirámides, un quinto piso con ascensor, portero y opción a plaza de garaje, pero no pudimos hacernos con ella, no nos quedó dinero. A mí me

prestó mi parte para la entrada mi tía, que me adoraba, y yo prometí devolverlo, así que teníamos el futuro apretadito, pero teníamos trabajo los dos y mucha ilusión en los bolsillos. Volábamos hacia París, donde pararíamos cuatro días para iniciar nuestro viaje de luna de miel, después iríamos a Roma, queríamos conocer la Toscana y algunos otros sitios de los que oímos hablar y la vuelta, según se nos fuera acabando el dinero, ya veríamos.

Robert estuvo dormitando todo el vuelo, ¡vaya comienzo de viaje! Pero en fin, por lo menos no lo pasó mal. En el aeropuerto una persona que envió el hotel nos esperaba junto a tres parejas más para ofrecernos algunas excursiones programadas. Solo cogimos la de Versalles. Por la mañana en autobús a Versalles, vuelta a París a comer y visita a los sitios más importantes sin bajar del autobús. El resto lo conoceríamos andando, total eran muy pocos días y los transportes funcionaban bastante bien y eran baratos, eso nos habían dicho.

Llegamos al hotel, bastante corriente, pero limpio, colgamos algo de ropa para que se estirara, preparamos las mochilas, deportivas y a la calle. El hotel estaba situado en una zona rodeada de sitios para comer. Había un Burger, un marroquí, un restaurante donde servían comida española, un par de bistrós, un italiano, así que decidimos comer a mediodía de bocatas, y, por la noche, cuando no pudiéramos más volver al hotel, darnos una duchita y cenar en alguno de aquellos sitios.

Había españoles por todas partes, en el Louvre, la Torre Eiffel, comiendo en los parques o pequeños jardines; en fin, habíamos adquirido la buena costumbre de viajar. El segundo día, el de Versalles, conocimos a un grupo de jóvenes, tres chicos y dos chicas que hacían la misma excursión que nosotros y aunque a Robert no le gustaba hacer nuevas amistades: «Total», decía, «no las vas a volver a ver», yo, que soy más charlatana, enseguida me puse a hablar con las chicas, iban a París todos los años una semana. Se pasaban ahorrando todo el año para hacer ese viaje, les encantaba, conocían París al dedillo. Me hablaron de montones de sitios que habían descubierto y pertenecían a la parte desconocida, pero por eso no menos interesante de la ciudad. Hablaron de llevarnos a comer o a cenar un día a Chez Mama Marie, estaba en Montmartre, y su especialidad era el estofado y las croquetas, ah, también buenos quesos franceses, por unos precios muy baratos, tenía un restaurante pequeño en una explanada y se podía comer dentro o fuera, depende del tiempo. Parece que era un sitio muy agradable, ellos cuando estaban allí iban dos o tres veces a

comer, se olvidaban de los bocatas y comían comida casera muy rica a buen precio. También nos hablaron de Le Grotte, parecido a lo que nosotros tenemos como un bar de copas con música, estructurado como una gruta, decorada con mucho gusto por los nuevos dueños, habían cambiado hacía un par de años y donde, según Carlos, el que parecía el líder del grupo, servían los mejores cubatas, combinados o pelotazos que habían tomado debido a la buenísima calidad de los licores y también a buen precio. Parece que los dueños lo querían más como relax para ellos cuando salían de sus otros trabajos que como negocio, lo que hacía que siempre estuviera lleno. Al final, la conversación le pareció interesante a mi maridito y se unió al grupo y todavía no habían empezado con el fútbol.

El día siguiente queríamos aprovechar para ir a Montmartre a visitar Le Sacré Coeur y quedamos con Carlos y su grupo para comer en el pequeño restaurante que conocían, una delicia, comimos fuera, era verano y al estar en una zona alta corría una brisa muy agradable. Queríamos ir a la Torre Eiffel y subir en los *bateaux* que recorrían el río, y los chicos querían quedar por la noche para enseñarnos Le Grotte. Queríamos madrugar al día siguiente para terminar de ver lo que nos diera tiempo y nos costó decidírnos, pero al final era el último día que les íbamos a ver, accedimos.

No nos había dado tiempo a ir al hotel a ducharnos porque ya nos pillaba un poco lejos, así que con la ropa que llevábamos por la mañana así nos presentamos: vaqueros, deportivas, yo llevaba una blusa blanca de batista bordada, parecía más joven y me había recogido el pelo en una pequeña coleta. Robert iba casi igual, pero sin coleta, claro, y nuestras útiles mochilas. Habíamos quedado en una calle del barrio latino que tenía una parada de metro para que nos fuera más cómodo encontrarlo. Yo estaba muy cansada, los días antes de la boda son terribles, me habían tenido que arreglar el vestido porque había perdido peso y ahora estaba agotada. Cuando llegábamos al hotel por la noche nos duchábamos, algún cariñito rápido y dormir, esperaba que el resto del viaje fuera más relajado, si no, tendríamos que celebrar otra luna de miel al volver a Madrid. Los chicos ya nos estaban esperando, hicimos un gesto con las manos indicando que no habíamos pasado por el hotel.

—No pasa nada —dijo Carlos—, nosotros venimos más a menudo y no tenemos ya tanta prisa.

—¿Nos dejarán pasar con estas pintas? —preguntó Robert.

—Sí, no creo que pase nada, no es un sitio en el que tengas que entrar con

chaqueta, es para tomar una copa relajado y oír algo de música. No suele ir gente con deportivas, pero no creo que nos digan nada.

Llegamos al bar, tenía una bonita puerta doble de hierro forjado con un cristal de color, se veía que delante bajaban un cierre metálico, aunque a simple vista estaba muy bien disimulado. Al entrar a la derecha había un ropero con una señorita muy agradable que te recogía las cosas. Tuvimos que dejar las mochilas, no nos permitieron entrar con ellas. A la izquierda había una puerta y, al frente, una escalera, también con la barandilla y estructura de hierro forjado que bajaba haciendo un semicircular, terminaba cerca de una barra en la que se movían con soltura tres camareros. Entramos haciendo un poco de ruido, como siempre, y riéndonos. Casi al llegar abajo, al girar la escalera, vi al final de la barra una puerta abierta que daba a un pasillo y dos hombres jóvenes que se quedaron mirando al oír el bullicio. Eran altos, uno más que otro, mediría 1,90 o algo más, aproximadamente, delgado pero de complexión atlética; no pude ver mucho más, porque íbamos muchos y no se podía uno parar, solo su mirada, era fría y al mismo tiempo te envolvía, me miró con fijeza, haciendo un movimiento extraño con el cuerpo, mirando a su alrededor, sentí un estremecimiento; me pareció un tipo peligroso, un mafioso o algo así, aunque era el hombre más atractivo que había visto en mi vida, podían ponerle en una revista de modelos y estaría perfecto, pero tenía aspecto felino. El otro hombre tenía un aire parecido, pero su mirada era distinta. Nos miró los pies a Robert y a mí y se dirigió a nosotros:

—Perdón, señores, pero no pueden pasar con ese calzado —dijo en francés.

—Disculpa —Carlos salió al rescate hablando un francés que parecía nativo, dándole todo tipo de explicaciones.

El hombre se acercó al otro, le dijo algo y él nos miró y asintió con la cabeza. Nos dejaron pasar, advirtiéndonos que la próxima vez fuésemos calzados de otra manera.

Buscamos con la vista sitio en el local, éramos siete personas y ya había bastante gente, había dos mesas al fondo, con un pequeño sofá verde musgo con rayitas gris plata, todos eran iguales, y unos pufs completaban la zona para sentarse, algunos cuadros un tanto picassianos salpicaban las paredes y unos apliques daban a la sala ese ambiente íntimo que tenían estos sitios: ni mucha luz, ni demasiado poca. Detrás de nosotros, subiendo un par de peldaños, estaban los servicios, separados por algo parecido a un pequeño vestíbulo, el sitio parecía pequeño, pero una vez dentro y mirando con detenimiento cabía

un buen puñado de gente. Los camareros servían ellos mismos sus comandas, es decir, venían a las mesas, tomaban nota, volvían a la barra y ellos ponían las bebidas y las servían, no había que esperar mucho. Comida nada, pero ponían varios platitos en un solo recipiente redondo, separados como pequeños departamentos de frutos secos, patatas fritas y variantes con otro apartado en el centro para huesos y cáscaras, ¡milagro!, ni un hueso ni un papel en el suelo.

Carlos se estaba disculpando con Robert, porque no dejaba de mirarme, nos habíamos dado cuenta los dos, mi marido estaba molesto y por eso era tan reticente en lo de quedar con ellos, el chico explicó que había tenido una novia de la que estaba muy enamorado y hacía unos meses habían roto por culpa de los celos de Carlos; siempre estaba encima de ella, dónde vas, de dónde vienes, y por lo visto la última vez se había pasado verbalmente, llegando al insulto y la chica cansada le dejó. La cuestión era que me parecía horrores físicamente a ella y por eso no me quitaba la vista de encima de una manera descarada.

—Vale, Carlos, disculpas aceptadas, pero córtate un poco porque no me hace gracia que un tío esté constantemente mirando a mi mujer. Me pone de los nervios.

—Dame tiempo, Robert, no te enfades, es que el parecido es asombroso.

Los amigos asintieron todos a la vez. Dando por cierto lo que decía el otro.

Nos estuvieron explicando el funcionamiento del bar y tenían una costumbre muy curiosa. Por lo visto, ponían música de vez en cuando, la clientela oscilaba entre dieciocho y cuarenta años, bailaban o no, como en cualquier sitio. Ponían sobre todo música lenta, Mireille Mathieu, Aznavour, Edith Piaf, Kevin Klein, cantando en francés, algo de música italiana y casi al final ponían un tango que bailaba el dueño del local, el más alto. Se había impuesto la costumbre desde que un día le pidieron bailar, él se negó, parece que no era muy simpático y una chica ofreció dinero por bailar con él. Se lo pensó y desde entonces hacen una pequeña subasta, un mínimo de treinta euros y un máximo de cien. La que gana se lleva el premio gordo y baila con el guaperas. El dinero que se recoge va destinado a un albergue de indigentes de la zona y se reparte entre aquellas pobres personas para sus pequeños gastos.

—¿Y baila bien? —Mi curiosidad estaba justificada, porque yo llevaba un año yendo a la academia de Tony, el cuñado de Robert a dar clases de baile. No me gustaba hacer ejercicio y el baile, me dijo Tony, era estupendo para

tornear la figura, mantener los pechos duros y levantaditos porque se usan mucho los músculos del pecho, también trabajaba los brazos, las piernas, en fin, que me apunté a su academia, iba tres veces por semana y me sentía superbien, y en esos días antes de la boda estábamos practicando el tango.

—Baila un tango muy arrabalero y muy pasional —dijo Carlos—. Yo creo que las chicas pujan solo por bailar con él. Cuando sale el tío a la pista, sube la temperatura del local.

—¡Caray! —dije yo. Robert me miró con cara de mala leche.

—¡Hijo, no te enfades! Estas son cosas que también hay que ver cuando sale uno de viaje, lo que ves en las postales y lo que no ve nadie.

—¿No pensarás bailar con ese tipo?

—No, porque no le conozco de nada y no me atrevo, pero me quedo con las ganas seguro. Sabes que estaba muy ansiosa por aprenderlo. Me parece un baile muy excitante y, como dice Carlos, muy pasional, hay que poner los cinco sentidos y uno más para bailarlo y sentirlo. Eso dice Tony.

—Pues lo mismo cuando volvamos a Madrid dejas de ir a la academia —dijo cabreado.

—¿A qué viene eso?

—A que a lo mejor no quiero que vuelvas. Y déjalo ya.

Me miró retándome y no contesté, no sé a qué venía esa salida de tono, pero Robert era así. O no sabías dónde ponerte de tanto besuqueo o se le cruzaban los cables y estaba tres días sin hablar por no se sabe qué.

No habían venido a preguntar qué queríamos y Carlos hizo un gesto con el brazo para que viniera alguien, sabía que teníamos prisa y quiso de alguna manera cambiar el rumbo de la conversación. Vi que venía hacia nosotros el dueño, el alto, más tarde me enteraría de que eran socios los dos que iban vestidos distinto, bueno, solo las corbatas eran distintas. Según cruzaba el local, me volvió a mirar fijamente y hacer ese movimiento de la entrada, metiendo rápidamente la mano en el bolsillo del pantalón y mirándome sorprendido. Nos preguntó por lo que queríamos, Carlos se encargó de toda la traducción y volvió con las consumiciones. Al terminar de servirnos, levantó la cabeza para mirarme e hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó Robert.

—Si hay gente, ellos también sirven las mesas, no hacen ascos a nada, son dos currantes con mucha pasta.

—¿Qué pasa, le conoces? —me preguntó más cabreado que antes.

—Eres idiota —le dije al oído, y me levanté para ir al servicio.

Pues vaya mierda de noche que se presentaba. El señorito iba a estar borde. Seguro que prefería estar durmiendo. Y digo durmiendo, literalmente. Dos horas más tarde, Robert dijo que nos íbamos.

—Espera, hombre, ya no tardarán en hacer la subasta, son casi las doce.

—Ya, por eso, mañana queremos madrugar para aprovechar la mañana, el avión a Roma sale de París a las ocho y media de la tarde, llegaremos al hotel a las tantas, y llevamos unos días de mucho tute.

—Quince minutos, y si no, os vais; venga, mientras nos damos los teléfonos para cuando volváis a Madrid, llamarnos.

Empezaron con el intercambio de teléfonos, yo les di el mío a las chicas, que eran majísimas, luego me llevé otra bronca por dárselo. Según Robert no necesitaban tener el mío, ya tenían el suyo. En ese momento cambiaron las luces y aparecieron unos focos que yo no había visto, los haces de luz se intercambiaban en unos suaves tonos malvas que daban a la pista un ambiente cálido y sensual, hasta el camarero que estaba anunciando la subasta parecía más atractivo. Empezaron ofreciendo treinta euros, la cosa no estaba muy animada, era un día laborable y la gente más joven no tenía la paga hasta el fin de semana.

—40 euros —dijo Carlos. Le miramos asombrados.

—¿Qué haces, tío? —preguntó Robert.

—Darle un capricho a tu mujer, joder, no le va a pasar nada porque baile un tango. Estáis en viaje de novios, dale el capricho.

—No te metas, tío, no es cosa tuya. Además, seguro que ella no quiere, para bailar un tango hay que estar muy compenetrados, si no sale una mierda de baile.

—Pues tiene cara de quedarse con las ganas —dijo Félix, otro de los chicos.

Yo permanecía callada, tampoco me iba la vida en ello, así que no pasaba nada. Alguien dijo «45 euros» y Carlos respondió «50 euros».

—Venga, hombre, que mira lo que me ha pasado a mí por celoso.

—Mira, que haga lo que quiera, ella verá...

Uff, qué respuesta más chungueta, pensé, me dice que baile y a la vez me lo prohíbe, mal, mal. Vimos acercarse a la mesa al alto y a un camarero preguntando en francés lo que pasaba, hablaron entre ellos mientras en el local se oía la voz de otra chica: «60 euros». El que iba a bailar, levantó la mano haciendo un gesto de parar la subasta y le dijo unas últimas palabras a Carlos,

mientras dirigía la mirada a Robert.

—Dice que no pasa nada, que baila todas las noches y nunca ha tenido una reclamación de ningún padre, marido, hermano o lo que sea, que lo ha hecho con algún que otro gay, que lo importante es recoger dinero para esa pobre gente, pero que si no te sientes seguro, no hay problema, había otras damas que lo harían gustosas.

—Esa especie de desafío entre líneas exacerbó a Robert que me dijo:

—De acuerdo, baila si quieres.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Sin reproches?

—Sin reproches.

—¿Te llamas? —le preguntó Carlos.

—Marcel, Marcel Girard.

Se dieron la mano y el tal Marcel hizo un gesto hacia donde estaba el socio, Marc, el otro le entendió rápido, porque apareció con unos zapatos de baile de mi número que fue a ponerme cuando Robert se lo impidió de un empujón. La mirada que le dirigió Marcel enfriaba el hielo, pero no dijo nada. Robert me los puso, me ayudó a levantarme del sofá y se sentó. Las chicas, en un rápido gesto, se levantaron, me desabrocharon la parte de debajo de la blusa y me hicieron una lazada a la altura del estómago dejando al aire un palmo de piel entre el pecho y la cintura. No quise mirar a Robert. Marcel me llevó cogida de la mano hasta el centro de la pista.

—No tengas miedo y déjate llevar, pliégate a mí —dijo en un medianamente entendible español. Tenía una voz fuerte muy masculina que pretendía saliera con suavidad.

—No le va a gustar que me abrases mucho —le contesté medio con señas.

—Tú solo piensa en la música, la letra y baila.

Así lo hice, fue maravilloso, me dejé llevar y por alguna razón no hubo errores, parecía que habíamos bailado siempre juntos. Era como bailar con Tony. No se oía un suspiro, todo el mundo estaba pendiente del baile. Hubo un momento al finalizar en que al echarme la cabeza hacia atrás y quedar él casi encima pensé que su boca iba a tocar la mía, pasó rozando, hasta el punto de que cuando me incorporó, Robert se había puesto de pie. Terminado el baile. Me dijo:

—Ha sido asombroso, jamás he bailado con ninguna mujer como contigo, ha

sido un entendimiento total. Muchas gracias, ha sido un verdadero placer. —Y me besó la mano.

Me llevó hasta la mesa y, al ir a quitarme los zapatos, se acordó de lo que había hecho Robert la vez anterior y no lo intentó, simplemente hizo el gesto de «toda tuya», y con una inclinación de cabeza se retiró. Algunos del grupo resoplaron, las chicas me miraban con envidia y yo no podía decir nada. Por lo visto había sido el tango más apasionado que ellos le habían visto bailar.

Desapareció por el pasillo frente a la escalera y no le volví a ver hasta tres meses después. Nos despedimos de nuestros nuevos amigos, prometiendo llamarnos cuando volviéramos. Al día siguiente, después de aprovechar la mañana como pudimos, subimos al avión rumbo a Roma sin hablarnos.

Marcel

Entré en el garaje con mi nuevo juguete, un flamante Aston Martin Vanquish, realmente no sabía cuándo iba a comprobar lo que daba de sí. Tenía algunos contactos que podían dejarme probarlo en alguno de los circuitos de carreras de París. Ya veremos, además de un Range Rover Supercharged, tenía una moto de gran cilindrada, una MV Augusta con la que me muevo por la ciudad, sobre todo por la noche para ir y venir a Le Grotte, hay muy mal aparcamiento. Me gusta conducir, pero por motivos de seguridad, para ir al trabajo utilizo casi siempre un Mercedes Benz S500 con cristales oscuros que conduce René, mi escolta personal.

Soy el presidente más joven que, seguramente, ha tenido la compañía Girard, tengo veintisiete años, tres carreras universitarias, varios máster, hablo cinco idiomas a la perfección, me defendía en otros dos y empezaba a manejar otro, estaba ahora probando con el chino, es un país que se abre al mercado como un melón maduro, había que aprovecharlo y me encanta mi trabajo. La empresa la fundó mi bisabuelo con un pequeño negocio de compraventa de trastos que se estropeaban, él los arreglaba en un pequeño taller y los vendía, casi todo lo que cobraba eran ganancias. Mi abuelo engrandeció el negocio muchísimo, él empezó a trabajar con lo que dejó el bisabuelo y algún que otro negocio, yo diría de dudosa legalidad, realmente nunca se supo con seguridad; continuando a un nivel más alto: edificios, casas de huéspedes que convertía en pequeños hoteles, tenía amigos con los que se asociaba en Italia, sur de Francia, Reino Unido, Alemania, pero manteniendo la central en París. El negocio se fue extendiendo hasta convertirse en una multinacional que tenía filiales por distintas partes del mundo. Mi padre se lo encontró casi hecho y se refugió en el trabajo para ocultar la frustración de su matrimonio; le obligaron a casarse con mi madre por meros intereses económicos y él agachó la cabeza y lo hizo, así que pasaba más tiempo en el trabajo y de viaje que en casa. Tuvo un amago de infarto hace unos años y el abuelo volvió a coger las riendas, poniendo la compañía a la cabeza de las mejores. Llevo diez años trabajando en la

compañía Girard, a mi padre no le hacía gracia que trabajara tan joven, yo soy como mi abuelo, me encanta este trabajo. Con dieciséis años y estudiando me empeñé en empezar a trabajar allí. Quería aprender y además me gustaba disponer de mi propio dinero. Mi padre se negaba, quería que terminara primero mis estudios, pero le prometí que los sacaría y lo cumplí. El abuelo me hizo empezar por abajo, repartiendo el correo por los distintos departamentos y así fui subiendo hasta conocer las tripas de la empresa al dedillo. Hace unos cuatro años nos habíamos trasladado a uno de los grandes edificios de la parte financiera de la ciudad, ocupando una planta entera con muchos metros cuadrados, cuando mi padre sufrió el infarto; yo tenía veinticuatro años y mi abuelo me cogió bajo su mando, me hizo viajar con él por todo el mundo para conocer todas las oficinas y presentarme como el sucesor. Ahora ya era el presidente de la compañía, mi padre se había ido incorporando poco a poco y el abuelo iba al despacho, porque le encantaba, pero quería dedicar sus últimos años a mi abuela. La quería muchísimo, pero no se había portado bien cuando eran más jóvenes. Viajaba mucho y, la verdad, había tenido alguna que otra amante. Ninguna duradera, pero la abuela se enteró y casi la pierde, consiguió recuperarla, pero nunca fue ya nada igual. La verdad es que en el tema familiar yo no he tenido mucha suerte. Las mujeres más cercanas a mí me han traicionado y para las mujeres que merecían la pena los hombres han sido unos cabrones. Así que mejor no pensar en ello.

Estoy soltero, y sin intención de casarme ni ahora ni nunca, no quiero una familia, ni hijos ni responsabilidades familiares. A mí las mujeres ya me han demostrado más de lo que necesito y ahora las que tengo son para eso, para divertirme, follar y pasármelo bien, con ellas y como ellas... Soy un hombre apasionado, sensual y me gusta el juego de la seducción, mi amigo Marc dice que soy un depredador, cuando veo una presa que me gusta voy a por ella hasta que la consigo. No me gustan las tías que para meterse contigo en la cama te meten las tetas en la boca a la primera de cambio. Me gusta el juego sexual, la conquista. Las que me conocen, lo saben. Tengo aventuras de una noche, de un día, de una semana o alguna que repito cuando cambio de país, hasta ahí de duraderas son mis relaciones. Llego con ellas hasta donde me dejan Nunca fuerzo ninguna situación, ni me aprovecho de nadie; si quieren más, más, y si no, soy todo un caballero. Cuando terminamos, cada uno por su lado: eso sí, siempre tienen un regalito en consonancia con la dama, soy generoso. Nunca

duermo con ninguna toda la noche, soy muy, muy cuidadoso con el tema del uso del condón, no me gustaría que un día apareciera alguna con una reclamación de paternidad ni de coña y nunca llevo a ninguna a mi lujoso apartamento de la calle Montagne, ese es mi refugio y no entra ninguna mujer a no ser de la familia Tengo uno más pequeño, pero muy coqueto que me sirve cuando quiero utilizarlo un día de juegos especiales. Después Alfred, mi ayudante personal en casa, se encarga de dejarlo preparado para la próxima vez. Este apartamento está alejado de la zona donde vivo y solo lo conocemos René, Alfred y yo, bueno, y Marc, es el único al que se lo dejaría.

También utilizo los hoteles y cuando quiero una sesión de intercambios me voy a Munich. En Munich vive otro de mis mejores amigos, compañero de juegos sexuales, nos conocimos en un viaje de trabajo allí, en un local que me recomendaron para este tipo de fiestas. Yo iba solo y él estaba con un par de bellezones. Günther, así se llama mi amigo, me invitó a entrar con ellos, lo hice, eso sí, sin confusión, follamos con las chicas, ellas también lo hacen entre ellas, nosotros solo con mujeres y, desde entonces, cuando quiero este tipo de actividad, le llamo, prepara algo y me voy dos o tres días a su casa, él es también empresario, así aprovecho un viaje de trabajo para estar el fin de semana, dándole al cuerpo lo que quiere y vengo nuevo. Günther siempre prepara salidas de dos o tres parejas a la vez.

En París también tengo amigas, pero lo llevo discretamente, mi válvula de escape es Le Grotte, es un bar de copas que abrimos hace cuatro años mi amigo Marc y yo, él tiene una *société de gestion*, en ella lleva la contabilidad de mis tres restaurantes, aparte de otras actividades que le dan para vivir con soltura, pero un día que iba a ver a uno de sus clientes vio este local cerrado y abandonado, había tenido mucho renombre hacía un montón de años, cuentan que en época de los Beatles, cuando venían a París, habían estado allí, vete a saber. El caso es que le gustó el sitio, está por el barrio latino, es una zona de muchos restaurantes, por lo cual tomar una copa después es casi inevitable. Me lo comentó, le dimos forma a la idea y pensamos que sería bueno para dejar el estrés del otro trabajo, y lo llevamos a cabo. Lo mismo movemos cajas de botellas, que colocamos la vitrina, que servimos copas. Tenemos un público casi fijo, excepto algunos turistas que pasan por la puerta o lo conocen por otros que han estado allí en algún viaje. Abrimos todas las tardes y noches, de lunes a sábado. Así que yo que llego a casa a las siete y media, me doy una ducha, me cambio de ropa en Le Grotte, vamos vestidos todos igual,

pantalón y camisa negra, mientras Alfred me prepara un bocado, la verdad es que el pobre cocina poco, así que, algo de pasta, un sándwich o algo que haya dejado preparado Nina, la chica que trabaja también allí, cojo mi moto y llegó allí aproximadamente a las ocho y media, según esté el tráfico. Vuelvo a casa a la una y media o a las dos y a las siete me levanto para ir al despacho, no duermo muy bien. Pero estoy contento. Tengo una vida que me gusta. Gano mucho dinero al año y he conseguido pingües beneficios desde que estoy al mando. Tengo una cuenta corriente muy, muy saneada y con muchos ceros. Me gusta ver por allí a mi padre y a mi abuelo. Los quiero mucho a los dos, pero por mi abuelo siento algo especial, es un tipo duro con un temple único para los negocios con una mente clara, no se le escapa nada. Me gusta pensar que me parezco a él.

También adoro a mi abuela, algún día me enteraré de qué pasó entre ellos, tuvo que ser grave, pero no hablan de ello. Siento también adoración por mi hermana Christine y por mi primo Louis, que siempre está en casa de mis padres, vive más allí que en la suya. Tengo un hermano mayor que se fue de casa para estudiar en Oxford, un par de años después ocurrió un altercado entre nosotros aquí en París y él volvió al Reino Unido un año o dos después; pidió la parte de la herencia que le correspondía a través de un bufete de abogados y desapareció sin decir nada, a mí me dijeron que vivía en algún lugar de Indonesia, pero no me lo creo, en cierta manera me siento culpable. Yo tenía entonces quince años cuando empezó todo y una madre que no me quería, o eso pensaba yo. Me crie entre niñeras y colegios en Suiza hasta que a los quince años me planté y dije que no volvía, ojalá no hubiera tomado esa decisión. Supongo que me moriré sin saber lo que es una caricia de mi madre, Josephine de la Fontaine.

Metí el código en el ascensor que paraba en mi apartamento. Se suponía que nadie podía ir al ático si no sabía el código y hasta la fecha no había fallado. Salí al amplio vestíbulo que repartía las distintas estancias de la casa. De frente unas amplias puertas daban paso al enorme salón que a su vez era también comedor y que nunca se utilizaba, un despacho, una habitación de invitados con baño, una amplia cocina y esta a su vez a una zona de lavado, secado, plancha con un pequeño aseo. Desde el salón una bonita escalera de dos tramos subía al dormitorio principal, muy amplio con un gran vestidor que comunicaba con un baño para dos personas, con una gran bañera con barras para agarrarse. Aparte tenía otra zona de baño con un *jacuzzi* en forma

rectangular al que se bajaba por medio de unos escalones, también con asientos y agarradores y otra ducha. Al otro lado del pasillo se encontraba el dormitorio, había también un pequeño gimnasio. A veces venía mi entrenador personal, otras salíamos a correr. Abajo en el vestíbulo, a la izquierda, había otra puerta que daba a un pasillo y este, a su vez, a la parte de la casa dedicada al servicio. Por esa parte de la casa entraban y salían las personas que trabajaban allí.

—¡Alfred!, Alfred!

Alfred apareció respondiendo a mi llamada con la seriedad británica que le caracterizaba.

—¿Señor?

—¿Tengo la ropa preparada?

—Por supuesto, señor.

—Bien, ¿qué sorpresa me has preparado hoy para cenar?

—El señor viene hoy bromista. Ya sabe que para la cocina, no soy precisamente, como usted diría, un fenómeno.

—¿No ha venido Nina?, siempre deja algo para cenar.

—No, señor, llamó esta mañana, le ha surgido un asunto familiar, pero mañana estará aquí.

—No pasa nada, hombre, estoy acostumbrado; pero hoy estoy de muy buen humor —dije riendo— aunque echo de menos sus guisos. Y bien, qué hay por ahí, no he tenido tiempo casi ni para comer, estoy hambriento.

—Huevos, señor, pasta, le puedo preparar una *raclette* ¹, ah, también queda algo de ragú.

—No, *raclette* es para entretenerse comiendo y no tengo tiempo, huevos como muy a menudo y hoy he tomado carne, hazme un buen plato de pasta con queso, Alfred.

—¿Va a ir esta noche a Le Grotte, señor?

—Sí, voy a darme una ducha, a hacer unas llamadas y bajo a comérmela, tenla preparada.

—Sí, señor.

Cogí mi moto, era una preciosidad y rápida, muy rápida para una ciudad como París, pero me encantaba ir en ella al bar, en aquel barrio no había mucho sitio para aparcar, teníamos un pequeño local al lado del bar y allí dejábamos las dos motos Marc y yo. Mi hombre de seguridad y chófer, René,

seguiría en uno de los otros coches que teníamos para estos menesteres. Por la mañana para ir al trabajo íbamos en el Mercedes, y siempre conducía él.

Entré en el bar, Marc ya estaba allí, como siempre. Estaba la sala medio llena, tardaría en completarse. Los fines de semana eran buenos, pero hoy no lo era, sacábamos un buen pellizco, mi parte la estaba guardando para algo especial, pero todavía no sabía el qué. Todos los meses daba una parte para unos cuantos indigentes que dormían en un albergue que había por allí. Ya se me ocurriría algo. Las niñas que iban todos los días ya habían llegado, estaban en la mesa de siempre junto al pasillo. Se ponían en esa mesa para estar más cerca de nosotros, para sobarnos un poco al pasar. Que sí: «Hola qué tal, qué guapos estáis», y las manitas arriba y abajo del pantalón. Eran una criajas, pero muy atrevidas. No me hacían gracia, pero tenían la edad permitida, así que no podía prohibirles entrar. Estaba puesta la música, pero de momento nadie bailaba. En alguna ocasión especial traíamos algún grupo o algún solista para actuar en directo. Tenían éxito, pero la verdad es que daba más trabajo, y yo había noches que no iba y le dejaba a Marc todo el marrón. Qué buen amigo era, serio, honesto y fiel. No teníamos el mismo gusto en el tema de mujeres, habíamos salido de rollete alguna vez, pero él tenía otro sentido de cómo ligar, a él sí le gustaría formar una familia, seguro, pero no tenía muchos rollos, era muy cuidadoso a la hora de irse con alguna a la cama.

Llevábamos en el local unas dos horas y estaba prácticamente lleno, quedaba alguna mesa en la zona de los servicios que, por supuesto, era de las últimas que se ocupaban. Se oyó una algarabía en la escalera y entró un grupo de jóvenes de veintitantos años, luego vi que eran siete, españoles, miré distraídamente porque entraban haciendo ruido y al fijarme en el grupo mi mirada se cruzó con la de una chica que iba de las últimas; de repente, mi entrepierna tuvo un espasmo, vamos, que me estaba empalmando. Miré a mi alrededor: «Seguro que alguna de las niñas de los cojones me ha tocado donde no debía», y yo soy muy sensible con ese tema, pero no tanto, estaban a una distancia prudencial. El grupo de la entrada estaba parado porque una pareja, vamos, la chica que cruzó su mirada con la mía y uno de los chicos venían en deportivas y no está permitido; Marc me comentó que eran turistas, se iban al día siguiente y pedían por favor que les dejáramos pasar. Casi sin levantar la cabeza le dije a Marc que pasaran. No quería mirar hasta que no se me pasara el temita por si acaso.

Había pasado un buen rato cuando vi que uno de los chicos del grupo

levantaba una mano en dirección a los camareros, no les habían atendido todavía, el local se había llenado y era el momento de más trabajo, así que me acerqué con mi libreta para tomar nota de lo que querían. Estaban hablando y riendo, menos la chica que observaba con curiosidad el local, al ver que me acercaba se me quedó mirando y yo también fijé la vista y volvió a pasar, mi entrepierna se estremeció. No entendía nada. Era una chica muy joven para mi gusto, con vaqueros, una blusa blanca y una coleta, eso sí, cuando seguí acercándome me fijé en que tenía unos preciosos ojos, no acertaba a concretar el color por la luz del bar, parecían dos tonos de verde y unos reflejos dorados, eran grandes y tenía unas abundantes pestañas. Iba sin maquillar, tenía un rostro agradable, pero al lado de las mujeres con las que salía, no entendía mi excitación al verla. Seguro que necesitaba movimiento y me exaltaba por cualquier cosa, últimamente había tenido mucho trabajo y necesitaba un poco de relax. Retiré mi vista de la chica, porque además el joven que iba con ella le dio un codazo llamándole la atención. Tomé nota de lo que querían, volví con ello y lo puse en la mesa sin mirarla hasta que al retirarme no pude resistirme y la miré haciendo un gesto de afirmación con la cabeza que ni yo mismo sabía qué significaba.

Pasé la noche entre la sala y el despacho, mirando cuentas y ajustando precios con Marc. No le dije nada de lo que me había pasado, era una estupidez. Casi a las doce me avisó de que era la hora del tango. No me apetecía nada, pero, en fin, se había vuelto una costumbre. Salí y a continuación uno de los camareros anunció el empuje de la subasta. Una chica empezó con 30 euros y a continuación de la mesa del fondo 40 euros, alguien dijo «45 euros» y el chico del fondo contestó «50 euros». Llamó mi atención, porque tuve la sensación de que era para la chica y me acerqué a la mesa, alguien dijo «60 euros», pero yo con la mano lo paré: si era para la española, quería bailar con ella. Pregunté qué pasaba y me lo explicaron: parecía que el chico, que era su pareja, no quería. Les conté de buen rollo que no importaba, que había más señoritas, bla, bla, bla, yo quería que vieran que era un inocente caballero que solo quería sacar unos euros para esa pobre gente y tragaron, pero la verdad es que quería bailar con ella para ver qué demonios pasaba conmigo. Mandé traer unos zapatos de baile, con unas deportivas era imposible, y cuando se los quise poner él me empujó y casi me tira al suelo. Esa me la iba a pagar, no sabía cuándo, pero seguro. Salimos a la pista, la llevaba cogida de la mano y temblaba, me gustó cómo olía. Estaba

nerviosa.

—Va a salir fatal.

—No te preocupes, déjate llevar, pégate a mí.

—No te arrimes mucho. —Y me hizo una seña por el que yo creí su novio.

—Tú solo piensa en la música, en la letra y baila.

Al tenerla tan cerca vi que sus ojos eran todavía más bonitos, en realidad eran hermosos, tenían una calidez y una luz impresionantes. Menos mal que cuando iba al bar, solía llevar unos calzoncillos muy prietos por el tema del sobo de las niñas, si no, me hubiera tenido que retirar. Joder con la española.

Bailar con ella fue una delicia, sabía bailar, se arrimaba a mí con una sensualidad y un apasionamiento fuera de lo común, era cálida y sentía la música de una manera absoluta, o estaba aprendiendo a bailar en un nivel muy avanzado o daba ella clases. Bailamos un tango magistral, hubiera podido estar bailando con ella toda la noche, aunque no soy de bailes. Al final tuve la tentación de besarla, pero me contuve. Le dije que había sido magistral y era verdad, le besé la mano, la dejé con el café de su novio y al darme la vuelta para retirarme vi las alianzas nuevas y brillantes. ¡Vaya!, recién casada. Me dirigí al despacho, muy cabreado, sin saber por qué, y no volví la cabeza, total no la iba a volver a ver.

¹. *Raclette*. Es un queso de origen suizo proveniente del cantón del Valais. Está hecho con leche cruda de vaca y normalmente se presenta en forma de gran rueda varios quilogramos.

Elise

Llegamos a Roma a las doce y media de la noche, fuimos directos del aeropuerto al hotel que estaba en una bonita plaza bordeada de árboles, abrimos las maletas sin colocar nada y salimos a tomar algo. Volvimos tarde, hacía una noche estupenda para dar un paseo, pero al señor no le apetecía, le cogí la mano, pero, haciendo ademán de sacar algo del bolsillo del pantalón, me la soltó. Nos desnudamos en silencio y a dormir. Yo di muchas vueltas, no entendía nada, durante nuestro noviazgo no se comportaba así, era un poco celoso, pero como lo somos todos, me estaba empezando a decir hasta la ropa que me tenía que poner. Después de estar dos horas dando vueltas y oír un: «¡No puedes estarte quieta!», me levanté, me senté en un pequeño sofá recordando los últimos meses y así me quedé dormida.

Al día siguiente recorrimos los sitios típicos que vemos todos los turistas y puesto que Robert no tenía intención de arreglar nada, me propuse quitarle esa noche el enfado. Cenamos en una *trattoria* que nos habían recomendado en el hotel y volvimos andando. Estuvimos llamando a Madrid para decir que todo estaba bien. Robert se tumbó a leer un periódico español que había comprado y yo me encerré en el baño. Me acicalé, me perfumé, me puse uno de los juegos de noche que había comprado para la ocasión y no pude estrenar porque siempre íbamos con prisa, vamos, saqué toda la artillería pesada y aparecí en la habitación al ritmo de una música morisca que tenía en el móvil. Le hizo gracia, al final caímos uno en brazos del otro y así estuvimos hasta acabar agotados. Cuando terminamos, felices y cansados, en el último beso, me miró, todavía encima de mí, y me dijo:

—¡Ahora pórtate bien y no vuelvas a desobedecerme!

—¿Me lo estás diciendo de verdad?

—¡Por supuesto!

No quise discutir, y me volví hacia el otro lado. Otra noche en vela. ¿Qué estaba pasando?

Habíamos contratado un *tour* en autobús para ver la mayor cantidad de

lugares posible, si luego alguna ciudad nos gustaba más, volveríamos en otro viaje o en algún puente a conocerla mejor, así que recorrimos desde Roma hacia arriba, Florencia, Bari, algo de la Toscana, Venecia, Génova y algunos sitios más. Terminábamos el *tour* más contentos de lo que lo empezamos y nos sobraban unos días, Robert quería coger un vuelo a Madrid y volver, que era nuestra idea al organizar el viaje, pero yo quería rematarle y dar a mi chico una sorpresa. Sabía que a la primera me iba a decir que no, pero luego cambiaría de idea, así que le dije:

—Tengo una idea.

—A ver, qué idea.

—Por qué no pasamos unos días, no muchos, dos o tres, viendo la Costa Azul, ya que estamos aquí. Podemos ir a Montecarlo, bañarnos en esa playa como los millonarios y conocerla un poco, no creo que sea muy grande, y luego, desde Niza, cogemos el avión a Madrid, todavía nos sobrarían unos días para recuperarnos en casa.

—Nos ha sobrado un poco de dinero y podía servirnos para empezar allí sin tener que sacar del banco.

—Hijo, tú siempre tan romántico.

—Claro, alguien tiene que pensar, tú siempre gastando. Has comprado cosas para todos.

—Tienes razón. Menos para mí, tenía pensado que, como mi tía me ha dado dinero para que me compre un capricho, podíamos alquilar un descapotable de esos que os gustan a los chicos y podías conducirlo.

—¡Coño!, ¿y por qué no has dicho que llevabas más dinero?

—Porque era para mí y lo quiero compartir contigo, tío roña. ¿No te apetece?

—¡Claro! ¿No sé...?

—Bueno, primero vamos a ver en un establecimiento de alquiler de coches lo que tienen, cuánto cuesta y si podemos dejarlo en el aeropuerto.

Tuvimos suerte y en la tercera casa de coches conseguimos uno que le encantó, nos hicieron una rebajita por ser recién casados y emprendimos carretera. La verdad es que se recorría con facilidad, toda esa zona de costa es pequeña, pero con mucho glamour y encanto, todo carísimo, pero nos ajustamos lo que pudimos para pasar esos días. Robert estaba encantado y al verle a él relajado y feliz, yo también.

Encontramos una habitación en una casa de huéspedes que nos recomendó el

chófer del autobús, en esa fecha, julio y en la Costa Azul, no íbamos a encontrar nada y menos barato; llamó a una tía suya que tenía una casa de huéspedes a mitad de camino entre la frontera italiana y la francesa y nos consiguió la habitación. Era el último día que estábamos allí, y después de desayunar bajamos las maletas al coche, queríamos recorrer despacio Niza, todavía no me había comprado nada y quería algo especial. Dejamos el coche en un *parking* que nos costó carísimo y cogidos de la mano nos pusimos a pasear tranquilamente por aquellas calles a las que seguro no volveríamos.

Entramos en una calle comercial, llena de tiendas de calzado, bolsos y no sabía en cuál pararme, esa calle dio a otra de ropa, todo muy elegante y glamouroso, y al pasar un par de manzanas, lo vi. El vestido, teníamos la boda de una compañera en septiembre y ahí estaba el vestido que me iba a poner. Era negro, con un escote barco doble drapeado, no se podría poner con sujetador o tendría que llevar uno sin hombreras. La tela no era ni mate ni con brillo, parecía un tafetán, pero más fino, se ajustaba a la cintura y caía en una media capa que le daba a la vez un aire elegante y juvenil. Llevaba una banda de cuatro dedos de ancho en la cintura que cubría la costura que unía la falda de media capa con el cuerpo, y en la banda llevaba un precioso broche con piedras azul pavo real. No ponía el precio.

Robert no quería entrar ni a preguntar, yo sí, al final me siguió. En la tienda había una señora de mediana edad, muy elegante, no era para menos y puso cara de antipática nada más vernos. No debíamos ir vestidos para la ocasión. La pregunté lo que quería saber y cuando dijo el precio me encogí, pero caray, tenía el dinero, me había gastado en todos menos en mí, tenía hasta para los zapatos, pero nos quedábamos sin dinero. Robert seguro que llevaba algo y los billetes de avión los teníamos, así que dije que me lo probaría. La señora me miró como diciendo: «¡Qué sacrilegio!», encima no llevaba sujetador, a ver, mes de julio en la costa, pantalón corto y camiseta de tirantes. Bueno, yo quería el vestido, así que entré en el probador. Como un guante, me estaba como un guante. Me miraba en el espejo y a pesar del color medio tostado que tenía, sin maquillar, el pelo ni qué decir, hecho una pena, el vestido me estaba perfecto y salí para que me vieran. La señora hizo un gesto de «¡vaya no está mal!», a Robert le cambió la cara y vi asomar una sonrisa.

—¡Reconozco que parece que lo hubieran hecho para ti! —dijo.

Pedí unos zapatos y me trajeron los negros del escaparate con un protector para que no los manchase. Eran los típicos zapatos de salón, elegantes y que le

iban muy bien al vestido. Me paseé por el vestidor que era enorme, como para probarse trajes de novia y pregunté si había más zapatos. Me llevaron donde tenían el calzado y los bolsos para que lo viera. La encargada estaba sufriendo por el vestido. Enseguida vi lo que quería, eran unos zapatos del color del broche. Ahí estaban, le daban al conjunto un aire más juvenil y alegre. Mi amiga doña morros se puso a hacer movimientos con las manos, negando que hicieran juego, y mandó a una chica que la seguía a todas partes a la parte interior de la tienda. Unos minutos después apareció un caballero muy elegante y apuesto, que miró solo a Robert pero a mí me ignoró. Venía enfadado porque debía estar haciendo algo importante cuando le interrumpieron. Hablaron entre ellos, Robert es el único que podía pillar algo, y por fin el señor me miró. Primero a la cara, haciendo un gesto de «¡vaya pintas!» Y luego fue bajando al vestido y su expresión cambió. Dio varias vueltas a mi alrededor, me levantó un brazo, luego otro, el largo, y por fin se paró en mis tetas. Preguntó, afirmando a Robert:

—No lleva sujetador —él dijo otro nombre, Robert contesto que no—. ¿Seguro?

«Seguro», contestó mi marido, ya mosqueado y de repente, el señor viene hacia mí y me pone las manos allí, en las tetas, apretando para ver el estado en que se encontraban mis pectorales. Robert iba a tener que ir al dentista cuando llegáramos a Madrid porque el crujir de sus muelas era evidente. «¡Perfecto, *merveilleux*!» Dio más vueltas a mi alrededor, me estaba empezando a caer de lujo. Discutió con la encargada el hecho de que me quisiera llevar los zapatos de otro color que el establecido en el escaparate y, de hecho, me regaló los zapatos y la cartera de fiesta que era negra con un adorno en la solapa del color del broche. Robert no estaba muy contento por lo que habíamos pagado, pero qué leches, era un regalo de mi tía. No habíamos llegado a la esquina de la calle cuando la chica de la tienda vino corriendo a llamarnos: «Monsieur Jean Pierre», quería que volviéramos. Me hicieron una oferta.

Esa tienda pertenecía a un diseñador alemán amigo de Jean Pierre que quería lanzar al mercado una línea de ropa elegante para tallas que no fueran las pequeñas ni las tallas grandes que ya estaban en el mercado. Quería modelos de ropa de diseño, no únicamente un *prêt-à-porter*, parece que yo me ajustaba a lo que pedía: altura media y kilos, una chica normal de las que te encuentras miles en la calle. Jean Pierre tenía su *atelier* en París y recibía y trataba con

los mejores diseñadores, era muy conocido en la ciudad del Sena, pero le estaba haciendo un favor a su amigo que había tenido un accidente, y mientras se reponía estaba él a cargo de la tienda y los pedidos. Yo le había gustado: la talla, la manera de andar, la desenvoltura y porque además dijo que tenía gusto para los accesorios y la combinación de colores. La oferta era hacerme unas fotos vestida con esa ropa para publicidad, dentro y fuera de la tienda, a ver qué tirón tenía, pero debíamos estar al día siguiente para maquillarme, peinarme, vestirme y hacer las fotos. Firmaría un contrato para la utilización de imagen y cuando se viera el resultado, me llamarían para ampliar el contrato. El problema es que nos íbamos por la noche. Robert me traducía de mala gana; a él, todo lo que fuera sacarle de sota, caballo y rey, como que no. Pregunté si iba a ganar dinero. Jean Pierre me dijo que era nueva, no era conocida, pero era un primer paso, que si se daba bien había una compensación y luego, si se alargaba, era una forma de empezar a trabajar en el mundo de la moda, no era una modelo convencional, pero buscaban más chicas como yo. Comentamos que volvíamos a Madrid, que teníamos los billetes y habíamos dejado la habitación. Ellos se encargaban de solucionarlo todo. Al día siguiente, después de cuatro horas de pruebas, maquillajes y fotos, a las siete de la tarde salíamos para Madrid.

Nos incorporamos poco a poco a la vida rutinaria, con el aliciente de que éramos recién casados. Visitas a los padres, el trabajo, Alguna que otra salida.

Un día recibimos un sobre certificado que venía de París y eran copias de las fotos que me hicieron para el tema de la publicidad. ¡Madre mía, eran fabulosas! Hacen verdaderos milagros, parecía una modelo con muchas tablas. Yo quería enmarcar alguna para darla a la familia y tener alguna en casa, nunca iba a tener unas fotos iguales. Robert protestó: «No había necesidad de dar tantas fotos», pero yo lo hice. No sé qué le estaba pasando, cuando comentamos en la oficina el tema del nuevo trabajo, los compañeros le gastaban bromas, como hacen siempre.

—¡Qué suerte, tío, te va a mantener tu mujer y tú en la tumbona.

—A ver si te la quita un francés.

—A ver qué hacen con las fotos.

Total, que en vez de tomárselo a broma, cada cosa que le decían era un martirio y luego estaba de morros conmigo. Mi suegra no ayudaba mucho, a todos los demás le parecieron preciosas, hasta mi hermana mayor, que siempre me ponía pegas, dijo lo guapísima que estaba, pero su madre no, se ponía de

parte del hijo y aumentaba la tensión. Luego Tony, mi cuñado, me dijo una noche que salimos a cenar los cuatro que por lo visto a mi suegro le había tenido en un puño desde que se casaron. Que era muy dominante y celosa y al pobre hombre no le dejaba respirar y luego tampoco le hacía mucho caso, era el perro del hortelano.

Salimos un día con los chicos del grupo, pero Robert no quería verlos por las miradas de Carlos hacia mí, así que no habíamos alternado mucho, quitando la boda en septiembre, nos lo pasamos bastante bien, pero me mantuvo a raya sin dejarme bailar con los compañeros. Hasta ese momento en las bodas bailábamos todos con todos, pero a partir de la nuestra, eso se acabó. No hubo muchas más novedades. Por cierto, el vestido un exitazo.

Un día al volver del trabajo vimos en el visor del teléfono fijo que teníamos diez llamadas desde un número muy largo y completamente desconocido; yo quería llamar, pero Robert, más prudente, dijo de esperar porque si era de otro país nos iba a costar una pasta. A las diez de la noche sonó otra vez, lo cogió él. Era del *atelier* de Jean Pierre, quería vernos, venía a Madrid a solucionar unos asuntos de ventas a una tienda del barrio de Salamanca y a otra por la Castellana para comunicarles además los nuevos lanzamientos, catálogos y demás. Tenía un cheque para mí, dijo que no era mucho, pero era mío, y que si nos podíamos ver el lunes por la tarde en una de las tiendas. Por supuesto, accedimos. El fin de semana lo pasamos ansiosos por ver qué traía.

El lunes, puntuales como el sol, estábamos en la tienda. Me dio mucha alegría verle, era un tío sofisticado, elegante y a la vez muy cercano, creo que entre él y yo se había establecido una corriente de simpatía que era evidente, no así con Robert. Me tendió el cheque en un sobre cerrado que nos dio apuro abrir en aquella elegante tienda y luego salimos a una cafetería cercana, porque quería hablar conmigo. Nunca se dirigía a Robert y eso le ponía malo. Por lo visto buscaban una cara nueva para un anuncio de un perfume femenino para sacarlo en Navidades. Tendría que ir a París unos días para hacerme unas pruebas y después volver a grabar el anuncio. Pensé en los gastos y en que Robert iba a decir que no. Como si me leyera el pensamiento, Jean Pierre dijo:

—Como eres nueva y sé que los gastos de avión y hotel te van a hacer pensártelo, te diré que corren por nuestra cuenta. No es la primera vez que lo hacemos, así que dime si te interesa y quedamos en una fecha para mandarte los billetes y si vas tú sola o acompañada.

Yo le miré levantando una ceja, porque sabía que lo de ir sola era un

imposible, así que nos despedimos, aunque yo quise invitarle a cenar, pero declinó la invitación porque salía en un vuelo a primera hora.

Al llegar a casa Robert me pidió el sobre para ver el cheque

—Oye, déjame verlo a mí primero, ansioso.

Morros. Bueno, me estaba acostumbrando. Lo abrí, ¡caray!, no era mucho, pero para lo que había hecho... Venía con una hoja oficial como si fuera una nómina con los importes desglosados, una parte era por el tiempo del posado, la utilización de las fotos y una pequeña comisión porque el modelo se había vendido muy bien, aunque de cada uno no había más que dos o tres tallas e incluso alguno de fiesta era exclusivo, así que tenía un jugoso taloncito que iría a rebajar nuestra engrosada hipoteca. Le dije a Robert que no lo metiera todo, que me fuera dejando una cantidad en mi cuenta personal para ir reuniendo dinero y pagar a mi tía lo que me había prestado, al fin ella vivía de una pensión y seguro me había dado todo lo que tenía. Cuando lo contamos a los padres y hermanos se alegraron mucho y nos animaron a continuar: todos menos su madre.

Quedamos para los primeros días de octubre, si me elegían querían rodar una semana después, el tiempo se echaba encima y la navidad estaba a la vuelta de la esquina.

En este primer viaje vendría Robert; era más corto, pillaríamos el fin de semana desde el viernes al salir del trabajo y como mucho pediríamos el lunes. No nos gustaba tener que pedir días, pero no había más remedio. Jean Pierre no se conformó con unas fotos, además me hizo un book para tenerlo él y si hacía falta enseñarlo. No tenía «representante», no pensé que me hiciera falta, Robert se negaba a tal idea, así que de momento se haría cargo Jean Pierre. Me eligieron y se pensó en la semana del Pilar, aquí era fiesta, pero allí no, así que estupendo para trabajar, lo malo es que ese año no había puente y en el rodaje se tardaban más días. Se preguntó a la familia y mi hermana se había tomado esa semana para irse con su novio a la playa con unos amigos, así que se vendría mi cuñada Lourdes y luego irían ellos los días que pudieran.

Elise

La grabación del anuncio fue muy pesada porque yo fallaba mucho, no tenía experiencia y me costaba hacer ciertas escenas, más con mi marido delante; no eran escandalosas, pero el chico me abrazaba, olía mi cuello, yo perdía un chal, bueno, como el cuento de la cenicienta. Al final se grabó y la verdad, quedó muy chulo. Teníamos dos días y el Pilar para curiosear por allí y que Lourdes y Tony conocieran algo de París, así que, como teníamos el hotel pagado, Jean Pierre fue tan gentil que pagó dos habitaciones dobles y los chicos pagaron sus billetes de avión, nos quedamos. Les llevamos a los sitios más conocidos, comimos en Chez mama Marie y el miércoles por la noche después de cenar me empeñé en ir a Le Grotte, quería que conocieran un sitio que estaba muy bien ambientado en los años 70 pero con un toque actual. A mi cuñada le dije: «Y con chicos muy guapos», y ella daba palmas, nos reíamos de todo, estábamos muy contentas. Para todos lo que estaba pasando era un sueño.

Entramos al bar, para ellos era un día normal, el bar estaba poco lleno y los chicos se dispusieron a disfrutar de esas famosas copas de calidad. Yo le explicaba a mi cuñada cómo funcionaba el sitio, seguía entrando público, pero no veía a ninguno de los socios, ya casi a la hora del tango entró el más alto, Marcel creo que se llamaba, habló con los camareros de algo que parecía importante, a continuación cogió el micrófono y dijo que su socio había tenido una caída de la moto, que estaba bien, tenía un brazo escayolado y que de momento se haría el baile únicamente el fin de semana para dar más fluidez al servicio de mesas.

No habían pasado veinte minutos cuando apareció en la escalera una cara muy conocida acompañada de dos jovencitos amanerados con los que parecía intimar. Buscaba a alguien con la mirada, pero si era al chico alto, este se había ido hacia el pasillo.

—Jean Pierre, Jean Pierre, aquí.

—Para qué le llamas —me recriminó Robert.

—Porque quiero, ¡coño!, qué pesado eres.

Moviendo las manos, se acercó a nosotros.

—¿Qué hacéis aquí?

—Nos enseñaron este sitio la primera vez que vinimos y queríamos que lo conocieran. Y tú, a qué vienes.

—Tengo que hablar con el dueño, bueno con uno de ellos. Me han encargado que busque un tío bueno para hacer la réplica de tu perfume, pero de hombre, y tenía que ser alguien muy pasional y me he acordado de Marcel.

—Pero, ¿se dedica a esto?

—No, qué va, él es un importantísimo hombre de negocios, es lo más de lo más, pero una vez nos hizo el favor de unas fotos para ropa masculina y no veas el tirón que tuvo.

—¿Es muy, muy amigo tuyo? —pregunté con picardía.

—No cariño, por desgracia; si lo fuera, las mujeres no le iban a ver por la calle, le tendría atado a la cama todo el tiempo. Tú te has fijado qué pedazo de bombón. —Y puso los ojos en blanco.

Nos echamos a reír, menos Robert, a él todas estas bromas de gays no le gustaban.

—Creo que ha ido hacia el pasillo.

—¿Estabas pendiente? —preguntó Robert.

—Sí, le he seguido con la mirada hasta que ha desaparecido.

Estaba harta. Si una persona está en medio de una pista dando una noticia, cuando acaba, lo normal es que le sigas con la mirada.

—Yo también me había fijado —dijo Lourdes conciliadora—. ¿Siempre está así?

—Siempre, hija, no pasa una, voy a tener que ir con una venda en los ojos para no ver y los demás otra para que no me miren.

Le conté lo de Carlos y que no quería verlos por el mismo tema.

—No sabía que mi hermano era así, claro que Begoña como la tenía en un puño y no se quejaba, pues el tío tan feliz. Es igual que mi madre. A mí, mi padre, que es más bueno que el pan, me da mucha pena, le ha anulado por completo.

Al rato salieron de aquel pasillo Jean Pierre, sus acompañantes y el tal Marcel y vinieron hacia la mesa. Mi «representante» comentó que le buscaban porque querían un anuncio de perfume masculino que fuera impactante, iban mal de tiempo y el anuncio tenía que ser llamativo y con tirón y que le habían

hablado de un tango que bailó con una turista y que de aquí y de allí había deducido que la chica era yo. Me quedé estupefacta, y los demás, ni te cuento. Si ese anuncio salía bien, había otro de unos relojes carísimos que querían fuera muy sexi y elegante que sería también para nosotros si accedíamos a hacerlos juntos. Los ingresos serían importantes, porque Marcel imponía su propio caché, si lo querían bien, y si no, no lo hacía y además imponía el mismo caché para su *partenaire*. En aquella mesa no se respiraba. Silencio absoluto. A Robert se le debía haber congelado la sangre, Tony y Lourdes miraban a uno y a otro sin decir palabra, y yo no me atrevía a abrir la boca.

—Ni hablar —dijo mi marido.

—¿Por qué? —preguntó Jean Pierre, bastante enfadado.— ¿Sabes cuánto se va a llevar por esos dos anuncios?

—No, pero no va a hacer ningún anuncio con ese.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Marcel—, ¿de que llegue con mi escoba y me la lleve al país de nunca jamás? Es un anuncio, tío, con un montón de gente y cámaras, con un señor dando órdenes y corrigiendo lo que hemos hecho. ¡No me la voy a tirar, joder!

Me puse roja como un tomate, la cara me ardía, estaban discutiendo por algo que tenía que hacer yo sin contar conmigo para nada, las lágrimas asomaron a mis ojos, estaba indignada y dolida, me levanté casi corriendo para ir al baño, Lourdes me siguió intentando consolarme. No sé lo que hablaron, pero Robert vino a buscarme.

—Lo siento, ha sido exagerado, les he dicho que puedes hacerlo, pero no quiero tonterías.

—Otra vez lo estás haciendo, me das permiso como si fuera una descerebrada y me dices que no quieres tonterías. ¿Sabes? Qué pena no ser más valiente y a ti te daban morcilla.

Volví a la mesa, tenía la cara enrojecida, y vi en los ojos del chico alto algo parecido a un «lo siento».

—Bueno, tu marido ha dado permiso para que los hagas.

—Mi marido no tiene que darme permiso para nada. Los hago porque me da la gana y quiero, y si no le gusta, lo siento.

Mi voz sonó como un trallazo, Robert se levantó y salió, Tony detrás, el alto me miraba con una mezcla de sorna y admiración, y Jean Pierre, satisfecho. Tony volvió diciendo que no quería compañía. Cuando llegamos al hotel y me quise acostar, estaba rendida; me echó de la cama, dormí en un sillón para no

dar explicaciones, no quería llorar pero lo hice a mares, no se ablandó. No se lo dije a nadie.

Volvimos a Madrid de muy mala manera, sin hablar. Yo quería aclarar lo que había pasado, pero me dijo que era tarde y que trabajábamos al día siguiente, había mucha tensión entre nosotros. Intenté empezar una conversación que se convirtió en discusión. Se fue a la cama y yo me marché a dormir a la habitación pequeña, porque si esa noche me echaba de la cama, no sabía lo que haría. Al día siguiente en el trabajo me esperaban las compañeras para que les contara, estaban emocionadas porque iban a tener una famosa en la oficina, pobres, no sabían lo que estaba pasando. Ese día volví a intentar hablar del tema de buen rollo.

—Si lo hablamos y tienes razón —le dije—, podemos cambiar de idea y no lo hago, pero no me gusta que me impongan las cosas. No hago nada malo. Ha surgido por algo, es una oportunidad que no vamos a tener otra vez, nos vamos a embolsar un buen dinero y hay gente joven como nosotros que hasta cambian de país para mejorar su economía, y luego vuelven, no es más que un medio para conseguir una meta, esto no va a durar siempre, puedo pedir una excedencia de un año, con tu sueldo y lo que cobre yo podemos hacer una buena hucha, podemos probar y si no sale bien, van a ser unos meses.

—Mira, yo no me he casado para ir y venir en un avión cada dos por tres para que hagas un anuncio. Me he casado para formar una familia.

—Habíamos hablado de no tener hijos de momento, somos muy jóvenes, no cambies ahora de idea.

—Cambio de idea porque tú empiezas a querer otras cosas y no me gusta, yo estoy acostumbrado a que en casa se hace lo que manda el cabeza de familia.

—Que es tu madre, ¿no? Porque ella no deja meter baza a nadie. Yo estoy acostumbrada a que las cosas se hablen y se decida entre todos.

Como si le hubieran puesto banderillas de fuego.

—Tú no tienes que decir nada de mi madre, yo quiero que me consultes todo y que no tomes decisiones unilaterales —dijo levantando la voz.

—Es verdad, esas ya las tomas tú —contesté con ese tono suave que pone tan nervioso al otro.

—Begoña sabía cómo me gustan las cosas —patada a mi estómago.

—Ya, por eso la dejaste, porque era muy lista —yo hablaba ya en un tono irónico que le estaba calentando—, pues chico, ya sabes lo que tienes que hacer. Yo sí que me he llevado una sorpresa contigo. Tienes dos caras.

—¿Yo, y tú pareces muy sueltecita con tus gustos, qué pasa, te gusta el francés?

—Te refieres al que he visto dos veces, cinco minutos, ahhh, fíjate, por cierto, te he consentido dos veces que me echaras de la cama, me parece una actitud machista, dominante, despectiva y maltratadora y por ahí no paso. La próxima vez te tiro la ropa a la calle y cambio la cerradura.

Salí del dormitorio dando un portazo.

Las cosas no fueron mejor los días siguientes. Trabajo, casa, compra, ni siquiera fuimos a ver a los padres para que no notaran nada. El domingo él se fue al fútbol a ver al Madrid y yo me quedé planchando y preparando cenas para la semana, luego venía cansada y me daba pereza. Nos iban a llamar de París para empezar el rodaje y no teníamos pensado cómo ir. No habíamos cobrado nada más que el cheque que nos trajo Jean Pierre, pero quedaban los dos de los perfumes, los relojes y el desfile en febrero. La cantidad que iba a cobrar por los que iba a rodar con Girard eran muy suculentos, porque él había puesto el precio, eso siempre lo ablandaba. Supongo que habrá ingresado el cheque que le di y que me habrá dejado una cantidad en mi cuenta como hablamos. Seguro, Robert era muy serio para los números.

A finales de octubre recibimos la llamada. Jean Pierre había pensado que si llegábamos a París sobre el veintiséis o veintisiete sería bueno, porque sabía que en Madrid teníamos el puente de noviembre por lo que entre el fin de semana de la llegada, el puente y el fin de semana siguiente y, si el rodaje iba bien, no tendríamos que pedir muchos días de permiso en el trabajo. Ya empezaba yo a coger el teléfono, porque entendía mucho mejor el idioma, de cualquier manera Robert había acudido a la llamada de su madre porque quería comprar un aparato de aire de frío y calor, y su padre tenía una auditoría en la empresa en la que trabajaba y llegaría tarde, así que se fue. En otras ocasiones habría ido con él, no se despegaba de mí ni con disolvente, pero parece que eso se había acabado.

Yo le seguía queriendo, pero no entendía ni su comportamiento, ni su forma de hablarme, ni su trato, ni su roñosería. No nos hacía falta contar el dinero a todas horas. Se estaba convirtiendo en una manía: íbamos bien, debíamos mucho dinero al banco como casi todo el mundo, pero con los dos sueldos nos administrábamos bastante bien, comíamos en el trabajo por muy poco y el gasto de casa era en las cenas, salíamos muy poco, así que en el apartado de ocio, cero patatero. No sé por qué ese cambio, aunque diga otra cosa, yo ya lo

noté cuando preparó el viaje de luna de miel, haciendo apartados para todo, calculó hasta los bonos de transporte.

Elise

El día veintiocho, desde el trabajo, volamos rumbo a París; íbamos algo mejor, pero ni mucho menos como unos recién casados. Nos acompañaban mi hermana Paula y su novio Juanjo. Trabajaban los dos en una multinacional como informáticos, ella con los ordenadores y él como ingeniero. Mi hermana y yo nos llevábamos unas veces bien y otras regular, pero nos queríamos un montón y Juanjo era el tío más majo que conocía. Tenía una paciencia de santo.

Llegamos al hotel, esta vez era otro de más categoría y como siempre la atención era fantástica. Jean Pierre o alguien a sus órdenes había reservado dos habitaciones, y teníamos un coche en el aeropuerto. Le llamé, no se podía poner en ese momento, así que nos dedicamos a abrir maletas, tampoco habría tiempo para mucho más, salimos de Madrid casi a las nueve de la noche, así que saldríamos a tomar algo y a esperar al día siguiente.

Yo le había contado a mi hermana durante el viaje cómo estaba mi situación con Robert. Teníamos un padre que nos había educado en la idea de que una mujer no tiene por qué depender de un hombre para nada, que teníamos que prepararnos para ocupar cualquier puesto de trabajo y que nunca dejáramos que nos pisaran por ser mujeres. Un hombre maravilloso, muy adelantado a su época.

—¿Pero tú has hecho algo para que se ponga así?

—Comprarme el vestido de la boda. En realidad ahí empezó todo.

—¿Y el chico francés?

—Ya le verás, está cañón, es algo fuera de lo común, pero le he visto dos veces y cinco minutos cada vez, más el baile. Es como si entrara Brad Pitt donde estés, ¿qué pasaría con las mujeres?, que nos volveríamos a mirar, pero ya tengo yo cuidado con eso, visto como se pone. Y otra cosa: él no se fijaría en nosotras, aunque fuéramos desnudas. Ese hombre pica más alto. Parece un modelo o un actor de cine con mucha pasta, presidente de su compañía, imagínate, ni olerle. Pero Robert ya se agarra a todo.

—Pero sabes que a los tíos les molesta que miremos a otros, aunque ellos sí

miren a otras.

—Juanjo no te habría hecho a ti eso ni harto de vino, Paula. Se está saliendo de madre. Carlos porque me mira, Girard...

—¿Girard?

—El francés, porque pasaba por allí; Jean Pierre, porque es gay. Da igual. Y con el dinero ni te cuento. No he manejado dinero desde que me he casado. Lo que me da para la compra y si necesito un bonobús para moverme por Madrid, si es que puedo: me lo saca él.

—¿Y lo que has ganado hasta ahora?

—Bueno, solo hemos cobrado lo del vestido, nos deben el del perfume de mujer y ahora cuando hagamos estos dos, pero vamos, me lo cogió de las manos y lo ingresó él.

—¿Qué vais a hacer con la pasta?

—Queríamos quitar hipoteca, pero le he dicho que aparte una cantidad de cada cheque para devolverle el dinero a la tía, pobre, seguro que me dio lo que tenía.

—Tendrá algo guardado, mujer, pero vamos, me parece bien.

—Ahora, si cobro un poco más, me gustaría dar una entrada para que cambie de coche, lo tiene muy viejo, a ver si así vuelve a ser el de antes.

—Vamos, contentarle sin saber por qué. Bueno, me fijaré este fin de semana tan largo a ver qué hace.

—Su hermana, cuando nos acompañaron, se quedó pasmada y Tony igual, aunque a él no le extrañó tanto, no sé si sabe algo que yo no sé.

—Bueno, ahora a disfrutar, que me ha hecho mucha ilusión este viaje.

A las siete de la mañana sonó mi móvil. *Monsieur* Girard estaba libre el fin de semana y me preguntaba si no me importaría ensayar lo que teníamos que hacer, por lo menos en el del tango; él no podía dejar su empresa tanto tiempo, luego ya hablaríamos de horarios. Quedé en estar a las diez en Le Grotte, pensaron que tenía el ambiente ideal para el anuncio del perfume. Ensayaríamos lo que hiciera falta durante el día, y por la noche abriría Marc.

Robert me preguntó quién era, se lo expliqué y resopló, iba a ser un maratón, sí, pero para mí, no para él. Desperté a mi hermana por si se querían venir y no lo dudó, estaba loca por conocer a mi compañero de trabajo y ver un rodaje, así que tomamos un desayuno rapidito y nos fuimos.

Aquello estaba llenos de focos y cámaras, Girard era muy exigente y ya que hacía algo que no era lo suyo lo quería perfecto, entramos y se volvieron a

mirar, vi que Marc no estaba, Jean Pierre tampoco y él estaba con un señor que podía ser productor, director, no sé, hablando e indicando posiciones. Bajaba yo la primera, mi hermana detrás, después Juanjo y el último Robert, así que no creo que le oyera a mi hermana decir: «Elisa, no me digas que es el alto de pelo claro que está para comérsele».

—Sí —la contesté—, no había otro de esas características.

—Madre de Dios, búscame un trabajo aquí contigo, dile que si necesita una camarera o alguien que le limpie los zapatos, lo que quiera.

Mi hermana cuando se ponía graciosa era mucho.

—Ya te dije que para nosotras está a nivel del cielo, hija. Y cállate, que como te oiga Robert se nos ha fastidiado el rodaje y el día.

—Pero ¿cómo puede impedir que mires una cosa así?, por Dios, si está mejor que Brad Pitt.

—¡Cállate! —la increpé. Él ya había hecho el gesto ese extraño que hacía cuando me veía, pero esta vez más discretamente.

—¡Hola, buenos días! —dijo en su medio español—. Te he hecho madrugar, *sorry*.

—No importa, he venido a trabajar, no de vacaciones.

—Así me gusta —contestó, mirándome fijamente; tenía una mirada que en esos momentos era cálida pero muy penetrante, tuve que retirar la vista, había algo en él que me intimidaba. Pensé: «Si este tío quisiera echarme un polvo, con lo remilgada que soy, me ponía boca arriba sin rechistar, puff».

Presenté a todo el mundo, a ellos les dijeron que se pusieran detrás de las cámaras y los focos para no molestar, y a mí empezaron a darme órdenes. Me había puesto unos pantalones negros tobilleros y una camiseta negra con tirantes cruzados en la espalda para estar más en ambiente. Allí me dieron los mismos zapatos que la primera vez. Empezó el ensayo.

No he estado más nerviosa en mi vida, no me salía nada bien, la presencia de Robert y cómo se ponía, me tenía asustada. No podía arrimarme a Girard, porque me imaginaba la cara de mi marido, un marido que se estaba transformando en otra persona. El pobre hombre, Girard, no sabía qué hacer, pero estaba teniendo una paciencia de santo. Dos horas después hicimos un descanso.

El director habló con Girard, seguro para decirle que no valía, y no me extraña. Yo estaba a punto de echarme a llorar, estaba tan ilusionada con todo lo que estaba pasando y me sentía muy humillada. Girard pensaría que soy

idiota. Se fue para la zona del pasillo con dos chicos y yo me senté con mi gente.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi hermana.

—Estoy muy nerviosa, pensaba que me iba a salir a la primera como aquella noche y ya ves. Me siento fatal. A Robert se le escapó una sonrisita de satisfacción.

—¿Qué pasa, te alegras?

—Bueno, ya te dije que todo esto había sido un accidente fortuito, pero que no iba a durar mucho.

—Pero coger el dinero sí te gusta.

—Bueno, si te pagan: solo nos han dado un cheque.

—«Nos han» no, «me han». Si tanto te disgusta, no hables en plural, que tú vienes al hotel, a comer y a cobrar con los gastos pagados sin dar palo al agua, no me toques las narices que no estoy de humor.

No sé qué contestó porque en ese momento venía Girard a buscarnos al director y a mí. Yo no me di cuenta, pero se llevaron la cinta musical del ensayo hacia la zona del pasillo, me llamaron y cinco personas nos dirigimos hacia allí. Por lo visto Robert se levantó, pero mi hermana y mi cuñado le hicieron sentarse.

—Está trabajando —le dijo Juanjo.

En el pasillo había unas puertas, una era el despacho, otro era un privado, un aseo y al fondo otra puerta que daba a un almacén; pues bien, Girard y los otros dos habían retirado y amontonado muchas de las cajas para dejar en el centro una pequeña pista de baile. Él se había dado cuenta, por las otras veces y por esta, de que yo estaba muy tensa y no iba a conseguir nada con Robert delante, así que ideó aquello para probar sin que nos mirara y delante del director demostrarle que podía hacerlo.

—Por qué te molestas por mí.

—Porque quiero, porque sé que lo puedes hacer, porque me gustas y porque si no lo hago contigo, no lo voy a hacer con nadie.

—¡Joder! —contesté.

—Esa boquita —me dijo—. Ahora, céntrate. Deja que te coja bien, cíñete a mí como si fuéramos pareja, piensa en la música, en lo que representa el tango, es la música más pasional que hay, tienes que poner todo lo que sientes en el baile y si no sale a la primera, no pasa nada, saldrá, sé que va a salir.

Me cogió por la espalda, pero en vez de poner la postura de una academia,

él lo hizo más personal, como si fuéramos una pareja de enamorados, yo me retiré un poco y mirándole, le dije:

—No te pases.

Él se rio. Diría: «Si yo quisiera, bonita, ni te imaginas». Su mano en mi espalda, la otra en mi mano, yo en su hombro, me traspasaba el calor de su piel a través de la camisa, me acercó mucho a él, no tanto como para ser grosero, pero sentía en mi pecho el suyo, mis piernas en las suyas, sentía su respiración, la mía se aceleró, estaba roja, nerviosa, excitada y asustada. Pusieron la música, tropecé, vuelta a empezar, así dos o tres veces, me preguntó:

—¿Lo dejamos por hoy? —Negué con la cabeza—. Hazte a la idea de que me conoces de toda la vida, que soy tu amigo, o mejor, tu profesor de baile. ¿Sí? —preguntó—.

—Lo siento, estoy muy torpe —dije—, no valgo para esto, yo creía que sí.

—Escucha, princesa: vales para esto, estoy seguro, mírame y confía en mí.

Esta vez salió mejor, hubo algún que otro fallo. Lo hicimos tres veces más y fue magistral, yo me pegué a él como la mantequilla al pan, me sentía segura al bailar, me acordé de lo que me decía Tony en la academia y además estaba él, que me llevaba con una delicadeza y una seguridad... Me sentía volar como en la escena de la película *Titanic*, cuando los dos protagonistas se ponen en la proa del barco y ella abre los brazos como si volara. Me sentía libre, después de tanta tensión en casa, esto era una liberación.

Ahora había que decirle a Robert que no podía estar en la grabación, como entre unas cosas y otras era la hora de comer, el director mandó parar hasta el día siguiente, para respetar que ellos abrían el bar por la tarde. Se continuaría a las nueve de la mañana a puerta cerrada, sin público para evitar distracciones. Robert quiso protestar, pero como no estaban ellos solos, estaban otras personas que no pertenecían al rodaje, no era tan evidente que era por él, así que a mí me recogería un coche, mientras ellos hacían turismo.

A las ocho de la mañana estaba esperando en el *hall* del hotel que me recogieran. Robert me dio un beso en la mejilla y con un «¡hasta luego!» nos despedimos hasta la hora de comer.

Fue perfecto, parecía que habíamos bailado toda la vida. El tío no me quitaba la vista de encima y me trataba con mucha delicadeza, no parecía tan frío como al principio, pero yo no tenía ningún pensamiento hacia él, primero porque tenía que solucionar mis problemas en casa, por Dios, me acababa de

casar y, además, con un ejemplar así no había que hacerse ilusiones, esta clase de hombres se acuestan con todas las que pueden y además que estén buenísimas, y yo no soy ni de acostarme con uno que pasaba por allí, ni estoy buenísima: lo estoy para un tipo de hombres, pero para este seguro que no, aunque tengo que reconocer que él está buenísimo para cualquier mujer. Ya me impresionó cuando le vi al principio, pero ahora que lo había tenido cerca, me entraban unos calores... Tenía el color de pelo castaño oscuro con algún reflejo más claro, no sé por qué los ricos son todos tirando a rubios, deben comer algo especial, lo llevaba corto por detrás, pero por delante un poco más largo y un mechón rebelde le caía por la frente y le daba un aire de tipo duro, sus ojos eran castaño oscuro, grandes y su mirada en general era fría, menos conmigo, no sé si alguna vez me enteraría por qué. Su boca no era muy grande, pero tenía unos labios gordezuelos que invitaban al beso y una dentadura perfecta. Alto: 1, 85 o 1, 90, no sé calcular bien la altura de la gente, me pasa como con las distancias; delgado, pero de complexión atlética, tenía unas manos preciosas, dedos largos y cuando me cogía la mía para bailar, se perdía en la suya.

—Qué manos más pequeñas tienes —me dijo, y yo pensé en lo bueno que estaba, ¿será pecado pensar eso? Mi hermana me va a decir que soy gilipollas, tenía unas ganas de estar con ella para cotillear.

Y ¡cómo huele!, ni todos los ángeles del cielo perfumados con Chanel olerían mejor, tenía que enterarme de qué colonia usaba para comprársela a mi enamorado marido, a ver si le mejoraba el humor. Y su culito, su culito era de diseño, ¡cómo estaría desnudo! Lo pensé en un descanso que fue a por unos cafés, según venía hacia mí, me le quedé mirando con ese pensamiento y me puse roja, tuve la sensación de que me leía el pensamiento.

—Te has ruborizado, qué te pasa —me dijo con una sonrisita pícaro.

—No pensaba en nada, en nada, un pensamiento que me ha cruzado la cabeza. —Y me puse aún más colorada.

Charlamos sobre mi trabajo en Madrid, mi familia, amigos, la verdad es que yo no hablaba bien francés y él hablaba casi menos español, me sentía a su lado a gusto, pero en tensión, quería estar y no quería. Íbamos a grabar por última vez y él se dirigió al director para decirle algo, el director se volvió a mirarme y negó con la cabeza; Girard insistió, hablaron con los cámaras, miraron las pequeñas pantallas por donde luego veían lo grabado y al final asintieron. Estábamos los dos muy sexis con la ropa de baile. Conmigo,

después de varias pruebas, ahí sí estaba mi amigo Jean Pierre, se decidieron por un traje con el cuerpo negro y plata hasta las caderas con escote en pico, a la altura del busto se unía para abrirse otra vez hasta el estómago como una lágrima. El cuerpo, muy ajustado, me marcaba unas tetas que ni sabía que tenía, terminaba en las caderas haciendo grandes picos y a partir de ahí, una doble capa de finos flecos negros llegaban de forma desigual a las piernas abriéndose para dar movilidad al baile. Él llevaba el típico sombrero que le estaba genial, un pantalón negro ajustado y una camisa blanca con chaleco.

Era nuestro último baile, me sudaban las manos, fui a refrescarme; cuando salí del baño, estaba en la puerta:

—No te pongas nerviosa, va a salir bien. Sal segura de ti. Estás muy guapa, tienes un cuerpazo.

—¿Quién, yo? —pregunté como una estúpida—. Gracias, pero no creo que pueda quitarme los nervios, menos mal que no es una película.

—Depende de lo bien que lo hagamos, esta gente va a vender más perfume, ya sabes cómo es el público. Cuanto más tirón tenga en anuncio...

—Allá vamos.

Me cogió de la mano, me empezó a subir calor por el brazo, nos pusimos en posición y de repente empezó a sonar la música y me olvidé de todo, solo sentí «¡corten!», cerré los ojos y el roce de unos labios en los míos.

Me cabreé, me cabreé muchísimo. «¿Qué ha pasado?», no podían explicármelo porque no atendía a razones. Parece ser que el señor Girard, esa es la discusión que tenían antes de empezar, sugirió que si al final cuando se dijera «¡corten!», y yo me relajara, él acercaría un poco más su cara a la mía y me besaría, un pico nada más, eso haría más real el apasionamiento del baile. Cuando consiguieron calmarme, me lo explicaron, bueno me lo explicó el guaperas.

—Si te lo pregunto, me hubieras dicho que no.

—Tienes razón, pero no puedes hacer eso. ¿Te imaginas lo que va a decir Robert?

—De eso se encargará el director, pero por favor, mira los dos finales y dime cuál te gusta más.

Miré la pantallita. El baile era perfecto, la unión también, se veía mucha química entre los dos. La primera estaba bien, pero la segunda con el beso, tengo que reconocer que las niñas que vieran el anuncio le iban a comprar el perfume a todos los hombres de la familia.

—Tienes razón, es mejor el segundo —le arreé un bofetón y le dije—: ahora convence a mi marido.

Y fui a cambiarme. Cuando llegamos al hotel tenía un gran ramo de flores con una tarjeta. «Es un placer trabajar contigo».

Esa noche, cuando me fui a la cama, me tocaba los labios recordando la suavidad de los suyos.

Girard marcaba los tiempos, así que como él tenía que trabajar, me dieron el día 1 de noviembre libre y aprovechamos la fecha para visitar el cementerio de Père-Lachaise, el más importante de París, en el que hay enterradas grandes celebridades de las artes y de las letras. Es el cementerio más conocido del mundo.

Al día siguiente, jueves, empezaría el ensayo por la tarde. Este no era tan complicado, pero muy glamouroso, elegante y sensual, aquí todo era sensual. Yo elegantemente vestida esperaba tras un ventanal desde donde se veía nevar, y nevaba de verdad, miraba con impaciencia mi precioso reloj, llevaba un vestido color coral de satén que se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel, maravillosamente maquillada y peinada esperando que él llegara, que por cierto se retrasaba, llegaba vestido de esmoquin, ¡madre mía, no podía estar más jodidamente guapo!, me cogía por detrás, pasaba los brazos por debajo del pecho, me besaba en el cuello, me volvía hacia él, nos mirábamos y decidíamos sin palabras no salir y, cogidos de la mano, nos dirigíamos a un dormitorio que había al fondo de la escena vestido con sábanas de seda, que daba al anuncio un halo de elegancia, sensualidad y pasión indiscutibles.

El día del rodaje final, Girard se retrasaba bastante, yo no debía ser muy importante porque algunos de los que estaban allí con cámaras y focos se pusieron a fumar, el director había salido un momento, se llenó la estancia de humo, abrieron un balcón con lo que estaba cayendo, y yo que no me atrevía a protestar; me helaba de frío en un rincón, sin nada que ponerme encima. Llegó él, cuando vio la escena montó en cólera, si le tenía que ver alguna vez enfadado era en ese momento, cerró el balcón de una patada, estaba entrando la nieve en la habitación, se quitó la chaqueta y me la puso por encima, y echó de allí a todo el mundo. El director volvió e intentó mediar, pero Girard estaba fuera de sí, me señalaba, decía algo como que no se podía tratar así a una dama, el otro salió, llamó a su gente, le echó una bronca. Tardó una hora en calmarse, media hora después estábamos grabando. El abrazo que me dio fue real y los besos en el cuello también. Fue como si la escena la rodara una

pareja de verdad, había sido precioso. Cuando terminamos le di las gracias y le dije que daba miedo cuando estaba enfadado, me contestó con una media sonrisa.

—No has visto nada, soy mucho peor, creo que en el despacho he roto ya tres ordenadores y en casa alguna que otra televisión.

—Pues parece que eres un hombre que controla mucho.

—Y lo soy, si fueras mía te tendría siempre muy cerca de mí para que nadie te tocara. Me puse roja.

«Me está tomando el pelo», pensé, «suya..., pufff».

—Me gusta verte sonrojar, es una novedad para mí que una mujer se sonroje.

—Bueno, déjalo, que me pones nerviosa.

—Eso quiero, ponerte muy nerviosa y luego que me dejes calmarte, sería un absoluto placer.

—Joder, joder —pensé, y dije—. Voy a quitarme esto, porque estoy helada.

Helada había dicho... si seguía allí, iba a arder a lo bonzo, era puro fuego. Salí.

Al volver él estaba mirando a la calle por los grandes ventanales, me había recompuesto del mal rato que había pasado.

—Te estaba esperando —me dijo.

—Sí, ¿para qué?

—Quiero invitaros a cenar una noche, bueno, me gustaría invitarte a ti sola, pero entiendo que no puedo, ¿no?

—Sabes que no.

—No se te ve muy feliz.

—Eso no es cosa tuya.

—Tienes carácter.

—Dime, ¿qué quieres?

—No sé cuándo te vas, pero me gustaría invitaros a cenar antes de que te vayas.

—No sabíamos cuando íbamos a terminar, así que no tenemos billetes de vuelta, supongo que el domingo por la mañana.

—Estupendo, entonces quedamos para mañana por la noche. Os recogerá mi coche en el hotel a las ocho. Vuelvo a decirte que ha sido un placer trabajar contigo.

Nos dimos dos besos de despedida en la mejilla y salí.

—¡Espera!, ¿dónde vas ahora?

—Al hotel, les he llamado y no han salido, hace mucho frío.

—Te llevo yo.

—Vale, gracias.

Había un hombre de unos cuarenta años sentado, leyendo un periódico.

—René —dijo Girard—, vamos.

El hombre se levantó inmediatamente. Bajamos a la calle y él me cogió de la mano para ayudarme a entrar en el coche, un lujoso y brillante Mercedes. La tensión en el interior se podía cortar con un cuchillo. Yo tenía ganas de llorar, me hubiera gustado apoyarme en su hombro y contarle todo lo que me pasaba con Robert, mis padres no sabían nada, mi hermana poco podía hacer, no se lo podía contar a mis compañeras, me sentía tan sola. Yo sabía que las cosas que me decía este hombre no eran verdad, era imposible, pero me sentía protegida. Me tragué las lágrimas. Me preguntó qué iba a hacer en Navidad.

—Pasarlo en familia, ¿y tú?

—Bueno, en familia y solo, alguna que otra fiesta, no sé, siempre es lo mismo. No me llama la atención, no tengo un gran aliciente.

—Tendrás padres y hermanos —pregunté.

—Sí, pero es todo muy estirado y muy poco familiar. Siempre de etiqueta.

—Estás muy guapo.

—Gracias, tú estabas muy seductora con ese vestido.

—Gracias también.

Nos reímos. Llegamos al hotel. Se bajó del coche, nevaba intensamente, el chófer ya había abierto la puerta, pero él le hizo un gesto.

«René», y le apartó para darme la mano. Me llevó hasta el interior.

—Te espero el sábado —me dijo mirándome intensamente, cogió mi mano y, dándole la vuelta, me besó en el hueco, dejándome tocadísima. ¿Qué le pasaba a este hombre? Se pensaría que era impresionable y fácil y diría: «Le echo un polvo y a otra cosa, mariposa». Un polvo a mí, supongo que los tendría mejor que yo. El caso es que me dejaba siempre con la ceja levantada y el cuerpo queriendo marcha, luego yo buscaba a Robert y este ni se inmutaba. ¡Qué mierda de vida! Por cierto, se me había olvidado preguntarle a Girard qué habían hecho para convencer a Robert del tema del beso.

Marcel

Aquel no había sido un buen día en el trabajo, algunos de los socios se negaban a una fusión que llevaba tiempo intentando, decían que no era viable y sin embargo yo lo tenía muy claro. Estaba en casa duchándome para ir a Le Grotte, cuando Alfred me llamó impaciente, me extrañó porque sabe que no me gusta que me interrumpen, debía ser importante. Salí sin secarme, con una toalla enrollada en la cintura.

—¿Qué pasa Alfred?, ya sabes...

—Sí, señor, pero es del hospital, es el señorito Marc.

Hablé con el hospital: Marc había tenido un accidente cuando iba al bar y se había roto un brazo, les había dicho que me avisaran a mí. Este chico no debía de tener familia, nunca hablaba de eso ni de nada que tuviera que ver con su pasado. Me fui a verlo, tenía que quedarse allí veinticuatro horas por si surgía alguna cosa, pero de momento era solo el brazo. Quedé en volver al día siguiente y me lo llevaría a casa y no era negociable, por lo menos una semana, para ayudarlo a lo más indispensable; ya veremos, era muy cabezota y muy protector de su intimidad, como yo. Me dirigí al bar.

Cuando llegué todo funcionaba con normalidad, Marc se encargaba de que hubiera un equipo coordinado, les comuniqué lo que había. Miré la sala por encima y por megafonía, dije lo que había pasado y que no habría subasta hasta el fin de semana y me metí en el despacho. Esperaba que lo de Marc pasara pronto, la verdad es que él se ocupaba de aquello mejor que yo, tenía más tiempo y no fallaba nunca. Yo entre reuniones y viajes fallaba más, así que el peso del bar lo llevaba él.

Llevaba una hora revisando cuentas, cuando llamaron a la puerta:

—¡Entre!

Apareció en la puerta Jean Pierre. Lo conocía desde niño, debía de tener unos cuarenta años, las mujeres de la familia y, sobre todo, una hermana de mi padre habían comprado mucha ropa en sus tiendas. Tenía un *atelier* de alta costura. Damas muy importantes se vestían con él. Sabía cotilleos de todo el

mundo, aunque era bastante discreto, lo que no supiera no lo sabía nadie. Se codeaba con grandes diseñadores y por su tienda y su taller pasaba lo más selecto de la ciudad. Era elegante, sofisticado, tenía un ojo preciso para la moda y las tallas y era gay, cosa que no me importaba, siempre que no me quisiera besuquear, que era casi siempre. Vino hacia mí.

—¡Quieto, no te muevas ni un milímetro! —Se echó a reír.

—No te voy a comer.

—Por si acaso. ¿Cómo tú por aquí?

—Vengo porque tengo un problema.

Me explicó el caso del anuncio del perfume, de la chica española que había conocido en la Costa Azul, que le habían hablado de un tango que yo había bailado con una española y que me necesitaba para hacer el anuncio.

—Sabes que no me dedico a eso. Para hacer el anuncio tengo que dejar horas el despacho y sabes que no me gusta. Mi trabajo es mi pasión.

—Lo sé, Marcel, pero contigo el anuncio sería otra cosa, con ese cuerpo tuyo que incita al pecado...

—Bueno, no te pases, que sabes que no me gustan esas mariconadas. Y la chica, cómo la encontramos.

—Está aquí.

No puedo explicarlo, pero mi cuerpo se revolucionó, me dio un vuelco el estómago y cambié de color. No puede ser. Recordé su olor y su suavidad.

—¿Qué te pasa? Has cambiado de color.

—Pensaba en el gilipollas del marido, la otra vez tuve un encontronazo con él, si es la misma, no sé si va a querer.

—¿Tú estarías dispuesto?

—Si vemos viabilidad, invéntate algo, pero quiero otro anuncio más.

—¿Otro?

—Sí, no sé: relojes, joyas, lo que se te ocurra, si hace falta lo produciré yo, no te pares en gastos. Pero la quiero a ella en los dos.

—¿Qué pasa, te has encaprichado?

—Bueno, a ver si pica. Me ha caído en gracia y me gustaría hacerle un favor.

—Eres un cabrón.

—Lo sé hace mucho tiempo. Oye, yo ofrezco lo que tengo, si la chica lo quiere... Seguro que esa criaja no sabe abrirse de piernas para mí, no tiene idea de lo que me gusta. —Y solté una risotada cínica que hasta a mí me molestó, pero en ese momento era lo que pensaba.

—Es una buena chica.

—Todas lo son, no va a ser mala por acostarse conmigo.

—Está casada.

—Jean Pierre, si quieres el anuncio será como yo digo, si no, ya te puedes ir.

—Está bien.

—Dale a ese gilipollas facilidades para venir, yo corro con los gastos.

Salimos a la sala y nos dirigimos al grupo. Como esperaba, puso impedimentos sobre todo porque tenía que hacerlos conmigo, discutimos como dos machos alfa, y además yo fui bastante grosero, sin contar con la opinión de la chica que se fue llorando al baño. Cuando volvió me disculpé con un gesto de cabeza, no solía hacer de menos a nadie y menos a una mujer, pero el imbécil me calentó y no me controlé. A él se le convence rápido cuando se habla de dinero. Venían con otra pareja, era un matrimonio joven, ella era hermana del imbécil. Me cayeron bien.

La española se llamaba Elise; cuando volvió del baño no sé qué le habría dicho el marido, pero ella impuso su voluntad de hacer los anuncios y el que se fue cabreado fue él.

Jean Pierre se encargaría de las fechas y también de reservar un hotel mejor que en el que habían estado las otras veces y de los billetes de avión. Ella no tenía que enterarse de nada. Por supuesto por estos anuncios y con una chica desconocida no se pagaban los cachés que le ofrecían, pero ¡qué narices!, había que poner un buen cebo para que picaran.

Llegaron entre la última semana de octubre y la primera de noviembre, en España hay una fiesta nacional y eso haría que tuvieran que pedir menos días en el trabajo. Hice que la llamaran el sábado por la mañana para ensayar un poco, luego durante la semana tenía trabajo y no podía dejar de ir por unos anuncios, si no fuera por el capricho que tenía por la chica no los hubiera hecho, pero quería saber qué era lo que me excitaba de ella, cuando estaba acostumbrado a mujeres más exuberantes y del tamaño y color que quisiera.

Aparecieron puntuales con otra pareja, esta vez hermana de ella. Cuando Elise se quitó el abrigo, traía un pantalón negro muy ajustado y una camiseta con tirantes anchos que se cruzaban en la espalda, como las que llevan las deportistas. Su cuerpo no tenía engaño, lo tenía precioso, estaba muy bien proporcionada, con curvas como a mí me gustan, tenía unos brazos bien torneados y unos pechos de infarto. No llevaba sujetador, eso no se me escapaba, había visto muchos y muchos siliconados y se mantenían derechos

señalando algún sitio imaginario, no podía quitar mi vista de ahí, cómo siendo tan hermosos se mantenían tan firmes y seguro que duros también, podía deberse al baile. No era ni con mucho tan alta como yo, pero tenía una estatura media que con tacones y la ropa adecuada se convertiría en una mujer magnífica. Era un bombón. Así que mi polla había visto antes que yo lo que se encontraba debajo de unos vaqueros, una blusita, y unas deportivas: bien por ella.

El ensayo empezó mal, muy mal. Elise no daba una a derechas, se la veía muy nerviosa, estaba más pendiente de la mesa donde estaba su familia que del baile, durante casi dos horas no avanzamos nada, el director me llamó aparte:

—Girard, la chica es guapa, pero no vale.

—Escucha, he bailado con ella el mejor tango de mi vida.

—Pues hoy no da pie con bola.

—Es el marido. La tiene muy controlada y no sé qué pasa entre ellos que parece que le tiene miedo. Espero que no le ponga la mano encima.

—No podemos estar así todo el día.

—Yo soy el productor y vamos a estar hasta que le salga.

—¿Tienes algún interés especial?

—Eso es cosa mía, pero vamos, ahora mismo es simplemente una amiga, sin derecho a nada, solo una amiga; pero de verdad, George, el baile fue extraordinario. Había mucha química. Ya lo verás.

—Está bien, ¿qué hacemos?

—Tengo una idea.

Me fui con dos camareros que habían venido a ver el rodaje al almacén, retiramos un montón de cajas e hicimos una pequeña pista de baile en el centro. Si ensayábamos sin que nos miraran y ella se tranquilizaba, saldría.

Fue como yo pensaba, después de varios intentos sin éxito, y de decirle que si lo dejábamos para el día siguiente, se tranquilizó y conseguimos un primer baile pasable; un segundo, mejorado, y un tercero impecable. George aplaudió, estaba todo el mundo entusiasmado. Ella estaba feliz y yo la hubiera besado allí mismo. Ahora había que poner el cascabel al gato. Fue fácil, el director dijo que había mucha gente en el supuesto plató de rodaje y que no nos concentrábamos, así que al día siguiente se rodaría sin público. El marido no se podía dar por aludido, porque había más gente viendo el rodaje, así que solucionado.

Aquella noche dormí mal, bueno, no dormí nada. No sé qué me pasaba con esta chica, nunca pienso más de dos minutos en ninguna a no ser que no recuerde con quién he quedado. Me estaba sorbiendo el seso y la verdad es que ella no hacía nada absolutamente por despertar mi interés, al revés, cuando le lanzaba alguna frase que realizaba lo que me gustaba y lo preciosa que era, se sonrojaba y dudaba que se lo dijera en serio. Me salía sin pensar. Las mujeres con las que me acostaba ya sabían que estaban buenas, por lo cual no tenía que alabarlas, solo disfrutarlas, como ellas a mí. Pero con ella sentía la necesidad de hablarle y decirle cosas bonitas. Me imaginé lo que sería tenerla allí en mi habitación, oler su piel, quitarle esa camiseta y dejar que sus preciosos pechos quedaran expuestos a mis manos y a mi boca, quitarle los pantalones, mientras la tenía debajo de mí y recorrer con los labios su cuerpo hasta llegar a sus braguitas que le quitaría con los dientes y entretenerme horas en su sexo hasta hacerle tener el mayor orgasmo de su vida.

—¡Ostias! La madre que..., acabo de correrme, ¡Dios, que no tengo quince años, joder!

Me levanté a lavarme. Le diré a Alfred que cambie las sábanas. Menos mal que es muy discreto. Estoy supersalido. Como no me la tire pronto, no sé qué va a pasar.

Al día siguiente llegué a la grabación un poco tocado, no me había pasado que me corriera en la cama desde que era un púber, intenté parecer frío, en mí era algo natural, y concentrado en lo que íbamos a hacer procuré no mirarla directamente a los ojos. Estaba fantástica; Jean Pierre había venido con varios trajes y se eligió el que llevaba, plata y negro, haciendo unos picos en las caderas y terminando en unos finos flecos en las piernas que la hacían muy sexi, procuraba mirarla cuando ella no me veía, me quedaba embobado, mis ganas por tenerla eran cada vez mayores y acuciantes. Tengo casi treinta años y mucha experiencia, me lo repito una y mil veces para aclarar mis ideas, esto no va conmigo, no con mi forma de ser ni de pensar. Voy a tener que hacer un viajecito a Munich con mi amigo y descargar la tensión sexual que tengo. En cuanto termine con esta mierda me voy.

Estuvimos practicando un rato y se decidió grabar, ella estaba nerviosa y fue al baño, la seguí. Cuando salió, la animé, estaba seguro de que iba a salir bien, le dije lo preciosa que estaba, tengo la sensación de que pensaba que la tomaba el pelo. Ella se jugaba mucho, le gustaba lo que hacía y si salía bien le saldrían más cosas. Yo me jugaba volver a verla.

Salió perfecto, bailamos muy juntos, el tango es posiblemente el baile más sensual que hay, lo hicimos muy pegados. Finalizábamos casi abrazados, con una de sus piernas enredada en la mía mientras yo sujetaba su espalda y echando su cabeza hacia atrás, mi boca quedaba casi encima de la suya.

Tuve una idea, hablé con el director para decirle que si rodábamos otro en el que el final terminaba en un beso, tendría mucho más tirón en las señoras, tanto jóvenes como mayores, un final con beso gustaba mucho más. Él miró a Elise y visto como había transcurrido el rodaje, no lo veía viable, iban a poner el grito en el cielo. Le dije: «Bajo mi responsabilidad». «Tú mismo», me contestó. Lo hicimos. La bronca que me cayó fue tremenda, vaya genio tenía la españolita, me puse muy serio, pero me hacía gracia. Esta chica no tenía idea del poder que yo administraba, ni de que las mujeres desearan que simplemente las mirara y que con un chascar de dedos, podía conseguir al momento cosas que ni siquiera imaginaba, pero además es que tengo la sensación de que le importaba un comino. Me plantaba cara en cuanto podía y eso me gustaba, ponía más morbo a lo que estaba sintiendo, era curioso, cuanto menos quería ella, más quería yo. Le hice ver los dos finales y que honradamente me dijera cuál le parecía mejor: eligió el del beso y me arreó un bofetón. Tenía que convencer a su marido. No importaba, a ese ya le había cogido el truco. Tuvimos el día siguiente de descanso y comenzaríamos a ensayar para el otro el jueves. Le dije a René que me llevara a la mejor floristería de París y compré un precioso ramo de capullos de rosas rojas y una nota, agradeciéndole que fuera mi compañera, y era sincero. También le mandé una nota personal a él por medio de René, no quería que ella lo supiera, si quería decírselo él era cosa suya. Le citaba para el viernes antes del rodaje final del anuncio.

El jueves se empezaría a rodar a partir de las cinco de la tarde, a esa hora en otoño anochece antes y había que dar al ambiente sensación de frío y de que la pareja protagonista iba a una fiesta, así que empleé el miércoles y el jueves por la mañana en trabajar en el despacho, en estas fechas teníamos pendientes algunos cierres y firmas, me tocaría viajar algunos días, así que me dediqué con mi secretaria y según mi agenda a preparar todo eso.

Había quedado con el imbécil el viernes a las cuatro de la tarde en su hotel, ella ya tenía que haberse ido; el tío se retrasó, creo que a propósito, casi tres cuartos de hora. Lo llamé dos veces al móvil. Al final bajó y entramos en un despacho que el hotel nos había cedido amablemente. Le expliqué lo que

pasaba y le dije al cámara que venía conmigo que le enseñara las tomas. Se puso nervioso y agresivo, esperé a que se calmara y le dije que podíamos llegar a un acuerdo:

—¿Cuál sería el acuerdo?

—Si, como yo pienso, tiene más tirón el del beso, te puedo ofrecer una compensación económica.

—¿Sabes que eres un auténtico cabrón? —Me dijo.

—Sí —le contesté—, pero mira, mi trabajo es negociar y ganar dinero, por eso estoy donde estoy, así que tú decides.

—De cuánto estamos hablando —respondió.

—Bueno, si las ventas del perfume superan —le dije una cifra creíble— lo imaginado, cada cien unidades que se vendan de más, te llevarás un porcentaje. Este porcentaje será únicamente para ti, a ella no le he dicho nada, pero me tienes que firmar un acuerdo en el que tú aceptes que se difunda el anuncio del beso sin ningún tipo de condiciones.

—¿Ella cuál ha elegido?

—El que hemos elegido todos, pero tú tenías que dar tu consentimiento.

—Está bien, trae el acuerdo y lo firmo.

—Lo tengo aquí, ya está firmado por la productora.

—¿Cómo voy a cobrar?

—Te mandaremos un cheque nominativo por correo certificado y, si no, nos dices cómo.

Firmó sin vacilar, le di una copia y le dije:

—Que sepas que tú eres mucho más cabrón que yo.

—¿A qué viene eso?

—A que la has vendido por un puñado de euros. Si fuera mi mujer, no se iba a atrever a tocarla nadie.

Era muy puntual y en esta ocasión llegaba con una hora de retraso. Cuando llegué al piso estaba la puerta abierta, George hablaba por el móvil y al fondo se oía un ruido de risas y conversaciones. No iba a costar mucho el rodaje, porque los ensayos habían salido casi a la primera, había que poner glamour, pasión, elegancia y buen gusto, la verdad es que lo bordamos. A mí no me costó nada hacer el papel de enamorado, no quiero decir que lo estuviera, pero me resultó fácil y ella cumplió su papel a la perfección.

Cuando llegué a la habitación que estaba dispuesta para el rodaje, me quedé estupefacto. Algunos tíos estaban fumando, creo incluso que alguno estaba

tirando de porro, la habitación estaba llena de humo y olía fatal, el balcón abierto de par en par para eliminar el humo y el olor, supongo, hasta el punto de que como nevaba con fuerza había entrado nieve en la habitación. Elise estaba de pie para que no se arrugara el vestido, helada de frío y se había colocado en un rincón entre dos muebles que le paraban algo el aire helado que entraba por el balcón.

Sentí tanta rabia y tanta ira que si hubiera tenido un látigo hubiera hecho como Jesús con los mercaderes cuando los echó del templo, les grité: «¡Sinvergüenzas, cabrones, descerebrados!», no sé lo que salió por mi boca, verla allí muerta de frío con esa pandilla de gilipollas sin apreciar que había una dama que lo estaba pasando mal me desquiciaba, sobre todo porque era ella. Me quité la chaqueta del esmoquin y se la puse por los hombros, pegué una patada al balcón que se cerró con estruendo, creí que se habían roto todos los cristales de arriba abajo, pegué patadas a las cámaras y los focos, vino George a ver que pasaba, otro imbécil que por hablar por el móvil había descuidado su trabajo. Me había hecho cargo de los gastos de los anuncios y me había estrellado con ella, me había dado uno de mis ataques de cabreo que me cegaba. Los eché de la habitación. George vino a tranquilizarme, se disculpó mil veces con los dos, pero yo estaba muy enfadado. La verdad es que la escena cuando entré era muy desagradable. Ella le quitó importancia, quería que se me pasara el enfado, no sabía la pobre que eso no era más que una punta del iceberg de cómo me ponía cuando cogía uno de esos enfados, no era a menudo gracias a Dios, pero cuando me daba...

Tardé más de una hora en estar preparado para grabar, quise que cambiaran el equipo de rodaje, pero era ya tarde y no se podía; habría que esperar un día más y ella tenía que volver a Madrid, así que a regañadientes accedí a que fueran los mismos, se disculparon sobre todo con ella. La pobre quería que aquello terminara ya, así que nos pusimos manos a la obra.

Se hicieron dos tomas para asegurarnos de que estaba perfecto, pero hubiera valido cualquiera. El vernos los últimos días tan a menudo hacía que la compenetración fuera mayor. Mi acercamiento hacia ella era cada vez más natural. Eramos la pareja ideal para rodar ese anuncio, ella llevaba un vestido color coral en satén que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Las tiras de tela que subían de debajo del pecho hasta terminar cruzados en la espalda, una espalda muy baja, no eran lo suficientemente anchos como para cubrir completamente sus preciosos pechos, así que se veía claramente una

parte lateral de ellos. El vestido caía hasta sus caderas, marcando cada uno de los pliegues de su piel, llegué incluso a dudar de que llevara braguitas, porque no se apreciaba absolutamente ninguna marca de ropa interior, como tampoco se apreciaba claramente detalle de su trasero o su, seguro, precioso coñito. Seguro que era obra de Jean Pierre. Me quedé con las ganas de confirmarlo.

El anuncio consistía en una pareja guapa y elegante que se supone va a una fiesta, ella observa hacia el exterior por donde se aprecia que cae una gran nevada, mientras mira insistentemente su precioso reloj. Él se retrasa. Cuando llega, la mira con mucho amor, disculpándose por la tardanza y mirando también el reloj. La coge por detrás, rodeándole el cuerpo con sus brazos al tiempo que cubre de besos lentos y calientes el cuello de la chica hasta que ella se vuelve, lo mira y cogidos de la mano se dirigen a un dormitorio que hay al fondo de la estancia y que está vestido con sábanas de seda, siempre luciendo ambos relojes.

Aquel día lo supe, supe que lo que empezaba a sentir por ella no era solo el deseo de un polvo, era algo más. Despertaba en mí sentimientos que nunca pensé en recuperar si es que alguna vez los tuve. Cuando la rodeé con mis brazos y la besé en el cuello no era ficticio, era real. Quería protegerla, darle calor, acariciarla, y los besos fueron besos dados con la boca entreabierta para aspirar mejor el olor de su piel, no solo la besé en el cuello, sino que fui recorriendo su nuca y noté cómo se estremecía, mi entrepierna tuvo varias sacudidas aquella noche. No sabía qué hacer para alargar no solo el momento, sino su estancia en París. Me costó soltarla; mientras los cámaras seguían rodando, ella había puesto sus manos sobre las mías mientras la tenía abrazada y me dio una pequeña palmadita para sacarme de mi ensoñación. Terminamos el anuncio y el equipo aplaudió. George estaba emocionado por lo bien que había salido todo.

Hablé un momento con ella, me dijo que la había impresionado lo enfadado que me había puesto, y le contesté que si fuera mía nunca nadie le iba a hacer algo así, que la tendría siempre muy cerca de mí, se había ruborizado otra vez, era deliciosa. La habría cogido en brazos y la habría raptado, me tenía atontado, aunque no pensaba reconocerlo ante nadie. Esto no tenía futuro, casi ni presente. Me iba a meter en un jardín que no era mío y no iba a poder salir. Mejor dejar las cosas como están, ya se me pasaría.

—Me voy a quitar esta ropa, estoy helada —dijo.

Me encontré esperando que volviera. Le dije que quería invitarles a cenar,

mentira, quería cenar con ella, follar con ella, dormir con ella y desayunar con ella. Aceptó en su nombre y en el de los demás. ¡Qué pena que no se pusieran malos! Seguí allí mirándola como un idiota. Se iba.

—¿Dónde vas ahora?

—Al hotel —me contestó—. He llamado y no han salido porque hace mucho frío.

—¡Espera, te llevo!

Un ratito más con ella. Llamé a René que estaba leyendo a la entrada del piso y subimos al coche. Ninguno rompía el silencio, había una tensión tremenda, creo que ella estaba a punto de llorar y yo a punto comérmela a besos, estoy seguro de que no me hubiera abofeteado. Rompí el silencio

—¿Qué vas a hacer esta Navidad?

—Lo pasamos en familia, comemos y cenamos repartiéndonos entre las dos casas, se cocina algo especial, nos estiramos en el gasto, se compran regalos para todos y sobre todo las mujeres se pasan la Navidad en la cocina, ¿y tú?

—No me llaman la atención, cenas de etiqueta, fiestas de etiqueta, no hay sorpresas en los regalos, no los hay de cien euros, son de unos miles de euros para arriba y las mujeres no cocinan.

Habíamos llegado al hotel, nevaba intensamente. Había salido René para abrir la puerta, pero le retiré con un «deja, ya lo hago yo». La ayudé a salir del coche y la acompañé al interior del hotel. —Estoy deseando que llegue el sábado para verte otra vez.

—Gracias. A las ocho os esperará René con el coche. Me despedí de ella dándole unos cálidos besos en el hueco de la mano.

Nunca un día se me había hecho más largo, el sábado, y una marcha más triste, la suya.

Elise

El vuelo a Madrid fue más bien aburrido: Robert, como siempre, durmiendo. Yo sola, la noche antes me había enfadado con mi hermana, la quería mucho, pero la verdad es que a veces es idiota, le gusta fastidiarme, no lo puede remediar. Al llegar de la cena habían dejado en recepción unas cajas con las marcas de los perfumes, había una para cada uno y además una más grande para mí, con el vestido que había llevado en el anuncio de los relojes. Todo, según ponía en una tarjeta obsequio de la casa, los perfumes y el vestido de la productora. Como Robert nos había dado la noche en la cena, le dije a mi hermana que se llevara el vestido y me lo guardara, porque este era capaz de tirarlo y me contesta: «Oye, oye, que yo no quiero líos». Había estado toda una semana a cuerpo de rey, había visto mi comportamiento y el de su cuñado, que nos había puesto en evidencia durante la cena. Hasta Juanjo se tuvo que levantar y llevárselo para hablar con él y me dice que no quiere líos. No es ella la que está sufriendo las humillaciones y los desprecios de mi marido, así que cogí la caja y me la llevé a la habitación, me arriesgaría, pero no se me iba a olvidar fácilmente. Estaba en el pasillo, esperando que Robert me abriera la puerta, había salido corriendo, según él al baño, cuando apareció Juanjo y me cogió la caja:

—Trae, cuando la quieras está en casa.

Era un chico estupendo, era el mayor de todos y supongo que nos veía un poco como a los hermanos pequeños; yo, la verdad, es que le quería un montón, me gustaba hablar con mi hermana, pero para hacer una confidencia prefería a Juanjo. Lo mismo quedaba un día con él para tomar un café y le contaba lo que me estaba pasando.

No me encontraba bien, me dolía el estómago y esta noche había vomitado, tenía mala cara y estaba deseando llegar a casa para acurrucarme en la cama, me tomé un ibuprofeno, a ver si se me pasaba. Repasé lo ocurrido durante la cena.

Llegamos al restaurante a las 8:30, estaba en un barrio residencial, era

grande y muy bonito con un gran jardín, supongo que para en verano comer fuera, La Mère, así se llamaba, era uno de los tres que tenía Girard. Este estaba dedicado únicamente a pescados y mariscos, bueno, y ensaladas de todo tipo. Tenía en el interior y junto a un gran ventanal un gran acuario, donde se podían ver toda clase de mariscos de los grandes, estaban especializados en langosta, la cocinaban de distintas maneras y podías encontrar desde boquerones hasta erizos y pescados que yo nunca había visto. Solo tenían dos clases de carne, por si iba algún alérgico, que eran solomillo o chuletillas de cordero, allí se llaman de otra manera.

Fue muy elegante y educado, no sobrepasó ningún límite y se le veía moverse por allí con soltura, no nos faltó un detalle. El único que sobrepasó los límites fue mi marido. Juanjo se lo tuvo que llevar aparte y llamarle la atención, y decirle que hubiera dicho que no quería ir y ya está, no hubiéramos ido, pero que se comportara como un adulto. La verdad es que todos deseábamos que la cena acabara cuanto antes. Nos despedimos de Girard con un par de besos en la mejilla, Juanjo un apretón de manos y ellos ni se miraron. No sé cuándo volveré.

La llegada a casa no fue muy alegre. Cogimos dos taxis, mi hermana vivía en la otra punta de la ciudad.

—Deja la maleta ahí, mañana la abriré, no me encuentro bien, me voy a la cama.

—Te habrá sentado mal algo de lo que nos ha puesto tu amigo de cena —dijo con mucha ironía.

No le contesté. Pasé la noche vomitando. A las 6:30 me dijo que teníamos que ir a trabajar.

—No voy, tengo fiebre.

—¿Qué pasa, tienes fiebre para unas cosas y para otras no?

Se puso a dar voces. Me levanté, tenía una cara horrible. Me vestí. En aquel momento le odiaba con toda mi alma. Llegamos al trabajo, las compañeras que estaban deseando verme para que les contara no daban crédito a cómo iba.

—¿Pero cómo has venido así?

—Robert, que no se cree que estoy mala. Tenía que venirme el periodo, pero nunca me había venido así.

Un poco antes de comer mi jefe dijo que no podía seguir en ese estado, llamó al departamento de Robert y había salido a comer con unos señores que habían venido de Alemania, ni siquiera me había avisado. Mi jefe llamó a

Rosa Mari, una compañera.

—¿Puede venir conmigo?, vamos a llevarla a urgencias.

—Ahora mismo.

Me llevaron al Doce de Octubre.

Hecho el primer reconocimiento, me dijeron que era apendicitis aguda que se estaba convirtiendo en peritonitis, tenía que entrar al quirófano. Robert no cogía el móvil, le dije a mi jefe que llamaran a mi hermana desde mi teléfono para no asustarla y ella luego que llamara a quien quisiera.

Me desperté en la habitación, había otra cama al otro lado y una cortina medio echada. Oía hablar muy bajito, reconocí a Robert y su madre.

—Creo que me estoy pasando —decía Robert.

—Bueno, ya está operada, no has tenido la culpa.

—Debía haberle hecho caso. Pensé que le había sentado mal la cena.

—Bueno, no te preocupes, esto se olvidará.

«No a mí», pensé yo.

—Y del dinero cómo vas, ¿has hecho lo que te dije?

—Sí, pero no me siento bien.

—Mira, tú eres el hombre y tú tienes que manejar el dinero, cuanto menos tenga ella, más dependerá de ti. Hazme caso.

—Ella no es como Begoña, no se va a dejar manejar.

—Bueno, de momento lo estás haciendo bien y ella se fía de ti, no...

Siguieron hablando, pero las ganas de dormir pudieron conmigo. Caí otra vez en un sopor profundo.

Estuve en el hospital tres días porque llegué muy mal y querían asegurarse de que no me daba fiebre. El cirujano me dijo, riendo, que no me preocupara por mi trabajo porque me habían operado por laparoscopia y no había cicatriz, parece que cuando entré al quirófano decía:

—Por favor, por favor, que no me quede señal, soy modelo.

Ya ves, menuda modelo, así que a casa.

Yo hubiera querido irme a casa de mis padres a recuperarme, no me hacía gracia ir a casa con Robert, me sentía muy rencorosa y no me apetecía estar con él, pero era imposible. Mi hermano Gaby ya había ocupado nuestra habitación y habían quitado el sofá donde dormía, así que no iba a compartir la habitación con él. En una de las visitas hablé con mi tía para que se viniera a casa la primera semana y se quedara conmigo; Robert no lo sabía, así que en cuanto llegamos, me dijo que se acercaría su madre a ratos. Le dije que no:

—¿No, por qué?

—Porque ya he hablado con mi tía y se viene ella.

—¿Y por qué no puede venir mi madre?

—Yo no he dicho que no venga tu madre —tenía que ser muy cuidadosa si quería llevar a cabo lo que habíamos planeado Juanjo y yo sobre el tema del dinero—, tu madre puede venir de visita, si dices que vendrá a ratos es que no puede todo el tiempo, así que prefiero que venga la tía, dormiré en la cama pequeña y estará de día y de noche, no quiero recaer.

—Ya, tienes razón, pero yo pensaba dormir en la habitación pequeña para no molestarte.

«Que cabrón», pensé, «después de tanto tiempo debería estar deseando dormir conmigo, pero no».

—Bueno, la habitación pequeña tiene dos camas, me puedo ir yo allí con la tía y tú duermes en la grande, así estarás más cómodo.

—¡Hombre!, tampoco se trata de eso.

—Pues eso es lo que hay, o eso o que te vayas a casa de tus padres unos días hasta que yo esté mejor.

—Prefiero estar aquí.

—Pues ya está.

Habían pasado ocho días y la tía seguía allí, yo estaba más flojita de lo que pensaba.

Llamaron de París para ver si habíamos recibido los talones de los perfumes, dije que no, hablé con Jean Pierre, me contestó que si tenía el teléfono de Girard que le preguntara para ver si él había cobrado el suyo. Que el de los relojes se retrasaría porque querían dar una fiesta para presentar la marca, y querían que fuera a la presentación y ya nos daban el talón. Me dio el teléfono de la oficina. Llamé, luego vendría la factura, bueno, eso ya no importaba. Me cogió el teléfono una señorita que hablaba poco español, como todos, vaya mierda. La cuestión es que el señor Girard estaba en viaje de negocios en Munich, volvería en unos días. Volví a llamar a Jean Pierre, se lo dije: «Ya, en Munich...., de negocios. Bueno, preciosa, déjalo a ver si lo averiguo por otro lado y te cuento».

Quedé con Juanjo al día siguiente por la mañana para ir al banco, tenía que saber qué tramaban estos dos. Robert tenía una reunión que se alargaría todo el día, quizá viniese tarde, así que si llamaba tenía el móvil, y si lo hacía a casa la tía le diría que estaba echada.

Pedimos hablar con el director, expusimos nuestras dudas, saqué mi DNI, la tarjeta y los números de cuenta que pillé en una carpeta donde se archivaban los contratos de los bancos. La cuestión era que había tres cuentas, dos que eran las personales de cada uno, donde iban a parar las nóminas y pagos nominativos, y la cuenta de gastos que era donde estaba la hipoteca y los recibos domiciliados; bien, pues mi marido había utilizado mi cuenta para todo tipo de pagos, por medio de transferencia había ido pasando a la de gastos mi nómina, me dejaba pequeñas cantidades que en este momento ascendían a 300 euros, había ingresado el talón del vestido completo en la hipoteca y lo suyo prácticamente no lo tocaba: es decir, manejaba las tres cuentas, ya decía yo que era muy bueno para los números. La suya, después de tres meses de casados, ascendía a unos 6000 euros. Nos quedamos estupefactos, pero es que el día antes había ingresado los dos talones de los perfumes que yo ni había firmado. Se lo comunicamos al director y los trajeron, tenían una firma muy, muy parecida a la mía. Le dijimos que pararan ese pago, que la firma estaba falsificada y que íbamos a presentar una denuncia en comisaría. Nos dio los talones, a él le dirían que estaban retenidos por un defecto de forma, que se pusiera en contacto con quien los había emitido porque iban a devolverlos. Abrí una cuenta nueva, tenía que entrar mi nómina y era el único dinero que tenía. Pero si él abría la cuenta on line también le saldría esta, así que volví a anularla y abrí una en otro banco, solo tenía acceso yo, autoricé a mi cuñado por si en alguna ocasión tenía que hacerme alguna gestión y me llevó a casa, se lo contamos a la tía. La pobre no daba crédito a que hubiera gente tan miserable y además no entendía por qué: «Para tenerme bajo su dominio», le dije, «sin dinero no puedo ir a ningún sitio sin él».

No sabíamos muy bien cómo actuar, al casarnos en ganancias lo suyo era mío y lo mío suyo, por lo cual de todo lo que yo cobrara le tenía que dar la mitad; si presentaba una denuncia, no sabíamos si prevalecería la falsificación o si íbamos a una separación pasaría lo mismo, tendría la mitad de todo lo mío. Juanjo iba a conectar con un abogado de su empresa para tener una idea. Esperé con impaciencia. Un par de días después, con los datos que teníamos, Juanjo y yo urdimos un plan, pero había que llamar a París y parar los talones. Esta vez llamé a Girard al móvil, me lo cogió enseguida:

—*¡Allô, bonjour!*

—Hola, Marcel —le contesté en español. Dios mío, que voz tan sensual,

solo con oírle ya te imaginas cómo es, dan ganas de atravesar las líneas telefónicas y sentarte en su regazo. Con lo que tengo encima y todavía tengo ganas de decir gilipolleces.

—Princesa, no me podía creer que me llamaras.

—Es la segunda vez —mi corazón late a la velocidad del rayo—.

—¿Cómo?, ¿cuándo ha sido la primera?

—Hace dos o tres días, llamé a tu oficina, me dijo tu secretaria que estabas en Munich, en viaje de trabajo —a cien pulsaciones.

—(Silencio...), ya. Lo siento, Elise, no me han dicho nada.

—Pues vaya secretaria que tienes, menos mal que no era una llamada importante.

—Todas las llamadas lo son, y la tuya para mí más.

—Bueno, ahora empiezas con los requiebros —ciento veinte pulsaciones.

—No sé qué es «requiebros».

—Son, en plural, y da igual, ya te lo explicaré cuando nos veamos.

—*Ok*, princesa. Me ha dicho Jean Pierre que te han operado de urgencia, ¿por qué no has dicho nada?

—Tengo mi cabeza en otro sitio, Marcel, te llamo porque necesito que me hagas un favor. No sé quién lo lleva, y seguro que tú tendrás la manera de contactar con la persona encargada. Necesito que me retengan los talones de los perfumes y el de los relojes.

No quería darle explicaciones muy a fondo de lo que había pasado, me daba vergüenza que Robert hubiera hecho todo aquello hasta llegar a la falsificación, me sigue pareciendo otra persona y sigo sin entender que queriendo a alguien se pueda actuar así, solo para anularla. Cien otra vez, voy a dejar de contarlas.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado?

—Esto no es para hablarlo por teléfono, no quiero parecer desagradecida o roñosa, pero tú y yo no tenemos mucha fluidez con el idioma y esta llamada me va a costar un potosí.

—¿Un qué?

—Lo siento, mucho dinero.

—Entiendo. El veinticinco de noviembre salen los anuncios de los perfumes en todas las televisiones y ese fin de semana dan una fiesta para lanzar la marca de los relojes y queríamos que vinieras.

—Estoy un poco liada aquí, de todas formas no sé si para entonces habré

solucionado un asunto importante. Tú manda que retengan los talones por algún motivo que parezca creíble y yo te vuelvo a llamar y te cuento.

—De acuerdo, dalo por hecho.

—¿Vas a volver a salir de viaje?, es por saber si puedo contar contigo ahí en París o llamo a Jean Pierre.

—No, no, llámame, no tengo viajes de momento, llámame al móvil.

—Te llamaré.

—*Au revoir, chérie*, tengo muchas ganas de verte.

—*Au revoir*, Marcel, yo también, necesito un hombro en el que llorar.

—Pero yo quiero que rías, me encanta tu risa.

—*Au revoir*.

Colgué con pesar, oír su voz me reconfortaba, tenía la sensación de que con él no me iba pasar nada malo y le echaba de menos.

Robert esa noche vino tarde y no le di los talones que nos había devuelto el director. La tía ya se había ido a su casa y yo me incorporaba al trabajo unos días después. Al día siguiente, cuando vino por la tarde, se los di.

—Robert, ha venido el cartero del banco y me ha dejado un sobre certificado —estaba tomándome un café viendo la tele—, son los dos talones de los perfumes, ¿por qué están firmados por mí si yo no los he visto?

Lo miré a los ojos, pero él no levantó la vista.

—¿A ver? —estaba blanco—. Bueno, ya sabes que no me fio mucho de cómo paga esta gente, así que como estábamos con lo de tu operación, y para agilizar el tema, los firme y los llevé al banco.

—No vuelvas a hacerlo, no me ha hecho gracia verlo, a ver si ya no voy a firmar mis propios talones. Me lo podías haber mencionado.

—Ha sido un hecho puntual debido a tu ingreso.

—Sí, vamos, que si me muero ya los tienes en la cuenta. Cuando me recupere, vamos a ver tú y yo cómo tenemos las cuentas. Por lo visto los talones tienen un defecto de forma y no los han aceptado, tienes que llamar a París y pedir que te hagan otros.

—Llama tú, son tuyos.

—Son míos, pero los manejas tú, igual que has andado listo para firmarlos, coge el teléfono y llama, que hablas francés con más fluidez.

Seguí merendando sin darle mayor importancia.

Elise

El día veinticinco salieron los anuncios por la noche en las principales cadenas y en la hora de más audiencia, eran una pasada. No me reconocía, lo que pueden hacer el maquillaje, la ropa, la iluminación y que te capten de un lado o de otro. Toda la familia estábamos alucinados, qué compenetración, parecía que hacíamos grabaciones a menudo. Él no podía estar más atractivo, a mí no me chocó, porque lo veía en persona y sabía lo que podía dar de sí, bueno, a lo mejor no sabía «todo lo que podía dar». Estaba buenísimo. Mis padres no daban crédito y la tía me decía que de donde había sacado ese chico tan alto y tan guapo. Toda mi familia sabía lo que pasaba con Robert menos mi padre, no me atrevía a darle ese disgusto, pero se iba a enterar en poco tiempo y mejor que lo supiera, así que mi madre se lo había ido diciendo poco a poco, todos estaban ya al tanto de lo que iba a pasar.

Cuando me incorporé al trabajo las compañeras estaban como locas, la primera mañana el sexo femenino trabajó poco, no, poquísimo; todas querían saber cómo era, cómo me trataba, si era igual que en el anuncio: «Mejor, es mucho mejor en persona», decía yo. Les ofrecí, si me situaba mejor, que se vinieran un fin de semana largo, que le conocieran, vieran París y de paso las llevaría al *atelier* de Jean Pierre y podrían comprarse ropa de primerísima a precios de amigo. Rosa Mari y María Jesús se apuntaron al momento. Ojalá pudiéramos hacerlo, pero primero tenía que solucionar lo mío, y las chicas no sabían nada.

Unos días después llamó Jean Pierre para lo de la presentación de la marca de reloj, era una fiesta de gala, me dijo que si iba sola y le contesté que acompañada, pero no teníamos ropa de ese tipo.

—No te preocupes, cuando lleguéis al hotel lo tendréis preparado.

Salíamos dos días después hacia París.

Yo había presentado una solicitud de divorcio exprés que se soluciona entre uno y tres meses, no había que aducir motivos ni razones, no había hijos y no quería que Robert supiera nada para que no se deshiciera del dinero que tenía

en su cuenta, ya que la mitad era mío, así que hasta que no le llegara la notificación y se diera por enterado con una fecha tenía que seguir con él, por eso vendría conmigo a París, al olor de los tres cheques.

Llegamos al hotel y mientras sacábamos las pocas cosas que llevábamos, nos trajeron la ropa: un *smoking* completo, traía hasta zapatos, no le faltaba un detalle, no sé si sería de alquiler, pero le estaba que ni a medida.

—Menos mal que hacen algo bien —dijo mi marido el sinvergüenza.

Para mí era un vestido palabra de honor en un tejido brillante en tonos morados y malvas muy difusos que le daban una preciosa tonalidad, se adornaba en la cintura con una banda ancha malva de satén y con un corto de falda bastante llamativo, le acompañaban unas sandalias de pedrería y un abrigo del tono de la lazada que adornaba el vestido. Abrigada lo que se dice abrigada, no iba, pero la atención la iba a llamar seguro.

Al sacar la ropa, una caja de terciopelo roja salió de entre el envoltorio, Robert seguía comprobando cómo le caía el traje, así que la abrí. Había una sencilla pulsera de oro, eran dos cadenas no muy gruesas, y entre ellas había unas letras separadas por dos signos de infinito con un pequeño brillante en cada hueco del símbolo (como no entiendo de joyas, pensé que eran circonitas, luego me enteré de que eran brillantes) en un lado ponía ‘París’ y en el otro ‘*Je t’aime*’; además colgaban unas miniaturas de monumentos emblemáticos de la ciudad, la Torre Eiffel, Notre Dame, Le Sacre Coeur y el otro era la fachada de su bar de copas con el nombre arriba Le Grotte, el sitio donde nos conocimos, todo en miniatura. ¿Cómo había podido hacer aquello? Desde luego era un auténtico seductor, las molestias que se tomaba para echar un polvo. Había una tarjeta con su nombre, no tenía dirección.

Me gustaría que la llevaras puesta, si no te causa ningún trastorno: está hecha especialmente para ti, mercie princesse.

No me la puse, no podía, iba a ser el detonante de una bronca monumental y además la excusa de Robert para decir que tenía un lío con el francés, no me interesaba ninguna de las dos cosas. Nos recogió René a las ocho de la noche. La presentación se realizaba en uno de los mejores hoteles de París, era un lanzamiento importante que entraba con mucha fuerza en el mercado. Girard ya estaba allí, le había visto con *smoking* el día del rodaje del anuncio, pero verle ahora en una fiesta rodeado de gente elegantemente vestida, de mujeres

que se le comían con los ojos y con esa desenvoltura que tiene este tipo de personaje acostumbrado a moverse en esos ambientes era inolvidable. Yo me sentía como el patito feo, aunque reconozco que cuando me vio, la cara se le iluminó, vino derecho a nosotros y no podía disimular la satisfacción que sentía. Vi que miraba mi muñeca y le hice un gesto negativo con la cabeza y emití un casi inteligible «no puedo»; su cara se endureció, no era un hombre que se conformara con una negativa, pero no podía hacer otra cosa.

—Ven, Elise, te voy a presentar. Robert —le dijo a mi marido, saludándole con un movimiento de cabeza.

Robert no contestó.

La cena era tipo bufé, donde unos podían ponerse morados y otros irse a casa con más hambre que al llegar. Los camareros se paseaban entre los invitados llevando bebidas, que era lo que más se consumía. Y varias pantallas de televisión emitían incansablemente el famoso anuncio de los relojes que era de un gusto extraordinario. Girard nos presentó a varias personas que debían ser influyentes, pero que no conocía y digo «nos» porque hacía la presentación extensiva a Robert que al fin y al cabo seguía siendo mi marido, aunque solo fuera de nombre. No habíamos vuelto a compartir cama desde hacía casi dos meses y hacía cinco de nuestra boda. Él me rehuyó en su momento para castigarme con un acto machista, y ahora la que no quería era yo.

Girard fue a buscar a un grupo de tres hombres para presentarme y nos dirigimos a un saloncito y allí me los presentó como los propietarios de una cadena de televisión independiente que querían rodar una serie larga de capítulos sobre grandes ciudades del mundo.

— Esto es algo que ya se ha hecho, pero quieren darle un aire más moderno, quieren también una cara nueva y les ha gustado la tuya, te llaman «la nueva cara de París».

—Bueno, habría que viajar, y yo no ando muy bien de idiomas.

—Yo haría el de París contigo y será divertido compartir el idioma.

—Y los demás.

—Habría que buscar un compañero de rodaje, yo, sintiéndolo mucho, no puedo dejar mi trabajo. Estos meses casi no he viajado, pero hay temporadas que lo mismo estoy en Londres, Nueva York, Australia...

—Sí, ya, y Munich.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, porque cuando te llamé estabas en Munich, ¿no? —Esto último se me escapó, fue la llamada que hice para lo de los talones, y ahora Robert se estaba enterando de que le había llamado, tenía que inventar algo para que no supiera la verdad.

La conversación giró sobre el nuevo trabajo, aunque me dijeron que si aceptaba querían grabar unos días en París con los adornos de Navidad en las calles, así que tendría que volver antes para grabarlos; luego continuaríamos en enero. Dejamos apalabrado lo de Navidad y Marcel se encargaría de avisarme. En enero tenía que ir a la escuela de modelos para aprender a moverme por una pasarela. Tenía que alquilar un apartamento, no podía estar con este ir y venir. Tenía la cabeza como un bombo. No había comido nada y había bebido dos o tres combinados. Girard me lo notó.

—¿Qué te pasa?

—La cabeza, me duele.

—No has comido nada.

—Ya me ocupo yo —dijo Robert.

—Si me permites —contesto él.

Hizo una llamada.

—Te he dicho que yo me ocupo —insistió Robert.

—Tengo que daros los talones.

Palabra mágica. Le conocía bien.

Unos minutos después entraban dos camareros, uno con una bandeja de comida y otro con bebida. Nos acomodamos en un precioso sofá blanco y me sentó de maravilla. Hablamos sobre la nueva oferta de trabajo que se haría en varios meses y según el resultado de la distribución y en todo caso si veía que me salía otra cosa que me hiciera viajar menos, lo dejaba. Robert no hacía ningún comentario. Cuando hubimos saciado un poco el apetito, Girard sacó unos sobres del interior de su *smoking*.

—Toma, los dos de los perfumes y el de los relojes. No han podido darme una fecha más cercana por temas contables.

Robert protestó, claro.

—Sois unos caras, ¿qué pasa? ¡Tanto anuncio y ahora no tenéis dinero! ¿O es que nos vais a dar largas? Me parece que sois un hatajo de embaucadores.

Girard se levantó, le cogió por la solapa y le empujó contra la pared.

—Eres un cabrón, ya te lo dije una vez y lo repito. Habéis venido a París cinco o seis veces, solos y acompañados, y no te has gastado un euro. Habéis

estado todos a gastos pagados, en buenos hoteles y hasta con ropa cara enviada por la gente que mueve todo este tinglado. No te he visto ni una vez preocuparte por nada, ni siquiera por tu mujer que es la que ha madrugado y ha trabajado y lo único que haces es quejarte. No te rompo la cara, sinvergüenza desagradecido, por ella, si no, tú no volvías a entrar en París. Y no es una amenaza ni un farol.

Robert estaba pálido. Cuando le soltó, dijo: «Te vienes o te quedas».

Me disculpé con Marcel: «Lo siento». No sé lo que hubiera dado por quedarme en la fiesta con él y aprovechar el precioso vestido que llevaba. Me hubiera encantado. Hacía tanto que no disfrutaba ni de una fiesta ni de una pareja. Mis ojos reflejaban una gran tristeza y él lo notó.

—Si tienes problemas esta noche, por favor, llámame.

—Te lo prometo.

Los tuve, claro que los tuve. Nos llevó René. En la habitación surgió la bronca, porque toda la atención recaía sobre mí, porque Girard estaba demasiado pendiente, porque el vestido era muy corto, porque los talones me los dio a mí y él era el cabeza de familia y porque le había llamado cabrón. En el fondo me daba pena. Su madre había convertido a un buen chico en un pequeño monstruo que a saber cómo acabaría con su necesidad machista de dominar. Recordaba los hombres que me habían rodeado aquella noche, su comportamiento, y Robert no les llegaba a la altura ni aunque subiera a un rascacielos. Yo no le contestaba. Me pidió los talones, tenían fecha del 15 de febrero, Robert dijo no sé qué de la fiscalidad. Me daba igual, a mí la fecha me venía de miedo, esperaba que la notificación llegara antes de final de año, no quería tener el martirio de pasar ni un día de Navidad con ellos. Yo no contestaba a nada. La excusa que puse para la llamada fue que me había llamado Jean Pierre para anticiparme algo de lo de la televisión, y me dijo que llamara a Girard que estaba más enterado, pero estaba en Munich. Se había quedado con los talones, no sabía si pedírselos o dejárselos. No podía ingresarlos hasta el vencimiento, pero me daba miedo que le llegara la notificación y los rompiera.

—Dame los talones, por favor.

—Para qué los quieres, sabes que las cuentas las llevo yo.

—Y cuando llegemos a Madrid te los daré, pero me hace ilusión mirarlos: para tan poco trabajo y tan agradable es un buen pellizco.

—Te gustaría acostarte con él, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta que llevo cinco meses casada y dos sin marido, me vendría bien cualquier cosa y él es todo menos eso.

—Tiene razón mi madre, sois todas unas zorras.

—Incluyendo a tu madre, ¿no?

Si seguía por ahí iba a estallar y podía perder casi cuatro mil euros. No estaba dispuesta, tenía intención de dejarle pelado.

—Mira, sabes qué, vete con tus talones y búscate dónde dormir, no quiero tenerte cerca.

—Esta habitación me la han reservado a mí, así que sal tú de aquí.

—Si no te vas —estaba rojo como el infierno—, voy a armar tal jaleo que todo el hotel se va a enterar de que tienes un lío con el famosísimo Marcel Girard. Tú verás.

No podía más. Estaba en pijama, me puse el abrigo que había traído de Madrid y salí de la habitación y del hotel. La tensión de todos aquellos días desde mi apendicitis, casi perforada, era insoportable; el no poder mandarlo todo a la mierda de un golpe, también, no poder contar la verdad de lo que estaba pasando, igual, y que Robert se siguiera aprovechando de mí de una manera tan cruel, me iba a pasar factura, iba a caer enferma. Eché a andar calle abajo con un llanto inconsolable. Era tarde, casi no había nadie por la calle, y no sé si los pocos transeúntes se percataron de que iba en pijama, atravesé tres manzanas y llegué a una plaza cuando un coche negro se paró a mi lado. No veía quién conducía, porque las lágrimas enturbiaban mi visión.

—René, qué hace usted aquí.

—Espere madame, espere.

Se bajó del coche, me abrió la portezuela de atrás.

—Pase madame, he avisado al señor, viene hacia aquí.

—Cómo ha sabido usted lo que pasaba.

—Cuando usted viene a París, tengo orden de *monsieur* Girard de dormir en el hotel y estar pendiente de lo que usted necesita.

—¡Dios mío!, ¿desde cuándo?

—Desde el rodaje del tango, *mademoiselle*.

Aparcó en un sitio más apropiado, volvió a hablar por teléfono y unos minutos después el ruido de una moto rompió el silencio. Era Marcel, habló unas palabras con el chófer y se metió en el coche. René se fue conduciendo la moto.

—¿Qué ha pasado, princesa, te ha hecho daño, te ha levantado la mano?,

dime qué ha pasado.

Estaba muy nervioso, no le había dado tiempo a cambiarse, se había quitado la chaqueta del *smoking* y se puso encima una cazadora de cuero de motorista y el casco.

—Yo hablaba entrecortadamente entre las lágrimas que ahora ya corrían sin pudor por mi cara.

Le conté lo que había pasado desde el viaje de novios, las veces que me había echado de la cama, que casi se me perfora el apéndice por no querer llevarme al médico, mezclaba el tema del dinero con mi padre enfermo, con mi madre que no pudo cuidarme, con él, del que no recibí el mínimo afecto y todo por una mierda de dinero. «Te echo tanto de menos», le dije. Él se estremeció, me besó en el pelo.

—Llévame contigo, Marcel, no me dejes, por favor, llévame contigo. No me importa si solo quieres echar un polvo, si has hecho una apuesta con algún amigo o quieres reírte de mí, no me importa nada. Solo necesito que me quieras. Necesito saber que merezco la pena, que soy valiosa para alguien, por favor.

—Princesa, no te imaginas lo que me cuesta decirte que no, no tienes idea del sacrificio tan grande que representa para mí negarme a mí mismo lo que llevo deseando unos cuantos meses. Has entrado en mí como una luz, no eres una mujer para echar un polvo o para follar un tiempo, te has convertido en mucho más. Sé que me voy a arrepentir de esto, pero no quiero que te vengas conmigo porque no te quieres ir con él. Quiero que vengas conmigo por mí, porque me deseas, porque soy importante para ti y porque él no representa nada. Quiero que sientas como yo la necesidad impaciente de estar a todas horas conmigo. Si yo ahora hago lo que me manda el corazón y te llevo a mi casa, luego dirías que tienes que terminar tus asuntos con él. Si te dijera que no te preocupes del dinero que yo tengo para eso y para más, dirías que no quieres mi dinero, que quieres arreglarlo a tu manera y al final tendríamos una discusión que estropearía todo lo maravilloso que tendría el principio de esta relación.

—Pero tú no quieres una relación, me lo has dicho.

—Hasta que te conocí así era, y tampoco sé cuánto duraría, pero fuera lo que fuera y durara lo que durara, sería contigo. Ahora dime qué quieres hacer.

—Tienes razón, no quiero volver a casa con él, le odio con todas mis fuerzas, es despreciable, pero tengo que llegar al final. No es mucho dinero,

pero suficiente para empezar aquí. Tendría que alquilar un apartamento para ser más independiente y me hace falta.

—Sabes que conmigo no tienes problema.

—Lo sé, pero quiero hacerlo sola.

—Ah, se me olvidaba, os habéis ido tan deprisa que no me ha dado tiempo.

Sacó un sobre arrugado del bolsillo del pantalón y mejor así, de esta manera él no lo ve. Alargó la mano para dármelo

—¿Qué es, Marcel?

—Lo que me han pagado a mí, yo no lo necesito, de verdad, quiero que lo tengas y más ahora que sé que lo necesitas y te quieres venir a París; por favor, cógelo.

—No —le dije, sujetando sus manos: solo ese contacto ya me hacía correr el calor por mi cuerpo—. No, piensa en algo en que puedas emplear todo ese dinero, como el que tienes de la subasta del baile. Pero no se lo encargues a nadie, a tus asesores, abogados, a toda esa gente que te rodea: hazlo tú, busca tú algo bonito donde implicarte. Eres una buena persona, lo sé, conmigo te has portado de maravilla y veo cómo tratas a la gente que te rodea. Seguro que encuentras dónde emplear ese dinero.

—¿No me lo vas a coger?

—No.

—Está bien. Deja de llorar, por favor.

Tenía la cara pegajosa, supongo que el rímel corrido, no me había desmaquillado, el pelo revuelto y debía estar horrorosa.

—Vamos a ir al hotel —me dijo—, cogeremos una habitación y vas a dormir lo que puedas, si quieres me quedo en la habitación contigo.

—Gracias, mejor no.

Le dijo a René, que había vuelto, que condujera hacia el hotel, paró en la puerta.

—Ahora voy a hacer algo que deseaba hace tiempo.

Iba apoyada en su pecho y él me llevaba cogida de los hombros; con la otra mano levantó mi barbilla y me besó en la boca, yo tenía los labios entreabiertos y según él iba jugando con mi boca, yo la abría saboreando aquel calor y aquella suavidad. Un beso caliente, profundo y suave como aquel era el preludio para continuar con una entrega total, así lo estaba sintiendo, hasta el punto que cuando separó su boca de la mía, yo había ido abriendo mis piernas instintivamente esperando que sucediera algo más.

Se separó de mí con un suspiro y yo me quedé vacía, no era eso lo que yo esperaba.

Pagó otra habitación.

—Lláname cuando llegues, por favor.

—Sí, contesté.

Al día siguiente volábamos a Madrid como dos desconocidos. Días después llegó la notificación de divorcio. Fue un drama. Se arrepintió, rogó, pidió perdón, no sabía por qué había hecho todo aquello, fue a casa de mis padres. Mi padre, pobre, sacó fuerzas de flaqueza y le echó de casa y Juanjo casi le pega. Llamaron hasta ese momento mis cuñados y quedé en tomar café un día con ellos. Me despedí de su padre. Año nuevo, vida nueva. Eso fue para mí. Aquel año que empezaba iba a cambiar mi vida.

Marcel

Por fin se habían terminado los malditos rodajes. Era libre otra vez, tenía abandonado mi trabajo por la obsesión que tenía con la española. Tenía que volver a ser yo, toda esta ñoñería no casaba con mi forma de ser. Está claro que algo en ella me había cautivado, pero ¿era una cuestión de sexo?, ¿me la llevaría a la cama unas cuantas veces y se me pasaría? ¿Era tan desinteresada como aparentaba o era una falsa que quería hacerme creer que era así para que yo cayera en la trampa de «es distinta a las demás, no viene a por mi dinero»? Juré hace tiempo que ninguna mujer me iba a engañar otra vez, tenía suficiente experiencia para conocer a fondo a las mujeres y huir de las falsas buenecitas y, qué demonios, tampoco quería eso, yo solo quería divertirme, tenía muchos años por delante, era joven, tenía claro que gustaba a las mujeres, no es arrogancia, pero estoy muy bien dotado en todos los sentidos y no quería compromisos de larga duración, entonces: ¿por qué esa obsesión?, ¿qué me podía dar ella que no me dieran otras?

¿Cuerpo? Los tenía mejores, pero recordaba continuamente el día del ensayo del tango, cuando se quedó con ese ajustadísimo pantalón y top negro, y que no podía quitar mis ojos de ella, ¿me hubiera gustado quitárselo muy despacio, teniéndola debajo de mí y disfrutando de toda ella durante horas? Respuesta indiscutible: sí.

Inteligente. Indudablemente, sí. Tenía una cultura un tanto básica, pero al mismo tiempo una curiosidad y una necesidad de aprender que era evidente, seguramente conseguiría lo que se propusiera.

Desinteresada. En lo que a mí respecta, sí, si era una falsa apariencia no lo sé todavía, hasta la fecha le había pagado los hoteles y el avión por mi afán de verla, ella no había pedido nada y luego tres vestidos, usados, los de los rodajes y el de la presentación y una pulsera que mandé se la hicieran para ella, no hay otra igual. Me había costado mucho menos de lo que me cuestan las de las otras, pero sabía que a ella le iba a gustar mucho más.

Sexo. Ni idea, todo eran especulaciones conmigo mismo, lo que haría y lo

que dejaría de hacer, pero es que únicamente pensando en ella besándola, lamiéndola, chupando los más escondidos rincones de su cuerpo, mi polla se pone a cien. Era sexi y sensual, tenía una forma de moverse que solo con mirarla me encendía. Si me pongo a pensar en Marlene, en Bárbara, en Helen, en todas ellas, no hay ninguna que me produzca esas sensaciones.

Llamé a Günther, le saludé con afecto, era un tío que me caía fenomenal, siempre tenía un sí. Le dije que preparara alguna cosa «especial» para dentro de unos quince días, me hacía falta desintoxicarme y olvidarme de la española, tenía que poner una barrera entre ella y yo. Debía primero poner al día algunos asuntos del trabajo que tenía algo abandonados, un viaje a Londres y después me iría un fin de semana a pasarlo bien.

Llegué a Munich casi tres semanas después a mediodía, estuvimos comiendo en uno de nuestros restaurantes favoritos, buena cerveza y buena carne. Hablamos de cosas superfluas durante la comida y después nos fuimos a su casa. A Günther le pasaba lo que a mí, le gustaba la ciudad. Tenía un gran apartamento en una de las mejores zonas de Munich. Era un estupendo anfitrión. No tenía muchas personas a su servicio, pero siempre estaba dispuesto a recibir gente en su casa, yo era más solitario, mi casa era para mí. No era tan generoso con mi espacio como él. Cuando venía a París indudablemente venía a casa, pero no me gusta compartir mi intimidad, soy un poco especial para eso.

Cuando estuvimos cómodamente sentados y con una copa en la mano, mi amigo disparó a bocajarro:

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —pregunté sorprendido—. Nada, ¿por qué?

—Porque te conozco. Llevamos sin hablar ¿cuánto?, dos meses o más. Tú y yo nos comunicamos muy bien. Nunca estamos sin hablar tanto tiempo y casi una vez al mes nos haces una visita, y si estás muy liado y tienes viajes sueles darme un toque y hablamos si hemos conocido a alguien nuevo o hemos tenido alguna otra experiencia. Siempre hemos tenido una buena relación.

—Bueno, tú tampoco has llamado.

No me había dado cuenta de que llevaba tanto tiempo fuera de servicio y que además parece que no lo echaba de menos. ¡Asombroso!

—Pues no me ocurre nada importante, o eso creo.

Y le conté lo de la española. Se lo conté sin guardarme nada, bueno, lo de correrme en la cama no se lo dije, me pareció pueril. Günther me conocía

bien, sabía lo que me gustaba y con el tema de follar éramos muy parecidos. Sabía que cuando estaba a gusto con una mujer, era insaciable. No era más que sexo, en eso estábamos de acuerdo, pero era un ejercicio que me gustaba mucho. No había amor ni celos ni nada parecido, sí respeto, limpieza y caballerosidad. Nada más, y mucho menos, enamoramiento.

Cuando terminé de contarle, me dijo:

—Pero, ¿te la has tirado?

—Qué va, para nada.

—Y por qué.

—No he tenido ocasión.

—No me lo puedo creer —soltó una risotada que se oyó por toda la casa—. ¿Ocasión? A ti te hace falta tener ocasión ¿desde cuándo?

—Joder, tío, no voy a llegar y aquí te pillo, aquí te mato.

—Hay algo que no me cuentas.

—No, de verdad, es como te lo digo.

—Bueno, no sé..., quizá como no te la has tirado existe una tensión sexual no resuelta que está ahí haciéndote polvo.

—Por eso he venido, llevo casi dos meses sin follar.

—¿Queeé?, no jodas tío, esto es peor de lo que pensaba.

—No, a ver, que no es para tanto, teníamos el tiempo justo de ensayar, siempre con el marido ahí metiendo las narices, y si no, con un cuñado o hermana. Parecía una folklórica rodeada de familia. Le hice dos o tres regalitos, pero no me ha dado tiempo a una seducción como Dios manda.

—Tú las miras y las tienes debajo, que te conozco.

—Ella es especial, no has visto los anuncios.

—La verdad es que no.

—Te los he traído todos, todavía no ha salido el último.

—¿Quieres que la conozca?

—Quiero que la veas y me digas qué es lo que me pasa, estoy hecho un lío, perdona que te meta en esto.

Pusimos el pendrive en el ordenador y empezaron a pasar los tres anuncios. Cuando terminaron no me dio tiempo a decir nada.

—Hombre, la niña es un bombón. Es muy deseable, tiene un no sé qué en la mirada muy especial. No es la típica chica de tu estilo, pero tiene tipazo, está muy bien formada y con unas curvas de infarto, está para comérsela y sus pechos son para quedarse ahí horas. La ropa le cae de lujo, así que desnuda...

Me estaba poniendo de mala leche con tanto análisis.

—Bueno, entonces ¿qué te parece? —solté con un bufido.

—Que la tienes que invitar a un viaje y preparamos un fin de semana algo suavcito para que no se asuste. Llamo a Berta que es de confianza y podemos iniciarla a ver qué pasa.

—Pues que no, si no he avanzado yo con ella, cómo la voy a traer a meterla entre otras tres personas, va a salir corriendo.

—O no, quién sabe lo que le gusta, lo mismo te crees que es más simple y luego resulta que le gusta el sexo a mayor escala, ya sabes, uno por delante, otro por detrás, otro...

—Vale, vale, ya me hago a la idea. Vamos a dejarlo aquí.

—No quieres hablar de ello.

—Me tengo que duchar y prepararme para luego.

—Ya, vale, luego nos vemos.

La noche no empezó mal, las chicas eran espectaculares y además nos conocíamos de otras veces, la otra pareja era una nueva incorporación para mí. Entramos en el local muy animados y pasamos a la sala que había reservado Günther; ya la conocía, tenía muchos espejos, por lo cual las distintas posturas y situaciones se repetían dando al ambiente un aire morboso. Tenían una gran vitrina con instrumentos de tortura (los llamaba Günther), porque alargaban y aumentaban el tiempo del placer. Cuando alquilabas la habitación te daban una llave que usabas para abrir la vitrina y cuando te ibas la entregabas y aquello se limpiaba e higienizaba a fondo como el instrumental de un quirófano. Todo iba fenomenal, yo me encontraba en forma después de tanto tiempo y ya había tenido dos buenos orgasmos con una de las chicas, cuando terminamos y nos aseamos, mi compañera en este primer envite se fue con la otra y me quedé con la que tenía pareja, llevaba un rato dentro de ella cogiendo ritmo cuando se acercó Günther y le metió la polla en la boca, inmediatamente se acercó su novio por detrás, se puso debajo de ella y cuando la estábamos follando los tres a la vez, no puedo creerme lo que hice de repente, me acordé de las palabras de Günther sobre lo que le podía gustar a Elise y vi su imagen entre los tres, desnuda y expuesta, me dio una arcada y salí corriendo al baño para no vomitar encima de aquella pobre chica.

Vomitó tres o cuatro veces, al rato, supongo que cuando terminaran con lo que estaban haciendo, no podían dejarla así, vino mi amigo. Yo tenía muy mala cara, le dije si podían terminar sin mí y me marché. Estuve dando tumbos

andando sin rumbo, hacía muchísimo frío, decidí irme a casa, me di una ducha caliente y sin tomar nada me acosté. Tuve pesadillas con la Inquisición y con Juana de Arco, por lo menos en el sueño quemaban a alguien en una hoguera.

Me levanté mucho mejor, algo me tuvo que hacer daño, desayuné con apetito. Günther no dijo nada, solo me miraba y me preguntaba si estaba mejor. Le dije que sí, como él me había visto terminar en dos ocasiones y no sabía lo que yo pensaba cuando estábamos los tres con aquella chica, el hombre no sospechó nada. Me dijo que si quería repetir esa noche para rematar.

—Creo que no, prefiero salir a cenar y a tomar una copa por ahí, y si ligo algo pues me voy a un hotel, pero lo de anoche no, bastante mal me siento con haberos dejado solos.

—No te preocupes —se rio—, tocamos a más y menuda cara tenías, estabas fatal.

Mejor, asunto zanjado, no iba a volver a hablar del tema hasta que no lo tuviera claro.

Subí a mi habitación para ver lo que me había dejado Marthe, mi secretaria en la agenda. Había una llamada de Elise, qué raro, nunca me había llamado. Me controlé para no llamar, ya lo haría el lunes. Pasamos el día sin pena ni gloria y por la noche salimos a cenar y a tomar una copa, fuimos a un habitual donde se ligaba con facilidad, disimulé mi mal humor como pude y tonteeé con alguna de las chicas que había en el local, puedo decir que no surgió la chispa con ninguna, pero también es cierto que no puse nada de mi parte para que sucediera. Al final nos fuimos a casa y el domingo salí para París.

Empezó la semana con trabajo y antes de que yo pudiera llamarla me volvió a llamar ella a mí, se disculpó por su insistencia pero me contó el problema que tenía con los talones. No me podía creer que ese desgraciado estuviera haciendo todo eso por una mísera cantidad de dinero, su maltrato, porque de alguna manera lo era, todo era denunciabile, pero ella quería hacerlo a su manera. Me sentí muy culpable porque me había necesitado y no estuve a la altura, además le mentí diciendo que no me habían dado el recado. Oír su voz era un bálsamo para mí y ahora estaba seguro de que si el fin de semana lo hubiera pasado con ella, hubiera sido maravilloso. Quedamos en vernos, si podía, para la presentación de la marca del reloj.

Jean Pierre me confirmó días después que vendrían, pero que no tenían ropa de gala. Quedé con él en su *atelier*, quería escoger un vestido para ella.

—¿Qué pasa, te ha dado fuerte?

—Parece que sí, ya veremos lo que dura —no quería parecer un blando enamorado.

—Mira, no soy quién para decirte lo que tienes que hacer pero...

—Exactamente, no eres quién. Es como si yo te digo que no te enrolles con este o aquel.

—Esa chica tiene algo especial.

—Ya me he dado cuenta de que incluso tú la miras de esa manera, si no fueras gay ya te habría roto la cara.

—No es por eso. Me recuerda a mi hermana. Ahora tendría su misma edad y tienen una forma de ser parecida. Si no hubiera sido por mi culpa...

—No lo fue, Jean Pierre, fue un accidente y un camionero borracho.

—Pero si yo las hubiera llevado en vez de quedarme aquí con mi chulo de turno, quizá..., y además las dos, mi madre y mi hermana.

—Tenía que pasar, no te culpes.

—Pues te advierto, no le hagas daño. Tengo intención de cuidar de ella y tú eres un cabronazo mujeriego que no te mereces a alguien así.

—Bueno, los catálogos.

Cuando conseguí sacar a mi amigo de esa espiral familiar, elegí uno de los vestidos del diseñador alemán para la temporada primavera verano. No era de mucho abrigo, pero era uno de los modelos exclusivos y además iba a estar poco en el exterior. Le iba a sentar de maravilla. Había escondido entre el envoltorio del vestido una cajita con un regalo. Era una pulsera de oro con cuatro brillantes incrustados, con una palabra, 'París', y una frase: *Je t'aime*, se podía leer: «París, te amo», pero no era esa la intención, realmente París es el sitio donde nos conocimos y el *je t'aime* iba dedicado a ella. Además, llevaba unos colgantes con los sitios más conocidos de la ciudad más la fachada de Le Grotte. Era una pulsera muy personal. Le pedí que se la pusiera. No lo hizo. Me sentó fatal, nunca ninguna mujer se había negado a una petición mía y me crispé, aunque luego entendí el porqué.

Llegué con bastante adelanto a la fiesta, quería estar allí para que cuando llegara no se sintiera sola. Llevaba algo más de media hora cuando vi que algunas cabezas masculinas se volvían a la vez hacia la entrada; me volví, era ella, estaba preciosa, esos colores como ya suponía le sentaban de maravilla, a su lado su marido, diría, si no le tuviera tanto odio, que era un tipo interesante, bien vestido, sabía llevar la ropa, hacían una bonita pareja que afortunadamente iba a romperse. Me acerqué a ellos. Le di dos besos, aunque

hubiera preferido que fuera uno bien dado, no me hubiera importado el sitio, en fin, habría que esperar. A él lo saludé con un movimiento de cabeza al que no contestó. Mejor, las espadas estaban en alto.

Después de presentarle a algunos de los invitados más influyentes, de los que seguramente no se acuerda, los introduje en un saloncito junto a tres personas más, director, productor y guionista de un nuevo proyecto laboral que querían que hiciéramos juntos. Un reportaje sobre algunas de las más importantes ciudades del mundo. Un bonito proyecto que esta vez no producía yo. Hablamos sobre el tema y cuando se llegó a un acuerdo y nos quedamos solos, saqué unos sobres del interior de mi chaqueta con los talones y se los di. Me disculpé por la fecha, ella me lo había pedido, y él se puso como una fiera, insultándonos, y no pude más, lo arrinconé contra la pared y estuve a punto de liarme a puñetazos, me alegro de no haberlo hecho porque lo hubiera pagado con Elise. Se marcharon enseguida. Yo estuve aproximadamente media hora más y cuando llevaba en casa otro tanto, me sonó el privado, otro móvil que tengo para cosas muy urgentes. Era René, me informaba de que le habían llamado de recepción para informarle de que la señora había salido en ropa interior y llorando del hotel y había echado a andar calle abajo, parecía sin rumbo. René dormía en el hotel desde el rodaje del tango para tenerme al tanto de lo que pudiera pasar con esta pareja, no me fiaba del marido, y no podía saber qué pasaba dentro de la habitación.

Todavía no me había cambiado de ropa, así que me puse la cazadora de cuero encima de la camisa, cogí el casco y salí pitando. Cuando llegué al coche y entré, vi a una criatura deshecha en llanto, se había roto, se agarraba a mi cuello desesperada, balbuceaba cosas de su marido, del dinero, su familia. Toda la angustia de estos meses estaba saliendo ahora, me pedía que me la llevara, que le daba igual para lo que la quisiera, pero que la quisiera. Ese maldito desgraciado le había hecho creer que no valía para nada ni para nadie. En una chica tan joven y con tantas ilusiones el trato que había recibido la había destrozado. Me la hubiera llevado a mi casa sin pensarlo y se habría quedado conmigo con todas las consecuencias, pero si la conocía un poco, y creo que sí, se hubiera arrepentido y nuestra relación habría acabado en fracaso. Ella necesitaba estar segura de lo que hacía y de lo que quería. Bien sabe Dios que lo que más quería yo en ese momento era tenerla, pero renuncié, estaba haciendo algo honesto con una mujer por una vez en la vida, yo que me había llegado a tirar a la hija de un socio de mi padre, recién casada y

embarazada, aunque esto último no lo sabía, y simplemente porque se me insinuó. Ya he dicho que llegaba donde ellas quisieran. No estoy muy orgulloso de esto último, pero así es como funcionaba: si ellas no respetaban a su pareja, ¿por qué tenía que hacerlo yo?

Después de tranquilizarla y dejarle ver que sí me la llevaría, pero prefería que lo pensara, recapacité, me dijo que tenía razón y prometió llamarme si necesitaba lo que fuera. No me iba a llamar, ahora lo sé, era muy orgullosa y mi renuncia se la estaba tomando como un «no quiero responsabilidades ni compromisos», pero me dijo: «Vale». La besé, la besé con la misma ternura del primer amor, con la misma pasión del amor más loco y apasionado, con un deseo insoportable por tenerla y la desesperación de no saber cuándo iba a pasar.

Volvimos al hotel y cogí otra habitación para ella, me ofrecí quedarme y se negó.

—Lláname cuando llegues.

—Sí, lo haré.

No lo hizo, la volví a ver cuando vino en Navidad a rodar la serie de televisión, y su actitud conmigo había cambiado, estaba fría y distante. Aunque el rodaje salió perfecto. No la vi hasta que Jean Pierre me dijo que estaba en París y había alquilado un apartamento. No supe entender la falta que le hacía y había tomado mi negativa como una clara excusa para no comprometerme.

Elise

Durante los días que estuve en París en Navidad alquilé un pequeño apartamento, son carísimos, apartamentos de dieciocho o veinte metros cuadrados, pasaban de los 1000 euros y el dormitorio era una salita con un sofá. París es una ciudad muy cara. En Madrid se encuentran ya no apartamentos, sino pisos de tres habitaciones más baratos. Al final encontré uno que sin ser céntrico, ni mucho menos, cubría mis necesidades. Treinta metros cuadrados, pero cabían una cama, un armario empotrado y una mesita de trabajo, una minicocina y minibaño con una ducha; todo pequeño, lo bueno es que estaba reformado, tenía internet y con alguna cosilla que pensaba comprar para mí era suficiente, tampoco pensaba quedarme a vivir allí el resto de mi vida. Si el trabajo me iba bien me quedaría un tiempo, y si no a Madrid de vuelta, siempre tendría una cama y comida, aunque no quería volver con el rabo entre las piernas.

Como era vuelta al trabajo y a los colegios, no había mucha familia donde buscar para ayudarme con el traslado, al final hablamos con el tutor de Gaby en el instituto y como empezaba el segundo semestre y él iba bien en los estudios, nos dijo que podía faltar unos días y nos acompañó también mi cuñado. Nunca me fallaba. Serían un día de ida, otro para colocar las cosas que me llevaba y otro para volver, no les iba a dar tiempo a ver nada.

A la única persona que llamé para decirle que estaba allí fue a Jean Pierre, se puso muy contento y me prometió venir a ver mi guarida en cuanto tuviera un rato, qué buena persona. A Marcel no le llamé y le dije a mi amigo que no se lo dijera, no quería verle. El día de la presentación cuando le pedí ayuda desesperada no me la dio. No sé cómo al final fui tan tonta y caí en la trampa pensando que le importaba algo. Ahora cada uno a lo suyo, yo a prepararme para el desfile, tenían que decirme a qué escuela de modelos tenía que ir y cuándo había que rodar lo de la televisión, a organizarme y a pasar los próximos meses allí.

Tenía una pequeña nevera y vacía, pero por suerte la zona en la que estaba el

apartamento tenía supermercado, farmacia, había una estupenda pastelería y bastante cerca una boca de metro.

Estaba contenta, tenía pensado ir a algún sitio donde vendieran muebles de segunda mano y compraría un biombo bonito para separar la zona del dormitorio y tener otra para leer o manejar el ordenador que por fin apareció en casa. El cabrito de Robert lo tenía escondido para que no me metiera en internet y mirara las cuentas. Quería comprar también un sofá cama sencillo para dar un poco más de ambiente a aquella especie de sala de despiece.

Mi hermano y mi cuñado se habían ido al aeropuerto y la tía le había dado a Juanjo un sobre para que me lo diera con 5000 euros para ayudarme con los primeros meses de alquiler, pobrecilla, no sé cuándo le voy a pagar todo lo que debo. Tenía que abrir una cuenta para depositar los tres talones que tenía pendientes y con el dinero del finiquito de la empresa, la paga y los meses de noviembre y diciembre, tenía de sobra para comer unos cuantos meses, así que cogí las llaves de «mi casa» y me fui a la calle a hacer un poco de compra y llenar el frigo que estaba allí en una pared pegado a la minicocina. Estaba muy emocionada y también triste por mis padres. Fue una despedida muy emotiva. Nadie quería llorar y todos lloramos. Esa noche la pasé muy mal, echando de menos a todos.

Me levanté temprano, hacía mucho frío, pero traía ropa de abrigo, me iba a meter en la ducha cuando llamaron a la puerta, ¡vaya horas!, era la señora que me había alquilado el pisito, me traía croissants calientes para desayunar, ¡madre mía!, estaba contenta por alquilármelo porque me iba a quedar más tiempo y así dice estaría más cuidado, además me lo había dejado más barato, la invité a pasar y declinó la invitación, la mujer no quería molestar, quería darme la bienvenida. Fui a hacer café rápidamente para que no se me enfriaran. Empezamos bien.

Estuve dando vueltas y viendo las posibilidades que tenía con los transportes, estaba lejos del barrio latino por si se me ocurría ir alguna noche a Le Grotte; de todas formas, como seguro tendría que madrugar, no tendría mucho tiempo para el ocio, mejor, así no pensaba en él. Había recordado durante días su beso, no se me iba de la cabeza. Sonó mi móvil, también tendría que ver lo del teléfono, me compraría otro para allí, era Jean Pierre:

—¿Dónde estás?

—Dando una vuelta por mi nuevo barrio, para conocerlo y ver el sistema de transportes.

—¿Dónde lo has cogido?

—En Montparnasse.

—Bueno, no está del todo mal. A tu amigo no le va a gustar.

—No tiene por qué saberlo.

—Ya sabe que estás aquí, me ha llamado.

—¿Por qué no me ha llamado a mí?

—Te ha llamado, cielo, pero no se lo coges.

—Estaría en la ducha.

—Oye, vente para acá, tenemos que hablar de tus clases y comes conmigo.

—Vale, Jean, tengo ganas de verte.

Tenía de las otras veces guía de metro y de RER, así como de autobuses, no me costó llegar.

No nos habíamos visto cuando vine en Navidad y me alegré mucho, estaba más guapo.

—Te ha sentado bien el año nuevo, estás más guapo —qué presumido y coqueto era, le encantaban los halagos.

—Tú tienes un fondo de tristeza en los ojos, pero estás mejor. No le has visto, ¿verdad?

—¿Por qué me preguntas por él?, no somos nada.

—Bueno, todavía no, pero yo sé que le interesas mucho.

—¿Por eso me dejó marcharme el último día con un hombre que me estaba martirizando? Joder, Jean Pierre, le pedí ayuda, le dije que me iría con él donde quisiera y me dejó ir.

—Yo te puedo asegurar que aquello que hizo fue para él un auténtico sacrificio. Qué pasa, te lleva con él a su casa, os acostáis, lloras en su hombro y después ¿qué? ¿Cómo estarías al día siguiente? ¿Qué diría tu familia? ¿Qué diría tu ex por ahí? Que tú eras la mala y todo el mundo le creería.

—Yo no lo vi así.

—Pero él sí, tiene mucho mundo, cielito, sabe mucho de mujeres y del comportamiento del ser humano. Tu chico a lo mejor cuando le conociste era una buena persona, pero ya no. Temía que te hiciera daño y pensó que sin estar él en medio saldrías mejor parada.

—Yo le necesitaba.

—¿Ahora no?

—Ahora estoy más entera, puedo aguantar.

—Bueno, pues cógele el teléfono y hablad, os hace falta.

—Jean, él es mucho para mí, yo soy una chica corriente, él es todo un personaje, parece un actor de cine, tiene mucho dinero, es un hombre muy importante, seguro que tiene amigas que no tienen nada que ver conmigo, serán espectaculares, yo no soy nadie.

—Para él sí lo eres y además especial. Bueno, no voy a hacer más de celestino, tenéis que hablar.

—Por cierto, ¿tú no tienes un mote o un nombre más corto que yo te pueda llamar?

—Ja, Ja, Ja. Sí, claro, llámame Jean, con eso basta y ahora come.

Hablamos de mis clases. Empezaba el lunes. Al principio mañana y tarde, tenía mucho que aprender, salíamos a las seis de la tarde con una hora para comer, tenían precios especiales en una cafetería cercana si queríamos comer allí para que no nos desplazásemos. Si surgía lo de los rodajes, habría que ajustar el horario.

Cuando me fui me dio unas bolsas de su *atelier*, ropa, seguro, siempre tenía esos detalles conmigo.

Tenía todo el fin de semana para conocer un poco más la ciudad donde iba a vivir los próximos meses. Jean, como ya me imaginaba, había llenado las bolsas de ropa, no eran de los últimos desfiles, pero era de calidad y bonita: dos pares de *leggings* de distinto color, dos jerseys que hacían juego, un par de pijamas entre calientes y sexis, difícil combinación, y ropa interior.

Estaba guardando los jerseys cuando sonó el teléfono, era él:

—Hola.

Dios mío, su voz. Oírla removía en mí instintos primitivos, no lo podía remediar, intenté poner voz de indiferencia.

—Hola.

—¿Por qué no me has llamado en todo este tiempo?

—Te dije que tenía que solucionar unos asuntos.

—Pero llevas aquí unos días, podías haberme dicho que venías, o que ya estabas aquí.

—Eres un hombre muy ocupado.

—Por qué no me has pedido ayuda para el traslado, o para buscar casa, para lo que sea.

—Ya te he dicho que no quería molestarte, tú tienes mucho trabajo y me han acompañado mi hermano y mi cuñado. Estoy bien.

Silencio.

—Quiero verte, tenemos que hablar.

—Yo creo que no tenemos nada de qué hablar.

—Elise, por favor, escúchame y luego decides si quieres seguir viéndome, si me quieres a tu lado como amigo o si no me quieres volver a ver, pero queda conmigo. Te recojo esta noche a las ocho de la tarde.

—Es que no sé —mi cabeza me decía que no y mi corazón que sí, necesitaba verlo una vez más—. He venido a trabajar, voy a estar muy ocupada, tengo un horario muy estricto, soy un pato moviéndome.

—No eres para nada un pato, eres muy sexi, tú no eres consciente del efecto que causas y sí, sé que vas a estar muy ocupada, escucha, queda conmigo y hablamos tranquilamente de todo esto, por favor.

—Está bien, pero quedamos en algún sitio, no quiero que vengas aquí.

—Se echó a reír, otra vez su voz..., pero princesa, yo puedo saber dónde vives cuando quiera. Te prometo que no te voy a molestar, pero no voy a dejar que vuelvas a Montparnasse sola a las tantas, lo ves...

—Eres un cabrón manipulador, no quiero otro en mi vida.

—Esa boquita, princesa, no soy manipulador, soy muy protector con lo mío, yo no te voy a impedir que hagas lo que quieras, pero voy a cuidar de ti.

—No sé, me suena a lo mismo con distinto nombre.

—¿A las ocho en tu casa?

Le di las señas.

—Pero no subas.

—Vale.

«¿Vale?», pensé yo: eso es lo que yo le digo cuando voy a hacer lo que me da la gana. Uhm... Seguro que sabe el número del DNI de todos los ocupantes del edificio. Jodido manipulador, se lo habrá dicho Jean Pierre, ¿qué tendrán estos dos?

Me dediqué a lavar a mano la ropa interior y a tenderla en el cuarto de baño dentro de la ducha, no había mucho sitio. Le había pedido permiso a la dueña para colgar alguna estantería, porque me había traído un buen montón de libros, era mi entretenimiento preferido, la lectura y durante el tiempo que había durado mi matrimonio no había abierto uno, así que ahora sería un buen momento para recuperar una de mis pasiones, me había dejado a medias uno muy entretenido de Laura Norton, una autora que no conocía y se titula *No culpes al Karma de lo que te ocurre por gilipollas*, un título muy sugerente. Me lo había recomendado una de mis mejores amigas, Eva, que era tan fan de

la lectura como yo; un libro sin pretensiones, pero entretenido, que es lo que me hacía falta ahora. Como no tenía las estanterías, de momento los coloqué en las ventanas abuhardilladas que tenía en la habitación, sala de estar, cocina, etc. que era mi pisito. Por cierto, no veía París, pero sí sus tejados. Las ventanas eran de aquellas que tenían metro y medio de profundidad, así que ahí estaban bien. Me hice un poco de pasta para comer, podía permitírmelo, no había recuperado todavía lo que había perdido en estos meses y me querían con más talla de la que tenía ahora. Después de comer estuve leyendo un rato y más tarde me dediqué a preparar mi cuerpo para la salida: depilación de todo pelo que encontrara a mi paso, ducha, hidratación, en fin, hice lo que pude con lo que había quedado después del varapalo que me había llevado. Me puse uno de los *leggings* que me había regalado Jean, un jersey muy mono con un cuello caído y que adorné con un cinturón, porque era muy largo y le venía bien, y unos botines. Me maquillé un poco y lista.

A las ocho llamaron a la puerta. Si los nervios pesaran, estaría sobrepasando con creces el peso máximo que permite la OMS para continuar con vida. Abrí.

Ahí estaba otra vez, apoyado en el quicio a lo Richard Gere con un ramo de rosas y dos bolsas. Imposible, imposible hacerme la dura. Era verlo y las piernas se me hacían gelatina, me temblaban, literalmente. Quería mantenerle la mirada, pero me taladraba.

—¿Puedo? —me preguntó para pasar.

—Por supuesto.

—Estás guapa, más delgada, te faltan unos quilitos, ya sabes que me gustas como te conocí.

Y me besó.

—Toma —me dio las flores y a continuación sacó una caja de una de las bolsas—, creo recordar que son los que te gustan.

Era una preciosa caja de bombones de chocolate negro. No sé si valía más la caja o los bombones. No tenía un jarrón y me puse a buscar en la minicocina, había fregado un bote de judías verdes que me había comido unos días antes. Estaba roja como un tomate.

—Espera, no busques. —Me alargó la otra bolsa—. Supuse que no tenías.

El jarrón de cristal más precioso que había visto en mi vida, y mira que yo me paseaba por el departamento de regalos del Corte Inglés en Madrid, porque me encantaba el cristal y la cerámica. Le miré casi con adoración, sin casi, joder, con absoluta adoración. ¿Qué hombre te lleva flores y un jarrón

preciosísimo para ponerlas? Tenía que tranquilizarme y me puse a colocar las rosas. Él estaba mirando el habitáculo con las mandíbulas apretadas, no le gustaba nada y me lo iba a decir.

—¿Por qué? —dijo abriendo los brazos y señalando la habitación.

—Mira, no te enfades. Tú y yo, no tenemos nada especial, uff. Podemos ser amigos, pero ahora mismo solo hemos trabajado juntos en un par de cosas. No tienes que ocuparte de mí. Estoy ilusionada con el trabajo, he dejado todo lo que quiero en Madrid y ya los echo de menos. Tú y yo no tenemos nada que ver, no pertenecemos al mismo nivel: ni cultural, ni económico, ni laboral, ni social, ni nada. No quiero encariñarme contigo y que tú, cuando te canses de la pardilla madrileña, me des una patadita en el culo —iba a protestar y levanté la mano para que me dejara seguir—. Tú tienes otros gustos, otras costumbres, un montón de dinero y te cansarás, yo soy la novedad, pero la novedad, con casi veintidós años, lleva ya un gran fracaso encima, me han partido de una manera fulminante y me tengo que recomponer. Me gustas, sí, claro, cómo no. No creo que haya una mujer en la tierra que no quisiera tener algo contigo, pero yo ya estoy sufriendo bastante, así que entiéndeme y respétalo.

—Y te respeto y te admiro por tu valor y tu tesón. No estoy acostumbrado a tratar con mujeres que quieran ponerse a trabajar para comer, o que se metan en un cuchitril de... ¿cuánto, veinticinco metros cuadrados? para salir adelante. Las de más años van de uno en otro esperando que alguno las retire o les compre un pisazo o, si tienen mucha suerte, se case con ellas y las jóvenes como tú siguen estudiando, algunas eternamente, esperando un novio rico. La mayoría de las que yo conozco son así. Pero sabes que me interesas mucho y podía haberte ayudado con el piso. Te podías venir a mi casa hasta que encontráramos algo mejor. En la empresa tenemos unos pisos que cedemos durante un año a los becarios que vienen a trabajar con nosotros, normalmente son pisos para un mínimo de tres, ellos solo se ocupan de los gastos que generan como luz, calefacción y esas cosas y la empresa les cede el piso gratuitamente durante un año. Después, si siguen con nosotros, tienen que buscarse casa. Podía haberte cedido uno de esos pisos, por Dios, a nosotros no nos cuesta dinero, están pagados.

—Claro. Y habrías metido en un piso de la compañía a una de tus amigas. Sería el cotilleo de todo el mundo. Mira, he mirado muchas casas y te puedo asegurar que es de lo mejor. Además, la dueña me trata muy bien. Estoy bien, de verdad.

—¿Tú sabes cómo es mi casa? Tengo sitio para ti.

—¿Dónde acabaría yo en tu casa? En tu cama y después la patada. No, gracias.

—Pero, ¿por qué piensas que me voy a cansar? No puedes saber lo que va a pasar. ¿Tú no sabías cómo iba a acabar lo tuyo, no? Y te arriesgaste.

—Sí, pero nos conocíamos, tuvimos una relación.

—Ya, él era el chico aparentemente bueno que salió malo. ¿Por qué no puedo yo ser el chico aparentemente malo que salga bueno? ¿Por qué todo tiene que ser tan evidente?

—Bueno, ¿me vas a llevar a cenar? Van a cerrar los restaurantes.

—Vamos, pero esta conversación no ha acabado.

Me llevó a La Mer, ya que no habíamos podido cenar tranquilos la vez que vinimos todos, hoy sí fue muy agradable. Me presentó a los empleados como a una «buena amiga con la que iría más veces» y, a pesar de mi todavía deficiente francés como para mantener una conversación fluida, nos entendimos bastante bien. Luego fuimos a tomar una copa al club Silencio, propiedad de David Lynch, es uno de los más exclusivos de París; era socio, me dijo que iría enseñándome todos, como me gustaba bailar, para que yo luego eligiera mi preferido para tomar una copa y oír música o para pegarme unos cuantos bailes. Estuvo muy atento y cariñoso sin resultar cargante, justo lo que necesitaba, ya bastante nerviosa me ponía estar tan cerca de él como para que se hubiera comportado como un pegajoso. Sin duda no lo era, no tenía pinta, seguro que serían las mujeres las que estarían encima de él. De vez en cuando le miraba y me parecía mentira estar con semejante bombonazo de hombre.

Le dije que quería madrugar porque iba a buscar algún mercadillo parecido a nuestro Rastro y en un par de fines de semana dejarme arreglado el piso, y rápidamente se ofreció. Por más que me negué por si tenía cosas que hacer no hubo manera, así que quedamos al día siguiente, tampoco demasiado temprano porque hacía muchísimo frío. Subimos en el ascensor, que por suerte funcionaba y me dejó en la misma puerta. Me levantó la barbilla y me besó, un beso suave, pero que me supo a gloria. La verdad es que todo parecía un cuento de hadas, esperemos que el cuento acabe bien.

Elise

Al día siguiente me llevó al Marché aux Puces, es uno de los diez mercadillos más famosos de París. Es una pasada, tiene de todo, te puedes pasar días y días mirando y siempre te quedaría algo. Encontré una tienda de accesorios de forja que me enamoró, compré un cabecero para la cama, dos pequeñas mesillas que irían colgadas, no daba para más, por lo menos poner el despertador, el móvil y guardar algo en los pequeños cajones, cogimos las estanterías para los libros y Marcel se empeñó en regalarme un espejo de pared de cuerpo entero, todo haciendo juego. Como lo vimos por catálogo nos dijeron que lo llevarían a casa, tenían que encargarlo, cosa que no le hizo mucha gracia. Quise comprar toallas, las había muy buenas y prefería comprarlas y usar las mías (las que me había dejado la dueña tenían cien mil lavados) y algún juego de cama, un nórdico, una cafetera como la que tenía en Madrid, que me encanta, el biombo que era de madera y algo parecido al material de los pergaminos antiguos, dónde habían pintado a mano unos preciosos árboles con unas flores rojas muy diseminadas con unas láminas de madera que iban cruzando en diagonal muy separadas y daban a la habitación una sensación primaveral de jardín japonés, a Marcel le encantó, (también lo pagó él), bueno, me encapriché de unas cuantas cosas más, pero quedamos en volver otro día, aunque llevábamos ayuda. Aparte de René nos acompañaba otro guardaespaldas. Nunca me iba a acostumbrar, Marcel era capaz de ponerme uno en la puerta de casa.

Habíamos comido en una especie de tasca, en una parada que hicimos entre compra y compra. Llegamos a casa cansados. Le dije que se quedara a cenar, pero quería acercarse al bar, llevaba sin ir dos o tres noches y había dejado a Marc solo. Se despidió de mí como siempre, con un beso, esa noche algo más profundo. Es curioso, no había nada entre los dos, bueno, mucha química, no nos habíamos acostado, solo me besaba, nos habíamos acostumbrado y me llevaba de la mano como si fuéramos una pareja, había veces que me cogía de los hombros o me besaba en el pelo, no entendía cómo un hombre como él

podía pasar sin sexo, ya me había llegado por distintos sitios que tenía mucha experiencia: o, a lo peor, sí tenía sexo, pero no conmigo, quizá en sus tiempo libre llamaría a alguna de sus amigas y se desahogaría con ella. Sentí una punzada dolorosa en el centro del pecho. Me le imaginé en una gran cama, elegantemente vestida de seda, desnudo, con una despampanante rubia, desnuda también, encima de ella... Para, para, para, que me va a dar algo. No, mejor no pensar en esa posibilidad.

Aquellos días pasaron entre el mercadillo, alguna que otra cena fuera de casa, mi aprendizaje y poco más. Cuando me trajeron las cosas que había comprado, subió el sobrino de la dueña a colocarlas, era un chico algo mayor que yo que hacía chapucillas en el edificio y se dedicaba al mantenimiento del mismo y que empezó a tirarme los trastos.

El último fin de semana Marcel tenía que salir de viaje: Nueva York, Washington, y no sabía si volvería por Londres, unos diez días si pasaba por Londres. Me pidió que me fuera con él. No podía, teníamos el desfile el fin de semana de la tercera de febrero y todavía tenía mucho que aprender, no quería que se enfadara, pero no podía en ese momento, no. Yo entendía que tendría que darle algo más de lo que le daba, porque se iba a cansar de esperar y yo me comportaba como una plasta acomplejada y desconfiada cuando él me estaba demostrando que sentía interés por mí de verdad.

La semana que se iba de viaje había estado muy liado y no nos vimos, me llamó el jueves para decirme que se iba e insistir en que me fuera, se iba un poco enfadado, pero de verdad era el trabajo, había venido a París por eso y no lo iba a tirar ahora por la borda, así que el viernes a las once de la noche, en pijama y mirando los correos en el portátil, me extrañó mucho que llamaran a la puerta. Tenía una mirilla que estaba rota y se veían los rostros distorsionados, pero aun así le reconocí. Me dieron palpitaciones, qué quería, a qué había venido, quién le había dado las señas, Dios mío, por qué no está Marcel. Tardé en abrir, volvió a llamar. Cogí aire y abrí sin una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a bocajarro.

—Yo también me alegro de verte —me contestó con sorna.

—¿Quién te ha dado las señas?

—Gaby.

—¿Gaby? Así, sin más.

—Diré en su defensa que le dije que me las habías dado por si tenía que mandarte alguna carta importante y las había perdido.

—Claro, tú como siempre por la espalda, a traición. Estará el pobre angustiado cuando le hayan dicho que es mentira.

—¿Puedo pasar? Vengo del aeropuerto y está empezando a nevar.

—No tienes que estar aquí para nada —seguía parado en la puerta agarrando un bolso de viaje.

—Quiero hablar contigo, por favor, necesito que me escuches.

—Pasa, pero te vas a ir.

Tenía angustia, se me había revuelto el estómago, no quería ni verle ni hablar con él. Pasó al interior, tenía cara de frío, no te ablandes Elisa, no te ablandes.

—Cuelga el abrigo ahí —había un pequeño perchero de pared, detrás de la puerta de entrada—. Y bien, ¿qué quieres?

Yo seguía en pijama, pero como no era nada lujurioso no pensé en cambiarme.

—Quiero volver contigo.

¡Hala, así sin avisar! Quiere volver conmigo.

—¿Qué pasa, te has quedado sin dinero, no encuentras una esclava que te obedezca, te ha mandado tu mamá o te hacen el vacío en el trabajo?

De repente se echó a llorar; no me jodas, ¿a qué venía, a hacerme polvo?

—¿A qué viene eso? ¿Qué quieres, hacerte el pobrecito para que me dé pena? No me va a dar ninguna, me has hecho mucho daño. Me has robado, me has insultado, me has humillado, rechazado y echado de tu lado, has firmado cheques míos sin autorización, es decir, me has intentado estafar, has puesto mi vida en peligro, ¿sigo?

—Lo sé, lo sé, me he comportado como un imbécil, la influencia de mi madre...

—Ah, no, por ahí no vayas. Tienes veintiséis años, eres un adulto hecho y derecho, me sacaste de mi casa cuando yo no me quería casar y tu madre no quería que te casaras conmigo, eso es obra tuya. Ella es lo peor, conmigo y con cualquier chica que conozcas, pero el comportamiento es cosa tuya, ya eres mayorcito.

—Escucha, yo sigo enamorado de ti, nunca he dejado de estarlo. Luego tuve celos de tu amigo el francés.

—Vas mal, Robert, nunca fue mi amigo el francés, ya vuelves a darle la vuelta, nunca hubo nada, era un compañero de trabajo, ahora sí es mi amigo y me está ayudando mucho para que me sienta cómoda aquí. Ya ves mi casa, si estuviera con él como piensas, no me dejaría vivir aquí.

—Esta casa tiene tu mano, es muy pequeña, pero se nota tu mano, siempre has tenido mucho gusto para la decoración, estoy seguro de que no se parece en nada a cuando la cogiste.

—Esto es lo que quería para los dos, hasta ver si me iba bien y nunca quisiste.

—Lo sé, pero he cambiado, por favor, dame otra oportunidad.

—No, no me fío de ti, simplemente no quiero, te diría que lo siento, pero no es verdad. Quiero que te vayas de mi casa y no vuelvas. Solo lo siento por tu padre, tu hermana y Tony.

—No me hablo con mi madre.

—Haces mal, sois tal para cual. Todavía recuerdo la conversación que oí en la habitación del hospital cuando me estaba recuperando de la operación. En un momento como ese y todavía pensando cómo dejarme sin un euro. Sois una pareja de miserables.

—Está bien, me iré, pero volveré a intentarlo. ¿Tienes un paraguas? Estaba nevando y no sé dónde estoy —se fue hacia la puerta.

Miré por una de las ventanas abuhardilladas. Tenían unos visillos, pero por la noche me gustaba echar las contraventanas de madera que tenían, quitaban frío a la habitación y me daban más seguridad, cualquiera podía romper un cristal y entrar, ¿desde el tejado quién lo iba a ver? Nevaba con intensidad. Le miré, ¿se atrevería a hacerme algo? No era de ese tipo. Si se enteraba Marcel, la bronca iba a ser de órdago, pero ya no llamaría hasta mañana.

—¿Has cenado?

—No, he venido directo del aeropuerto.

—Bien, no quiero tonterías ni acercamiento de ningún tipo, te voy a hacer un bocadillo y te voy a dar ropa para taparte, no se te ocurra desnudarte ni hacer nada extraño. Eso es un somier, puedes dormir ahí, pero mañana cuando te levantes, te vas, tanto si nieva como si diluvia. ¿Me has entendido?

—Sí, de acuerdo y gracias.

Dejé la puerta de la calle sin echar la llave y me llevé el llavero a la cama, el móvil y un libro, me parece que la noche iba a ser larga, por unas cosas o por otras no podía dormir los fines de semana. Le hice un bocadillo con la tortilla que me había quedado de la cena. Le di el edredón de la cama, yo me había comprado un nórdico en el mercadillo, le dejé al lado una manta por si tenía frío y me acosté.

No dormimos ninguno de los dos, yo caí cuando amanecía, me despertó el

teléfono. Era mi hermana, eran las diez:

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Te encontró?

—Sí, ha pasado aquí la noche.

—No fastidies.

—Nevaba muchísimo y...

—Ya, pero...

—No, no, nada de nada, le he dicho que se vaya en cuanto se levante. Espera, que no sé dónde está. Ahora te llamo.

Me acerqué al biombo y no lo vi. Había doblado el edredón y tenía abierto el bolso de viaje para sacar lo que fuera, lo llamé: «Robert, Robert», oí ruido en el baño, la puerta estaba entreabierta y allí estaba el cabronazo, se había duchado, secado con mi toalla que había colgado de la mampara y estaba en bolas. Me vio por el espejo del baño y sonrió. Sonó el teléfono y lo cogí, mi hermana, qué poca paciencia tiene.

—El cabrón está en pelotas en la ducha —le dije.

—¿Quién está en pelotas en la ducha?

—Marcel —¡tierra trágame!—, hola, ¿cómo llamas tan temprano?

—Son las diez y media —su voz sonó como el trueno. Toda la nieve que había caído durante la noche, me estaba cayendo encima a mí ahora—. Te he hecho una pregunta —su voz era fría, muy fría.

—Pues anoche tuve una visita inesperada.

—Estoy esperando una respuesta.

—Robert.

—¿Robert?, y ¿qué coño hace ahí?

—Quería verme, hablar conmigo.

—No creo que tenga nada que hablar contigo.

—Quiere que volvamos a empezar.

—¿Vas a hacerlo?

—No, hay una persona a la que me estoy acostumbrando y no quiero perderla.

—¡Escucha, el grado de indignación y de ira que tengo en este momento en una escala del uno al diez es de mil, así que o sale inmediatamente de ahí, o te juro que ahora mismo mando dos matones que lo van a sacar a patadas! Yo no bromeo con esto, te considero algo mío, muy mío y nadie se va a acercar a ti,

sea quien sea y menos a pasearse en pelotas, porque lo hago desaparecer!
¡Pásale el teléfono!

—Marcel, por favor.

—¡Pásaselo!

Me acerqué al baño, estaba en calzoncillos y se terminaba de afeitarse, le di el teléfono. No sé lo que hablaron. Sé que recogió sus cosas, se vistió a toda velocidad y cinco minutos después había salido por la puerta, no sin antes decirme.

—Tendrás que ir a Madrid, a ver a tu familia, a firmar papeles, a lo que sea, y yo lo volveré a intentar. Estoy en su terreno —supongo se refería a Marcel—, pero allí estará en el mío y yo también conozco gente.

Eso qué iba a ser, ¿una pelea entre dos machos alfa? Creo que, tanto aquí como allí, tenía más poder Girard, pero tampoco quería que a Robert le pasara nada, solo quería que esto terminara de una vez.

Diez minutos más tarde sonó otra vez el teléfono:

—¿Se ha ido?

—Sí.

—Esto tiene que cambiar, cuando vuelva tenemos que hablar, no me puedo ir de viaje pensando que puede pasarte algo, me bloqueo y no me concentro en el trabajo —su voz sonaba seca, estaba muy, muy enfadado.

—Yo no sabía...

—No, ahora no, he dejado una reunión muy importante para hablar contigo. Te llamaré cuando se me pase, es mejor que ahora no diga nada.

—Vale.

—¡Que no me entere que vuelve! —Colgó.

Joder, así que este era el Sr. Girard, el arrogante y poderoso Sr. Girard, acostumbrado a mandar y a que le obedezcan, pues vaya...

Tardó dos días en llamar, al día siguiente viajaba a Washington.

Pasé la semana entretenida con el trabajo, estaba haciendo un frío infernal. Nos habían dicho que tendríamos que ir los últimos fines de semana antes del desfile unas horas para terminar de pulir algunas cosas, estábamos todas muy nerviosas, aunque habíamos cogido mucha soltura y marchaba todo muy bien. Hablaba con mi familia casi todos los días por la *webcam*, mi hermano tenía una instalada y mi cuñado había puesto otra en casa. A mí vino un día René con un informático de la empresa a instalármela y a enseñarme el funcionamiento, así que estaba muy contenta porque los veía casi todas las

noches y aprovechaba para pedirle a mi madre recetas caseras y me estaba acostumbrando a cocinar.

Me estaba calentando un caldo y me haría un sándwich a la plancha. Sin mantequilla, así podía hablar con ellos mientras cenaba. Sonó el timbre. Me había puesto los pantalones que llevaba el día del ensayo del anuncio del tango, porque se me pegaban mucho y me abrigaban y llevaba una camisa vaquera de manga larga por fuera del pantalón. Fui a mirar por la mirilla, el sobrino de la dueña, Alain, se estaba poniendo un poco pesado, si era él no abriría: no era Alain. Abrí la puerta, había vuelto, traía unas bolsas en la mano, no me fijé de qué eran, cada vez que le veía estaba más guapo, le había crecido el pelo y el mechón era más evidente, pasó, cerré la puerta temblándome las piernas, siempre el mismo efecto sobre mí. Me besó, fue un beso largo.

—Por todos los besos que no te he dado en estos días.

Yo sonreí tímidamente, me hacía un efecto brutal cuando me decía esas cosas tan cerca de mi boca, bloqueaba mis sentidos, no podía contestar. Me separé con suavidad y me giré hacia la cocina.

— ¿Te apetece un caldo caliente?

—Me vendrá muy bien.

Llené dos tazas de desayuno, allí no había tazas de consomé. Eché un chorrito de jerez en cada una. Nos lo bebimos a sorbitos de pie, mirándonos. Cuando terminamos, me volví a dejar las tazas en el fregadero y él me cogió por detrás, poniendo sus manos en la encimera.

—Princesa.

Su voz tenía un sonido tan sensual que me estremeció. No contesté. Apretó sus manos contra la encimera haciendo el círculo más pequeño, empezó a besarme en el cuello, en el hueco de la oreja, en la nuca, a cada movimiento que hacían sus labios en mi piel, mi cuerpo se estremecía. Metió las manos por debajo de la camisa y oprimió mis pechos, instintivamente apreté mi trasero contra él, gimió: «Ma chérie». Seguía besándome con besos lentos, su boca se abría sobre mi piel y mi necesidad de fundirme con él era total, se me escurrió una de las tazas de las manos. Notaba su excitación que crecía visiblemente, me giró hacia él, levanté la cabeza, empezó a desabrocharme la blusa, ¿le temblaban las manos?, ¿estaría enfermo? No, estaba como yo, empezaba a no enterarme de nada, consiguió abrir la blusa que se escurrió hacia atrás y se quedó enganchada en las muñecas, nos dio la risa tonta,

conseguimos quitar las mangas, me quedé en sujetador y pantalones, empezó a besarme sobre los pechos, me bajó los tirantes, pero no tenía suficiente, yo tampoco, me cogió en brazos ni supe cómo, me llevó a la cama, las contraventanas, no las había echado, daba igual, nos verían los gatos, me dejó en un lado y retiró el nórdico, me desabrochó el sujetador, mis pechos salieron al aire como si estuviesen deseando recibir su parte de lo que estaba pasando, yo solo quería más y más, estaba ciega, no sé cómo lo hizo, pero consiguió que estuviéramos desnudos los dos a la vez, yo solo le miraba y recibía. Metió su cara entre mis pechos, los besó con devoción, lamió mis pezones, los mordisqueó y chupo, sus manos ardían y su boca también, era puro fuego y yo estaba allí para explotar como un volcán. Me besaba el estómago, el vientre, las ingles, el sexo, mientras no dejaba de murmurar palabras en francés que yo entendía a medias. Dios mío, no podía pensar, solo disfrutar de las miles de sensaciones que me estaba haciendo sentir. Cada rincón de mi cuerpo y cada centímetro de mi piel lo recorrió con su boca y con sus manos, metió su lengua en mi sexo y jugó con mi clítoris hasta que no pude más: «Marcel», dije en un susurro mientras gemía y me retorció debajo de él, «no puedo más».

—Córrete, *mon amour*.

Y me corrí.

Estaba sin aliento, él seguía con sus caricias, continuó con sus manos, ahora era yo la que le besaba con adoración, mordisqueaba esos labios gordezuelos que tanto me gustaban y quise ponerme encima, pero no me dejó, quería esa primera vez hacerme disfrutar como nadie lo había hecho, yo estaba otra vez dispuesta y su excitación y dureza eran tales que yo temí que me hiciera daño sin querer. Me miraba sin dejar de besarme y en un momento en el que besaba por enésima vez mis pechos, pasó sus manos por mi trasero, lo levantó y me penetró, mientras se deslizaba dentro de mí, Dios, yo volví a sentir la necesidad de correrme, estaba fuera de mí, no tenía control, me empezó a hablar: «Tranquila, pequeña, tranquila, despacio, yo te llevo, shsss», se paró y esperó a que me calmara, entonces empezó otra vez a moverse suavemente para ir incrementando el ritmo poco a poco hasta que otra vez me tuve que agarrar a las sábanas para no llegar al orgasmo; volvió a hablarme suavemente, poco a poco, «*chérie*, yo te enseñaré, tranquila», así hasta tres veces, me iba a morir de placer, sería posible morir así, al final ya no me agarré a las sábanas, sino que di un palmetazo gimiendo, él me subió los brazos hacia la almohada, me cogió las manos, yo levanté el trasero como él

me había enseñado antes y al mismo tiempo que arremetía con más velocidad mi postura hacía que entrara más profundo en mí y nos corrimos los dos casi a la vez. Estuvimos temblando un buen rato, yo más que él, con espasmos orgásmicos, los llamaba yo, le causaba risa el nombrecito, y es que duraban un rato, estaba agotada y supongo que él, después de llevar el ritmo por los dos, también. Estábamos relajados y felices.

— ¿Qué tal? —me preguntó—. ¿Cómo estás, princesa?

—Agotada y encantada —me reí— como las de los cuentos.

—Esto ha sido el principio, cada vez que lo hagamos será mejor.

No nos lavamos ni cenamos ni nada, me puso de lado, él detrás de mí y pasó su brazo por mi estómago, así nos quedamos dormidos.

A las seis de la mañana creía que reventaba del pis que me hacía, me levanté con cuidado para no despertarle y me desahogué, me lavé ligeramente con una toalla que eché a lavar y volví a la cama.

—No vuelvas a alejarte de mí.

—Me hacía pis.

—Ni para eso, te quiero en mi cama el resto de mi vida. Si necesitas ir al baño, me llamas y vamos juntos.

—Tonto.

Volvimos a dormirnos.

Elise

Aquello se convirtió en una costumbre. Marcel gruñía continuamente y se enfadaba porque su insistencia en que me fuera a vivir con él no daba los resultados que quería. No es que me negara, pero no era momento de mudarme otra vez, quería terminar lo del desfile, después me quería ir una semana a Madrid para estar con mi familia, el mismo día del desfile era mi cumpleaños y quería pasarlo con ellos, también me gustaría estar con él, pero de momento no era posible, nadie sabía que estábamos juntos. Aunque estábamos los dos liados con el trabajo, venía a casa a diario y acabábamos siempre en la cama. Estaba aprendiendo cosas que no sabía, y perdiendo mis absurdos tabúes sobre lo que se podía hacer, tocar o besar del cuerpo de tu pareja. Yo era bastante mojigata en ese sentido y Marcel me estaba enseñando que todo está permitido mientras la pareja esté de acuerdo. ¿Qué diferencia hay entre un beso en la boca con la lengua hurgando por allí o uno en la ingle, por ejemplo, que es más limpio y que es más sucio? ¿Qué diferencia hay en llamarlo follar, hacer el amor, o echar un polvo si lo haces con la persona que amas más que a tu vida? ¿Qué es mejor en un momento de exaltación del deseo, decir «méteme la cosita», o «fóllame» , «hazme el amor» o «échame un polvo», o «simplemente empieza ya, o te mato», mientras esas dos personas estén de acuerdo y ninguna atente ni contra la salud ni contra el físico del otro. Empiezo a darme cuenta de que todo vale, y todo lo que excite y aliente el momento, mejor. Tampoco hace falta ser grosero ni demasiado ordinario, pero pienso en todas esas tardes en mi apartamento, cómo nos reímos, cómo nos amamos, y siento que su cuerpo es mi cuerpo y el mío el suyo. Que las cosas que antes temía son las que más me gustan y las que no hacía, ahora sí, no me inhibo y le demuestro que su cuerpo para mí es un santuario.

Se presenta siempre con flores y bombones, cuando se nos ha acabado la caja anterior. Recorre las mejores bombonerías de París en busca del mejor chocolate porque nos metemos en la cama sin cenar, nos amamos hasta acabar agotados y luego, sentados en la cama, completamente desnudos (ya no me da

vergüenza que me mire), nos ponemos a jugar con los bombones de una y mil maneras, acompañados de una deliciosa botella de champán francés. Él se ha acostumbrado al chocolate y yo al champán, siempre tengo una o dos botellas en la nevera que él trae, así como un vino blanco maravilloso que descubrí una de las noches que cené con él en La Mer, nunca me falta. Me encanta el vino blanco frío. Marcel se va por la mañana gruñendo, porque no me mudo a su casa, pero al día siguiente vuelve. Amo a este hombre con locura.

La primera noche que pasamos juntos me llevó tres bolsas que no abrí hasta el día siguiente cuando volví de la escuela. En una había un gorrito de lana, una bufanda y unos guantes a juego, hecho con una lana muy suave, multicolor en tonos pastel y que sentaba fenomenal a la cara, en la otra un abrigo largo acolchado chulísimo color gris con una capucha con piel, se cerraba con una cremallera y en la parte interior tenía unos cuantos bolsillos para llevar documentación o dinero y no tener que abrir el bolso en el metro, por ejemplo; y en la tercera, los bombones, esta vez eran neoyorquinos, de una bombonería de la Quinta avenida. Todo muy práctico. La ropa no me la voy a quitar en todo el invierno.

Se acercaba el día del desfile y estaba supernerviosa, me jugaba mucho, no ya en sí un trabajo sino la fe de mi familia en mí, el haberles dejado para vivir lo que podía ser un sueño roto, porque si no funcionaba tendría que volver a España y empezar de cero. No me importaba volver, amaba mi país y mi ciudad. Me siento madrileña, gata, chulaza, me encanta pasearme por el centro, sentarme en una terraza en la Plaza Mayor, comerme unos churros en San Ginés, un bacalao en Labra o unos huevos rotos en Lucio, aunque los hace mejor mi madre. Es fácil hacer amigos en Madrid, aquí no: Marcel dice que porque todavía no me conocen o conozco poca gente, pero no es eso, es una cuestión de piel, de empatía, de generosidad. Si por fin me quedo aquí, me temo que voy a tener pocos amigos y, cuando se sepa que salgo con el Sr. Girard, hijo, soltero, millonario y poderoso, será peor. Me admitirán porque soy la chica de Girard, pero cuando se acabe, volveré a ser un grano de arena en el desierto.

Participábamos en el desfile treinta y cinco personas, aparte de peluqueros, maquilladores, modistas y demás, una montonera de gente, veinticinco chicas y diez chicos íbamos a desfilar, llevábamos viéndonos a diario dos meses, cambiándonos, comiendo, hablando de la ropa y accesorios, en fin, conviviendo de alguna manera y todavía no había conectado con nadie del

país, solo con dos chicos italianos, una malagueña y otra de origen ruso, guapísima, pero que llevaba años viviendo en Barcelona. Los cinco habíamos hecho un aparte, nos llevábamos bien y nos entendíamos como podíamos. Quedamos en irnos a comer un día cuando pasase el desfile para celebrarlo. Con los demás, nada.

La noche antes me llamó Marcel y me dijo que no hiciera cena que la llevaba él, que descansara para el día siguiente estar en forma. Le prepararon unos envases en el restaurante, ya lo había hecho alguna que otra vez, cuando estaba muy cansada para salir. Trajo una crema de pollo y verduras buenísima y mero al horno con unas patatitas asadas con mantequilla, (los franceses usan mucho la mantequilla para cocinar), piña natural y una tarrina de helado de menta con chocolate. Desde que lo pedí un día en uno de sus locales ya no faltaba, siempre lo tenían, y unos panecillos, envueltos en servilletas que venían calientes. Cenamos tranquilos, hablando de mi posterior viaje a Madrid, quería venirse conmigo, pero era una semana que dejaba otra vez su trabajo, así que estaba complicado. Quedamos en que según cuando volviera, me iría a buscar y podíamos estar juntos el fin de semana y estar de vuelta el lunes, él no perdía días de trabajo y le podía enseñar un poco Madrid. Se marchó temprano, no sin antes tirarnos un rato besándonos en el somier convertido en sofá. Había comprado un colchón bastante duro, le puse una funda color tostado y lo había llenado de cojines en tres tonos: tostado, marrón y crema. En la pared donde había colocado el somier que había comprado en el mercadillo, coloqué un foto mural con imágenes de unas cañas de bambú que daban a la habitación una sensación de frescura, además la combinación de colores resultaba elegante. Marcel se quedó asombrado cuando lo vio. Me animó a que dirigiera mis pasos por el camino de la decoración de interiores, me gustaba la idea, y mucho.

El desfile fue un éxito rotundo: la preparación, el centro de moda donde se celebró, cómo cubrió la prensa tanto escrita como visual el evento, fotógrafos, los asistentes, personalidades muy importantes del mundo de la moda, del cine y la televisión, clientes y futuros clientes acostumbrados a gastarse mucho dinero, pero además no eran solo franceses, venían de Nueva York, Londres, Milán, las ciudades más importantes que luego reclamarían esos modelos para sus clientes y daban mucho prestigio al diseñador. Todo había funcionado a la perfección, como una máquina muy bien engrasada que había cumplido su misión. Se veía la mano de mi buen amigo Jean Pierre, que no había

escatimado en gastos, en propaganda y en todo tipo de esfuerzo que sirviera para que aquello fuera un éxito. Yo no me imaginaba que lo que me ofreció hacía unos nueve meses se transformara en aquel despliegue de lujo, elegancia y buen gusto. Me ofreció unas invitaciones para mi familia, pedí cuatro. Vinieron mi hermana y Juanjo, Gaby y mi amiga Eva, me iba a gastar un poquillo de dinero, pero merecía la pena, así que reservé dos habitaciones dobles en uno de los hoteles que habíamos estado al principio y les pagué los billetes de avión, Juanjo no quería ni de coña, pero no cambié de idea. Marcel también se enfadó, cómo no, pero lo tenía claro.

Cuando acabó se ofreció un vino entre los asistentes acompañado de unos canapés, me hubiera comido una bandeja entera, una vez que se aflojaron los nervios y todo hubo acabado, nos dimos cuenta de que muchos no habíamos comido. El primero que me vio fue mi hermano Gaby, cuánto había crecido, iba a ser, no, era ya un chico muy guapo, yo llevaba uno de los vestidos del desfile, nos paseábamos entre los invitados con los trajes para que se pudieran ver las texturas y los detalles más de cerca e, incluso, nos teníamos que cambiar y ponernos otros para que pudieran verlos todos, nos saludaban con deferencia y nos sentíamos importantes. Mi hermana y mi cuñado estaban como dos pavos reales, muy orgullosos de mi trabajo. Pregunté por mis padres, mi padre había tenido un bajoncillo, el invierno le afectaba. Me encontraban guapísima, mi amiga estaba llorona, porque me echaba de menos, porque estaba guapa, por lo de Robert, en fin, estaba blandita y lloraba por todo. Le dije que cuando tuviera libre en su trabajo unos días, se tenía que venir conmigo, le enseñaría lo que conozco y lo pasaríamos bien. Nadie sabía lo mío con Marcel, quería estar más segura, pero me temo que lo van a saber hoy, venía hacia nosotros elegantísimo, con un traje azul marino entallado que le iba perfecto a su pelo castaño claro, llevaba una de sus preciosas corbatas italianas de seda, azul con pequeños lunares blancos, él sí que estaba de diseño. Siempre que le veía me causaba la misma sensación, me dejaba sin respiración, de una de esas me iba a dar un patatús. Algunas noches, cuando se quedaba en casa y yo me levantaba al baño, él se giraba en la cama y se quedaba boca abajo agarrado a la almohada murmurando: «No tardes». Cuando volvía, la ropa de la cama había bajado hasta dejar su espalda desnuda al descubierto y yo me quedaba mirándole y preguntándome si era un sueño. Salí de mi ensoñación por el codazo que la bruta de mi hermana me atizó. Le tenía delante y, ni corto ni perezoso, me coge de la cintura, me acerca

a él y me da un beso de película: agilipollada, estaba agilipollada. A partir de ahí, saludó a todo el mundo encantador, sin soltarme ni un minuto, cogida de la mano o de la cintura.

—No sé si te puedo presentar como mi novia sin tener el divorcio del imbécil.

Yo, roja como un tomate, le dije, muy bajito: «No lo sé».

—Bueno. Diré mi amiga, pero que sepas que eres mi novia. ¿Has comido algo?

—No.

—¿Hasta cuándo tienes que estar aquí?

—Supongo que nos lo dirán.

—Bueno, come algo ahora y después nos iremos a cenar todos.

Llamó a un camarero para que nos sirvieran. Llevaríamos quince minutos tomando un bocado cuando vi que miraba en una dirección, pero yo, dada mi estatura, no sabía a quién.

—Esperaos un momento, quiero presentarla a alguien.

—Sí, claro —dijeron mi hermana y Juanjo a la vez.

La cara de mi hermana era un poema, yo tenía ganas de reírme a carcajadas si no fuera por lo nerviosa que me ponía que Marcel me tratara con tanto apasionamiento delante de todo el mundo. Me llevó de la cintura al fondo del salón donde había un grupo de personas. Dos señores, tres señoras y una pareja de jóvenes de mi edad.

Se acercó al grupo e inclinándose ante la señora de más edad, le hizo un besamanos.

—Abuela...

—¡Hola, hijo, no sabía que ibas a venir!

—Madre... —la segunda.

—Marcel...

—Tía... —tercera. La madre que lo parió, me había llevado a presentarme a su familia, menos mal que me tenía cogida, si no me voy al suelo.

—Hombre, mi sobrino preferido.

Saludó a los hombres: uno era su abuelo, me había hablado mucho de él. Le admiraba. Y el otro su padre. La pareja joven eran su hermana Christine y su primo Louis.

Os presento a mi buena amiga Elise, ha desfilado hoy con mucho estilo.

—Es muy guapa —dijo Louis, y ya no me quitó la vista de encima.

Saludé con la mano a la abuela, a la tía y a los hombres, su madre no tuvo la deferencia de responder a mi saludo.

—Tú como siempre, madre —le dijo Marcel—. Ni siquiera te molestas en guardar las normas.

—No creo que en este caso sea necesario. Seguramente no volveré a ver a tu amiga, ¿verdad, joven?

—Seguro que no —contesté—, no tiene usted aspecto de ir donde va la gente como yo.

—No, desde luego, reconozco que tienes buen ojo. Yo me muevo en otro nivel.

—Gracias a Dios, si me disculpan, mi familia me espera —me di media vuelta y soltando la mano que me tenía cogida Marcel, me marché roja como un tomate y humillada.

Cuando volví con los míos, se nos acercó Jean Pierre. Le presenté a mi familia, estaba exultante, feliz, todo había sido un éxito, iban a tener muchos pedidos, había trabajo para una buena temporada, les habían ofrecido pasar el desfile en Roma, pero poniendo como escenario una de sus preciosas plazas. Todo iba sobre ruedas. Marcel se había incorporado al grupo, pero estaba muy callado, me cogió por la cintura y me besó en el pelo. Teníamos permiso para irnos. Le pregunté a Jean si me iban a necesitar o podía irme la semana que había pedido y me dijo que sí. Me dijo que esperara. Volvió con dos bolsas de la casa, me dio dos sonoros besos y me dijo: «¡Feliz cumpleaños!» ¡Cómo me trataba!

—¿Os apetece que nos vayamos a cenar por ahí?

Todos dijeron que sí.

—¿Te importa que vengan mi hermana y mi primo? —me preguntó.

—No, por supuesto, pero tenéis que esperarme, me tengo que cambiar.

En la bolsas había un vestido de la colección de los que había llevado yo, no era de los exclusivos, pero me sentaba de lujo; era color coral sin mangas, los hombros iban en disminución hacia el cuello redondo, no muy cerrado, y formado de finísimos cristales de swaroski color negro; era entallado y corto, se cerraba en el cuello con un botón de cristal y seguía abierto hasta el final de la espalda que se abría ligeramente al moverme, lo acompañaban unos zapatos de fino tacón negros que ya mentalmente cambié por unas sandalias negras de tiras de las que llegan al tobillo, mucho más sexis. Pregunté si me lo podía poner esa noche y me dijeron que sí. Pedí un abrigo prestado, lo devolvería al

día siguiente. Había llevado uno de los dos trajes de novia que se presentaron en el desfile y me habían hecho un recogido que caía en pequeños rizos hacia la cara dejando la nuca al descubierto. Estaba muy sugerente, la verdad es que desde que estaba en París había cambiado bastante físicamente: el ejercicio, la forma de moverme, ya no parecía la cría de los vaqueros y las deportivas, empezaba a parecer una mujer sexi y sofisticada que sabía vestirse y combinar la ropa, aunque me seguía gustando ir cómoda, no sé lo que daría por ir en deportivas.

Mientras me cambiaba pensé en los Girard, qué jodidamente guapos eran todos, desde el mayor al más joven. El abuelo era el típico señor mayor interesante, con estilo, tenía aspecto de haberle dado algún que otro disgusto a la abuela; el padre también muy interesante, alto, todos eran altos, el abuelo y Marcel, físicamente se parecían más, y el padre y el sobrino eran altos, un poco menos y de complexión algo más ancha, pero sin pasarse, el primo era un chico muy guapo también. Las señoras eran también muy guapas, con mucha clase, muy bien vestidas, con bastantes cientos o miles de euros encima, la abuela tenía un trato exquisito, la madre, bueno, ya se ha visto, y la niña, la típica rubia de pelo liso, no parecía mala chica, pero sí algo caprichosa, acostumbrada a tener lo que se le antojaba. El primo, la hermana y yo debíamos ser de la misma edad, año arriba, año abajo. Todos rubios, todos altos y delgados, con clase, elegantes, caray con los genes de esta gente. Si Marcel y yo tuviéramos un bebe, ¿cómo saldría? Pufff, vaya mezcla.

Cenamos en otro de los restaurantes de «mi novio», Flavors from the Mediterranean, yo ya había estado en los tres y este me gustaba mucho. Marcel les explicó que estaba dedicado a enseñar a sus clientes las diferentes gastronomías de los países europeos que baña el Mediterráneo. Tenía una serie de menús de degustación por si se quería comer únicamente comida griega, o española o italiana, etc. Aparte la carta por si se quería comer variado, hasta los postres eran elaborados de forma artesanal. Era el más grande de todos y cuando celebraban jornadas gastronómicas tenían reservas con dos y tres meses, dependía del tirón de cada país.

El tercer restaurante se llamaba Le Parisiene y se servía únicamente comida francesa. La verdad es que cada uno en su estilo tenía muchísima demanda. Cambiaban los menús muy a menudo y los cocineros estaban especializados en las comidas típicas de cada establecimiento. Marcel tenía personal especializado para todos, pero le gustaba supervisar los menús y los vinos.

Aquella noche nos decantamos por la comida turca y Christine y Gaby por la italiana, como no podía ser menos. Mi hermano se empeñó en que no quería dormir en el hotel, que se venía a casa conmigo, sabía que Marcel querría también venir a casa, pero estaba demasiado cansada para arrumacos, no podía con mi alma, me dormía cenando. El día había sido muy intenso. Marcel le dijo:

—Vale, pero mañana me la llevo yo, tú duermes en el apartamento y yo me la llevo al hotel, tengo que darle el regalo de cumpleaños, todavía no se lo he dado.

—¿Es que duermes con ella?

—Es mi novia. Pero no digas nada en casa hasta que no tenga la sentencia de divorcio. Además, quiero despedirme, voy a estar una semana sin verla.

Recuerda, me dijo, que iré a buscarte.

—¿Vas a sacar billetes de avión para buscarla? —preguntó mi hermano—. Vaya gasto más tonto, no.

—Tengo un avión privado.

Gaby abrió la boca y no supo qué decir, raro en él.

—Está bien, su novia... —murmuraba—, avión privado... —No dejaba de mirarle.

Que Christine era caprichosa lo dejó bien claro esa noche; pidió su pasta, pero tuvo que probar todos los platos que nos pusieron, a su primo le tenía frito, pero el pobre no se quejaba, debía estar acostumbrado a sus caprichos, parecían hermanos más que primos.

Me desperté a las once, me estiré en la cama, la boca me sabía fatal, seguro que ni me lavé los dientes cuando llegué. Mi precioso vestido colgaba del biombo, dando la impresión de que había salido por los aires hasta caer allí. Llevaba las medias que llegaban al muslo debajo del pijama y la chaqueta de este tenía abrochado el primer botón en el segundo ojal y lo demás abierto, los zapatos no los veía. Me volví a estirar y me levanté, tenía que ir al baño si no quería hacérmelo encima. Me estaba lavando los dientes cuando oí llamar a la puerta suavemente, salí a abrir con el cepillo en la boca, estaba demasiado cansada para sacarlo, era Marcel con dos paquetes llenos de churros y yo con la boca llena de pasta dental. Me besó en la nariz.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó riendo.

Le hice un gesto con la mano de que Gaby seguía durmiendo y fui a enjuagarme y vi los zapatos, estaban cada uno a un lado de la taza del baño. Se

ve que llegué, me senté y los solté, por eso no los encontraba.

Nos sentamos a desayunar y me dijo:

—Ayer estuviste muy callada, ¿estabas enfadada?

—La verdad es que sí, y quiero pedirte disculpas.

—¿A mí, por qué?

—Por mi comportamiento ante tu familia, por mi respuesta al no saludo de tu madre. Lo siento muchísimo.

—Tú no tuviste la culpa. Ella es todo lo que tú dijiste, siempre hace lo mismo y sobre todo cuando tiene que ver conmigo.

—No sé lo que pasa entre vosotros, pero yo debía haber hecho caso omiso a su negativa a saludarme, al fin y al cabo ella es una persona que podía ser mi madre y la debía un respeto, al menos es lo que me han enseñado, pero a veces, cuando alguien es grosero conmigo sin motivo, se me va un poco la olla y me pierde la boca. A veces soy demasiado rápida en las respuestas.

—Ella es la que tenía que haber tenido otro comportamiento, es la mayor y está acostumbrada a comportarse de otra manera, no te disculpes, en ningún momento me has hecho sentir mal, al contrario, ayer estaba avergonzado por su comportamiento. Me hacía ilusión presentarte a mi familia y ella reaccionó fatal. Desde que se fue mi hermano, todo lo malo que ocurre en la familia es culpa mía, ya me he acostumbrado.

—No sabía que tenías otro hermano.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Es mayor que yo cuatro años, se fue de casa cuando yo tenía dieciséis. Años después pidió la herencia que le correspondía, creo que formó allí una familia y no le hemos vuelto a ver, no sé si mis padres tendrán contacto. Es una de las causas de que no quiera una familia ni hijos, nunca me he sentido querido, los únicos que siempre me apoyan son mis abuelos. Nunca he sentido que tengo una familia normal, parece que cada uno va por un lado.

—¿Y tu padre?

—Bueno, está ahí, pero él culpa a la empresa de todos sus problemas, de un matrimonio sin amor, de la marcha de mi hermano, del infarto que le dio... no sé, de un montón de cosas, para él es un alivio que yo haya cogido el testigo del cargo de presidente, nunca ha tenido ningún interés.

—Nunca me habías hablado de todo eso.

—No he tenido ocasión, nos vemos poco tiempo al día y cuando nos vemos es para salir a cenar o cosas parecidas y a veces ni eso. Son temas familiares

muy personales que no le he contado nunca a nadie, si vivieras conmigo la cosa sería distinta, pero así tenemos poca intimidad para hablar de ciertas cosas. No le voy contando esto por ahí a cualquiera.

—No sabía que yo era cualquiera.

—Bueno, Elise, no voy a discutir contigo ahora de esto, pero tú no te fías de mí, dices que no nos conocemos de nada, soy yo el que busca un acercamiento mayor, pero tú continuamente me rehúyes, me lo dices muchas veces, así que mira: jamás, jamás le he rogado a una mujer ni para comer, ni para cenar, ni para irme a la cama con ella, jamás le he pedido a ninguna venirse a vivir conmigo, jamás me he comportado como un novio universitario pidiéndole citas a su chica, tú eres la única y sigues dudando y sigues dándome largas. Piénsatelo bien, nunca he tenido paciencia y menos para tener una mujer, siento ser tan claro, soy un hombre de carácter, orgulloso y con poca paciencia y cuando quiero algo, lo tengo al momento. Cuando vuelvas de Madrid, quiero una respuesta, estoy cansándome de ir como un perrillo detrás de ti, por mucho que quiera estar contigo, sabes que me tienes loco y por eso hago lo que hago, pero si no me contestas de una vez, voy a seguir con mi vida y me voy a olvidar de ti.

Estaba cabreado, muy cabreado, tenía las mandíbulas apretadas, tanto que casi le rechinaban las muelas, nunca me había hablado así, yo no estoy acostumbrada a ir tan deprisa por la vida, por Dios, tengo veintidós años y espero un divorcio de un matrimonio de seis meses, ¿es que no lo entiende? Es cierto que él estaba cambiando su forma de vida por mí, me estaba pidiendo de todas maneras vivir con él. Había dejado de dormir en su, seguramente, cómoda y amplia habitación por dormir en una buhardilla, quizá yo estaba tirando demasiado de la cuerda, pero esta explosión repentina me parecía exagerada. Tenía unas ganas enormes de llorar y teníamos que pasar todo el día con mi familia. Él estaba enfadado y al mismo tiempo muy triste y pensativo.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —intenté cambiar de conversación.

—Lo que quieras, como siempre, pero la noche es nuestra.

—¿Tienes alguna idea?

—No, no he tenido cabeza para pensar en cómo entretener a tu familia.

Me pareció una respuesta desafortunada y grosera. ¿Qué le pasaba?, ¿se arrepentía de haberme presentado a su familia?, ¿le habrían dicho algo negativo? Él luego durante la cena estuvo bien, un poco callado como yo, pero

solícito y galante. ¿A qué venía este mal humor?

—Mira, déjalo, es mejor que te vayas, diré que te ha surgido algo y me iré yo con ellos... Tú vas a estar de malas y yo no voy a tener mejor ánimo. Miraré a ver qué sitios no han visto, comeremos en Chez mama Marie y daremos otra vuelta turística esta tarde. Me voy mañana con ellos, será lo mejor.

—¿Y esta noche?

—Será mejor que duermas y que te descansen la cabeza. Ya nos veremos a la vuelta. No creo que ninguno de los dos estemos para celebraciones.

—Como quieras.

La primera vez que nos separábamos enfadados y se iba sin darme un beso. Me disculpé en su nombre diciendo que le había surgido un problema en una de las delegaciones y que iba a ver si lo solucionaba desde París o tendría que salir de viaje. Hice de tripas corazón para que no se me notara cómo me sentía, estaba deseando que acabara el día. Mi hermano quiso quedarse conmigo a dormir otra vez, así que por la mañana me ayudó a recoger el revoltijo de cosas que tenía por medio en el apartamento. A mediodía cuando salíamos a coger un taxi llamaron a la puerta, mi corazón dio un salto tan fuerte que me produjo dolor, era René.

—El señor Girard me ha pedido que les lleve al aeropuerto.

—Un momento, René —entré en el cuarto y cogí un sobre que tenía preparado y se lo di—. Gracias, pero dígame al Sr. Girard que no hace falta y dele este sobre de mi parte.

Se creía que podía comprar a la gente: pues no, si él era orgulloso, yo también. En el sobre estaba el importe del hotel, había mandado pagarlo y el abrigo que me prestaron el día del desfile, cuando pasé el sábado a devolverlo, también lo había pagado, así que me había hecho gastarme un pastón en el puñetero abrigo con su afán de solucionarlo todo a base de pagarme cosas. Cientos de veces había mirado el móvil, pero no hubo ni una llamada. Está bien, si así lo quieres, así será.

Marcel

Siento que estoy fracasando con ella, no tengo paciencia, soy demasiado acaparador y quiero manejar mis tiempos y los suyos. Ayer tuve una salida de tono muy desafortunada por culpa de mi madre que no sé si podré arreglar, cuando todo iba perfectamente. Mi madre me desquicia, siento que la quiero más de lo que se merece, querría que me fuera indiferente y no lo es. Mi relación con ella es despegada, me siento celoso de mi hermano mayor. Creo firmemente que era su hijo predilecto y cuando pasó lo que pasó y él se fue, a mi madre se le acabó el amor maternal. Quizá si no hubiera pasado nada habría sido feliz y hubiera tenido amor para todos, pero no fue así. Estoy seguro de que hubiera preferido que me fuera yo y él se quedara y ese pensamiento me hace débil, sensible y muy vulnerable y odio sentirme así, por eso me envuelvo en ese caparazón de dureza desde hace años y no dejo que nadie se acerque a mí, no quiero sufrir, prefiero vivir la vida y cuando todo se acabe no dejar nada detrás. No quiero hijos, a veces pienso que la amo y otras que la odio tanto por ser tan mala madre, creo que no sería un buen padre y, si encuentro a alguien como Elise que llegue a mi corazón, quiero que sea mía, no quiero compartirla, quiero que se dedique a mí únicamente, disfrutar de las cosas buenas, tengo dinero de sobra para viajar por todo el mundo con ella, para que aprenda lo que le apetezca, para que lleve toda la ropa bonita que quiera, las joyas, para poner el mundo a sus pies, pero la quiero solo a ella.

Me da mucha pena mi hermana Christine porque también sufre el desamor de mi madre, y eso la está convirtiendo en un ser de carácter débil, caprichosa, muy caprichosa y hasta mal educada porque como nadie le hace caso, cambia el cariño por cosas materiales, como si tuviera cinco años. Tiene veintidós años y no hace nada; estudia, sí, pero todos hemos terminado una carrera y empezamos otra, Louis ya trabaja en la compañía y va por la segunda carrera, mi hermana no, va con las amigas todo el día de compras, pero además comprando cosas que no necesita y que no recicla. Ahora que estoy con Elise, me doy cuenta de las cosas que no nos sirven a nosotros, le pueden servir a

otras personas, ella no tira nada. Ahora todavía no tiene mucha ropa, pero siempre dice que en su casa, dos veces al año, verano e invierno, hacen una recogida de la ropa que no se ponen y la llevan a la iglesia o a una ONG, estoy aprendiendo muchas cosas con ella a las que no le daba valor.

Estas pasadas Navidades, después de nuestro desencuentro, fue la primera vez en mi vida que echaba de menos a alguien, me están pasando con ella cosas que no me habían pasado. Antes, si quedaba con una mujer y no aparecía por lo que fuera, simplemente la sustituía, ahora no puedo sustituirla, la quiero a ella. Estuve a punto de irme a Madrid y llamarla para decirle que estaba allí para lo que quisiera: al final no me atreví, pero en mi cabeza solo estaba ella, con quién estará, dónde, qué hará, se reirá, saldrá con alguien. Siento cosas por esta mujer que quiero negarme, porque sigo intentando ser el tipo duro, pero tengo que reconocer que ya no me vale lo de echar un polvo con ella, ya necesito más. Nunca unas Navidades se me habían hecho más tristes y más aburridas, pensé irme a Nueva York, la familia tiene un apartamento en Manhattan, al final no me decidí por si ella se venía antes a París. La llamé un par de veces al móvil, pero no me lo cogió, así que me sumergí en el trabajo y en el bar para tener la mente ocupada y las Navidades pasaron sin pena ni gloria.

A primeros de enero la volví a llamar, no me lo cogió, me estaba empezando a poner nervioso y llamé a Jean Pierre:

—¿Sabes algo de ella?

—Sí, está aquí, pero me ha dicho que no te diga nada.

—Tan enfadada está.

—Sí, tiene una idea equivocada de por qué no la ayudaste, cree que quisiste evitarte problemas.

—Pero no es así.

—Tú lo sabes y yo lo sé. Ella no lo cree, tendrás que hacerle cambiar de opinión.

—¿Cómo está?

—Guapa, pero le falta «ese brillo» en los ojos.

—Ya... ¿te ha contado algo?

—Marcel, no me gusta contar cosas personales de mis amigos, lo sabes, pero como parece un perro apaleado, te diré que ha tirado de la manta y ha pedido un «divorcio express».

—¡Con un par de ovarios, esa es mi chica!

—Bueno anda, anda y no le digas que te lo he contado.

—Gracias, amigo, te debo una.

—Me debes unas cuantas, por cierto: no sabes dónde vive.

—¿Seguro?

—Ya estás con tus manejos. No la agobies, todavía no te conoce bien, no sabe tus trucos y tu poder. No la asustes.

—No te preocupes, papaíto.

Volví a llamarla a la mañana siguiente, oír su voz era un bálsamo, con lo poco o casi nada que habíamos intimado y parecía que nos conocíamos de toda la vida, había entre los dos un feeling increíble y una complicidad que no había tenido ni tenía con nadie, nos mirábamos y sabíamos lo que queríamos. Quedamos para salir a cenar aquella noche, tras muchas negativas por su parte, pero la verdad es que estábamos locos por estar juntos. A las ocho fui a buscarla con flores y bombones. Cuando vi el ¿apartamento?, donde yo veía un cubículo, ella veía posibilidades. Me indigné, ¿por qué era tan cabezota?, ¿por qué no me dejaba ayudarla?, podíamos encontrar algo mejor, su problema era el dinero, que era justamente lo que a mí me sobraba. No entendía que el dinero no me importaba, que para mí lo más importante es que ella estuviera bien y cómoda. Para mí las ventanas abuhardilladas eran dos agujeros, para ella eran luz y romanticismo, poder leer sentada en una de ellas a la luz de la luna. El apartamento en sí era un habitáculo con una cama horriblemente vestida, en realidad era un somier. En la cocina casi no se podía hacer ni café y la ducha... ¡Yo tenía dos baños y cada uno de ellos era como todo el apartamento! Estaba indignado y encabronado por su cabezonería, por Dios, no era más que una casa y aquello era un cuchitril. Intenté razonar con ella y no pude, no hubo manera, así que me callé antes de decir algo que la ofendiera y la relación se acabara en ese momento. Quería comprar unas cosas para mejorar el aspecto de aquello y quedamos al día siguiente, la iba a llevar a uno de los mejores y más importantes mercadillos de París, aux Puces.

Me gustó volver al mercadillo, no había estado desde hacía un montón de años, iba con los compañeros del instituto, nos comprábamos camisetas con las caras de los cantantes del momento, libros guarros, preservativos, éramos adolescentes y teníamos las hormonas revueltas, me gustó recordar aquello. Compró el cabecero de la cama, estanterías y alguna cosa más en forja blanca con pequeños adornos en dorado, un biombo, una cafetera, un espejo que me dejó regalarle y alguna cosa más: toallas, ropa para las camas, otro somier,

dos colchones (le hice tirar el de la cama grande, no iba a permitir que durmiera sobre un colchón usado). Unas nos las llevamos y otras las tenían que pedir y las llevarían ellos. Comimos en un pequeño bistrót de la zona y por la tarde seguimos comprando, volvimos a su casa cansados, parece que se le había pasado el enfado.

Esa semana nos vimos poco, yo salía de viaje la semana siguiente e iba a estar fuera aproximadamente ocho días. Una de las tardes que fui, el sobrino de la dueña le había colocado las cosas, había comprado un somier y una foto mural con imágenes de cañas de bambú que colocó detrás. Había hecho maravillas en aquel cuartucho, parecía otro, me quedé asombrado de cómo con cuatro cosas combinadas con muy buen gusto había quedado una habitación que se podía fotografiar para una revista. Alabé lo bien que lo había hecho, pero de verdad, y la animé a estudiar decoración de interiores.

Estaba en Nueva York, las cosas se habían liado y me iba a tocar quedarme un día más antes de salir para Washington, habíamos estado cenando unos cuantos y yo me negué a ir a tomar una copa, me estaba haciendo mayor, me fui al hotel y entré en el bar, de repente me habían entrado unas ganas locas de echar un polvo, llevaba tiempo sin catarlo esperando a Elise y parece que las cosas no se movían ni para adelante ni para atrás. Di un repaso visual a la sala y vi una morenita de pelo corto con un cuerpo parecido al de ella, me aumentaron las ganas, me dirigí a ella, le pregunté y estuve de acuerdo en el precio, le dije que esperara media hora y subiera a la habitación. Mientras subía en el ascensor, pensé que no había infidelidad, porque como ella decía no hay nada entre los dos, no somos nada, por lo cual si yo me acuesto o no me acuesto con quien quiera no pasa nada, podía haberlo hecho en Navidad y además ya lo hice cuando estuve en Munich, aunque fue un fracaso y no he tenido que dar explicaciones.

Salía de la ducha con una toalla envuelta en la cintura cuando llamaron a la puerta, abrí, era la chica, era mona, le hice pasar. Yo estaba muy excitado, no sé qué me había pasado de repente. Pensar en ella, imaginármela con los pantalones ajustados negros, tenerla tan cerca estos días, no sé, el caso es que estaba en la habitación de un hotel a miles de kilómetros, esperando tirarme a una chica que se parecía a ella. Le dije que se quitara la ropa, yo no tenía más que tirar de la toalla. La chica sabía lo que hacía: primero vestida me hizo una mamada. Mientras yo me lavaba se quitó la ropa, no quise que me besara en la boca, la pregunté si había algún problema y después de ponerme un condón la

penetré por detrás y empecé a sentir angustia como en Munich, pero me corrí. Me alivió ver que seguía siendo el mismo de antes, pero estaba claro que algo me impedía disfrutar de la experiencia a tope y sabía lo que era. Le pagué, me dijo que era mucho para lo que había hecho, pero contesté que era suficiente, por lo menos había descargado la tensión. Pensaría que era un flojo. Aquella noche no la llamé, pensé que me lo iba a notar por teléfono.

Si anoche la hubiera llamado, habría sabido que el ex marido estaba en su casa y se iba a quedar a dormir y lo hubiera podido impedir. La ley de Murphy. La llamé por la mañana en un intermedio de una reunión:

—El muy cabrón está en la ducha en pelotas.

—¿Quién está en la ducha en pelotas?

Creyó que era su hermana.

Se hizo un silencio al otro lado, no sabía cómo empezar. El ex se había presentado en su casa, se había enterado de las señas con malas artes y quería volver con ella, se me estaban revolviendo las tripas, esta chica que se piensa que todo el mundo es bueno le había dejado dormir allí porque nevaba y le dio pena; si llego a estar allí, no sé qué les hago a los dos. No quiero que se acerque a ella, estoy muy cabreado, casi no la dejo hablar, al final le digo que le pase el teléfono, le amenazo:

—Si no sales de ahí en cinco minutos, mando dos matones que te van a patear los huevos, cinco minutos cabrón, y no vuelvas.

Unos minutos después salí de la reunión para asegurarme de que se había ido y a Elise le dije que ya hablaríamos a mi vuelta. Soy tan cabrón e hijo de puta que estaba indignado por eso, cuando yo me había follado la noche anterior a una prostituta y me había parecido tan normal. ¿Y si ellos se hubieran acostado? Seguramente me hubiera sentido ofendido y la habría dejado.

Volví dos días antes de lo previsto sin pasar por Londres, del aeropuerto fui derecho a su apartamento. La besé nada más entrar, la besé como si me hiciera falta para respirar. Llevaba puesto el famoso pantalón ajustado y una camisa vaquera de manga larga por fuera del pantalón. Estaba preciosa, hacía más calorillo en la buhardilla y ella estaba haciendo la cena, tenía las mejillas sonrosadas y una coleta. Había estado leyendo porque había un libro encima de la mesita que había delante del somier. Se apartó con suavidad y se volvió hacia la cocina, me ofreció un caldo caliente, cuando terminamos se volvió para dejar las tazas en el fregadero. Me puse detrás con las manos en la encimera y me apreté contra ella, marcando mi excitación en su cuerpo, ella se

apretó contra mí, Dios, gemí de placer como un crío, nunca se había entregado a mí de esa manera. Yo seguí con la misma postura, pero cada vez me incrustaba más en ella, se volvió, empecé a besarle el cuello, le quería abrir los botones de la blusa, pero ¡me temblaban las manos!, me temblaban hasta el punto de que ella me tuvo que ayudar, la besé en el pecho, la camisa cayó hacia atrás, pero las mangas no, nos reímos, las bajamos, yo no aguantaba, ella tampoco, la cogí en brazos, era tanta mi ansiedad que hacía varias cosas a la vez, le quitaba la ropa, me desnudaba... Yo estaba como loco, pero un loco feliz, la besaba por todas partes y murmuraba palabras de amor continuamente, todo lo que había retenido estos meses, todos mis deseos, mis ansias, mi excitación continua estaba saliendo en ese momento, para mí era un tesoro precioso, a la vez que la estaba amando, la adoraba, la tocaba como si se me fuera a romper o fuera a desaparecer, estaba feliz y tenía miedo de no estar a su altura, de que no fuera como ella pensaba, de que fuera demasiado brusco o demasiado delicado y ella se entregaba, me estaba entregando su cuerpo y su alma, es como si hubiera dicho: «Tómame del todo». Se arqueaba con mis caricias, gemía constantemente de placer, le hice ir al final y esperar varias veces, se agarraba a las sábanas desesperada porque no le dejaba llegar al orgasmo, pero aguantó. Tenía mucho potencial, se veía que no sabía mucho de sexo y yo iba a ser el afortunado que la enseñara, consiguió aguantar y que llegáramos los dos a la vez. Estábamos agotados, llevábamos jugando mucho rato, para ella esta primera experiencia más intensa había sido mucho, y para mí la excitación de por fin conseguir lo que llevo tanto deseando había sido algo inmenso. Nos quedamos dormidos, abrazados. De madrugada ella fue al baño:

—No te alejes de mí —le dije entre sueños.

—Me hacía pis.

—Da igual, me llamas y lo hacemos juntos.

La imagen de los dos haciendo pis nos hizo reír, volví a abrazarla y seguimos durmiendo. Fue el primer día de mi vida que llegué tarde al trabajo por dormirme, y además con una mujer.

Nos habíamos convertido en una pareja real, aunque nadie lo supiera todavía. Solo había una sombra entre los dos, el hecho de que no se decidiera a vivir conmigo, seguía sin fiarse de mí, siempre era lo mismo, me iba a cansar de ella y yo no podía y no quería estar así, ella se iba a la academia y se tiraba casi todo el día fuera, yo al despacho y volvía por la tarde. De vez en

cuando tenía que ir a Le Grotte, porque tenía a Marc abandonado, había hablado con él del tema, parece que Elise y él se llevaban mejor, Marc había bajado la guardia y entendió que lo que sentía por ella era serio, pero casi todo el trabajo se lo tragaba él. Habíamos hablado de dejarlo, Marc llevaba tiempo queriendo poner un restaurante de comida española y en cuanto encontrase un local que le gustara lo iba a coger; yo me había ofrecido para la financiación, pero parece que tenía el dinero. Le ayudaría en lo que quisiera, era un gran amigo y le apreciaba de verdad.

Marcel

El día del desfile me levanté muy contento, esperaba que todo saliera bien y diera lugar a que ella se quedara. Estos días que habíamos intimado hablamos de muchas cosas, entre ellas de mi ropa, me dijo que era muy elegante y que llevaba ropa muy cara, pero que a veces parecía un ejecutivo maduro en vez de un chico joven: «Es como si llevaras el peso del mundo sobre tus hombros». No se imaginaba ella, me lo decía muchas veces, que parecía mayor, que no tenía que ir tan encorsetado con la ropa. A mí me gustaban las camisas blancas, que eran las que casi siempre llevaba, y me demostró que se podía llevar un traje con una camisa del mismo color y estar elegante: lo mismo decía de mis corbatas, eran preciosas pero siempre del mismo estilo. La verdad es que yo casi nunca elegía un traje, simplemente llamaba, encargaba tres o seis de cada cosa, cada cierto tiempo y ellos conforme a lo que me gustaba me los hacían y ya está.

—Eso —decía ella— se va a acabar. Vas a comprarte los trajes y los vamos a elegir nosotros.

Para mí, mi chica era una niña en comparación con la edad de las mujeres con las que había tratado hasta entonces, pero era muy madura y tenía muy buen gusto, por eso la habían cogido en el trabajo de la moda, combinaba muy bien los accesorios, zapatos, corbatas, cinturones, los colores, todo. Con el cambio de un par de cosas en un atuendo, le daba la vuelta al modelo.

Iba a estrenar un traje que habíamos comprado para el evento, era azul oscuro, entallado, combinado con una camisa, también azul un poco más claro y una corbata del color del traje, con unos pequeños lunares, blancos. Me encontraba, como decía ella «muy guay».

Por la mañana salí a recoger un regalo que le había comprado para su cumpleaños, tenía preparada una sorpresa. Tenía intención de presentársela a mi familia, no habían conocido a nadie desde lo de Georgia. Me había costado que fueran todos al desfile, pero al final lo conseguí, así que como también venían sus hermanos, su mejor amiga y Juanjo, pensaba llevármelos a todos a

cenar y, después, remataría con la sorpresa. Estaba eufórico. La noche antes no me quedé en su casa, llevé la cena y cenamos juntos, pero dejé que descansara, porque al día siguiente iba a estar muy tensa.

Me puse ropa cómoda, que era otra cosa que me recriminaba: «Vas siempre un poco encorsetado, como si no supieras ir sin corbata, eres un hombre joven, no un joven viejo». Me vestí con unos vaqueros, una camisa blanca de Hugo Boss, un Tommy Hilfiger y mi chaqueta de cuero. Seguro que si me ve, me saca la camisa por fuera del pantalón, y me marché a hacer unas compras que me faltaban para mi sorpresa de la noche.

Llegó la hora del desfile, el gran salón estaba lleno, se habían repartido invitaciones y parecía que no había faltado nadie y luego el despliegue de prensa, televisión, fotógrafos y demás, obra seguro de Jean Pierre, era absoluto: publicidad no le iba a faltar. Vi de lejos a su familia que estaban bien situados, pero no me acerqué.

El desfile fue una pasada, se me estaba pegando su vocabulario, eran treinta y cinco personas desfilando y ella pasó un buen número de los modelos. Estaba preciosa, parecía otra persona, había recuperado el brillo en los ojos y su sonrisa; maquillada y con aquella ropa estaba increíble, yo debía tener cara de gilipollas porque mi abuela una vez me dijo: «Cierra la boca, se te cae la baba» y me sonrió: «Es importante para ti». «Mucho», contesté. Fue un éxito, al final presentaron dos trajes de novia y ella llevaba uno de ellos, no tenía intención de casarme, lo juro, ni siquiera ahora que me tenía tan embobado, pero verla así me hizo tragar saliva y se me hizo un nudo en el estómago. Nosotros decimos que a las mujeres no hay quien las entienda, pero a nosotros a veces tampoco.

Cuando terminó se armó un poco de barullo entre los invitados, los camareros empezaron a servir un vino y unos canapés, sacaron algunas mesas y colocaron las sillas para que las personas que lo necesitaran pudieran sentarse, y las y los modelos tenían que pasear entre los invitados con los trajes de pasarela para que pudieran tocar los tejidos y ver los modelos más cerca. La dejé que hiciera su trabajo y media hora después la vi saludando a su familia y me acerqué, la cogí de la cintura y le di un ansioso beso, hubiera estado así horas. Saludé a su familia, unos minutos después me la llevé, quería presentarla a los míos. Cuando llegué a la mesa, el abuelo, que estaba sentado, se levantó, todavía manteníamos esa galante costumbre cuando una dama se levanta o se sienta a nuestra mesa. Se la presenté primero a los abuelos, sabía

que no me iban a defraudar, a mi madre, mi tía Charlotte, que era un encanto, y a mi hermana y mi primo. Mi madre no correspondió al saludo, le recriminé su descortesía y ella aludió al hecho de que no tenía intención de volverla a ver; sin mirarla, supe que Elise se había puesto roja y supe también que le iba a contestar: le dijo que no, porque no frecuentaban los mismos lugares y algo más que no escuché de tan indignado que estaba. Se despidió del resto, se dio media vuelta y me dejó allí plantado. ¿Por qué se hace uno una idea de cómo van a ocurrir las cosas y luego ocurre todo lo contrario? Y además todo lo que no quieres que ocurra. Me quedé noqueado porque mi madre tiene la facultad de joderme la vida, de una manera u otra, pero lo hace; los demás porque nadie dijo nada, no sé si por no enfadar a mi madre y que diera media vuelta y se marchara o por qué. Mi padre ya ni discutía con ella, simplemente pasaba y yo no sé si estaba enfadado también con Elise, por haberle contestado y haber entrado en el juego de mi madre, que es el de cabrear a todo el mundo, el caso es que se me fastidió la noche.

—Me imagino que no vendréis —les dije—, pero está su familia aquí y nos vamos a cenar por ahí, ¿qué vais a hacer?

La abuela y el abuelo se iban a casa, la verdad es que la abuela estaba delicada de salud, pero antes de irse me dijo: «Vente con ella a casa un día a merendar». Mi madre ni contestó y mi padre dijo que tenía que arreglar unos asuntos, cosa que irritó todavía más a mi madre. Yo creo que mi padre tiene algo por ahí, pero desde hace tiempo. Los únicos que se apuntaron fueron los chicos. Me despedí y volví con el grupo. Estaba Jean Pierre dándole unas bolsas a Elise y felicitándola, le dio un gran abrazo y los ojos se le llenaron de lágrimas, su hermana cumpliría los mismos años unos días después. Dije lo de la cena y estuvimos todos de acuerdo, ella se fue a cambiar.

Se había puesto el vestido regalo de nuestro amigo; era rojo, ajustado, sin mangas, se podía decir que se recogía alrededor del cuello con tejido de ese brillante negro que lleva la ropa de las señoras, la espalda se cerraba arriba con un solo botón de cristal y quedaba abierta hasta bastante abajo de la espalda. También era bastante corto, era muy sexi, muy sexi, yo tenía unas ganas locas de llevármela de allí a celebrar su cumpleaños, pero no podía ser. Cenamos en Saveurs du Méditerranée, otra de mis joyas gastronómicas. Estaba orientado a ofrecer platos típicos de los países europeos que baña el Mediterráneo, incluidos postres y vinos. Era el más rentable, el más grande y el más solicitado. Después de ver las opciones, optamos por comida turca, a

mí me encantaba y a Elise también, los más jóvenes tomaron la italiana. Fue una comida agradable que no pudimos rematar con una copa y un poco de música porque a su hermano no podíamos llevarle, así que fuimos un rato al piso de Elise, para que vieran cómo había quedado terminado y luego cada uno a dormir a «su casa». El día siguiente lo pasaríamos juntos, pero yo me asigné la noche para mí, todavía no le había dado la sorpresa de su cumpleaños.

Al día siguiente me levanté de mal humor, me fui a por churros para que desayunaran, a mi chica la pillé lavándose los dientes con la boca llena de pasta y la besé en la nariz. Gaby seguía durmiendo. Hizo café y nos pusimos a desayunar. Se disculpó por haberle hablado así a mi madre, yo le dije: «La culpable es ella, que es la mayor, y tú mi amiga, te estaba presentando, debió ser más cortés». Ella que no, yo me fui cabreando, me vino a la cabeza todo lo de mi madre, mi enfado, la ilusión que había puesto en mi sorpresa y de qué manera tan idiota el memo caprichoso del hermano lo echa por tierra y ella no dice nada, sabiendo qué estoy esperando esa noche, en cómo se cuidan los unos a los otros, que de mí no se preocupa nadie. Me enfrenté con ella, estaba harto de esperar, el único que hacía concesiones era yo, que ella no hacía ninguna, que estaba harto de ir rogándole su atención y que a mí no me hacía falta hacer eso con ninguna, que las mujeres se me ofrecían sin más; bueno, me eché a rodar por una pendiente sin fin y mi mal humor crecía y crecía como una bola de nieve. Al final le dije que, como se iba a Madrid unos días, cuando volviera quería una respuesta, porque si no yo iba a volver a mi vida y a olvidarme de ella.

Cómo un día preparado con tanta ilusión por los dos, que estábamos bien, contentos y felices, se puede estropear de tal manera que parezca que es el final. Ella no decía nada, solo me miraba sin comprender por qué estaba así y por qué decía esas cosas, al final reaccionó: ella pasaría el día con su familia y me disculparía diciendo que me había surgido algo importante.

—¿Y esta noche? —le pregunté—.

—Es mejor que duermas y aclares tus ideas; por cierto, me voy el domingo con ellos, será lo mejor.

El plan era que sus hermanos se iban el domingo y ella el lunes para pasar ese último día juntos, luego yo iría a buscarla con mi avión y pasaría un par de días en Madrid con ella. Ante mis despropósitos había cambiado de idea, otra vez lo había mandado todo a la mierda. Me marché sin despedirme ni darle un

beso, era la primera vez, me sentía fatal, pero no di mi brazo a torcer.

Marcel

Le dije a René que me llevase al apartamento, al pequeño, al de los ligues, encendí la televisión y puse el móvil en la mesa de fumador para que no se me escapara de la vista, no hacía más que darle vueltas a lo que había pasado, saqué una botella de agua del frigorífico; pasaban las horas, empezó a anochecer, cogí el teléfono por si había llamado y no me había dado cuenta, nada. Me quedé dormido. Cuando desperté, sobresaltado, eran las nueve de la noche, volví a mirar el teléfono, nada. No había comido nada, fui a la cocina, no había más que un par de cajas de galletas, cacao instantáneo, café y pan de molde caducado. Calenté agua, me eché un par de cucharadas de café instantáneo y cogí unas cuantas galletas, me senté al lado del teléfono por si llamaba. Llamé a Alfred y le dije que no iba a ir a casa. La calefacción estaba funcionando, pero me había quedado frío. Fui por una manta, me la eché por encima, hacía mucho que no iba por aquella casa, tenía que pensar qué hacer con ella si no la iba a volver a usar. Curioso el ser humano: estamos pensando en compartir nuestra vida con una persona que nos importa más que nada en el mundo y, al mismo tiempo, le estamos dando una gran patada en el trasero. Me debí quedar dormido de nuevo, eran las cuatro y media de la mañana, miré el móvil, nada. Estuve curioseando por los cajones, calcetines, mudas, alguna corbata, un par de trajes, objetos para el aseo y condones, bastantes condones y toallitas higiénicas. Con ella no usaba condón, la primera vez ni pregunté, pudo quedarse embarazada y, la verdad, me importaba muy poco lo que pudiera haber pasado, llevaba un diu, pero yo no quería usar condón con ella. Era tan suave..., tan cálida..., estar dentro de ella era como sentirse acunado, era una caricia constante, me gustaba alargar el momento del orgasmo porque la sentía estremecerse, su vagina tenía pequeños espasmos que me transmitía a mí, que me estremecía también y a veces empujaba otra vez y otra, mientras le sujetaba la cabeza para mirarla a los ojos y ver cómo su semblante cambiaba y sus ojos se cerraban para coger una bocanada de aire, mientras suspiraba de placer y me sonreía.

Me fui a mi casa a las once de la mañana, no sé a qué hora se iba a Madrid, pero no tuve llamadas ni ese día, ni al otro ni al otro; y yo tampoco llamé.

Con la excusa de que había quedado en ir a buscarla el fin de semana, llamé a Jean Pierre como si no pasara nada:

—¡Hola tío, qué pasa!

—Lo que tú digas —le noté un tanto serio.

—¿Qué sabes de mi chica?

—Tu chica: no son esas las noticias que tengo.

—¿Y qué noticias tienes?

—Que habéis estado quince días juntos y le habías dado la patada.

—Eso no es cierto.

—¿Seguro? ¿Te repito lo que le dijiste?

—¿Qué pasa, te lo cuenta todo?

—Cuando estás con ella, no, pero cuando la dejas sola, sí.

—Bueno, mi madre tiene la virtud de sacarme de quicio y lo pagué con ella.

—¿Y qué esperas, que te perdone otra vez?

—Quedé en recogerla en Madrid durante el fin de semana.

— Está en París desde esta mañana y ahora está aquí.

—¿Por qué?

—Tiene un pase privado.

—¿Cómo que tiene un pase privado?

—Un cliente que estuvo el día del desfile quiere ver unos modelos para una sobrina y quiere que los pase ella.

—¿Por qué? ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—(Silencio) Sí.

—¿Quién es?

—(Silencio).

—Vamos, Jean Pierre.

—Moreau, André Moreau.

—No jodas, tío, no jodas.

—(Silencio).

—No me hagas eso.

—Yo no te hago nada. Es un cliente potencial, viene con una sobrina que se ha encaprichado de unos modelos y mi obligación es atenderle. A ella no le va a pasar nada.

—Una sobrina, ya sé qué clase de sobrinas tiene.

—Bueno, tú has venido a mi casa para comprar modelitos para algunas de tus chicas.

—No eran mis sobrinas.

—Sobrinas o no, eran lo mismo: líos, ligués, rollos, follamigas, lo que quieras, eran lo mismo que esta. Además, tú la has despedido, qué más te da.

—No lo voy a permitir, me da igual lo que digas, pero no voy a permitir que se la pongas a ese cabrón delante.

—No se la voy a poner delante, va a hacer un trabajo, yo voy a estar con ella y no va a pasar nada. ¿Tú le has contado algo?

—No he tenido tiempo, joder, llevamos juntos quince días, cómo voy a pensar que va a aparecer este tío, pero ¿por qué ha aceptado venir si estaba de vacaciones?

—Porque le paga 5000 euros por venir.

—¡Qué cabronazo!

—Le ofreció 2000 euros, yo le dije que por eso no se venía, que había que pagarle los días de vacaciones que no va a disfrutar, el billete de avión y el pase, y ella lo necesita, es un dinero.

—¿Cuándo es el pase?

—Mañana a las siete de la tarde.

—Estaré ahí.

—Marcel, no hagas ninguna tontería.

—No voy a hacer nada, pero voy a ir a buscarla y quiero que el cabrón me vea.

—Ese ya sabe que está contigo.

—Mejor. Esta noche iré al apartamento a decirle que voy a ir mañana a buscarla, que tenemos que hablar.

—Pero de esto no le cuentes nada, quiero que mañana esté relajada y natural como es ella.

—No esperaba esto de ti, tanto que la quieres.

—¿Y tú? Parece que ella tenía razón, que cuando te cansaras la ibas a largar. ¿No?

—Mañana nos vemos.

Elise

No sé qué le pasa a este hombre, pasa de ser la persona más dulce y cariñosa a convertirse en un ser iracundo, atormentado y grosero, sé que él lo pasa mal, pero me lo hace pasar a mí también, no puedo ayudarlo. Lo del día después del desfile no tenía sentido, estábamos contentos, todo había salido de maravilla, el encontronazo con su madre no era para tanto, pero se fue calentando hasta acabar en una explosión de palabras y amenazas sin medida. Se fue sin despedirse, sin besarme, yo también le necesito: me siento vacía sin sus manos, sin su boca, me ha acostumbrado a sus caricias y me siento como una muñeca de trapo cuando no está, pero tampoco voy a dejar que me manipule ni me obligue a hacer cosas para las que no estoy preparada. Pensaba decirle cuando volviera de Madrid que me iba a su casa, más por él, por estar más cerca de él todo el día que por la casa. Sé que es pequeña, que es una birria, si hasta mi casa en Madrid es bastante más grande, pero yo me siento a gusto con mi independencia y ahora me ha puesto en la duda de no saber qué hacer.

He pasado unos días con mi familia, relajada y feliz, echándole mucho de menos, pero sin tensión, he hecho un montón de cosas, les llevé unos regalitos de París que ya tenía comprados, mi padre ha tenido un bajón, se le nota, pero se le veía feliz porque estábamos todos. Ellos me regalaron unos botines y un bolso, la tía unos pijamas más de primavera. Hablé con mis amigas del trabajo para comer juntas el sábado, pero luego no ha podido ser. Fui al ginecólogo, llevaba unos días con molestias, parece que tenía el aparatito mal colocado y me estaba haciendo una heridita, me lo han vuelto a poner y me han mandado unos antibióticos, me ha recomendado que vaya otra vez en un mes. He estado de compras y hemos ido a comernos un bocata de calamares a la Plaza Mayor. Qué diferencia de clima, en Madrid con una cazadora o chaqueta, allí con abrigo y guantes. Cómo me ha cundido.

Ni una llamada, ni suya ni mía. Ha llamado el jueves para venir a buscarme, eso sí, muy cumplidor, pero no se lo he cogido porque voy de vuelta a París ahora mismo. Un cliente de Jean Pierre quería un pase privado para una

amiguita que quería alguno de los modelos y quería que fuese yo la que los pasara. Jean le dijo que estaba de vacaciones, no le importó y Jean le ha clavado 5000 euros, si quería que fuera yo la que los pasara. El señor ha apechugado y, la verdad, es mucha pasta para dos horas de trabajo. Así que allá voy camino otra vez de la ciudad del amor.

Cuando hablé con Jean antes de embarcar me dijo que hiciera el favor de ir a su *atelier* desde el aeropuerto, que tenía que comentarme algo importante y así lo hice. Me recibió tan cariñoso como siempre:

—¡Hola, cielo!

—¿Qué tal? —le dije abrazándole y dándole dos besos—. ¿Qué es tan importante?

—No te he dejado disfrutar de todas tus vacaciones —me indicó una silla para que me sentara.

—Me estás preocupando, ¿pasa algo? ¿Le ha pasado algo a Marcel?

—No, tranquila, es sobre el cliente. Mira, este hombre se llama André Moreau, ¿le habías oído nombrar?

—No, para nada.

—Lo que te voy a decir es confidencial, yo no puedo dar ciertas informaciones sobre los clientes, al fin y al cabo se dejan el dinero aquí y una de mis normas es la discreción sobre lo que sabes de ellos. Tú para mí eres una niña especial y quiero protegerte. ¿De acuerdo?

—Sí, no te preocupes.

—Bien, este Moreau es un hombre conflictivo en cuanto a las mujeres, tiene unos cuarenta y seis o cuarenta y siete años, se mueve en el mundo de las finanzas, tiene mucho dinero, estuvo casado y se divorció, no tiene hijos y es mala persona. No le importa a quién pisa para conseguir sus propósitos, y no le preocupa si la chica de turno tiene familia o no, si es demasiado joven, que en realidad son las que le gustan, pero procura no pisar la raya de lo prohibido. No tiene conciencia y arrasa con todo lo que pilla. Es atractivo, elegante y despiadado. Ha estado unos años fuera, dicen que montando empresas en el extranjero y de repente ha vuelto. A más de uno se le van a revolver las tripas. Te digo todo esto para que tengas cuidado; eres joven, atractiva, muy sexi, nueva y le encantan los retos. Viene con una chica y se gastará un montón de dinero: más si no la ha conseguido, y menos, mucho menos, si la va a largar.

—¿Aquí todo el mundo funciona así?

—¿Por quién lo dices, por Girard? —le hice un gesto afirmativo con la cabeza—. No tienen nada que ver. Girard ha hecho muchas locuras, es muy joven, pero no le gustan las crías, de hecho tú eres la más joven amiga que le conozco y no eres como las demás, y es duro negociando en su trabajo, puede llegar a ser frío y tiene un genio del demonio, pero también hace cosas buenas, no es un ser despiadado con las mujeres como este. Sí puede serlo en el trabajo. A Girard le considero mi amigo; al otro, ni por asomo. Te preguntarás que si es tan peligroso, por qué pasas tú los modelos: porque te ha pedido él, de hecho yo le he puesto las trabas del dinero, que 2000 euros eran poco, que tenía que pagarte las vacaciones, el viaje, ya ves, otra de las chicas hubiera venido por esos 2000 euros y por menos, y él ha subido a 5000 euros, que es una barbaridad; es decir, he intentado que se echara para atrás y no lo ha hecho. Así que cuidado con los halagos, los regalitos y las invitaciones. Mientras desfiles no creo que te diga nada, así que tú tranquila y después, si sigues con Marcel, que supongo que sí, él te mantendrá a salvo, así que no tienes que preocuparte. Quizá me equivoque y no quiera nada. ¡Vas a estar tranquila o te he puesto nerviosa?

—Un poquillo, pero se me pasará, no me suele poner nerviosa cualquiera, pero nunca he sufrido un acoso, a ver qué pasa.

—No pensaba decirte nada, pero vas a salir de aquí a tu casa y no iba a tener ocasión de avisarte, así que he preferido arriesgarme.

—Gracias Jean, tendré cuidado.

Me levanté para ponerme el abrigo mientras a él le sonaba el móvil, me hizo una seña, era Marcel, le tiré un beso con la mano y cogí la maleta para irme a casa, pararía un taxi, tenía ganas de llegar para sacar la ropa, tendría que pararme o bajar después a comprar algo de comida, como he estado fuera unos días había dejado la nevera pelada.

Elise

Dejé la maleta en la portería y me fui a Monoprix, es una de las cadenas de supermercados francesa y está cerca de casa como también está Carrefour. Hice una compra básica de alimentación, también me llevé algo de comida preparada, no tenía ganas de ponerme a cocinar. Le había pedido a mi madre algunas de sus recetas, las lentejas, me había preparado unas lentejas cuando estuve allí, ¡qué ricas!, pero ahora no tenía ganas. Me hicieron el pedido y volví a recoger la maleta.

Me había bebido una botella de agua y estaba sacando las cosas de la maleta, mi madre me había lavado casi todo, pero al final todo huele a maleta, es un asco, me va a tocar lavarlo todo otra vez. Llamaron a la puerta, qué bien, así coloco todo antes de comer, aunque tampoco había tanto. Abrí y me quedé con la puerta abierta de par en par con ganas de cerrarla de golpe ante su preciosa nariz. Tardé un poco en reaccionar, me miraba con cara de guasa.

—¿Me vas a dejar pasar o me vas a cerrar la puerta en la cara?

Me volví hacia dentro, mientras dejaba abierta la puerta.

—Gracias, ¿esperabas a alguien?

—La compra —contesté lacónicamente.

—Iba a venir esta noche, pero no he podido aguantar. Tenía que verte, han pasado muchos días.

—Ya, y no puedes vivir sin mí.

—Pues cada vez me resulta más difícil, aunque no te lo creas.

—¿Y todas esas que caen rendidas a tus pies con un chascar de dedos?, quizá sea buen momento para llamarlas.

—Eso fue una estupidez, una grosería y una fanfarronada.

—No, si me creo que te pase, no hay más que verte, seguro que es verdad, pero yo, tan corriente y vulgar, y además de barrio, no puedo competir con esos putones elegantes y siliconados.

—Nunca te he oído hablar así y no me gusta.

—Pues acostúmbrate, las de barrio somos así, además seguro que por tu

cama han pasado de todo tipo, así que lo único que hago es ponerles apellido.

Se produjo un silencio tenso; ahora o se iba o se quedaba. El timbre lo rompió, ahora sí era la compra. Me puse a colocarla en silencio.

—Deja que te ayude. Dime dónde te pongo las cosas.

Le fui indicando, no había ni mucha compra ni mucho sitio, pero ya me iba acostumbrando. Iba a poner un paquete de café en uno de los dos armaritos de la cocina y estaba empinada sobre las puntas de los pies cuando, acercándose por detrás, me cogió el paquete de la mano y sin ningún esfuerzo lo puso en su sitio y se quedó así, detrás de mí, sujetando mis brazos con los suyos. Empezó a besarme el cuello, sabía muy bien lo que hacía y cuál era mi punto débil.

—Lo siento, lo siento mucho, yo y mi maldito genio, de verdad, princesa.

—Deja —me sacudí con la fuerza de un gorrión, no quería salir de aquel círculo—, deja.

—No puedo estar sin ti —decía, mientras seguía besando en el hueco del cuello y la oreja, poniéndome la carne de gallina, cabrito sabiondo y abusón, cómo es posible que me conozca tanto en tan poco tiempo.

—Deja —insistía yo, pero no quería que me dejara, quería que siguiera para no tener fuerza para negarme, quería que siguiera, porque me gustaba lo que hacía, quería que siguiera porque me estaba enamorando de un hombre que no me pegaba ni con cola, que no hablaba mi idioma, que estando a dos horas de avión no conocía mi ciudad, que ignoraba a mi familia, que quería manejar mi vida y yo, idiota de mí, me moría porque lo hiciera. Estoy loca, no es normal. Me volvió hacia él.

—Tengo hambre —dije débilmente casi dentro de su boca.

—¿Sí?

—Deberías marcharte.

—No puedo —ya me quitaba la ropa,

—¿Qué quieres de mí? —pregunté bajito mientras me derretía, tenía la sensación de que habían programado la calefacción a cien grados, se estaba haciendo un agujero en el suelo y me iba a colar por ahí.

—A ti.

—¿Por qué?, ¿por qué me quieres a mí y para qué?

—Porque te necesito —su boca y la mía eran una. No había distancia, ni tamaño, nada, eran una nada más.

—Ya, ¡mientras no te canses!

—No, mientras me quieras estaré a tu lado, siempre.

Me pierdo, me pierdo en él, en su boca, en sus manos, en su cuerpo, no soy nada, desaparezco, me fundo con él. No me sueltes, no me dejes, ámame así, como soy, estamos atados, unidos, porque mientras yo te quiera tú estarás a mi lado, y mientras tú me quieras yo al tuyo. Somos la letra de un bolero, «somos dos seres en uno que amándose mueren», ¡qué cursi!, pero qué verdad.

Elise

¡Cuántas cosas buenas en tan pocos días! El siguiente a nuestro reencuentro me fue a esperar a que acabara el pase privado. Por fin conocí al peligroso *monsieur* Moreau, indudablemente cualquier chica caería a sus pies, tenía una edad madurita, pero era muy atractivo. Llevaba un traje gris de un corte impecable de Alber Elbaz, era simpático y con un aparente sentido del humor. En cualquier caso, me mantuve a distancia: había algo en él, en su mirada, sé que siempre he dicho que Marcel tenía una mirada fría que me producía escalofríos, pero en este lo que había era crueldad. En Marcel parece que te decía: «No te acerques a mí, soy peligroso», y este era al contrario, te daba confianza con su sonrisa y su charla amena, pero su mirada te decía que podía hacerte mucho daño. De todas formas tampoco era mi tipo, no me gustaban los maduros y estaba loca por mi Girard, así que sin problema. Compraron unos cuantos modelos, por lo que supuse estaba a la caza de la jovencita rubia siliconada que llevaba al lado, no tendría más de veinte años y se movía por allí como si fuera a comprar la colección de varios años, se expresaba fatal y Moreau la trataba con displicencia. En una ocasión le dijo: «Cállate y pórtate como una dama», ella se le acercó y le puso morritos, y él le insistió: «No me toques».

Al terminar quiso que saliera para agradecerme el pase, a lo que yo le contesté que era mi trabajo y era mi forma de vida. Me invitó a cenar con ellos, denegué con una sonrisa y en ese momento se coló en el salón Marcel, al que la chica miró como si fuera a comprarlo también. Se acercó a mí, me besó en la boca, supongo para decirle al otro a quien pertenecía yo, ya estábamos con las demostraciones alfa entre machos. Moreau dijo:

—Girard...

—No te acerques, ni siquiera la mires, a ella no le hace falta hacer un pase privado ni contigo ni con nadie

—¿Es tu nueva amiguita?

¿Por qué siempre tenía la sensación de que era una más de las muescas de su

cinturón? Todo el mundo sabía que tenía muchas y que yo duraría poco.

Menos mal que entró Jean Pierre con dos de sus acólitos que parecían dos armarios empotrados, si no, se habría armado. Estos dos... cualquier día iba a pasar algo. Me llevé a mi chico a cambiarme y ya no sé qué pasó con los otros dos. Nosotros nos fuimos a cenar.

Al principio estaba un poco tenso, pensé, otra vez se nos ha fastidiado el día, va a sacar la mala uva y se acabó; pero no, se recompuso. Llegando al postre sacó dos cajas de terciopelo, una alargada y otra cuadrada, además de un sobre.

—Son tus regalos de cumpleaños, no te los pude dar.

Me puse a dar palmas como una niña y abrí la caja alargada. Era una pulsera.

—¡Qué bonita, es preciosa! ¿Es de Swarovski, verdad? Tienen unas cosas preciosas, ¡me encanta! —me estaba mirando con una cara de guasa impresionante—. ¡Qué pasa!

—No es de Swarovski, son circonitas —le miré.

—¿No? Pues qué coño son.

—Esa boquita, princesa, solo te queda adivinar otra cosa.

—Son, son, son ¿brillantes? ¿Sí?

Su cara era un poema, vaya simple que soy, cómo un hombre como él que quiere comprarme el mundo me va a regalar otra cosa que no sean brillantes.

—No, no puedo.

—No puedes, ¿qué?

—No puedo aceptarla, la voy a perder, soy un desastre. No tengo sitio para guardar esto tan valioso, porque valdrá... no, no me lo digas, no quiero saberlo, me da hasta miedo, no puedo.

Era una preciosa pulsera con tres filas de pequeños brillantes.

—Tienes que aceptarla porque es un regalo de cumpleaños y va con este otro —me señaló la otra caja.

La abrí con manos más que temblorosas, era una llave, una llave un poco rara.

—¿Qué es?, aparte de una llave, claro.

—La llave de mi casa. Me estaba mirando fijamente a los ojos para ver mis reacciones.

—¿De tu casa?

—Bueno, del ascensor, ya sabes que subir a mi casa lo haces por medio de

un ascensor privado que para exclusivamente dentro de la vivienda. Todo el edificio funciona así. La llave tiene un código de seguridad y cuando la introduces en la cerradura del ascensor este ya te lleva directamente a tu casa, es decir, te deja dentro. Esta sí que no debes extraviarla.

—Mira, sabes que te he prometido irme a vivir contigo en cuanto vuelva de Roma y de Londres si no se alarga, te lo he dicho y lo cumplo, no quiero más distanciamientos; sé que me va a costar hacerme a vivir con tanto lujo, con servicio y todo eso, pero voy a hacerlo. Pero te pido que, mientras, me guardes tú la llave, por favor, yo cada vez voy a tener menos cosas en la buhardilla y no quiero perderla. Y gracias, gracias por tu confianza —me levanté de la mesa y le di un besazo que le dejó sin aliento.

—Voy a tener que darte una llave cada día, princesa.

—Ahora el sobre.

Era un vale para pasar una noche en el Hotel Ritz, ¡madre mía!, lo más que había ido era a los hoteles del viaje de novios con Robert y a alguna casa rural cuando éramos novios.

—Por eso me enfadé tanto, todos mis preparativos se habían ido al traste.

—Bueno, ya pasó, y el vale lo usamos cuando quieras, ¿esta noche te viene bien?

—Esta noche quiero hablar contigo, y mañana quiero enseñarte la casa donde vas a vivir.

—Dejamos el vale y lo cambio por un fin de semana completo, quiero hablarte de Moreau.

Llegamos a la buhardilla y Marcel se dispuso a preparar una copa, había cogido una botella de whisky y un tarro de nata del restaurante, le apetecía un irlandés; yo, mientras, cambié mis zapatos de tacón por unas bailarinas, tanto taconazo me iba a matar. Habíamos comprado dos copas de vino y dos de champán y cada vez que las usábamos las fregaba y las guardaba en sus cajas, las tenía en el armario para que no se rompieran, no había dónde ponerlas, nos hacía gracia el trajín de sacarlas y guardarlas, pero no nos gustaba beber el vino en vaso ni el champán en copas de plástico. Cuando estuvimos preparados nos sentamos en el sofá somier, como yo le llamaba.

—La guerra entre Moreau y nosotros viene de antaño, se remonta a la época de mi abuelo y se ha limitado siempre a pequeños robos, por llamarlo de alguna manera de tipo empresarial, es decir, que ellos tenían alguna empresa que querían adquirir, mi abuelo se enteraba... pues se la apañaba para robarle

la idea y quedarse con la fusión. Meses más tarde a lo mejor era su abuelo el que se lo hacía al mío, luego se veían en una fiesta y se saludaban «cordialmente», su abuelo siempre galanteaba a mi abuela, cosa que al mío no le hacía gracia, pero creo que entre ellos hubo algo, pero mi abuelo se puso en medio y se la quitó.

Así las cosas esto continuó con mi padre, pero se acentuó conmigo, no sé si porque era más joven, no lo sé, pero la guerra se recrudeció. Entonces conocí a Georgia, nunca te he hablado de ella —negó con la cabeza—. Es hija de unos amigos de mis padres de hace muchos años, yo acababa de salir de unas relaciones un poco escabrosas que me atormentaban.

—Nunca me has dicho nada de todo esto. —Lo miré extrañada.

—No estoy preparado para contártelo. Bueno, había salido de aquella relación cuando una Nochevieja en casa de mis padres la volví a ver. La conocía de niña y había estado estudiando fuera, había vuelto y sus padres iban a sacarla al mundo de la alta sociedad para que, supongo, hiciera una buena boda. La chica había cambiado bastante: era alta, rubia, pelo largo, ojos azules, era delgada pero bien proporcionada, en fin, estaba bien. Ya sé que siempre digo que no me voy a casar, que no quiero familia ni responsabilidades, pero tenía veintidós años, aquella chica no era el prototipo de la chica bombón que a mí me gustaba, pero tuve la sensación de que iba a poner un poco de paz en mi espíritu, parecía tranquila y estaba claro que yo le gustaba a ella y mucho.

Cada vez que describía un rasgo de su físico a mí me daba una punzada en el pecho, algo absurdo si pienso que en esa época yo tenía quince o dieciséis años, y pensar en él con otra mujer en la cama me ponía enferma, entiendo su obsesión con Robert.

—Llevábamos saliendo siete u ocho meses, era una relación que se iba consolidando, una relación tranquila y aunque nunca pensé en casarme, sí me dije que si tenía que tener hijos para perpetuar el apellido, mejor con ella. Ese otoño nos habíamos hecho con las oficinas en Australia que precisamente quería Moreau, pero las conseguimos nosotros. Había que viajar a Sidney para firmar papeles y dejar las oficinas en marcha, pero mi padre estaba enfermo para un viaje tan largo, se decidió que fuera yo con el abuelo, me acababan de nombrar presidente de la compañía y era un buen momento para presentarme. Estuvimos más de un mes allí, yo hablaba todos los días con Georgia, me hacía mucho bien oír su voz —como la mía, pensé yo, me estaba revolviendo

—. La última semana hablé poco con ella porque estaba de exámenes, estaba haciendo una carrera de esas de letras y estaba un poco liada. Volvimos una semana después, lo primero que hice fue ir a su casa, tenía muchas ganas de verla, la distancia había aumentado las ganas de estar con ella. Me dijo su madre que estaba de viaje con una amiga, ¿pero no está de exámenes?, total que no sabía qué había pasado. Al día siguiente vino el abuelo a mi despacho, yo no sé de dónde saca la información, pero es un *crack*. Mi novia, mi dulce novia, se había liado con Moreau, la había seducido y ella se había dejado. Te puedes imaginar el impacto que causó en mí, además no estaba con una amiga, sus padres la habían mandado fuera con un familiar y el muy cabrón se había encargado de esparcir toda la mierda. Así que, cuando volví, yo ya era el cornudo, ella la zorrilla y él el vencedor. No sé cómo no lo maté, ganas no me faltaron, tuve un ataque de ira, rompí el móvil contra la pared y el ordenador fue a parar al suelo. El abuelo me dijo que él se encargaría, que hablara con ella y me tranquilizara, que estas cosas habían pasado, pasan y pasarán. No tenía ninguna intención de volver con ella, desde luego, pero sí de que me explicara el porqué.

—¿La volviste a ver?

—Sí, un mes después vino a París a arreglar unos papeles, me confesó que se había quedado embarazada de Moreau y no sabía si lo iba a reconocer, desde luego él una vez que terminó la faena no quiso saber nada de ella. Me pidió perdón de todas las maneras posibles, pero no me hizo efecto ninguna, y a partir de ahí volvió mi rencor, se me agrió el carácter más, mi mal genio, mis momentos de ira y me volví lo que ya conoces. Nunca me he vuelto a fiar de ninguna mujer, las he usado para mi placer sin dar nada a cambio, a no ser que tuviera que pagar sus servicios, que no suele ser muy a menudo.

—¿Suele?

—Solía, perdona princesa, estoy en una línea tan justa entre el pasado y el presente que a veces empleo un tiempo que ya no es.

—¿La has echado de menos?

—Al principio, sobre todo porque se me puso un genio terrible; pero por lo demás, nada. No teníamos una relación apasionada como para añorarla en ese sentido, fue más la traición y la humillación que el hecho en sí de perderla.

—¿Sabes una cosa? Que me da pena ella, es la que más ha perdido en esta historia.

—¿Tú crees?

—Sí, tú eres el cornudo: espera, no pongas esa cara. Con tu físico, tu fortuna y tu nombre, ¿tú crees que a alguien le importa eso? Pues no. El otro es el seductor, cuando los hombres seducís a una mujer sois muy machos, pero ella es la zorrilla que se ha acostado con tu mayor enemigo y encima embarazada. Quiera Dios que sea feliz con su niño o niña, porque seguro que, a pesar de estar en el siglo veintiuno, todavía la señalarán con el dedo.

—Por eso mi temor cuando ha aparecido este tío otra vez por aquí, sé que viene a por ti. Se ha enterado de que lo más importante de mi vida eres tú y ya intenta joderlo.

—Bueno, ya lo sé. Jean Pierre ya me había dicho que era mala persona, que tuviera cuidado. No te preocupes.

—Lo siento chère, pero voy a ponerte guardaespaldas. Sé que no te gusta, pero no voy a permitir que se acerque a ti. Ten un poco de paciencia.

—Y cómo sé que lo mandas tú y no él. —Lo miré con gesto de duda.

—Te lo presentaré. Será tu guardaespaldas personal.

—¿Estás bien? —le pregunté con ternura.

—Sí, esto pasó hace mucho. Lo que ocurre es que cada vez que recuerdo esta historia, me viene lo demás, y durante días no se me va de la cabeza. Eso hace que vuelva mi mal humor. Tenías razón un día cuando dijiste que no nos conocíamos, a ti es mucho más fácil conocerte, a mí no, no sabes de lo que soy capaz cuando me dan los ataques de ira y espero que no lo sepas nunca. No, no he matado ni pegado nunca a nadie, pero no sé qué será mejor.

—Quiero hacerte una pregunta —dije sentándome en sus piernas y abrazando su cuello. Me miró con atención—. ¿Tendrías un hijo conmigo?

—No.

—¿Nooo?, ¿por qué? Si lo ibas a tener con ella por perpetuar el apellido, ¿por qué conmigo no?

—Porque no quiero compartirme con nadie, me da igual si se perpetúa el apellido, que lo haga otro. Te quiero conmigo y para mí, no quiero compartirme con un mocoso llorón que reclame tus pechos para comer, ni tus noches conmigo porque no se duerme, no quiero que huelas a leche y a bebé, quiero que estés siempre dispuesta para mí y todo el mundo sabe que cuando una mujer tiene un hijo, eso se acaba. ¿Cómo voy a jugar contigo, a dejarte caer champán por tus pechos para luego beberlo cuando cae por tus pezones si sé que luego va a estar un crío reclamándolos para tomar su alimento? ¡No, joder no! No insistas y piénsatelo, no quiero hijos.

—Bueno, yo ahora tampoco, soy muy joven. Pero más adelante, quién sabe.

—Pues te dejaré, te quiero más que a mi vida, pero no voy a competir con un bebé por ti porque saldría perdiendo.

Nos quedamos callados, la tensión se podía cortar con un cuchillo sin filo.

—Me voy, mañana te vengo a buscar.

—No te vayas, quédate, creo que esta noche necesitas compañía y prefiero que sea la mía.

Seguía sentada en sus piernas a pesar de todo lo que me había dicho sobre los niños, sabía que me necesitaba, había sido un día duro teniendo que recordar todo lo que le pasó con aquella chica en la que él confió. Pensé que lo de los niños podía esperar. Le cogí la cabeza y metí mis dedos por su pelo, reaccionó rápidamente, nos pasaba a los dos, en cuanto el uno tocaba al otro, teníamos un resorte que se ponía en marcha rápidamente. Me senté a horcajadas sobre él y le empecé a desabrochar el cinturón y la bragueta, le acaricié por encima del boxer. Se estremeció, me subió el vestido, pero no podía romper la braga.

—Espera —le dije con una sonrisa bobalicona—, es de Balenciaga y son caras.

Me puse de pie con sus piernas entre las mías, me las bajó.

—Te compraré toda la colección.

Me dejé caer con cuidado y, preparado como estaba para mí, me penetró con facilidad. Siempre estábamos dispuestos. Sé que mi actitud en ese momento era lo mejor para él, estaba aprendiendo a conocerle.

Era una postura muy sensual con la que llegábamos al orgasmo con mucha facilidad, siempre y cuando no jugáramos a parar y volver a empezar, con lo que podíamos estar el tiempo que quisiéramos o que uno de los dos, seguro que yo, no pudiera más y se dejara ir. Yo me movía arriba y abajo y hacia adelante y atrás en un ritmo continuo y circular que él decía que le volvía loco. Era el mismo movimiento cuando me subía encima de él en la cama y con el que le pasaba lo mismo, me decía: «¡Móntame, princesa!» Solía ser yo la que controlaba la situación, hacía lo que quería con él y se dejaba, me encantaba tener a este hombretón completamente en mi poder, me decía:

—¿Dónde está mi dulce Elise? ¿Qué has hecho con ella, diosa del sexo?

Yo me reía a carcajadas y le decía:

—Dime, maestro, ¿qué quieres de mí?

¡Cómo había cambiado mi vida!

Elise

Era el día ‘D’, hoy iba a conocer su casa. Se levantó antes que yo, se había traído hacía unos días un par de pantalones, un par de camisas y algo de ropa interior para una emergencia, así que se estaba duchando. Me desesperé y me estiré, me sentía feliz, plena y satisfecha, un poco preocupada por cómo sería mi nueva casa y si sabría acoplarme a ella y ella a mí.

Aunque no estábamos casados, entendía que era su pareja y tenía que estar a la altura de su nivel social. Hasta la fecha nunca me había pedido nada, ni que me cambiara un vestido o no me pusiera un pantalón o no llevara la falda corta, nunca, era muy considerado, jamás una mala cara en cuanto a mi aspecto. En cuanto al largo de la falda, lo apretado, o si me marcaba la ropa, tenía un novio que era un poco morbosillo. Era muy celoso, le fastidiaba que me miraran el culo o las tetas, normal, pero a la vez le gustaba que pudiera ponerme ese tipo de ropa sin resultar vulgar, y lucirme ante su gente y poder decir, aquí la tenéis, es un bombón. Me llevaba siempre de la mano o de la cintura y me tocaba con una delicadeza extraordinaria. No habíamos tenido la ocasión de bailar mucho, yo lo bailaba todo, él no era muy bailón, habíamos salido alguna noche con su primo, su hermana y unos amigos y yo bailaba con Louis todo lo que nos echaran, nunca decía nada, con Marcel bailaba lento y solo lo podía bailar con él, me lo dijo una noche: «Cuando bailo contigo lento, me gusta tenerte entre mis brazos como si te hiciera el amor y no quiero tener esa sensación si te veo bailar con otro». Estábamos locos el uno por el otro, yo no había conocido nunca a nadie que me hiciera sentir así, ni que me enseñara que el amor no solo se demuestra los sábados o en un par de posturas, nosotros nos entregábamos el uno al otro cada día, sin necesidad de culminar con el sexo; si llegábamos mejor, si no con unos cuantos besos, unas caricias, una ducha juntos en mi piso, muy juntos, casi no cabíamos los dos. Le gustaba pasarme la esponja y llenarme de espuma que luego me quitaba poco a poco con las manos o con la boca. No era nada escrupuloso, le encantaba lavarme el pelo, no sé lo que se le ocurrirá cuando tengamos un baño grande.

Esos pensamientos me ponen cachonda, más vale que me levante, porque como salga y me lo note, nos vamos a retrasar por lo menos una hora.

—Princesa, ¿estás despierta?

—No salgas así, me pones a cien.

Salía con la pañetera toalla alrededor de la cintura y su medio flequillo mojado, caído en la frente, verás como al final...

—¿No estoy decente?

—Estás hecho un pibonazo, te como —hice el gesto de morderle.

—Y yo me dejo, voy.

—Nooo, que me voy a duchar, voy a preparar café.

—Te iba a decir que no prepares nada, vamos a desayunar en una cafetería que hay cerca de mi casa y así vas conociendo el ambiente, ¿te parece?

—Vale, estupendo.

Me duché y me sequé el pelo. Lo de secarme el pelo todos los días era un tostón, no sabía si cortármelo, pero a él le gustaba mi media melena que peinaba hacia un lado, alguna vez iba a la peluquería para que me hicieran unas trencitas, que me favorecían mucho, pero no podía gastar mucho en belleza (depilación, hidratantes, cuidado del pelo y poco más), la manicura me la hacía yo y alguna vez quedábamos las chicas con las que había desfilado y nos hacíamos algún arreglo extra.

Cuando venía a casa no le gustaba traer su carísimo Austin color cobre, no se fiaba de lo que le pudiera pasar, tenía que dejarlo en la calle, así que como supuse estaba René esperando: mi coche estaba aparcado dos calles más abajo. Había conseguido que me dejara comprarme un coche de segunda mano, no es que me prohibiera que me comprara un coche, sino que quería pagarlo él porque quería que fuese nuevo y yo no quería, así que yo cedí para que fuera René el encargado de buscarlo entre sus contactos, y que el mismo René se encargara de revisarlo y cambiara lo que necesitara hasta ponerlo a punto y ya tenía mi coche. Me había costado sacarme el carné y no quería olvidarme de conducir, total, no había tenido que hacer nada porque el carné español valía para cualquier país de la Unión Europea.

Entramos por un *boulevard* precioso, agaché la cabeza para ver mejor por la ventanilla, estaba asombrada: Chanel, Louis Vuitton, Prada, Gucci, Dolce & Gabbana, todas las tiendas de aquel paseo eran tiendas lujosísimas en las que no había entrado en mi vida, estábamos en la milla de oro de París. Lo miré con asombro.

—¿Me has traído aquí para impresionarme?

—No, te he traído porque es donde vas a vivir.

¡La leche! Lo miré haciendo un gesto de disculpa por lo que había dicho. Me apretó la mano y me besó suavemente, le dijo a René que aparcase un momento, nos íbamos a bajar. Me fijé en que el chófer entraba en un garaje unos metros por delante. Marcel me agarró de la mano y entramos en una cafetería.

—*Bon jour, monsieur* Girard —le saludó el camarero.

—¿Dónde quieres sentarte, en una mesa o en la barra?

—Me gusta la barra, pero será mejor una mesa, me tiemblan las piernas.

Menos mal que ese día, sabiendo dónde iba, me había vestido más estilosa que otras veces, si no habría tenido que ir a cambiarme. No había una mujer que no llevase un montón de miles de euros encima de su, seguro, cuidadísima piel y su brillantísimo pelo.

—Una mesa —dijo mi novio; coño, voy a decir mi novio muchas veces porque si no no me lo voy a creer.

—Aquí, ¿qué se come? —le pregunté con guasa.

O se hace que se come, pero se toma uno un té. ¡Qué hambre tenía! Se echó a reír casi a carcajadas.

—Eres increíble, claro que se come.

Le señalé un grupo de sofisticadas señoras que tenían delante cuatro tazas y una tetera (me recordaba la letra de una canción infantil) y le dije:

—¿Tú crees?

—Bueno, esas damas juegan a ver quién come menos y luego en su casa desayunan otra vez.

—Que no, que están chupadas.

—Toma, la carta, para que veas que sí se come.

Él pidió unos huevos revueltos y agua mineral sin gas. Yo no podía pedir eso.

—Por Dios, tienes veintidós años, estás en edad de comer. Sabes cómo me gustas, no empieces con tonterías de adelgazar. Sé que te gusta comer y estás estupenda, así que dime qué te apetece.

Juro que se me había quitado el apetito, sentía angustia, parecía que todo el mundo nos miraba, me sentía atacada.

—Deben pensar que eres mi hermana, sois de la misma edad y nunca he venido con ninguna mujer.

—Bien —dije mirándolo con mala leche: su hermana, si no lo dice, nadie sabe quién soy—, bueno —dije otra vez—, zumo de naranja, un café con leche y un cestito de esos que sacan con bollería caliente.

—Magnífica elección, son la especialidad de la cafetería. Yo desayuno aquí casi siempre porque Alfred no hace bien ni el café, pobre hombre, solo le sale bien el ragú y el rosbif.

—¿Yo voy a poder cocinar en tu casa?

—Bueno, el encargado de todo eso es Alfred. Luego está Nina que cocina mejor y cuando viene me deja alguna cosa hecha que le agradezco un montón, porque como en el trabajo, ya lo sabes. Tú eres mi novia y puedes hacer lo que quieras, pero te sugiero que un poco de mano izquierda sería bueno a la hora de integrar tus dotes de mando entre ellos. Sé que te los vas a ganar, tienes un don para la gente. De todas formas, vienes a casa a disfrutar, no tienes que hacer nada y no se te ocurra hacer la cama ni poner la lavadora. La señora de la casa no tiene que hacer ninguna de esas cosas.

Desayunamos y volvimos hacia el portal, que no sé si era un portal o el vestíbulo de la ópera. Tenía una recepción impresionante, mármoles, cuadros, tresillos, plantas, con un chico y una chica uniformados con sendos ordenadores. Como siempre me llevaba cogida de la mano. Le saludaron con deferencia, a mí me miraron con curiosidad, de hecho lo hicieron hasta que desaparecimos en un pasillo que desembocaba en otro vestíbulo con unos sillones de cuero color miel en el que había cuatro ascensores. Marcel me explicó que, al otro lado del vestíbulo principal había otra distribución igual, eran ascensores para pisos pares e impares y letras ‘AB’ y ‘CD’ para un lado, y ‘EF’ y ‘GH’ para el otro, el edificio contaba con seis alturas, el sexto incorporaba el ático que era el suyo. Había otra zona de ascensores para el servicio, así como escaleras.

Entramos en el ascensor, introdujo la llave y el ascensor paró directamente en el sexto. Salimos, él no me soltaba. Había un vestíbulo con una mesita escritorio Luis XV, con un trabajo de marquetería precioso en la parte superior, con motivos de instrumentos musicales y flores y la acompañaban dos sillones Luis XV, también, muy ligeros; las maderas del armazón hacían juego con las de la mesita y estaban tapizados en color crema y rayas anchas en dorado muy suave. En frente, colgado de la pared, un espejo a juego. Era un conjunto delicadísimo y precioso. Menos mal que había visto muchas revistas de decoración. Frente al ascensor había dos grandes puertas que permanecían

cerradas hasta que un señor de unos cincuenta años apareció en la puerta. Llevaba un pantalón gris, camisa blanca, corbata y chaqueta negra: Alfred. Marcel me presentó como su novia y el hombre inclinó la cabeza, pero no movió una pestaña.

—Alfred, *mademoiselle* Elise. Ya te dije que va a venir a vivir conmigo, espero que la trates como si fuera yo mismo, es alguien muy querido para mí.

—No lo dude, *monsieur* —y dirigiéndose a mí me dijo—. *Mademoiselle*, espero que su estancia en la casa sea de su agrado, no dude en pedirme lo que necesite.

Nos cogió las chaquetas y desapareció. Me dijo Marcel que había salido con chaqueta para recibirme, que durante el día se permitía ir sin ella, que era muy tozudo con el tema del uniforme, él no quería que se lo pusiera, pero el hombre era muy cabezón. A los lados del vestíbulo de entrada había dos puertas. Una daba a la zona de servicio, cuarto de plancha, cocina, etc., y la otra a las dependencias de ellos donde tenían sus habitaciones. De momento dormían allí René, y Alfred. Tenían su propia cocina, era una casita dentro de una casa y para ir de un lado a otro no había que pasar por la zona del vestíbulo.

Entramos en el salón, que era enorme, estaba mareada de ver tanto lujo, dos ambientes de salón distintos, dos juegos de tresillos, cojines, alfombras, cuadros, todo en blanco, negro y algo gris, una gran mesa de fumador, un gran plasma en una de las paredes, una mesa de mezclas para oír música. A un lado, separado por un par de escalones, un comedor para ocho personas muy amplio, todo ello absolutamente minimalista, los muebles eran tipo mural todo cerrado (no me extraña que Alfred no quiera irse de esa casa), no hace falta limpiar, es todo muy higiénico, frío y masculino. Es una casa con mucha luz por sus ventanales y el color, que no sirve para producir la fotosíntesis a una planta porque no hay ninguna, debía costar una millonada y no la había visto toda, pero me desilusionó, yo tenía la boca tan cerrada como la cremallera de un bolso en la Puerta del Sol en hora punta. Por supuesto no había lámparas, eran o luces empotradas o un gran plafón en la zona del comedor. Parecía el de un hospital y otro tipo de plafones en el resto.

—¿Qué te parece?

—Muy limpio.

—¿Nada más? —me lo preguntó preocupado.

—Bueno, cielo, a mí me parece que le falta calor, es un poco frío —no sabía

cómo salir de aquello. Me iba a sentir muy mal en esa casa.

—Ven, vamos arriba.

La parte de abajo estaba separada de la superior por unos escalones que, en el primer tramo no tenían barandilla, y en el segundo tenían barandilla en la parte que daba a la pared. Los escalones eran blancos con la parte superior negra, parecían fichas de dominó.

No me extraña que no quisiera niños, iban a vivir justo hasta aprender a andar, después se caerían por el lateral de la escalera.

El dormitorio era muy grande, la cama debía ser de doscientos por doscientos en cremas y chocolate, lámparas que caían desde el techo a las mesillas, un cuadro enorme en la cabecera con un dibujo (no sé de qué) color naranja, un descalzador y a la entrada de la habitación un mueble con cajones que tenía encima el ordenador de Marcel, enfrente un sillón, supongo que para leer y en el techo luces empotradas. Tenía una gran cristalera al lado derecho de la cama si la miras desde los pies, que según me explicó eran cristales con los que te podías pasear desnudo por la habitación, porque desde fuera no se veía nada: menos mal, por fin algo interesante. En el piso de abajo también había una gran cristalera del mismo estilo.

El vestidor era una pasada. Había sitio para tres personas por lo menos, todo superdistribuido, ropa de calle, trajes, sport, gala, ropa interior, pijamas, suéter, camisas por colores, todas en fila, corbatas, en fin, todo en su sitio. El hombre que cuidaba de mi chico, debía pasarse el día colocando aquello, como no tenía que quitar el polvo... Marcel seguía enseñándome la casa todo ilusionado, pensando que me iba a quedar impresionada y, vaya si me quedé, pobre, no sabía que no me estaba gustando nada, si acaso el vestidor. Los baños eran otra pasada, había uno que era el típico para dos personas: dos lavabos, los recipientes en cristal color chocolate eran lavabos empotrados en una encimera de mármol. Había una puerta justo frente a los lavabos en el que había un inodoro, muy discreto, uno podía estar lavándose los dientes y el otro, ya se sabe, yo esperaré a que él termine, ja, ja, ja, me estaba imaginando la escena y había también una preciosa bañera, grande, para dos cuerpos como las tumbas, joder, me siento hoy graciosa, deben ser los nervios. El otro baño era más bien un cuarto de juegos, alucinaba en colores. Había un jacuzzi rectangular enorme, parecía una minipiscina. Se bajaba por unos escalones y dentro tenía asas para agarrarse o para que te aten, de frente y de espaldas. Había también en un lado unos pequeños asientos que salían del mismo para

sentarte mientras te dan por delante y por detrás, qué era lo que pensaba hacer el guarro de mi novio en ese sitio, a ver, yo no tengo mucha experiencia, pero leo mucho y leo de todo, que ese jacuzzi no era para una persona, era para varias, arrugué el ceño, no me gustaba lo que estaba viendo. Este mucho decir «eres lo mejor que me ha pasado, te quiero como a nadie, eres mi princesa», ¡joder!, este se las ha tirado por todos los lados y a más de una a la vez, cómo voy a superar yo eso. Me estaba arrugando. Había además otra ducha multipersonal, con los mismos accesorio que el *jacuzzi*, o sea para lo mismo; pues ¡qué bien! Estaba arrugada del todo.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? —nada, pensé, solo que tengo ganas de pegarte una patada en el culo. Y como no me puedo callar pues—: ¿Qué, este es tu cuarto de juegos? ¿Cuántos entráis en bloque aquí?

—Yo, solamente —dijo con calma—, y no lo utilizo mucho, me da pereza ponerlo en marcha para mí solo. ¡Qué pasa, has pensado que me corría aquí las juergas!

—He pensado que te corrías varias veces al día. Tú me dirás.

—¿Y tú qué sabes de eso? —me preguntó como si fuera una virgen inocente. Pues voy a hacerte un poquito de pupa pensé.

—Hombre, tú sabes que yo leo mucho, además, cuando te conocí, Robert ya me había iniciado en el mundo del sexo.

¡Hala!, a tomar viento fresco.

—¡Vámonos! —dijo con muy mala leche.

—Oye, oye, que yo no te he enseñado mis instrumentos folladores, que has sido tú.

—Es igual, creo que lo has visto todo.

—¿En la cocina también follas? —Pregunté inocentemente.

—¿Cómo haces esa pregunta?

—Porque la cocina no la he visto.

—Vamos, Elise, desde luego sabes cómo estropearme el día.

—Ahhh, ¿y tú a mí no? Si yo te enseño mi casa y tengo un habitáculo como este, ¿tú qué pensarías? Es que os creéis que las chicas somos tontas. Porque yo no haya hecho nunca un intercambio de parejas ni nada parecido, no significa que no sepa de qué va, ni para qué sirven las asas dentro, ni los asientos, ni miles de artilugios que existen para activar, para acelerar, para agrandar, para...

—¡Vale, Elise, vale! No me gusta oírte hablar de eso, ya vale, tienes razón, quizá debería haberte explicado antes lo que había. Te juro que no lo he usado con nadie. Cuando compré la casa, mandé hacer ese cuarto así para usarlo, tenía veintitrés años, acababa de salir de lo de Georgia y me pensaba comer el mundo por los pies, luego cambié de opinión y preferí que esta casa fuera mi refugio, ya está, no hay más.

—Pero está claro que sabes de qué va y, si no lo has hecho aquí, lo has hecho en otro sitio.

—Pues sí, si tú has adquirido experiencia con tu Robert, yo la he adquirido con mis ex. ¿Algo más?

—Sí, que me voy a mi casa.

—¡No te vas a ningún sitio! Tú has dicho muchas veces que cuando yo hacía estas cosas estabas en el colegio y no podías estar celosa de alguien a quien ni siquiera conocías, pues sé consecuente.

—Está bien, esta la acabamos en tablas, pero no he terminado contigo, hoy no pienso darte ni un beso.

—Ah, ¿no?

De repente me cogió en brazos, me llevó a la cama, tiró de la blusa y no le di uno, le di cuatrocientos, ese día inauguramos el dormitorio. Eres un abusón tierno, avasallador, lametón, besucón, seductor y salvaje, señor Girard.

La cocina y el resto de la parte de abajo la terminamos de ver otro día, ahora estamos muy ocupados.

Elise

Dos días después volaba hacia Roma con mis compañeros para el desfile que iba a celebrarse allí, al aire libre.

Los primeros días fueron caóticos, como siempre. Se colocaron unas pasarelas que salían de las escalinatas y rodeaban la preciosa fuente de la Barcaza, se habían puesto numerosos asientos y en la parte que hacía de escenario, que era el primer tramo de las escalinatas, habían colgado una gran pantalla en la que continuamente se pasaban escenas de las distintas zonas más conocidas de Italia, acompañadas de música también italiana. Para nosotros y el resto del personal habían llevado dos tremendas caravanas equipadas de todo lo necesario para los cambios. Allí no se podía ser demasiado pudoroso, había que cambiarse en muy poco tiempo y aparecer en la pasarela impecable. Marcel no podía venir por trabajo, y mejor, porque si ve todo eso me va a decir que no salgo más de viaje; yo sé y él sabe que no me lo puede prohibir, pero sé que poco a poco va a ir quitándome de viajar a no ser que sea con él.

El desfile se celebró el viernes por la tarde, la gente salía de fin de semana y había menos público en la ciudad, lo que favorecía el corte de tráfico en la zona. Y fue, como no podía ser menos, un exitazo. La música italiana, las imágenes, los trajes que eran los mismos, pero al aire libre, las luces, el movimiento de los vestidos al caminar, hacían que todo luciera de manera distinta. Hicieron para ese día una pareja de trajes de gala exclusivos que lucimos Favio y yo. Él llevaba un traje de gala de general romano auténtico, con su falda de tiras de cuero, sus sandalias también de tiras hasta las rodillas, casco, en fin un auténtico romano. Estaba muy sexi, el tío tenía un tipazo. Mi vestido era azul turquesa con cintas del mismo tono que rodeaban la cintura y cruzaba el pecho como los antiguos vestidos de las damas de la alta sociedad romana. El vestido dentro de su sencillez había quedado precioso, era de gasa y al estar parada quedaba muy pegadito a las caderas, pero llevaba unos cortes perpendiculares desde más arriba de las rodillas que al caminar se abrían dejando ver unas sandalias romanas de tiras doradas, también hasta las

rodillas, dándole un aire muy juvenil y sexi. Además la organización nos había prestado pulseras y anillos que adornaban mis brazos y dedos, y llevaba un peinado también de la época, todo recogido hacia arriba con rizos que caían hacia mi cara. Nos aplaudieron muchísimo a todos, pero a Favio y a mí nos hicieron salir a saludar varias veces. La verdad es que nuestra vestimenta era en agradecimiento a cómo se habían portado con el equipo. Estábamos encantados. A mí personalmente los italianos me caían muy bien, tenían un carácter parecido al nuestro, alegres, ruidosos y congeniaba muy bien con ellos. Nos estábamos retirando de la pasarela y Favio me daba la mano para ayudarme con unos escalones, al bajar me dio dos besos simplemente de compañerismo por lo bien que había salido todo, cuando al mirar por encima de su hombro vi a Marcel. Me dijo que no podía venir, pero parece que había hecho un esfuerzo, no sé si porque quería verme o por si me pillaba haciendo algo que a él no le gustara, espero fuera lo primero. Me acerqué a él sonriente, aunque sabía que la bronca no me la quitaba nadie, no soportaba que nadie me tocara, no entendía la palabra compañerismo ni que cuando salía un trabajo bien, nos besáramos contentos y, últimamente, nos estaba saliendo todo bien.

—¡Hola! ¿Cómo es que has venido?

—Ya ves, no aguantaba la semana entera —me besó ligeramente. Malo.

—¿Has venido en tu avión? —Le dije abrazándole por la cintura.

—Sí, ¿podemos irnos ya?

—¿A París?

—¿Qué pasa, no quieres volver a casa?

—Marcel, acabamos de terminar el desfile, no es que no me quiera ir y te agradezco infinito que hayas venido, pero pensamos ir a celebrar lo bien que ha salido todo, no tenemos que volver hasta el domingo.

—¿Entonces qué quieres, que me vaya solo?

Se estaba poniendo otra vez cabreado y eso que todavía no me había mencionado a Favio. Estaba forzando la situación, le quiero muchísimo y lo sabe, pero me gusta tener mi espacio, estoy trabajando y habíamos quedado unos cuantos en ir a cenar y a tomar una copa, yo pensaba volver el sábado, no me gusta tanto control.

—Quiero que te quedes, que vayamos todos los que hemos quedado a cenar, quiero que sonrías y que veas que no hay nada malo, ellos se quedan hasta el domingo para tomarse el día de mañana de descanso, pero yo pensaba volver mañana, de hecho me iba sola de vuelta.

—Está bien —de repente se relajó—, pero vamos a recoger tus cosas del hotel, tengo una habitación en el Roma Cavalieri y quiero que estés conmigo. Mañana si quieres te enseño Roma.

—Eres un encanto y me tienes muy mimada. Vamos a buscar a Jean Pierre, a ver si se viene a cenar también, y decirle que voy contigo y dónde quedamos.

Nos habíamos repartido en varios grupos, no había el mismo *feeling* con todos. Jean Pierre, al ver a Marcel, decidió incorporarse a nuestro grupo, acompañado de su nuevo amigo. Me daba pena porque era un buen tío y no se le acercaban más que aprovechados, se merecía encontrar a alguien que le quisiera por él, no por sus conocimientos de gente famosa, lo de siempre. Quedamos a una hora cerca de donde están las *trattorias* más conocidas para cenar en plan turista, lo siento por mi chico, pero seguro que él también habría comido así en alguna ocasión.

Cuando entramos en el magnífico hotel, no voy a decir que iba con la boca abierta, pero casi, Pidió la llave, era una llave de seguridad para subir a la habitación, entonces me di cuenta de que entraba con nosotros un chico joven vestido de manera informal y que además llevaba mi equipaje. Lo miré a él y luego a mi novio, Marcel me sonrió. Llegamos a la *suite*, era inmensa, no puedo describir tanta magnificencia, no abrí la boca, estaba apabullada. Marcel me presentó al joven.

—Es tu guardaespaldas mientras estás de viaje.

—¿Y en París?

—Ya veremos, tengo que ajustarlo, pero de momento quédate con su cara —y dirigiéndose a él le dijo—: vamos a salir en media hora.

El chico salió de la habitación con un «Sí, señor».

Yo estaba muy callada, todo esto, el lujo, la forma de tratarnos allí donde íbamos, los escoltas, todo se me escapaba de las manos, no iba a ser capaz de vivir rodeada de todo eso, no iba a saber hablar ni dirigirme a nadie, estaba tan contenta cuando terminó el desfile y de repente sentía que no iba a poder hacerlo, tenía ganas de llorar. Estaba parada en el centro de la habitación mientras Marcel llamaba a casa para decir que no llegábamos hasta el domingo. Cuando colgó me miró, no debía tener buena cara porque me preguntó preocupado:

—¿Qué te pasa, te encuentras mal? De repente tienes mala cara.

—Marcel, no sé si voy a poder con todo esto.

—¿A qué te refieres?

—El lujo, estos hoteles, la ropa, los guardaespaldas, todo lo que se puede comprar con dinero. No voy a poder, no voy a saber, no me voy a comportar a la altura. Soy una chica sencilla, provengo de una familia sencilla y llevo una vida igual. He tenido una infancia y una adolescencia feliz a pesar de no tener todo esto, y no me hace falta. Quiero estar contigo más que nada en la vida, pero quiero que sea de una manera natural, quiero reírme, beberme una copa de vino o sentarme en una terraza sin que se me analice, quiero ir al mercado a comprar para hacerte una comida que te guste, quiero seguir mojando la cama con champán cuando nos apetezca y comiendo bombones ofreciéndotelos con mi boca, quiero hacer el amor en la ducha, en la alfombra o, si se terciara, en el coche sin ser juzgada por un tribunal superior. No voy a poder hacer esto, no voy a ser feliz.

—Escucha, princesa, si te ha sobresaltado lo imponente de este hotel, lo entiendo, pero te debía una noche en el Ritz en París, escucha: quiero que estés conmigo porque no puedo estar sin ti, sencillamente, quiero compartir contigo todo lo que tengo, siento mucho que mi principal pega sea el dinero, pero va en el lote. El hotel, sí, el hotel es impresionante, pero no tenemos por qué coger hoteles con tantas estrellas, lo he cogido para compensar la noche que no disfrutamos, podemos cogerlo más sencillo, pero por motivos de seguridad no tenemos más remedio que hospedarnos en sitios con ciertos privilegios. Habrá ocasiones en las que viajaremos con servicio y se hospedan en los mismos hoteles. A la ropa te acostumbrarás, pero te puedes seguir poniendo la que quieras. Hemos ido a comer a Chez Mamma Marie y no ha pasado nada, algún día nos harán unas fotos y saldremos en alguna revista y cuatro días después, saldrá otro famoso. Podemos seguir bebiendo champán y comiendo bombones, ese placer no lo perdono por nadie, sabes lo que me gusta jugar contigo y hacer el amor donde nos dé la gana y las veces que queramos, esto no es más que una cama un poco más grande con una terraza, más grande también, y más cortinas y sirve para dormir. Escucha, *chère*, no veo el momento de que vengas a casa, cuento los minutos y los segundos, eres una mujer muy inteligente, eres educada, tienes clase y ya me haces muy feliz, no me digas que un poco de dinero nos va a amargar nuestros planes.

Hice un mohín con la boca y la nariz, estaba llorando en silencio, quería creer que lo que me decía era verdad, que no era para tanto, pero...

—¿Por qué no te refrescas la cara y, no sé, te vas a cambiar? Nos deben estar esperando.

—Sé que la ropa está arrugada, pero la traje hace una semana y en el hotel no había servicio de plancha.

—¿Ves? Pues para eso viene bien un poco de dinero. Te he comprado unas cosas, están en esas bolsas.

Me había comprado unos pantalones de corte militar, una camisa y una cazadora muy chula con unos cuantos bolsillos con cremallera. Iba muy cómoda.

—¡Perfecto! —me acerqué para besarlo largamente—. ¡Gracias!

Me lo puse rápidamente y cuando íbamos para la puerta me dijo:

—Tenemos que hablar de tu amigo Favio, no quiero que se acerque tanto a ti.

—¡No fastidies!

—¡Fastidio! No lo soporto, ni a él ni a nadie.

Volvimos a París el domingo a mediodía. Cuando subimos al coche, Marcel dijo:

—René, a casa.

—¡No! —dije yo con demasiada brusquedad.

—¿No, y eso por qué? —me miró sorprendido—. ¿Qué pasa ahora?

—Marcel, llevo la maleta llena de ropa sucia, no tengo nada que ponerme, no me voy a meter en tu casa el primer día sin poder cambiarme ni de ropa interior.

—Bien, paramos en algún sitio, compramos lo que necesites y mañana, mientras yo me voy al despacho, haces lo que tengas que hacer. De todas formas, Alfred y Nina se encargan de lavar la ropa de la casa.

—Ya, pero no quiero presentarme el primer día con una maleta de ropa sucia. He pensado ir a la buhardilla, lavar la ropa y cuando tenga que ponerme ya me traslado.

—¡Otra excusa no! ¿Y alargamos un poco más el tiempo de venirme a casa?

—No, de verdad, no te enfades, entiéndeme.

—No vas a cambiar de idea —me preguntó afirmando—. René, a casa de la señorita.

No volvió a abrir la boca.

—Marcel, cariño, no te enfades, de verdad que no es una excusa, le puse mi mano encima de la suya y él la escurrió y sin contestarme se puso a jugar con el teléfono.

Cuando llegamos al portal no hizo ademán de bajarse.

—René, haz el favor de subirle la maleta a la señorita.

Yo me acerqué a él y le quise besar en los labios, y acabé dándoselo al aire porque retiró la cara. Estaba muy enfadado y, lo que es peor, decepcionado.

—Si no te importa, estamos mal aparcados. Me indicó para que me bajara.

—Marcel, por favor.

—Elise, bájate, y haz lo que tengas que hacer. No voy a insistir más, esto se ha acabado, no puedo, no quiero y no tengo ganas de luchar más contigo, creo que no merece la pena. ¡Bájate!

Me bajé, René ya tenía la maleta en la mano, quedé parada en la acera mirando cómo se alejaba el coche.

Marcel

Cuando colgué el teléfono no sé si estaba más indignado, cabreado, preocupado o asustado, sí, asustado. Elise era una mujer inteligente, no era una jovencita con la cabeza más en la ropa o divertirse que en cosas serias, tenía una cabeza muy bien amueblada y lo que hacía tenía más sentido que lo que hacía gente con más edad, pero no dejaba de ser muy joven para un depredador como Moreau. Oigo mis reflexiones y parezco el niño Jesús, tampoco es eso, yo me he acostado con muchas mujeres, casadas y recién casadas, solteras, viudas, mujeres e hijas de socios, no lo niego, pero las que tenían más riesgo era porque ellas me buscaban, en el caso de las casadas con socios o conocidos nunca he dado el primer paso y nunca he dejado a ninguna embarazada por hacer daño a un tercero y he destrozado la vida de una pobre chica, por eso me da miedo. Elise aparte de joven es muy inocente en cuanto al sexo y me da miedo que con malas artes este cabrón pueda hacerle daño. No tengo miedo a una traición como la de Georgia, tengo mucha confianza en que nunca me va a hacer eso, es noble y fiel y sé que me quiere, posiblemente más que yo a ella y no es que no la quiera, pero yo me sigo negando la posibilidad de llegar con ella hasta el final. Yo no soy fiel, y no sé cuándo voy a sacar la pata del tiesto. Me gusta el sexo más de lo que reconozco. Ahora estoy tranquilo porque la tengo a ella y me llena completamente, pero ¿hasta cuándo? ¿La quiero tanto como ella cree? ¿La quiero pero mi deseo por ella es más fuerte que mi amor? ¿Me gustaría compartirla con otros hombres? ¿Si yo se lo pidiera vendría a Munich a participar en una de nuestras fiestas? Sí, ella tiene razón en todo lo que se refiere a mí. Si supiera lo que pienso algunas veces, saldría corriendo para Madrid y no volvería la cabeza.

En cuanto a Moreau, quiero que sepa que Elise está conmigo, que no se atreva a acercarse a ella, lo que yo tengo en mi cabeza es una cosa, pero ella es mía y soy muy sobreprotector, no le voy a permitir que se acerque a la mínima distancia, le he dicho a Jean Pierre que iría a verla esta noche, pero no puedo esperar, es superior a mis fuerzas, necesito verla ya, quiero saber si se

le ha pasado el enfado, quiero abrazar su cuerpo tan cálido y quiero perder la cabeza con ella, me gusta perderla, dejar que ella dirija nuestro encuentro y sentirla suspirar y gemir cuando estoy dentro de ella. Solamente pensarlo ya me excita al máximo, voy a romper los pantalones, Dios, me pone como un animal, luego me tengo que contener para no utilizar alguno de mis sucios métodos con ella.

Quedé para ir a buscarla cuando terminara el pase privado, no le había hablado de Moreau. Cuando llegué a los salones de Jean Pierre, me hizo esperar en su despacho, no quería que la pusiera nerviosa. El pase duró más de lo previsto. El cabrón parece que se estuvo recreando viéndola pasar los modelos más de la cuenta, yo estaba rabioso, pero mi amigo me había dejado un matón en la puerta para que no saliera hasta que él no viniera a por mí y yo había dejado a René libre, me había venido con el Austin. Cuando me dejaron salir, me dirigí al salón donde estaba Elise, Moreau la estaba saludando al lado de una rubia siliconada con unas tetas del tamaño de botijos, casi tenía más tetas fuera del vestido que dentro, bueno, sin casi. Mi chica estaba preciosa, con esa sonrisa encantadora que tenía siempre y que en este momento estaba disfrutando ese cabronazo. Me acerqué a ellos y besé a mi chica, él hizo un comentario sobre si era mi última amiga que yo ignoré.

—No te acerques a ella y no vuelvas a pedir un pase privado.

Le amenacé con más odio del que pensaba que tenía. No soportaba verle y además pensar que comparaba a mi chica con lo que llevaba del brazo, me enfermaba. De la manera que la miraba y sonreía sin hacer caso a mis amenazas, tuve la seguridad de que venía a por ella, solo por hacerme daño a mí. Elise no se dio cuenta, estaba hablando con Jean, pero a mí me preguntó:

— ¿Hace mucho que no ves a Georgia? Esta no se parece nada a la rubia. ¿Cuánto te va a durar?

Salí de allí cabreado, llevándola de la mano; me gustaba el contacto de su mano en la mía y que vieran que estaba conmigo. Fuimos a cenar a La Mer. La última vez que cenamos allí había sido muy desagradable y no habíamos vuelto, a ella le gustaban los pescados mucho y quería darle los regalos de cumpleaños que por el último enfado no le había podido dar.

Al principio estuve tenso, ella me lo nota rápido, me empieza a conocer bastante bien y sabe cómo calmarme. Durante la cena me fui relajando, Elise estuvo muy cariñosa. Le di los regalos de cumpleaños y que, curiosamente, me había costado elegir porque no le gustan las joyas, así que ni ostentosos, ni

recargados, ni pesados. Esperaba que le gustara porque había puesto mucha ilusión en ello. La llave me hizo guardársela hasta que estuviera instalada en casa y la noche de hotel la dejamos para otro día. Esa noche quería ir a su casa para hablarle de la historia de los Moreau y los Girard, así como de Georgia. La verdad es que me sorprendió lo madura y lo comprensiva que fue diciéndome que en realidad la perjudicada había sido Georgia, simplemente por ser mujer llevando un bebé no deseado, aunque luego lo quisiera más que a su vida, pero el padre se desentendería de él y yo seguiría con mi vida y ella siempre sería una madre soltera, que siempre decimos que ya no es como antes, pero en realidad lo es.

Quiso que me quedara porque estaba bajo de ánimo y eso que no le dije lo mucho que me preocupaba que le hiciera daño, pero ella siempre pensando en los demás, así que me quedé y ella fue la que esa noche me hizo el amor a mí; fue tierna, dulce, sensual, se me subió a horcajadas y me llevó al paraíso cuando, cuanto y como quiso: y yo, con mis casi treinta años y con casi quince de experiencia, me dejé llevar por una jovencita que no había tenido sexo casi ni con su marido y que no era consciente de su sensualidad. No podría soportar que nadie conociera mejor que yo cómo es en la intimidad. Cuando me toma ella a mí, pierdo el control, le dejo hacer y tiene una habilidad para controlar mi cuerpo increíble. A veces, si me despierto de madrugada para ir al baño o beber agua, me estoy un rato mirándola, con su cuerpo desnudo, su piel tan blanca, relajada con esa cara tan natural y sus rizos que le caen por la cara, y pienso que de verdad tiene que haber un Dios, lo que nos ha pasado a nosotros no es normal, la forma en que nos entendemos, la química, el conocimiento de nuestros cuerpos, la vida que he llevado yo y la que ha llevado ella, tan distintas. No entiendo mis dudas, no entiendo por qué algunas veces tengo pensamientos tan desagradables como el de compartirla, no sé qué me pasa, quizá la amo más de lo que confieso, o quizá sea miedo a que me deje y no pueda soportarlo.

La he llevado a mi casa que cuando vuelva de Roma vamos a compartir, no veo el momento. Estaba muy ilusionado y muy orgulloso del ático, me había costado mucho llegar a poder darme ese capricho. Lo había decorado un amigo de la familia que se dedica a eso y tiene mucho renombre en las altas esferas parisinas, tiene un hijo que sigue el mismo trabajo del padre. Decoran muchas casas de famosos, actores, futbolistas, personajes de la política, tiene mucha clase y curiosamente a Elise no le gustó la decoración. Esta mujer me

sorprende diariamente con cosas como esa. Lo que más le gusta es el toque clásico de la entrada, la cocina y el vestidor, me hace mucha gracia, la verdad es que me río con ella más de lo que lo he hecho toda mi vida, y por las cosas más sencillas. El salón, bueno, los salones y el comedor dice que son una gran ficha de dominó por el color y que, siendo tan claro y teniendo tanta luz, es frío. El dormitorio dice que parece un anuncio de Nestlé, chocolate y vainilla y un cuadro gigante naranja en la cabecera y los baños que le gustan porque son grandísimos, pero que están diseñados para hacer guarrerías, que soy muy morbosos. ¡Qué bien, por fin voy a poder estrenarlos! Con ella, claro. Seguro que luego no se queja de los artilugios que hay instalados. Lo que más le gustó es que no los había estrenado, en ese sentido, por supuesto, y es verdad. Ahhh... y las lámparas dice que son muy modernas, pero de quirófano. He llegado a un acuerdo con ella: cuando se instale y organice lo que quiere estudiar o hacer, le he pedido que cambie la decoración de la casa, es una manera de tenerla entretenida y que no se aburra, yo tengo que retomar mi trabajo un poco más en serio, todo este tiempo estoy dejando de lado los viajes de trabajo, suelo viajar mucho, el abuelo me ha dado un toque, aunque él sabe que para mí el trabajo es primordial, me gusta lo que hago, pero tengo primero que dejar las cosas en casa aseguradas. Voy a ponerle un escolta para ella sola y una doncella para que le ayude con la ropa y en todo lo personal que necesitan las mujeres, que de alguna manera sea para ella como Alfred para mí. No le he dicho nada, va a poner el grito en el cielo, pero no tengo más remedio y menos con Moreau en París.

Estoy preocupado, ha venido mi abuelo a hablar conmigo sobre Elise, me ha preguntado hasta qué punto es importante para mí. Le he dicho que cuando vuelva de Roma va a venir a vivir conmigo, él nunca se mete en mis cosas y menos de faldas, pero dice que le ha llamado un familiar de Georgia, que se había cruzado en el aeropuerto con Moreau que iba solo y se dirigía a coger un avión a Roma. Le dije a Elise que no iba a poder ir por trabajo, pero no me quedo tranquilo, me voy el viernes aunque sea tarde, de todas formas, lleva seguridad aunque no lo sabe.

Me alegro mucho de haber ido a buscarla y haber visto el desfile, bueno, el final, llevaba un vestido de romana y estaba increíblemente bella; tenía revoloteando a su alrededor al guaperas del italiano que siempre que coincido en un evento está siempre cerca, no he dicho nada porque no es más que un criajo, pero está empezando a tocarme los huevos. Elise tuvo una especie de

ataque de ansiedad porque reservé habitación para los dos en el Roma Cavalieri, le dio por llorar y por decir que a aquel lujo nunca se iba a acostumbrar, que no iba a poder con todo eso, en fin, no sé si me equivoqué al pasarla de un hotel corriente al más lujoso de Roma, quizá voy demasiado deprisa; quizá quiera impresionarla y es peor. Ha venido muy callada en el viaje de vuelta, hasta el punto de que yo me he ido un rato a la cabina con el piloto. Cuando voy solo me gusta pilotar el avión, tengo licencia de piloto comercial, ella todavía no lo sabe. Al subir al coche en el aeropuerto y decirle a René que nos llevara a casa, a la mía, ella rápidamente contestó que no, la miré extrañado: «¿Por qué?», pregunté, y puso la excusa de que llevaba una semana en Roma y traía la maleta llena de ropa sucia y que no iba a venir a casa el primer día en esas condiciones: «¿Qué van a pensar de mí?» Tiene ideas extrañas sobre lo que es tener servicio en la casa, qué pasa, ¿tiene que pedir permiso para ensuciar la ropa, para cambiarse o ducharse, o para ir al baño? Mira, que haga lo que quiera. Le he dicho a René que la deje en su casa, estoy cabreado y cansado de rogarle, ya está bien. Ha intentado hacerme comprender que era verdad que no era una excusa, pero yo he estado bastante borde, ni la he escuchado. Allí se ha quedado con el portero llevándole la maleta (otro que siempre está detrás de ella, no sé cómo continúa persiguiéndola, porque le miro con una cara de mala uva, pero nada, él incansable) y no me he bajado ni para despedirme; hoy es uno de mis días malos. Cuando llegue al apartamento voy a llamar a Marlene, hace mucho que no la veo, le preguntaré a Alfred si el apartamento está listo y mañana llamo a Günther, que prepare algo para el fin de semana, es lo que tenía que hacer todos los meses como antes. ¡Estoy harto!

Elise

Tengo mariposas en el estómago, me estoy acercando a su casa, me voy con él. Esta mañana se ha vuelto a enfadar porque no me he querido ir desde el aeropuerto. Este chico no entiende ciertas cosas, está acostumbrado a tenerlo todo hecho, o más bien a que se lo hagan y piensa que no hago más que ponerle excusas. Es cierto que alguna si le he puesto, pero ya había tomado la decisión de decirle que sí. No comprende que lleva una invitada a su casa, que no conozco a nadie, que voy a vivir con él y lo primero que hago es llegar con una maleta llena de ropa sucia, menuda cara iba a poner el estirado de Alfred que parece que lleva un palo metido por el culo. Si llego y lo primero que tiene que hacer es lavarme las bragas... Además me siento muy a gusto en esta pequeña casita y muy orgullosa de estar aquí. Me he dado una paliza, llevo todo el día con la lavadora, menos mal que también seca y he podido plancharme casi todo, pero lo que no he podido me lo dejo para mañana, no pienso darle trabajo a ese hombre, bastante le vamos a dar ahora los dos, porque yo las sábanas las pongo todos los días limpias, no me gusta acostarme con las sábanas llenas de fluidos.

He cogido un taxi, él no sabe que voy, he parado en una tienda *gourmet* que hay en dirección a su casa con productos españoles, seguro que su Alfred no tendrá ni cena, y he comprado jamoncito, lomo, queso del nuestro y salmón ahumado y también un pan buenísimo que hacen ellos, artesano, que no es como el congelado de los chinos. Diré en recepción que bajen a por mí, a ver qué cara pone.

La cara de póquer se me ha quedado a mí, el señor no está, había salido y le iban a avisar. Estoy mosqueada, se han puesto nerviosos, han estado murmurando entre los dos mientras yo esperaba sentada en un sillón con la maleta al lado y la bolsa de la comida en una mano como si viniera del pueblo, nunca me he sentido más ridícula. Es raro que un domingo salga por la noche y sin René, este iba a algo muy personal, lo sé. Ha pasado una hora, me voy, a la mierda.

—Espere, *mademoiselle*, ya hemos avisado al señor. Ha dicho que espere, tenía que solucionar un asunto.

René tan serio, tan en su puesto siempre que no se le mueve una pestaña estaba intranquilo.

—Gracias, René, pero me voy, tengo la sensación de que he sido inoportuna y una ingenua —pensé, un asunto; echar un polvo como la catedral de Burgos.

Cogí la maleta, dejé la bolsa de la comida en una de las mesas de fumador y fui al ascensor.

—Por favor, René.

—Se va a enfadar, *mademoiselle* Elise, estaba esperando su llegada.

—No del todo, si me hubiera esperado estaría aquí.

—Le ha surgido un asunto urgente.

—René, por favor, todo el apartamento huele a su colonia, no se ha ido con prisas. ¡Haga el favor de abrirme o bajarme, joder!

Me iba a echar a llorar. El hombre, aun sabiendo la bronca que le iba a caer, me bajó en el ascensor.

—Deje que le ayude —dijo cogiendo la maleta.

—Páreme un taxi, es suficiente. Gracias.

El taxi arrancó. René se quedó mirando unos segundos y dio la vuelta para entrar, en ese momento vi al elegante señor Girard entrar en el garaje con su coche, garaje en el que días antes había entrado René cuando desayunamos en la cafetería, mejor. Le dije al taxista que me llevara a una estación de tren alejada de ese distrito y de allí saldría y cogería otro a un hotel. Seguro que me buscaría en la buhardilla, pues no me iba a encontrar, que se joda, porque se le habrán quitado las ganas de follar, así que si quiere la puede meter por el desagüe, idiota, engreído, prepotente y egocéntrico que todo tiene que ser como él dice y cuando dice.

El hotel era sencillo, pero limpio y barato, tenía dinero de sobra para quedarme unos cuantos días, pero tampoco me iba a quedar para siempre, tenía que volver a mi casa; si en este momento no tuviera nada de trabajo, sería un buen momento para volver a Madrid. Cuando iba a la estación pensé decirle al taxista que tirase para el aeropuerto, pero tengo muchas cosas en la cabeza. Lo que estoy haciendo ahora no me va a hacer rica, comprendo que no soy la Campbell, pero ahora mismo tengo un dinero ahorrado, pagado el alquiler hasta julio y la idea de poner una tienda de complementos de moda cada vez me gusta más. Tendremos *foulards*, cinturones de todo tipo, carteras

de fiesta, algún que otro zapato, botines, sandalias, broches, todo tipo de accesorios, pero quiero que lleven mi marca, que estén hechos de materiales nobles. Es decir, los cinturones serán de piel, los metálicos de alguna aleación especial que impida su envejecimiento, plata lacada, todo de buena calidad donde las señoras y señoritas, seguro serán casi todas mujeres, puedan comprarse algo bonito, con clase, y puedan hacer un regalo con estilazo, procuraremos estar al día en todo lo concerniente a la moda actual, pero también me gustaría tener algo *vintage*. Necesito asesoramiento y tengo que hablar con Jean Pierre.

Me quedé dormida pensando en la tienda; mejor, si hubiera pensado en Girard me habría pasado la noche llorando. No sé si esta es la vida que quiero, indudablemente estoy muy enamorada de él, pero no sé, parece el doctor Jekyll y Mr. Hyde, lo mismo es dulce como la miel, que saca ese jodido genio y no hay quien lo pare, reconozco que siempre vuelve con las orejas gachas, es algo que no creo tenga la costumbre de hacer. Ya es un mérito y ayer cuando volvía a casa, tampoco le dio tiempo a echar muchos polvos si estuvo cenando, de todas formas lo que me duele es que tuviera intención de hacerlo, eso para mí ya es una infidelidad. ¿Y si no le dicen que estoy en su casa, y si no coge el teléfono? A Alfred y a René se les notaba intranquilos. Bueno voy a aprovechar para buscar academia de francés e inglés para septiembre y también algunos cursos de decoración de interiores que me gusten y me proporcionen alguna titularidad que me permita trabajar en eso, creo que la moda a mí me va durar poco. Como no puedo ir a por el coche porque tendré vigilada la casa, iré en el metro y así cuando empiecen los cursos podré ahorrar gasolina.

En el hotel tenía acceso a internet, había una salita con tres ordenadores y previo pago podía utilizarlo algunas horas al día, así que después de dos días investigando por la web, tenía algunos correos electrónicos de españoles, algunos teléfonos y direcciones de academias económicas para el tema de los idiomas. Tenía también la dirección de una academia de baile dirigida por españoles.

He encontrado bastante información sobre los cursos de decoración de interiores, obtienes una licenciatura, pero yo no puedo acceder con los estudios que tengo ahora. Daré un curso de iniciación a la decoración para principiantes de treinta y dos horas, luego otro de iniciación a la decoración profesional de ciento cincuenta y luego un máster de decoración profesional de

trecientas horas y con este adquiero la formación necesaria para poder dedicarme a ello. La verdad es que estos días los he aprovechado bien. Tengo el teléfono lleno de llamadas de Marcel y el whats app lleno también. Todavía no le he contestado, he hablado con Jean Pierre, pero no le he dicho dónde estoy para que no se chivatee. He hablado con las chicas del grupo del trabajo, quieren que salgamos el viernes a picar algo y luego a bailar, les he dicho que sí, al principio he sido un poco reticente, pero luego me he animado, si él puede llamar a sus amigas para follar, supongo que yo podré bailar, que termina igual, pero no es lo mismo. El jueves me voy a casa, no tengo más remedio que irme algún día, si quiere verme allí estaré.

Estoy recogiendo las cosas para irme a la buhardilla. Al final ayer me hizo llorar, llamó al teléfono, no sé ya qué llamada era, he tenido que vaciar un montón de cosas, porque no me enteraba ya nada, me llamó y lo cogí. Cuando contesté, no me respondió. Se ve que ya no se esperaba oír mi voz:

—¿Qué quieres? —contesté con malos modos. Cuatrocientas llamadas y ahora te quedas mudo.

—¿Sabes cómo me tienes? ¿Sabes lo preocupado que estoy? He llamado hasta a tu hermana para ver si sabía algo.

—Ya lo sé, y la dejaste preocupada a ella.

—Lo siento, pero necesitaba saber algo, no puedes hacerme esto, si te hubiera tenido cerca te habría dado una azotaina como a una niña pequeña.

—Bueno, «cariño», contando con el soberano plantón que me diste el domingo por irte a folletear con una de «tus amigas o lo que sea», es lo menos que podía hacerte: irme y no decirte dónde. Al fin y al cabo tú ya estabas saciado y no me necesitabas, «cariño».

—No he follado con nadie, no he estado con nadie, me surgió un...

—Te surgió una mierda. No te surgió nada, eres un cabrón egoísta y petulante, como una no viene, me busco otra y a otra cosa. La pena es que ahora estoy segura de que no es la primera vez.

—Te doy mi palabra, te juro que no me he acostado con nadie.

—Mira, te conozco muy bien, sé cómo has salido de mi casa cuando te han llamado por algún asunto y no te paras ni en las curvas, no te cambias de ropa, ni te paras a ducharte y menos a perfumarte. El domingo en esa casa tan aséptica que tienes, tu olor estaba por todos los rincones, te habías duchado, arreglado y perfumado y eso no se hace cuando vas con prisa, tonta no soy, las mujeres nos damos cuenta de cosas que ni os imagináis, pero a veces no nos

interesa decirlas.

—Está bien, vamos a hablar, por favor, pregúntame lo que quieras, cuadra horas, no sé, ya que eres tan lista, de verdad, déjame que te lo explique.

—Mañana jueves me voy a casa, a la mía, si quieres pásate por allí.

—¿Salimos a cenar?

—¡No! Tengo cosas que hacer.

—El viernes.

—He quedado con unos amigos.

—¡Qué amigos! —Ya estaba furioso, pues ¡jódete otra vez!

—Los del trabajo.

—¡Ni hablar!

—Voy a colgar, tengo cosas que hacer. Hasta cuando quieras.

He colgado para poder llorar a gusto, ¡mierda! Y, hala, a llorar, lloro de rabia, lloro porque me ha engañado, lloro porque le quiero y estoy loca por él, lloro porque quiero estar con él, hacer el amor con él, comer, dormir, suspirar, entregarme, tenerle, desayunar, ¡Dios mío!, soy una puñetera caca de mujer sin él y no me gusta ser así, pero es superior a mí, me derrito. Le oigo hablar y recuerdo su boca, su suave lengua, sus ojos fríos cuando se enfada y dulces y tiernos cuando me hace el amor o me tira sobre la cama y lo hace a lo salvaje, como si temiera que desapareciera. Le quiero suave y duro, frío y caliente, con esa cara de tipo duro, con la de ejecutivo, cuando me lleva de la mano como si llevara una joya valiosísima, cuando se queda con la cara sorprendida porque no me gusta su casa. Si hay una forma de querer más a alguien de lo que yo le quiero a él, de verdad, no sé cuál es.

Estaba de pie de espaldas a mí, apoyado con un brazo en el muro que separaba los dos ventanucos de la buhardilla, se había quitado la chaqueta y se había aflojado la corbata, no sabía cómo salir airoso de aquello. La verdad es que estaba tan ansiosa por volver con él que le hubiera perdonado si hubiera insistido un poco más, pero yo había tirado una piedra al agua y la piedra al caer no hacía más que formar ondas y ondas y ondas; de una mentira, porque yo en realidad no sabía lo que había hecho, solo lo suponía, estaba saliendo lo que realmente pasó con agravantes.

—Y eso es todo, no pasó nada más.

—Ya, pero no porque no quisieras y porque no lo buscaras, simplemente no pasó porque viste la llamada de René cuando salisteis de cenar y pensando que podía haber pasado algo, le llamaste, (porque le habías dado orden de que

no te molestaran), y te dejaste el teléfono en la guantera del coche por si te llamaba yo, no ver la llamada y ¿vengarte? ¿Era eso?, ¿echar un polvo o veinte con una tía iba a ser mi castigo? Pues muy bien, muy cómodo para ti.

—Escucha, Elise, estoy seguro de que no hubiera seguido adelante, me habría arrepentido antes de empezar.

—Y eso por qué lo sabes.

—Porque ya no me atraía como antes. Es una amiga con la que he salido muchas veces, incluso Françoise ha salido con ella, éramos una pandilla de cuando teníamos cinco o seis años menos, todos salimos con todos, unos se han casado y otros no. Marlene es una buena amiga con la que salimos a cenar y a tomar una copa con los amigos y es muy liberal, le gusta el sexo y te puedes acostar con ella sin que te dé problemas, luego cada uno se va a su casa y ya está, no hay más. Seguramente la veremos en la fiesta del cumpleaños de Françoise.

—La verás tú.

—No fastidies, Elise, te he contado la verdad.

—Sí, lo sé, pero yo te digo: si hubiera hecho yo todo lo que pasó, ¿qué hubieras hecho?

—No lo sé, seguramente me hubiera cabreado, habría tirado el móvil contra la pared, habría roto algo más y hubiera venido a por ti, porque eres lo que más deseo en el mundo, eso hubiera pasado.

—Bueno, tengo que pensarlo, no me resulta agradable saber que tienes por ahí una follamiga que cuando discutas conmigo vas a llamar para tirártela, lo siento.

—Está bien, me parece que hoy no voy a conseguir nada más y... ¿qué es?

Era un burofax que me había dado el portero nada más llegar.

—Nada que te importe.

Cogió la chaqueta y con ella en la mano se acercó a darme un beso, yo giré la cabeza y me lo dio en una oreja, me miró fijamente y salió diciendo.

—Mañana no te muevas hasta que no venga a por ti, tengo una reunión a última hora de la tarde muy importante.

—He quedado.

—Elise —me señaló con el dedo—, no me jodas que ya estoy bastante jodido.

—¡Esa boquita! —contesté imitándole.

Cerró la puerta y yo me quedé en blanco, no tenía ganas ni de pensar, así que

como era tarde me tomé un vaso de leche con colacao y directamente me fui a la cama, no quería desvelarme. ¿El cumpleaños de Françoise? No me había dicho nada. No pienses, Elisa, que llevas una semana muy intensa.

Había quedado a las ocho en la salida del metro del barrio latino, en Saint Michel, pero iba demasiado llamativa para ir en metro, aunque los franceses, por lo menos en su tierra, no eran lo que se dice muy piropeadores, eran más bien sosos y estirados. Llevaba mi traje rojo, mis sandalias de tiras y un peinado muy coqueto que me habían hecho por la mañana en una peluquería que había descubierto a unas manzanas de mi casa. Estaba estupenda. Decidí coger un taxi, no me iba a arruinar, además había llegado el burofax de Madrid, del que por cierto no le había dicho nada a Girard, el martes tenía que viajar para firmar el divorcio. Guau, estoy muy contenta, solo lo nubla que no sé qué hacer con este hombre, bueno, sí sé y sé lo que quiero, pero no quiero que se piense que soy terreno abonado y puede hacer lo que quiere. Sonó el teléfono cuando iba a salir, era Favio, que si me venía a recoger, mejor no. Le dije que tenía un taxi en la puerta. Volvió a sonar, era Girard.

—¿Qué haces?

—Pintándome las uñas.

—Luego te recojo.

—Vale —se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

—Tus vales ya sé lo que significan.

—Lo que tus promesas.

—Elise...

—Girard.

Colgué y salí.

Antes de que parase el taxi ya le había visto, estaba ligeramente apoyado en un árbol, con sus gafas de sol y mirando el teléfono. El niño tenía un fachón impresionante, era muy atractivo y cualquier chica que pasaba, sobre todo si iban en grupo, se le quedaba mirando. Era el mayor de cuatro hermanos, tenía veinticuatro años y llevaba tiempo haciendo desfiles infantiles y anuncios hasta que le salió esto. Era profesor de infantil, pero los trabajos que le salían eran en guarderías y ganaba poco, así que cuando le salió esta oportunidad se marchó, quería ayudar en su casa. La hermana que le seguía en edad ayudaba a los padres en una tiendecita que tenían tipo panadería y en la que vendían un poco de todo.

Me vió enseguida y vino hacia mí, tenía una bonita sonrisa, pero yo pensaba

solo en la de mi Girard, me tenía bien pillada. Reconozco que me gustaba que fuera mayor que yo, la experiencia con Robert no me había gustado, no sé si por los años, por la inmadurez o porque salió tan mal. El hecho de que Marcel fuera tan maduro me gustaba y su experiencia también, aunque luego protestara, le añoraba, llevábamos casi dos semanas sin estar juntos, la de Roma y ahora esta y necesitaba urgentemente sus besos, sus manos, su ardor: Dios, pensar en él me pone muy calentita.

—¡Hola!, ¡qué tal!

—Bien, ¿dónde están todos?

Me dio dos besos, como llevara seguimiento luego se lo contarían todo al jefe.

—Han ido a coger mesa, por lo visto hay un sitio que se llama el Bistro Latino, que se come de tapas y es comida sobre todo de tu país, pero como somos muchos, han ido a lo de las mesas, parece que se llena rápido.

—¿Cuántos somos?

—Ocho, se nos han unido una chica belga y un chico y otra chica franceses, se encontraban un poco aislados y han preguntado a Carmen y a Irina, que siempre van juntas, si podían venirse.

—Ah, pues estupendo, así aumenta el grupo.

—Qué pasa, no viene tu novio —me preguntó con precaución.

—Sabes que no, si no, no habrías estado esperándome.

—Bueno, no lo tengo claro; no te veo mucho, no sé lo que pasa.

—Estamos de morros.

—¿De qué?

Y le hice un gesto con la boca arrugando el morrito.

—Ah..., ya, ¿grave?

—Espero que no.

Habíamos llegado donde estaba todo el grupo. Nos saludamos con cariño, no nos habíamos visto desde Roma, a algunos les habían salido trabajitos de anuncios para cremas, champús, cosillas de ese tipo, muchos tendríamos que buscar otro trabajo para poder mantenernos, yo sabía que esto no era lo mío, igual que Favio y otros compañeros, precisamente, es lo que querían. Cenamos como reyes: calamares, bravas, tortilla, de todo, era como estar en casa. Entré a saludar a los dueños que me parecieron simpatísimos y les dije lo mucho que aquella cena me había hecho recordar mi ciudad y mi país, volvería más veces.

Eran ya casi las once de la noche cuando decidimos ir a tomar una copa, ellos habían salido por la ciudad más que yo, y eligieron un sitio donde se bailaba música latina y que estaba muy de moda entre los jóvenes. Marcel lo mismo estaba todavía trabajando, me dijo que tenía una reunión importante, en mi cabeza siempre está él, nos dirigimos al local que habían dicho, fuimos en dos taxis. No me despegaba de Favio, había querido pagar mi parte de la cena y, aunque me puse muy seria y casi me enfado, lo hizo y ahora el taxi. Este chico no se da cuenta de que yo tengo novio y me da pena que se haga ilusiones y luego no consiga nada, pobre, es muy buena persona y a ninguno nos sobra el dinero, quizá la que mejor anda sea yo. Cuando nos bajamos se lo dije, me paré unos minutos y aclaré las cosas.

—Favio, tengo novio, no quiero que me trates como algo especial, y no quiero que te lleves un disgusto si aparece. Es muy acaparador y no consiente que nadie se me acerque, en ese sentido no tiene amigos. No quiero que pienses en ningún momento que te engaño y deajo que me invites para luego largarte.

—Lo sé, sé que eres una buena persona y noble y nunca harías eso, pero déjame mientras no aparece que me haga ilusiones.

—Bueno, pero, por favor, no me pagues más cosas.

—Está bien. —Y me plantó un beso en la cara en plena calle—. ¡Madre mía! Que no ande por aquí.

Llevábamos una hora en el local, les había contado a mis amigas que seguramente me iba a vivir con Marcel y se interesaron por la buhardilla; Carmen e Irina compartían piso con otras chicas y, como ellas habían llegado las últimas, tenían que turnarse en el sofá del salón una semana cada una aparte de que las relaciones no eran muy buenas. Favio compartía piso con un grupo de cuatro en el que había chicos y chicas y no se sentía cómodo, nadie limpiaba ni recogía, la casa estaba hecha un asco y la comida desaparecía, pero él solo no podía pagar el alquiler de mi piso. De todas formas les dije que no sabía lo que iba a hacer, tenía pagado el alquiler hasta julio y, la verdad, es que me daba mucha pena desprenderme de aquello. De repente algunas cabezas se volvieron hacia la entrada. A Girard le pasaba lo mismo que cuando entraba una tía despampanante en un sitio, que todo el mundo se volvía a mirar, pues a mi chico le pasaba lo mismo, así que cuando vi el movimiento de cabezas, lo supe, estaba allí. Yo le veía perfectamente, pero él a mí no. Entraba de la calle y la sala tenía más iluminación en la pista, pero en

las mesas era más tenue, así que tardó unos minutos en localizarme. Se acercó y me besó como si no hubiera un mañana, Dios, qué bien me supo, pero me hice la indiferente aunque me faltaba el aire.

—¡Hola! —Se sentó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros en plan posesivo.

—Hola, ¿ya has terminado tu importante trabajo?

—¿Tú sabes lo que me ha costado encontrarte? Yo no frecuento estos sitios. He entrado en más locales que en toda mi vida.

—¿Qué esperabas, que estuviera en el Silencio? Podías comprender que nuestra economía no nos da para frecuentar los sitios de los ricachones como tú.

—Eso es un golpe bajo y no me lo merezco —me lo dijo con tristeza. Las chicas se levantaron y se fueron, llevándose a Favio.

—Está bien, lo siento, pero a veces tengo la sensación de que quieres que todo gire a tu alrededor y que no eres consciente de que hay mucha gente que no vive como tú.

—Mira, Elise, yo tengo la sensación de que lo único que nos distancia es que te molesta que tenga dinero y es algo que no puedo remediar, lleva en mi familia varias generaciones, damos trabajo a mucha gente en diversos países del mundo, he creado becas de estudios de distintos niveles para los hijos de los empleados, proporcionamos vivienda gratuita durante un año a los becarios que entran a trabajar en nuestras empresas. Cuando enviudan, aparte de la pensión que tienen, nosotros les damos otra cantidad por hijo, hasta que cumplen dieciocho años. No me digas que no sé cómo vive la gente, posiblemente lo sepa mejor que tú. He venido a buscarte otra vez, te quiero, me gusta despertar a tu lado, así que si eres capaz de superar ese odio visceral que parece que le tienes a mi posición y de amoldarte a tu nueva vida, por favor, despídete de tus amigos y vamos a casa.

Tenía razón, estaba siendo demasiado crítica con él y era así por nacimiento, como yo lo era por el mío. Me levanté, me acerqué al grupo, estaban bailando como locos en la pista y me despedí. Les dije que les llamaría para que fueran a ver la buhardilla antes de dejarla. Me cogí de su mano y salimos.

Elise

Me desperecé como una gata mimosa, me estiré y me estiré, estaba a gustísimo, pero necesitaba ir urgentemente al baño, qué suaves estaban hoy las sábanas, fui a a darme la vuelta para salir de la cama y topé con algo, otro cuerpo desnudo, coño, yo también estaba desnuda. Marcel, cómo no, ¿cómo he llegado hasta aquí? Quise hacer memoria. Solo recuerdo salir del sitio del baile, montarme en el coche y ahora, ¿tanto bebí? Si yo no bebo, bueno, casi, pues para mí que ayer me pasé. Voy al baño antes de que se despierte y me pille otra vez. Daba gusto hacer tus necesidades en un baño como este, qué maravilla, era más grande que mi buhardilla, quizá haya exagerado un poco, pero por ahí anda. No tengo nada que ponerme ni nada a mano para lavarme un poco, cogí una preciosa toalla blanco nuclear que había en el toallero, gorda como un peluche y después de usar el bidé, me sequé y salí del baño con la toalla en la mano. Andaba de puntillas para que no me sintiera, a la derecha en un mueble muy bonito que hacía juego con la decoración de la habitación, había unas bolsas de Zara, supuse que eran para mí, las cogí como una ladrona y me las metí en el baño, un pijama monísimo de lunares azules y un pantalón que era como una braguita, con un lacito rojo delante y otro en la parte de arriba que era muy escotada, casi se me veía más con el pijama que sin él, un picardías color chocolate con un ancho encaje color vainilla, dos mudas y un pantalón pirata vaquero, una minifalda vaquera y dos camisetas muy monas. Desde luego este hombre estaba en todo. Me puse el pijama de lunares, metí las mudas en otra bolsa y la toalla la metí en la que estaba vacía, ya vería lo que hacía con ella. Tenía mucha sed: lo que yo digo, que ayer bebí de más. Iba a salir por la puerta cuando su voz somnolienta me paró en seco.

—¿Dónde vas? —Me estaba mirando desde la cama, medio dormido.

—¿Era para mí? —dije señalando el pijama.

—¿Tú qué crees? Estás preciosa. ¿Dónde ibas?

—A la cocina a por agua, tengo sed.

—Espera, ya voy yo.

—Puedo bajar yo, así me familiarizo con la casa.

—No, deja, no quiero que se me revolucione el personal masculino si te ve aparecer así.

— Llevo un pijama.

—Lo sé, un pijama que he comprado yo para recrearme la vista, no para que se la recreen los demás.

Se puso el calzoncillo que estaba en el suelo y salió, me senté en la cama a esperarle, volvió enseguida con dos botellines de agua.

—Toma, ¿qué pasa, que ayer bebiste?

—No sé, pero estoy rara, me he despertado con una sensación de estar muy a gusto, ronroneando como una gatita.

—Ya —las carcajadas se debieron oír en la zona del servicio.

—¿Qué pasa? —pregunté mosqueada.

—Nada, anda, vamos a dormir un rato más que es muy temprano, cogió el mando a distancia y empezó a bajar las persianas, nos metimos en la cama, me agarró por la cintura como hace siempre y me dijo:

—Muy bonito el pijama. —Me besó en el cuello y nos volvimos a dormir.

Me desperté horas después, se oía ruido en el baño, la ducha. Unos minutos después llamaron a la puerta:

—Pase, no me ha debido oír, ¡pase!

Nada, me levanté para ver quién era cuando Marcel salía del baño con la toalla tapando lo buenísimo que estaba y me vio con la mano en la puerta con el famoso pijama.

—¡No! Te he dicho que no salgas así.

—Hijo, qué puntilloso —me volví a la cama mosqueada.

—Pasa, Alfred, déjalo ahí —traía un jarra de zumo de naranja recién hecho. ¡Qué rico, me apetecía un montón!

—Señor —dijo, y mirando hacia mí—, buenos días, señorita.

—Buenos días, Alfred —Dios mío, qué vergüenza, un extraño viéndome en la cama de su jefe. Alfred se retiró.

—Te he dicho que no salgas así.

—Pues es un pijama, y él es un señor mayor.

—Y qué te crees, que a los señores como él no se les pone dura, o no se fijan en las mujeres o no ven cómo se marcan tus pezones y tu culito a través de la tela.

—Bueno, bueno, tú como tienes la mente sucia.

—Todos los hombres tenemos la misma mente. Cuando miramos a una mujer, lo primero que miramos es tetas y culo, luego ya lo demás, no hay otra.

—¿Tú también?

—Todos o la mayoría, no significa que vayamos a comernos a ninguna, pero cada uno luego desarrolla en su imaginación lo que haría, y no quiero ni pensar que a estos dos les dé por pensar de ti cosas que no deben.

Me estaba bebiendo mi naranja, y vino por detrás a besarme en el cuello y debajo de la barbilla, sabe que es uno de mis puntos débiles.

—No quiero tener que despedir a ninguno de los dos.

—Qué exagerado.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Bien, me he despertado con una sensación muy agradable, estaba muy a gusto y, no sé, era como si estuviera en un sueño.

—¿No te acuerdas de nada?

El jodío tenía una expresión morbosa de malo malote que significaba que había pasado algo de lo que no me acordaba.

—¿No recuerdas que me asaltaste en el ascensor?

—¿Yooo?

—Sí, pero me encantó, puedes repetirlo cuando quieras.

—¿Hice qué?

—Pues empezamos en el ascensor, seguimos en el sofá, en el primero, continuamos en la alfombra y terminamos en el dormitorio.

—¿Cuántas veces?

—Dejé de contarlas, a decir verdad, no me daba tiempo a estar en forma, me tenías apabullado.

—No me lo puedo creer.

Mi cara era un tomate. ¿Qué había hecho?, ¿qué me había pasado? Me había comportado como una ninfómana. ¿Qué iba a pensar de mí?

—Eh, eh, preciosa, me encanta que te ruborices, para mí es tan nuevo que cada vez que lo haces, me haces un regalo. ¿Qué pasa? No has hecho nada malo, ha sido increíble, maravilloso y quiero que lo repitas cuando quieras y las veces que quieras.

—¿Qué vergüenza, qué pensarás! Seguro que bebí de más, pero yo nunca bebo o bebo poco, no sé, unas cervezas en la cena y un par de copas que seguro no me terminé, sabes que se me calientan y ya no me la bebo y pido otra.

—Estuvo perfecto, me han dado ganas de esperarte para ducharnos juntos, pero sabía que eso implicaba ir más allá, así que he preferido dejarte descansar —se me acercó y me besó muy apasionadamente—. Ha sido maravilloso, he descubierto en ti una faceta nueva que me encanta.

—¿Cuál?

—Salvaje, atrevida, insaciable, sensual, erótica...

—Vale, vale, vale ya, puff.

—Me alegro de haber llegado a recogerte.

—Estábamos hablando de la buhardilla, me acuerdo perfectamente, las chicas quieren quedársela.

—Es una buena idea.

—Me da pena dejarla, me ha costado mucho llegar hasta aquí.

—Lo sé, pero no vas a pagar todos los meses setecientos cincuenta euros para tenerla vacía.

—Lo sé.

—Tienes pagados unos meses, ¿no? Pues piénsalo, yo te puedo ayudar, pero de otra forma. Te ahorras el dinero y a ellas les haces un favor.

—Por cierto, no te he dicho que me voy a Madrid.

—¿A Madrid?, ¿a qué? —arrugó el ceño—. ¿Es que nunca puedo estar tranquilo?

—El otro día llegó un burofax.

—Que no me dejaste ver —ya estaba cabreado, me encantaba ponerle así.

—No, no sabía si iba a volver contigo.

—Elise, me tienes en ascuas, ¡dime qué decía el puñetero burofax!

—Que tengo que estar el martes a las once de la mañana en el despacho del abogado para...

—Por Dios, Elise, voy a vomitar el zumo.

—Firmar el divorcio.

Se me quedó mirando como si no comprendiera lo que le estaba diciendo y de repente me cogió y se puso a bailar con pasos de vals por toda la habitación.

—Princesa, eres libre, por fin. Me alegro, me alegro por nosotros dos, pero sobre todo por ti, a mí vivir así no me importa lo más mínimo, no tengo escrúpulos ni vergüenza, pero sé que tú sí los tienes; ahora, aunque vivamos juntos, va a ser mas liviano para ti y lo vas a llevar mejor.

De repente me puse a llorar con mucha pena.

—Ehhh, *chéri*, qué pasa, mon ciel, ¿no estás contenta?

—Sí, mucho, pero ha sido muy duro para mi familia y muy feo todo lo que ha pasado. Tú no sabes los esfuerzos que tuvieron que hacer, no teníamos dinero, con mi padre enfermo y mi hermano estudiando, para comprarme lo mínimo que lleva una chica de ajuar: mi madre se gastó lo último que tenía, todo porque él se empeñó en que teníamos que casarnos. Ya fue muy angustioso, yo perdí peso, más que por la boda en sí por lo mal que lo estaba pasando mi familia, intentaban disimular delante de mí, pero había cosas que no podían, y él en el viaje de novios ya empezó a portarse mal.

Le costó trabajo consolarme. Toda la rabia, el dolor, el miedo que tenía, salía ahora.

—Bueno, princesa, escucha, mírame, se acabó. Tenemos que hacer muchos planes, de acuerdo, tenemos que preparar un viaje, una comida, recoger de la buhardilla lo que te vayas a traer, tenemos una fiesta el sábado. Quiero que te tranquilices, toma —me dio un klennex para que me sonara—, no quiero verte así, ya verás que a partir de ahora todo va a salir bien, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, pero me sentía fatal y al mismo tiempo como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

Pasamos la mañana en la buhardilla, le enseñé el burofax, recogí ropa pero no toda, como no tenía que dejarla libre me llevaba solo lo nuevo, lencería, todas las cosas que me había ido regalando Jean Pierre, las que me había comprado yo y algunas de las que ya tenía y que me ponía más. Las otras las dejé, empaquetamos los libros, René se encargó de desconectar el ordenador con la webcam, de momento no me llevé ropa de abrigo. A mediodía salimos a comer y mandó a René a casa con los trastos.

Volvimos a casa después de la comida, yo me subí a la habitación a colocar mis cosas, Marcel me advirtió que todo lo que tuviera que planchar o lavar se lo dijera a Alfred, normalmente allí la ropa más delicada se lleva a la lavandería. También me dijo que iban a contratar una persona nueva en la casa para mí, sería una chica y digamos que se iba a ocupar de mis cosas, que hiciera una lista en una libreta con las cualidades que quería que tuviera para cuando Alfred entrevistara a las señoritas que vinieran a solicitar el empleo supiera lo que queremos, dijo que era mejor que hubiera una mujer que se hiciera cargo de la parte femenina de la casa, que me iba a entender mejor que con Alfred. Me parecía un gasto excesivo, pero tenía razón.

Cuando terminé de colocarlo todo, después de consultar varias veces al

susodicho, me dirigí al despacho, Marcel se había quedado allí para llamar a sus abuelos y decirles que íbamos a comer al día siguiente, pero no había subido. Llamé a la puerta.

—Pasa, ah, eres tú, no tienes que llamar.

—Mejor, sí, ya he terminado, el ordenador está encima del mueble del dormitorio, no sé dónde quieres que lo ponga y los libros tampoco.

—Hay mucho mueble aquí abajo, seguro que vas a encontrar algún hueco para colocarlos y cuando redecores todo esto, seguro que lo colocarás a tu gusto. El ordenador, como es un portátil, puede estar donde tú quieras, René que te coloque la webcam. Y ahora, ven aquí —me señaló para que fuera a su lado, tenía dos sobres en la mano—. Vamos a ver, no pongas el grito en el cielo, escúchame con tranquilidad —me miró a los ojos con firmeza. Sacó lo que había dentro de los sobres, eran dos tarjetas de crédito o algo parecido, me las puso delante—: esta es una tarjeta para Lafayette, ¿los conoces, no? —asentí con la cabeza—, puedes comprar tus perfumes, cremas, ropa, tienes allí importantes marcas mundiales de ropa, bolsos, lo que quieras. Te he abierto cuenta, cuando vayas a comprar no tienes más que enseñar tu carné de identidad, tienes un límite de... —dijo una cantidad escandalosa. Yo seguía callada—. Esta es una tarjeta de crédito del banco, ropa en las mejores tiendas o zapaterías, billetes de avión, de tren, alquilar un coche, incluso puedes sacar efectivo —se estaba riendo, yo debía tener una cara de tonta tremenda—, lo que quiera mi princesa.

Era una tarjeta oro con un límite de otra cantidad que doblaba a la primera, un escándalo.

—Vale, déjalo ahí en tu mesa, ya lo cogeré.

—¿Vale? ¿Ya estás con peros?

—¡Déjalo ahí! —me di cuenta de que había gritado, no puedo, ahora no puedo.

—Somos una pareja, las parejas ahora se van a vivir juntas como si fueran marido y mujer, ¿estás de acuerdo conmigo?

—Más o menos.

—Las parejas comparten lo que tienen, ya hemos hablado del tema del dinero, no quiero que te pases sin un perfume o unas medias, o lo que sea, por no gastar o por ahorrar, o por no pedirlo, sé que quieres ayudar a tus padres, no te preocupes por ellos, porque no les va a faltar nada, si fuera el caso al revés, seguro que tú me ayudarías a mí. Esto no es negociable, así que cógelo,

apréndete los pines y úsalas.

Me enseñó su cartera, nunca lo había hecho.

—Yo funciono con esto —llevaba varias, una era negra, me dijo que era exclusiva—, casi nunca llevo dinero en efectivo, así que, por favor, además toda la casa funciona con tarjeta, Alfred también tiene una de uso doméstico.

—¿Para comprar huevos? —dije sonriendo.

—Por ejemplo —contestó—. Cómprate algo bonito para la fiesta del sábado —me cogió por las piernas y metió su cabeza entre ellas—, qué bien hueles, ¿has colocado tus cosas?

—Sí y, por cierto, gracias. He visto que todos los vestidos que he usado en los anuncios, incluso el de romana del último desfile, están en el armario.

—Falta el rojo.

—Sí, está en Madrid, en casa de mi hermana. Se lo llevaron para que no me lo tirara Robert.

—A partir de ahora vamos a intentar no mencionar ese nombre más, ¿de acuerdo?

Me senté en sus piernas y le dí un largo, largo beso, pero no cogí los sobres.

Elise

Ya está, ya pasó todo, ya vuelvo a ser una mujer soltera con un montón de sueños rotos. Ahora soy la alegre divorciada, vivo en un país que no es el mío, lejos de los míos, en un ambiente que me es hostil. No tengo amigos, no tengo un trabajo serio, tengo aquí y allí, casi sin definir, vivo amancebada con un príncipe azul al que amo con locura, que nunca se va a casar ni va a tener hijos, que ha puesto a mis pies una ciudad, una ciudad que no me quiere. Estoy llorando otra vez, Marcel se ha ido a trabajar y yo me voy al *atelier* a ver algo para ponerme el sábado, tengo que cortar esto del llanto, porque si se entera se va a enfadar con razón. Él me da más de lo que ha sido capaz de darle a nadie, ahora lo sé, es verdad, me llena de caprichos que ni siquiera le pido, de detalles, cuando hemos vuelto de Madrid, tenía el dormitorio lleno de ramos de rosas blancas, parecía el altar de una novia, también lloré y, luego, no me ha atosigado con el sexo, que sé que él no puede pasar sin echar un polvo a diario, me ha dejado mi espacio para que yo me recomponga y asuma todo esto con tranquilidad, sin dejar de estar pendiente de mí.

En Madrid se portó de maravilla, no subió al despacho de los abogados, yo subí con Juanjo, con mi abogado y con otro señor que no sé de dónde salió. Robert fue con sus padres y su abogado. El resultado es que Robert me tenía que dar seis mil euros más debido a que al ver cómo las cuentas se habían movido, o cómo las había movido él, había una penalización de otros seis mil, sin derecho a recurrir a menos que quisiera que se le pusiera una denuncia por estafa y no sé que más, por lo cual ya sería un agravante para él. Además, como había estado viviendo en el piso de los dos, tenía que pagarme la mitad del alquiler que yo había pagado en París por cada mes que había ocupado la vivienda. Respecto al piso nos preguntaron qué queríamos hacer, yo rápidamente dije venderlo: no me interesaba alquilarlo, porque tendría que encargarme a Juanjo ese trabajo y no quería cargarle con más historias mías, me daba cuenta de que a mi hermana no le hacía gracia, así que la mantendría al margen y, además, no me fiaba de Robert. Se optó por la venta, cada uno se

haría cargo del mobiliario que había aportado y lo que habíamos comprado a medias o se repartiría sin peleas, o se vendía en segunda mano. Cuando firmamos todo el papeleo a él se le instó a pagar lo que me debía en el plazo de quince días hábiles a partir de ese, si no, se presentaría una demanda ante el juzgado.

Se llamó al señor que venía con nosotros y que nadie me presentó, era de una empresa que se dedica a la compraventa de inmuebles procedentes de embargos y cosas así. Habían preguntado en la portería, porque se movían preguntando en los edificios, si había algún piso en venta y el portero les dijo que el nuestro era dudoso, que era de una parejita que se estaba separando, así que el señor Villar, que así se llamaba, venía con una oferta para comprar el piso. Nosotros perdíamos los casi dos años que llevábamos pagados más la entrada y nos quedábamos limpios de hipoteca, rápidamente dijimos que sí. Así que me volvía a París con doce mil euros, más los más de otros doce mil que tenía yo, el dinero del alquiler, y lo que pusiera me iba a servir para devolver a la tía lo que me dejó para el alquiler de la buhardilla, y ahora podía pensar en la tienda y ahorrar para devolverle a la tía el resto. Tengo la sensación de que para todos estos acuerdos tan beneficiosos para mí he tenido a alguien cerca que ha movido muchos hilos para que todo esto se volviera a mi favor, puedo casi seguro señalar quién es sin equivocarme.

Marcel había preparado una comida para toda la familia. Llamamos a Casa Lucio y movió Roma con Santiago para agenciarle una silla de ruedas motorizada a mi padre, gente y vehículo para trasladarlo y fue un éxito, mis padres estaban contentos, la tía no hacía más que mirarle y me decía: «¡Hija qué guapísimo es, parece un actor de cine! ¿Pero es bueno contigo? Ya sabes, estos hombres tan guapos luego...». Me lo dijo varias veces, pobre, sufría por todos, le dije que le iba a devolver enseguida el dinero del alquiler en cuanto me pagara Robert y me contestó que no dijera nada, pero que ese dinero me lo regalaba y que si me preguntaban que dijera que ya se lo había devuelto.

Bueno, voy a ponerme guapa, me ha dicho el Sr. Girard que vaya a buscarlo a la oficina para comer juntos: ¡qué vergüenza!, que me vea todo el mundo. Y antes tengo que ir al atelier a recoger la ropa y, encima, me faltan los zapatos. Al final el domingo no comimos con los abuelos, había fallecido un amigo del abuelo, se conocían hace mucho y estuvieron de velatorio, lo hemos dejado para otro día.

Me he traído de Madrid el famoso vestido rojo y ya está en el armario con

sus hermanos.

Me había dicho Marcel que no me llevara el coche a la oficina, que era un sitio muy difícil para aparcar, que cogiera un taxi desde el *atelier* y luego me llevaría René de vuelta.

Me había dado una tarjeta suya, así que cogí uno de los solicitados ascensores y paró en la octava planta, nos bajamos varias personas, yo me quedé en la puerta como un pasmarote. Había tres ascensores que paraban allí. En frente un gran vestíbulo con pasillos, puertas con nombres y una recepción con tres señoritas jóvenes muy guapas, me acerqué. Una de ellas con una sonrisa me preguntó qué quería.

—Me espera el señor Girard —dije muy bajito—. Perdón.

Repetí lo dicho un poco más alto.

—Hay tres Sr. Girard, *mademoiselle*.

—Marcel, Marcel Girard.

—Hay dos Marcel, *mademoiselle*.

—El joven.

—¿De parte de quién? —preguntó muy amable.

—De Elise Millán.

Fue instantáneo: me miró, marco rápidamente un teléfono, habló tan rápido que apenas pude traducir lo que decía. Unos segundos más tarde apareció por el pasillo de la derecha una señora de unos treinta y tantos años, elegantemente vestida y peinada, todo lo contrario a mí, vamos, y eso que me había arreglado; una falda roja un palmo por encima de la rodilla, una blusa blanco roto y mi cazadora de cuero negra, también llevaba mis botines. La señora se dirigió a mí.

—Es la señorita Elise, ¿verdad?

—Sí —me dio la mano—, encantada.

—El señor Girard la está esperando.

Volvió a entrar por el pasillo, en el que un rótulo decía «Dirección». Yo veía por el rabillo del ojo que las otras chicas me estuvieron mirando hasta que desaparecí. No me daba tiempo a ver los nombres, pero estaba el despacho de su padre, su abuelo, una sala de juntas muy grande y al final, su despacho con un cartel Marcel Girard, presidente. A la izquierda la secretaría que era un despacho grande con tres mesas. Dos puertas más con carteles de «Director Financiero» y «Privado». Había también un despacho con cuatro o cinco mesas con chicos y chicas. Los cristales de los despachos eran transparentes,

pero tenían persianas que según sus ocupantes podían hacer visible lo que ocurría en los despachos o no. Antes de llegar al de Marcel, se abrió la puerta y apareció, le había visto en calzoncillos esa mañana y lo había visto salir de casa arreglado pero, cuando le volvía a ver, siempre me sobresaltaba su presencia. Se me olvidaba de una vez para otra lo sumamente atractivo y sensual que era, me daba un escalofrío pensar que podía estar en sus brazos cómo y cuando quisiera, me volvía a sorprender su mirada, su boca, su sonrisa... Se acercó a mí y me dio un beso, que para estar delante de su secretaria me pareció un poco escandaloso, él era así, le daba igual quién miraba, quería el beso y lo tenía. Y yo rendida a sus pies.

—Gracias, Martha. Nos vamos a comer —miró el reloj—, volveré hacia las cuatro y media.

—Sí, señor.

Entramos en el despacho. Era muy amplio, tenía unos grandes ventanales que daban a la calle y que no se podían abrir, llegaban casi al suelo, me daban un poco de vértigo: muebles de madera de cerezo, un ordenador, el portátil lo tenía abierto encima de otro de los muebles, a la izquierda un pequeño pasillo con un privado y un servicio, este tenía hasta una ducha con masaje, toallas blancas mullidas y artículos por si tenía que afeitarse o salir de viaje repentinamente y el privado tenía una pequeña cocina, frigorífico y microondas. Mientras hacía unas llamadas, yo estuve cotilleando. Se abrió la puerta y apareció su padre, le recuerdo por el día del desfile.

—¿Te vas a comer?

—Sí, me voy con Elise.

—Ah, era por irme contigo y hablar del tema de Nueva York, si vas a ir el mes que viene.

—Sí, tengo intención, pero si te parece hablamos cuando vuelva de comer, no la vamos a aburrir con cosas de trabajo.

—Vale, como quieras —dirigiéndose a mí—: señorita, encantado de volverla a ver.

—Igualmente.

—A mí no me hubiera importado —le dije a mi novio cuando salió su padre.

—Pero a mí, sí. Te he dicho que vengas a buscarme para comer contigo, esa conversación puede esperar.

—¿Y Louis?

—Estará en su despacho, comparte despacho con otros abogados, o habrá

salido a comer. ¿Nos vamos?

Salimos cogidos de la mano, todas las miradas se paraban en nosotros, supongo que haciéndose preguntas sobre la chica que llevaba Girard de la mano.

La comida fue muy agradable, me llevó a un indonesio que habían puesto cerca de la oficina hacía poco, sabe que me gusta probar cosas nuevas y me encantan las comidas exóticas, siempre que no sean gusanos ni otros bichos. Hablamos del viaje a Nueva York, de la comida con los abuelos, de la familia, de su madre, que seguramente no nos invitaría, del resultado del divorcio, de muchas cosas. La comida era estupenda, nos reímos del picante de algunos de los platos. Se notaba que era un sitio nuevo que estaban probando gente de las oficinas de los alrededores, al entrar había una mesa ocupada por seis personas, cuatro mujeres y dos hombres que se quedaron mirando cuando entramos, una de ellas una rubia mayor que Marcel, cambió la cara cuando vio que me llevaba cogida de la mano, le llamaron animándole a que nos sentáramos con ellos, yo noté que su mano apretaba la mía con algo más de intensidad que antes.

—Cuanto tiempo, Girard, no te dejas ver.

—He estado muy ocupado —dijo muy escuetamente.

—Bueno, hombre, siempre hay un hueco para un buen amigo y yo te considero eso, un buen amigo, hemos tenido comidas juntos muy interesantes.

Se hizo un silencio en la mesa, ahora era yo la que le apretaba la mano.

—Perdonad, pero he traído a mi novia para que conozca este sitio y quiero que disfrute de la comida, adiós.

Y nos marchamos.

Ya en nuestra mesa no hizo falta que le preguntara nada, parece que siempre había algo que rompía el encanto entre nosotros, me miró fijamente a los ojos.

—Princesa, fue hace mucho tiempo, hay gente que no se resigna a que las cosas pasan, que tienen un tiempo y se acabó, lo siento, pero una persona como yo, que ha vivido más de lo que debía... No será lo único que salga.

—¿Fue hace mucho?

—Tres o cuatro años.

—¿Y todavía sigue detrás de ti?

—Sí, me llama para ir a comer, me va a buscar, siempre le pongo una disculpa, pero no se cansa y la verdad es que no tuvimos más que dos encuentros.

Acerqué mi mano a su boca y le rocé los labios con mis dedos, él los sujetó y los besó.

—¿Por qué siempre tan mayores? Esta boca debía haber aprendido a besar en bocas más frescas, más inocentes.

—Quizá porque aprendí con alguien mayor.

—Bueno, pero por qué buscar a las demás igual. Por qué tan mayores, tú podías haber tenido la mujer que hubieras querido.

—Preferiría cambiar de tema, si no te importa. Me desagrada, encontrarnos con Vivienne ha sido mala suerte, pero tienes que acostumbrarte y no darle importancia.

Después nuestra conversación fue tomando otro rumbo y terminamos la comida de una manera muy agradable. Me preguntó si volvía a casa y le dije que tenía que buscar los zapatos para el sábado, que Jean Pierre me había dado una señas, se las enseñé.

— Que te lleve René —dijo—. ¿Me imagino que habrás pagado con las tarjetas que te di?

Hice un ruido gutural que no quería decir nada.

—¿Me has oído? Las tarjetas, habrás pagado con ellas.

—Ah, sí.

¡Por qué me preguntaba por las tarjetas, si se quedaron en su mesa del despacho!

— Cuando vuelvas a casa, dile a Alfred que programe el *jacuzzi* para las ocho más o menos que llegaré yo, nos daremos un baño relajante.

—¿Relajante, estás seguro? Ya estás poniendo esa cara —le dije señalando su cara con dos de mis dedos.

—¿Qué cara, princesa?

—La cara del gato que se relame mirando al ratoncito.

—Qué bueno —dijo—, pero es verdad, un precioso ratoncito que me va a hacer pasar una maravillosa tarde de viernes. La cena la llevo yo.

Me besó en plena calle, me recordó el cuadro de *El beso* y me metí en el coche.

Me había puesto un conjunto de lencería, un *culotte* y una camiseta cortita muy pequeña y ajustada color lila. La zona tenía un aparato musical, con discos compactos de música relajante, clásica y alguna otra cosa más: puse *El lago de los cisnes*. Marcel se retrasaba y decidí entrar en el agua, estaba deliciosa; yo no sé programar este chisme, como mucho abrir el grifo del agua

caliente y el de la fría para el baño o la ducha, pensaba en la cantidad de cosas que disfrutaban algunas personas y otras nunca, jamás sabrán de qué se trata. Mañana vamos a una fiesta de cumpleaños que para nosotros sería una invitación a una caña con los amigos y en casa, una merienda y una tarta con velas. Abrir una botella medio buena de champán es un lujo, pero esa simple celebración en Madrid nos sabe a gloria. La ropa que iba a llevar al día siguiente valía casi lo que costó mi traje de novia, y eso porque tenía la suerte de conocer a Jean Pierre que me mimaba exageradamente, no había una vez que fuera que no me regalara algo. Es verdad que yo era un poco gitanilla, porque regateaba con él lo que me costaba cada cosa, pero él se dejaba, me llamaba abusona y decía que como dejara escapar a Girard, me iba a matar:

—Si ese hombre fuera mío —decía—, le iba a tener atado a la pata de la cama y no le iba a soltar nunca.

Estaba muy contenta. Me estuvo enseñando modelos, muchos no eran de temporada, a mí no me importaba, iba muy bien vestida y la ropa no me costaba cara, porque me sacaba modelos que costaban menos porque no eran de los últimos desfiles. Elegimos para la fiesta del sábado un traje pantalón de crep de seda negro, con el pantalón que se estrechaba abajo en el tobillo y la chaqueta de corte *smoking*, muy ligera, con la tira del cuello de raso y una sola abotonadura. Para complementarlo elegí un top de lamé de tirantes ajustado al busto color morado, que caía justo en la cinturilla del pantalón. Aparte para ese top me hice con una falda larga estampada con grandes flores moradas que le venía de miedo. Lo recogí esta mañana y me acerqué a casa en un taxi para que él no lo viera, han tenido que hacer un pequeño arreglo al pantalón y la falda, me estaban un poco largos. Me había regalado además dos juegos de lencería: uno, el que llevaba; y otro en negro que lo dejo para un día especial, aunque con él los días eran todos especiales. Le iba a gustar mucho la ropa y le iba a sorprender.

Me había puesto en uno de los ángulos ovalados del enorme *jacuzzi* y estaba agarrada a dos de las asas que había repartidas, estaba tan a gusto que temía dormirme, la música entraba en uno de los momentos que más me gustaban. Sentí su boca en mis ojos, no quise abrirlos, me tomó en sus brazos y, con mis piernas en sus caderas, se dio la vuelta y se puso de espaldas al bordillo.

—No me has esperado —dijo con voz bronca.

—Tardabas y quería probarlo —abrí los ojos, su cara de deseo casi me asustó, pensé que le pasaba algo—. ¿Te pasa algo? Tienes la cara rara.

—He cambiado la cara de gato mirando al ratón por la de un lobo mirando a un corderito.

No sé si me gustó la respuesta.

—¡Qué miedo!

Yo sonreía suavemente, me dejó caer al suelo muy pegada a él para que notara cómo estaba de excitado.

—¡Ves cómo me tienes! —empezó su recorrido de besos por el cuello.

—¡Eres muy sensible, te calientas enseguida!

—Me calientas tú —buscó uno de los asientos del *jacuzzi* y se sentó. A él le llegaban los pies al suelo: a mí no, no le cubría, pero le llegaba más arriba de la cintura—. Ven, *chère*.

Me acerqué y me sentó en sus piernas. Las mías estaban muy abiertas, porque tenía que pasarlas por las suyas, me dijo que me agarrara a las asas que había al lado de su cuerpo de manera que yo estaba abierta de brazos, sujetándome, y de piernas, sujetándome encima. Y él tenía todo su cuerpo libre para hacer lo que quisiera. Me besó los pechos a través de la camiseta, veía lo excitado que estaba a través del agua, empezó a acelerarse y a besarme con urgencia hasta donde le llegaba la boca sin meter la cabeza en el agua, me agarró de la cintura y me dijo: «Suéltate un momento». Nos fuimos a una zona donde el agua cubría menos y en la misma postura me sacó la camiseta, metió sus manos por las bragas mientras yo me sujetaba a las asas, me besaba con la boca y con las manos me masturbaba, de repente dijo: «¡No quiero, no quiero, así no!, ¡quítatelas!», tuve la sensación de que le pasaba algo. Me las quité y volví a colocarme de la misma manera, yo estaba ya deseando que me penetrara, pero parece que él tenía otra idea, seguía masturbándome, le dije que me iba a correr.

—¡Ni se te ocurra! Te he enseñado a aguantar.

Estuvo un rato más masturbándome, notaba su sexo duro como una piedra que tocaba el mío sin entrar, porque él se estaba encargando de que lo notara y de que lo deseara cada vez más, pero no me dejaba. «¡Por favor!», le pedí. «¡No te corras!», dijo enfadado; se cogió el pene y lo metió y lo sacó de mi interior con fuerza, como si fuera un juego. Cada vez que lo hacía para mí era fuego que me recorría el cuerpo, una vez, y otra, y otra, yo empezaba a sentir escozor hasta que él arremetió con fuerza y se corrió fuera de mí, entre mis piernas, me solté de las asas y me bajé de él y me corrí sola en un rincón, no sentí ningún placer, fue algo que sucedió, nada más. Sentí una vergüenza

horrible, me sentía como una fulana a la que utilizan para satisfacerse y la dejan en un rincón como a una mierda. Me dirigía a las escaleras de salida llorando cuando me llamó, su cara era una máscara de furia.

—Esto me ha dolido tanto como a ti, pero si no quieres mi dinero, no me quieres a mí. He sido muy paciente, te lo he ofrecido muchas veces y siempre me rechazas, esto es para que veas lo que duele desear algo con todas tus fuerzas y que te rechacen una y otra vez. He llamado a Jean Pierre para decirle que no se preocupara del límite de la tarjeta, que te diera lo que quisieras, que no tenía límite contigo y me ha contestado que has pagado como siempre. Me has humillado otra vez.

Pasó delante de mí y salió del *jacuzzi* sin mirarme.

Marcel

He estado a punto de joderla otra vez, pero ahora casi de una manera definitiva. Esta chica no sabe los sacrificios que yo hago por tenerla a mi lado, no tiene idea, y si la tiene, si alguna vez lo piensa, no lo valora. Desde primero de año, prácticamente desde que estoy con ella, he traspasado a otros empleados como diez o doce viajes que normalmente hago yo, como cuando me voy del trabajo en cuanto me entero de que pasa algo, como el viaje a Roma, o cuando se presentó Moreau para el pase privado o sus viajes a Madrid y me voy con ella. Son horas que tengo que recuperar porque mucha gente depende de nosotros. A veces cuando vuelvo a casa me dan las tantas de la madrugada en el despacho o me voy los sábados, incluso a veces, si no me he quedado a dormir con ella, he vuelto a la oficina a terminar alguna cosa urgente y además nunca lo comento ni me quejo. He dejado prácticamente mi cómoda casa, para irme a vivir a ese nido de pájaros que es su adorada buhardilla, no podemos ni comprar vasos de cristal para que no se rompan por no saber dónde ponerlos, dormimos en una cama pequeña en comparación con la mía, pero qué buenos y maravillosos ratos hemos pasado allí. Cuando volvimos de Roma, me dice que no se puede venir a casa porque trae la maleta con ropa sucia, ropa sucia..., no me lo podía creer. Se me han cruzado los cables, los malos cables que se me cruzan de vez en cuando y he dicho: «A la mierda, hija, vete donde quieras, haz lo que quieras, que paso». En ese momento reconozco que me dejó de importar lo que hiciera, como si venía una tribu salvaje de algún país remoto y se la llevaba para hacer un sacrificio, ya está bien tanto aguantar, estoy harto de verdad, no tengo por qué estar así. Llevo siéndole fiel cinco meses, bueno, menos la chica del hotel de Nueva York y casi sin olerlo tres meses más. Joder, que yo no soy así, que yo necesito recuperar mi vida.

Le dije a René que me llevara a casa. Cuando llegamos, lo primero que hice fue mirar mi agenda para llamar por teléfono, a quién, ¿a Vivianne? Una rubia viciosa que tiene un cargo importante en otra empresa de mi mismo edificio de

oficinas; no, luego se pone muy pesada, pero la verdad es que me ocuparía toda la noche follando, la tía no se cansa; Rose, esta folla bien, pero luego te habla de matrimonio y de que le gustaría tener niños, nada, resulta que se ha casado y está embarazada; a Sara, no está mal, no es mi mejor opción, pero puede servirme para hoy, mañana buscaré en el otro teléfono a ver qué encuentro, vaya no lo coge; a Marlene, esta es una buena tía, es amiga de la pandilla de cuando teníamos unos veinte años, es muy liberal, le gusta el sexo y aunque no es muy partidaria de los tríos, ha hecho alguno con François y conmigo, sí, puede ser una buena compañía para esta noche. Mientras me doy una buena ducha, le voy a decir Alfred si está preparado el apartamento y ya de paso que me compre una buena caja de bombones, probaré con ella lo de los bombones y el champán, a ver si nos sale también como con Elise, mierda, no quiero nombrarla porque me corta el rollo.

Les di órdenes expresas de que no se me molestara, a no ser algo de gran importancia, y cuando aparqué dejé el teléfono en la guantera para no sentir remordimientos si sonaba. Así simplemente no le había oído, no sabía si ir primero al apartamento para empezar con un buen polvo y que no se me fastidiara pensando en ella durante la cena, y al final pensé que no era elegante para Marlene: al fin y al cabo era una buena chica y no se merecía que la tratara como a una vulgar furcia. Mejor cenar primero como haría con una buena amiga, luego subiríamos al apartamento a tomar una copa y oír un poco de música y después el resto el tiempo que nos apeteciera.

Había quedado con Marlene en el restaurante. Afortunadamente llegué yo antes, no me gustaba hacer esperar y menos a una mujer, me fui al bar a esperarla tomando una copa de vino, llegó poco después. Era muy guapa, llevaba el pelo a mechas, se había puesto pecho hacía unos años, la verdad es que a mí no me gustaba mucho tocar esos pechos, si era una cosa discreta, vale, pero esas gigantes la verdad es que no, mi amiga creo que se había pasado un poco. Era muy simpática y lo mismo te podías ir una noche a cenar, a una ópera o a la cama: no había celos entre los amigos, no es que fuera una fresca, simplemente hacía con su vida lo que le apetecía. Mientras venía hacia mí, pensé si hubiera podido llegar a algo más serio con ella. Salíamos riendo, porque antes de hacer ejercicio no se debe cenar mucho. Nada más entrar en el coche, sonó la alarma de que tenía mensajes en el teléfono. Haciendo un gesto de fastidio lo cogí, me iba a ver en un compromiso si era ella; no, peor, era René. Le grité por teléfono:

—¿Qué pasa, René, cuáles han sido mis órdenes!

—Señor, está aquí.

—¿Está ahí quién?

—La señorita Elise, señor Girard, lleva una hora esperando; trae una maleta y no se cree que ha tenido que salir por una urgencia.

(Silencio por mi parte)

—¿Pasa algo? —me preguntó Marlene—. Nada, querida, un asunto imprevisto.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Enfadada, señor, muy enfadada, lleva más de una hora esperando y dice que se va, pero ya sabe usted cómo se va, uff.

—¿Le ha dicho que espere?

—Sí, señor, pero se ha empeñado en que usted está pasándoselo bien y ya no escucha.

—Está bien, intenta frenarla, voy para allá —me volví a Marlene que esperaba expectante—. Marlene, querida, ¿te importa? Tengo que llevarte a casa.

—Bueno, si quieres puedo ir contigo y cuando lo soluciones volvemos al apartamento.

Debía tener ganas de echar un polvo, siempre nos habíamos entendido bien, pero yo en ese momento no podía.

—Escucha, te llamo otro día y pasamos todo el día y la noche juntos si quieres, pero ahora tengo que solucionar esto.

—¿Una mujer?

—Sí.

—Importante para ti. No, no contestes. Si no fuera importante, no harías esto.

—Lo siento, Marlene, estamos enfadados y creí que podría hacer esto sin mover una pestaña, pero está claro que no.

—No sé si esa chica tiene suerte de estar contigo o no. Los hombres sois unos cabrones y no os duelen prendas si en un enfado con tu pareja te acuestas con otra por el simple hecho de demostraros que sois muy machos y sin pensar que hacéis daño a dos personas a la vez, a ella si se entera y a mí, que hacía mucho que no te veía y me apetecía estar contigo. Pero en fin, así sois y así somos: unas imbéciles.

Abrió la puerta del coche para salir, intenté sujetarla con la mano, pero la apartó: «Quita, puedo coger un taxi, gracias por la cena», y se bajó. Esperé

impaciente a que parase un coche para salir zumbando al ático.

Estuve casi una semana sin saber de ella. Se alojó en un hotel sin dar señales de vida, estuve más preocupado que en toda mi vida, llamé a Madrid y puse nerviosa a su hermana que me lanzó toda clase de improperios, porque yo no era hombre para ella. Cuando volvió al apartamento intenté explicarle la verdad, yo no sé cómo lo consigue, pero al final me hace confesar. Pero como no había pasado nada, pues tampoco mentía. Si me he preguntado si habría terminado la noche como la empecé, ¿habría sido capaz de haber tenido sexo con Marlene? Lo habría tenido me apeteciese o no, porque era una amiga, ¿cómo me iba a echar atrás con ella? Imposible. ¿Qué excusa le pondría, que estaba enamorado y completamente loco por otra? Entonces ¿para qué la había llamado? Tiene razón Marlene, somos unos cabrones, y si eso lo hubiera hecho Elise, no habría podido ponerme ninguna excusa, porque no me habría valido ninguna. Sin embargo aquí estoy yo dándoselas a ella y esperando que me crea. Quedé en recogerla el viernes por la noche ya tarde, tenía una reunión importante y no sé a qué hora terminaría, ella había quedado con los del desfile, le dije que no saliera sin mí. Resultado: salió.

La estuve buscando durante casi dos horas, es de suponer que ya habrían cenado, así que tocaba buscar un sitio donde bailar. Gracias a mi primo Louis la encontré, porque a él también le gustaba ese tipo de música, me dijo dos o tres nombres y así di con ella. Iba con el vestido rojo que le regaló Jean Pierre el día del desfile, estaba muy guapa y muy sexi, el guaperas de Favio se la comía con los ojos, tuve que hacer un esfuerzo para no decirle una grosería, pero no era momento. Discutí con ella por el tema del dinero, otra vez, y conseguí llevármela a casa.

Estaba muy graciosa, me pareció que había bebido algo más, aunque es verdad que no lo hacía. Me miraba y hacía un gesto con la cabeza y se reía: «¿Has echado algún polvo estas dos semanas, “cariño”?» No, le contestaba: «¿Pues cómo es eso, el follador más grande del reino y no follas?» «No», me miraba y se reía: «Vaya adquisición que he hecho», decía. Así entramos en el ascensor, nada más entrar se volvió hacia mí y me señaló su boca hecha un mohín, señalando con el dedo me decía: «¿Y yo qué?», le di un besito, luego señaló la nariz: «Y aquí, los ojos, en los ojos». Cuando el ascensor paró en el ático, me había agarrado del cuello, me agachaba la cabeza y me tenía aprisionado contra la pared del ascensor, eran las dos de la mañana, empezó a besarme con ganas, ya no eran besitos, eran besos con todas las

consecuencias. Yo respondía con la misma intensidad, gemíamos a la vez y suspirábamos a la vez, entramos en el vestíbulo dándonos contra las puertas que tenían la llave echada, seguía colgada de mi cuello. Mientras abría la puerta, consiguió quitarme la chaqueta. Yo tiré las llaves en un sillón y caí en el sofá con ella encima, nos echamos a reír, estaba desbocada, pero me encantaba verla como no la había visto nunca; se tumbó encima de mí, me desabrochó los pantalones y me metió la mano, yo le desabroché el único botón que tenía el vestido, nos enderezamos para quitarnos la ropa, yo, los pantalones, y me quedé con la camisa, la corbata, los calcetines y los zapatos que salieron por el aire; ella se quedó en bragas, las medias de encaje que me volvían loco y los tacones, me bajó el calzoncillo antes de sentarse encima y gritar: «Guauuu, ¡qué tamaño, me chifla, y todo para mí!», de repente por encima de su hombro, veo aparecer al fondo la cara de Alfred, me cago en la madre... Le hice un gesto con la mano para que desapareciera, ella seguía jugando con mi polla que cada vez crecía más, me estaba masturbando entre sus piernas. ¡Dios, me la voy a comer! De repente se levantó, se quitó las bragas y se dejó caer encima de golpe, no sé cómo no se hizo daño, pero siguió con su juego erótico, moviéndose encima de mí, besándome todo lo que pillaba de camino, mientras con las manos me acariciaba las ingles y masajeaba suavemente los testículos. Me corrí como un adolescente, no tuve tiempo de esperarla, no pude; ella siguió encima moviéndose hasta que también llegó al orgasmo, se quedó pegada a mí besándome suavemente, gimiendo y diciéndome palabras de amor. Al rato se levantó, se fue desnuda a la cocina a por dos botellines de agua, la oí rebuscar en los armarios y apareció con un paquete de galletitas saladas: «No hay bombones», dijo, me tiró el agua y las galletas mientras yo la miraba asombrado, entró en el dormitorio de invitados y salió con unas toallas, una gigante que extendió en el suelo encima de la alfombra y otras dos pequeñas para limpiarnos. Traía también un paquete de toallitas húmedas, me indicó que me tumbara al lado de ella, echó agua de la botella en una de las toallas y me estuvo lavando, mientras mi excitación volvía a crecer, me dio la otra toalla para que yo hiciera lo mismo con ella, Dios mío qué juego tan erótico y qué lección me estaba dando sin necesidad de otros artilugios, me estaba volviendo loco, ya estaba otra vez empalmado. Me hizo sentarme y apoyar la espalda en el filo del otro sofá, se arrodilló ante mí, me miró a los ojos con morbo y se la metió en la boca. No lo había hecho nunca, tengo la sensación de que no le gustaba,

pero lo hizo. Empezó un lameteo suave hasta que empezó a mover la cabeza con un movimiento envolvente y cadencioso, yo me moría de gusto hasta el punto de que instintivamente cogí su cabeza y, con suavidad, empecé a movérsela dentro y fuera cogiendo el ritmo que llevaba ella. Tenía una boca tan cálida y tan suave, siguió con el movimiento hasta que yo incrementé el de su cabeza y me corrí; ella retiró la cabeza cuando notó que yo llegaba al final para que no le cayera dentro, pero no le dio tiempo, esperó delicadamente a que yo terminara de tener el orgasmo y se levantó a lavarse. Cuando volvió, yo me estaba limpiando. La miré con admiración, estaba haciendo cosas que seguramente no le gustaban solo para demostrarme lo que me amaba, y que haría lo que fuese. Sabía lo importante que era el sexo para mí, aunque yo había descubierto que el sexo sin ella ya no era lo mismo. La cogí de la mano y casi desnudos o medio tapados subimos a la habitación, y allí le hice el amor para demostrarle que había entendido el mensaje y la amaba más que a nada ni a nadie.

Fuimos a recoger su apartamento y me enseñó el burofax que había recibido para firmar el divorcio, iría con ella sin duda, al volver a casa, le dije que iba a hablar con mis abuelos para lo de la comida y me metí en el despacho. Ella se fue a colocar sus cosas, inmediatamente llamé a Michelle, era mi directora de finanzas en la empresa, la persona que más sabe de inversiones, finanzas y beneficios que yo conozco, la tía es un *crack*, tenía que quitarme de encima a ese cabrón de una vez por todas.

—¿Michelle? Sé que es sábado, pero necesito que me hagas un gran favor.

—Sábado por la noche, momento inoportuno —dijo entre dientes. Debía tener alguna jovencita revoloteando a su alrededor.

—¿Estás en casa?, ¿sí? Perfecto, ahora sale para allá René con un dossier, léetelo despacio, es un caso sencillo que quiero que salga a favor de la chica; pero no es aquí, es en España, en Madrid. La han citado el martes por la mañana para firmar el divorcio y quiero que esté solucionado para entonces, no quiero tener que ir y venir por esta mierda.

—¿Sabes lo que me pides? No tengo materialmente tiempo.

—Haz lo que quieras, coge un avión o dos o llama por teléfono a esos amigos influyentes que tienes, o mejor amigas, las amigas tienen más poder que los hombres.

—¿Qué quieres?

—El chico por lo visto le tiene que dar el dinero que tenía en la cuenta

cuando ella pidió el divorcio, quiero que lo dupliques o lo tripliques.

—¿Sin sentencia de un juez?

—Sin sentencia. Amenaza, miente, engaña. Lo que quieras, pero consíguelo.

—¿El piso?

—Cómpralo para mí; espera, no protestes, para mí sin que yo aparezca, ni el nombre de la empresa, ni París, ni Francia: no quiero que se relacione conmigo. Hay empresas o inmobiliarias que se dedican a comprar pisos de subastas, pues busca una que compre su piso sin tener que decir quién, después ya veremos lo que hacemos.

—Pero no sabemos lo que puede valer ese piso.

—Joder, Michelle, se lo estoy pidiendo a la mejor, coño, si no hubiera llamado al último de la clase. Necesito terminar con esto, no te digo que lo regales; además, quiero que él se quede sin nada, es decir, sin dinero en la cuenta y sin casa, ya veremos luego lo que hacemos con el piso. Sacas céntimos de una ruina y después los céntimos los conviertes en oro, así que no me falles.

—¿Quién es?

—De quién hablas.

—De la chica, la que proteges.

—Mi chica.

—¿Tu chica? No jodas, Marcel. ¿Todas esas tías que te rodean y que te tiras se han convertido en una?

—Eso parece.

—Me la tienes que presentar.

—¡Ni de coña! En cuanto la veas y la huelas te vas a enamorar.

—Me estás poniendo los dientes largos.

—Bueno, a lo tuyo. Tienes quince días pagados donde coño quieras irte este verano o en invierno, cuando quieras, pero no más de quince días seguidos, no puedo estar sin ti.

—Eres un cabronazo, si me gustaran los tíos ya te habría dado un buen revolcón. Te dejo.

El viaje a Madrid resultó un éxito, salió todo como lo habíamos preparado, luego comimos con su familia y al despedirnos le di a su madre sin que nadie se diera cuenta un sobre con una cantidad de dinero, le dije que era de parte de su hija y que no le dijera nada, que a ella le daba vergüenza que se sintiera mal, era para ayuda de los estudios de Gaby y para lo que necesitara. La mujer

no sabía cómo agradecerémoslo.

Había avisado a Martha, mi secretaria, de que al día siguiente vendría una joven a buscarme a la hora de la comida: «En cuanto llegue, me avisas inmediatamente», no le hagas esperar, y así fue, iba al *atelier* a por la ropa del sábado. Esperaba que lo hubiera pagado con una de las tarjetas que le había dado para sus gastos, me hacía mucha ilusión. Llevaba mucho tiempo deseando ayudarla, la noche que hablé con Michelle se las di en el despacho, pero luego nos liamos encima de la mesa y vi que no las había cogido, supongo que habrá bajado a por ellas. Comimos en un indochino que habían puesto nuevo y tuve la desgracia de encontrar a Vivianne con un grupo de su oficina, tenía un cargo importante en una empresa un par de plantas más abajo, era un tanto explosiva y diez años mayor que yo, lo habitual para mí. No suelo tener rollos en el trabajo, pero esta no pertenecía a mi empresa y hace unos años me buscó y me buscó hasta que me encontró. Fuimos un par de veces a mi apartamento, pero incluso para mí era una mujer que pasaba del morbo a lo vicioso. La primera vez me sorprendió, pero la segunda me desagradó. Me gusta el morbo, la sensualidad, algunas veces me gusta ser un poco cochino cuando estoy en ambiente y a gusto, diciéndoles palabras o frases subidas de tono, con Elise no lo he probado, pero lo que hacía esta mujer la verdad es que no me gustó, era un sado extremo con lo que podías poner tu integridad física en peligro, y corté con ella. Elise no me preguntó demasiado y pudimos comer en un ambiente muy agradable. Cuando terminamos no quiso decirme qué se había comprado, era todo un secreto. Estaba muy contento. «Dile a Alfred que programe el jacuzzi para las ocho», nos íbamos a dar nuestro primer baño juntos en la minibañera, como la llamaba ella. Le pregunté que si había pagado con la tarjeta de crédito y contestó con evasivas, me dio mal rollo, volví a preguntar y dijo un «sí» con un hilo de voz: no las había cogido, si era así iba a saber dónde llega mi ira cuando me cabreo, y puede llegar muy lejos y puedo ser muy cruel. Nada más subir, llamé a Jean Pierre sin demostrar mi enfado.

— ¡Hola tío, qué tal!

—Fenómeno, pero sin un macho que llevarme a la boca.

—Siempre estás igual.

—Te llamo porque va a ir Elise a comprarse algo para el cumpleaños de François, no mires límite de tarjeta ni de precio, que se compre lo que quiera, quiero que vaya a la fiesta espléndida.

—No te preocupes, espléndida va a ir, pero ha pagado con una tarjeta suya.

—Ah —dije—, se la habrá olvidado en el despacho; vale, de todas formas para otra vez ya sabes, sin límite.

Colgué.

He procurado volver a casa más tarde de lo que dije, ella estaría seguramente en el *jacuzzi*, se habría puesto música y estaría completamente relajada esperándome, como así fue. Entré en la habitación y me asomé sin hacer ruido, tenía los ojos cerrados, estaba oyendo *El lago de los cisnes*, estaba preciosa; llevaba un conjunto cortito y ajustado en color lila, un color que le sentaba muy bien. Me dolía lo que iba a hacer, sabía que nos iba a costar mucho a los dos recuperarnos de esto, pero estaba harto de tanto enarbolar la bandera del pobre que no tiene, siempre la misma historia, y quisiera saber cuánto tiempo emplean ellos desde su posición en los demás. A veces, cuando se ponía con sus sermones, me sentía como un tipo sin alma que moja en el café billetes de cien euros, además de que me llegaba su desprecio por el dinero del que yo estaba muy orgulloso porque lo había hecho mi familia generación tras generación, como otros coleccionan obras de arte o coleccionan sellos, a cada uno nos ha tocado vivir una parte de la historia y la mía es esta y quiero compartirla con ella, pero no me deja.

Me quité la ropa y desnudo entré en el *jacuzzi*, estaba tan ensimismada que no se dio cuenta, no abrió los ojos ni cuando llegué a su lado y la tomé en brazos. Me entretuve en besarla hasta que me miró, me dijo que estaba raro. «No me has esperado», le dije. «Has tardado», contestó. Me la llevé a una zona donde había asiento y asas a la vez, me senté y la hice sentarse encima, a la vez que le dije que se cogiera a las asas, quedaba completamente expuesta a mí, venía muy caliente por pensar en ella y por lo que había hecho con lo de las tarjetas, con ella siempre estaba empalmado y más viendo lo preciosa y entregada que estaba. Seguí besándola a través de la camiseta, sus pezones asomaban entre los calados del encaje, pero yo no tenía bastante, le dije que se soltara y se la quité de un tirón, la seguí manoseando, metí mis manos por sus bragas para masturbarla mientras mi polla se paseaba entre sus piernas, estaba muy excitada: «Por favor, me voy a correr». «¡Ni se te ocurra!», grité: «Yo te he enseñado a aguantar y aguantarás». Muy nervioso la hice levantarse y quitarse las bragas y le metí los dedos hasta que volvió a quejarse: «¡Por favor, no puedo más!». «¡Ni se te ocurra, te he dicho!» Ella ya sabía que aquello no era normal, yo había tenido experiencias de ese tipo, me lo enseñó

la zorra aquella, pero Elise no. Me cogí la verga y se la metí de golpe, ella se estremeció y la reacción le hizo estirar su cuerpo hasta llegar a mi altura, gemía, yo entraba y salía como si fuera un juego una vez y otra vez. Cuando veía que no iba a poder continuar, me paraba para darle tiempo a rehacerse y volvía a empezar, pero esta vez la historia no terminaba bien como otras veces, esta vez terminaba cuando yo me corrí fuera de ella, entre sus piernas. Se bajó de golpe, pero ya no pudo remediarlo, tuvo un orgasmo ella sola de espaldas a mí y llorando. Me sentí fatal, no me iba a perdonar, pero todavía gritando le dije todo lo que pensaba del tema de la tarjetas, del dinero y de todos los sermones demagogos que me soltaba, de lo mal y de lo humillado que me sentía cuando hacía esas cosas. Salí de allí antes que ella.

La oí ducharse y apareció con una gran toalla de baño, todavía lloraba. Le dije que me había dolido tanto como a ella: al final para mí tampoco había sido como siempre. Le dije que lo pensara, que pensara por una vez que yo llevaba razón y que tenía que cambiar, que sabía que ahora estaba muy enfadada pero que, si tomaba la decisión como hacía otras veces de salir corriendo como una niña pequeña, que no volviera, que era definitivo, quería a mi lado a una mujer que estuviera en lo bueno y en lo malo. Y yo que tenía abandonado mi trabajo, muchas veces por ella, que no viajaba por ella, que no había vuelto a estar con ninguna mujer por ella y muchas más cosas: «Tú», le dije, «no me haces ninguna concesión, al contrario, parece que el equilibrio del mundo recae en tus hombros y en los míos. Si pensaras con claridad, sabrías que desde la posición que te ofrezco, puedes llegar a más gente que desde la tuya, pero dicen que no hay más ciego que el que no quiere ver. Te ofrezco una vida a mi lado con todas las consecuencias; decide de una vez si la quieres o no». Me vestí y salí de la casa.

Elise

Bajé corriendo la escalera y me dirigí al ascensor, Alfred me paró cuando llegué al vestíbulo:

—Elise, señorita, espere.

—Alfred, no —lloraba desconsoladamente, quería irme de allí, no podía más, era una cosa después de otra.

—No se puede ir así.

Hipando me senté en el sofá del rincón donde antes estaba el comedor. Una de esas mañanas en las que me aburría, había pedido ayuda a René y a Alfred para que me ayudaran a cambiar muebles de sitio, había sacado el comedor de aquel rincón con poca luz y lo habíamos llevado junto a los ventanales y allí había puesto uno de los saloncitos para que sirviera de rincón de lectura y música. Había comprado unas cuantas plantas naturales y la parte de abajo ya tenía otro aspecto.

—No puedo más, Alfred, casi me conoce usted mejor que él.

—Escuche, es un buen hombre, no es malo, tiene mucha gente a su alrededor, pero en realidad ha estado muy solo hasta que la encontró; le buscan para pedirle cosas materiales, algunas veces cuando se enfada, y es un enfado gordo, hace o dice cosas de las que luego se arrepiente, pero es que no sabe arreglarlo de otra manera. El tema de los sentimientos lo maneja fatal, si yo le dijera que desde que trabajo para él me ha despedido unas tres veces, sí, sé que le asombra, pero sí, me ha despedido. La primera vez me fui y al día siguiente me llamó por teléfono para ver dónde estaba, le dije que en mi casa y me contestó: «Tu casa es esta y haces falta aquí». «Señor, me ha despedido». «Alfred, estoy sin desayunar, sabes que no soy capaz de hacerme un café». Y volví, las otras dos veces ni siquiera me fui.

—Esto ha sido muy fuerte, me ha herido.

—Me lo imagino, pero, si me permite, por qué son todos sus enfados, piénselo. Siempre por lo mismo: quiere lo mejor para usted, la quiere ayudar, usted no se deja, él tiene dinero y a usted le molesta y siempre se lo echa en

cara, pero él no lo puede remediar; ni debe, ayuda a mucha gente, Elise y usted eso no lo ve. En su familia seguro que habrían querido una novia con dinero, con otro nivel social, posición, pero ha pasado por todo eso porque la quiere a usted. Yo en los años que llevo en la casa he visto muchas cosas, ha tenido muchas compañías, muchos ligues, usted ya sabe, pero jamás le he visto con ninguna señorita como con usted, están hechos el uno para el otro, siempre se están haciendo arrumacos, aquí si ha venido con alguien que yo no recuerdo, ha sido un momento a por algo que se le había olvidado. Quizá iba al teatro y se olvidaron las entradas, pero arriba nunca ha subido a nadie, por favor, piénselo, no lo tire todo por la borda, dele otra oportunidad y désela usted también, toda la culpa no es del señor, además tiene usted que cenar, no han comido nada ninguno de los dos, no la voy a dejar irse así.

—No tengo hambre, Alfred, solo quiero saber si alguna vez podremos estar tranquilos sin que pasen cosas de estas.

—Usted ha hecho mal con lo de las tarjetas. El señor Girard ha actuado de buena fe y usted siempre le rechaza y le da muchos desplantes, eso le puedo asegurar que nunca se lo ha consentido a nadie. El que se la hace una vez, se la paga. No se vaya, por favor, voy a traerle un vaso de leche.

Qué buen hombre, cómo se preocupa de todos, a Marcel le quiere un montón, para él es parte de su familia, diría que le quiere como a un hijo. No pensé que me iba a llevar tan bien con este hombre tan estirado. Le he dicho que me llame Elise, pero le cuesta, dice que para él no es menoscabo de nada llamarme señorita o a él señor, está acostumbrado y no sabría hacerlo de otra manera: «La gente ahora protesta por todo, señorita, pero yo cuando voy al mercado también me dicen “señor”, o si vienen a arreglar algo a casa, el fontanero también dice “señor”, la gente se aburre y le saca punta a todo». Ya viene con la leche.

—Gracias, Alfred, no tengo hambre, pero la leche me caerá bien, me voy a echar un rato en el sofá y pensaré lo que hago.

—¿Por qué no se acuesta usted en la habitación de invitados? Dormirá mejor.

—No, Alfred, lo primero que va a hacer cuando vuelva es mirar ahí y quiero que piense en lo que ha hecho, lo malo es la ropa, no puedo ir así mañana al centro de belleza, debe ser de mucho postín.

—Anóteme aquí —me trajo una libreta— lo que quiere y yo se lo bajo. Si subo ahora, lo mismo me pillan, no sé dónde ha ido.

—Lo mismo en busca de alguna amiga.

—No, iba sin arreglar, iría a tomar algo; no suele beber, pero esta noche me temo que sí.

—Gracias, Alfred.

Me dejé caer en el sofá y me fui quedando dormida, entre sollozos. Me levanté temprano, Alfred ya había subido a por mi ropa, me di una ducha vigorizante, estaba pálida y tenía ojeras, quería salir de allí antes de que se levantara: no quería mirarle, me sentía avergonzada de lo que había pasado, no me lo quitaba de la cabeza y a la vez no quería pensar en ello. Supongo que he tirado mucho de la cuerda, da igual que él tenga mal genio o esté acostumbrado a que hagan lo que quiere, o que tenga dinero o no, la verdad es que me he aprovechado del poder que sé que tengo sobre él para hacer lo que quería desde el principio, siempre me ha favorecido, siempre ha mirado por mí, no ha puesto pegas a cambiar su ático por la buhardilla cuando he tirado de él para que durmiera conmigo, ni para comer ni cenar, le he dado una vuelta de tortilla y he puesto su mundo patas arriba y he seguido tirando de la cuerda. Lo que ha hecho ha sido humillante, duro, hiriente y vergonzoso, pero yo también lo he hecho con él y no se ha quejado hasta que no ha estado muy harto; no quiero hacer una defensa machista en su favor, pero las mujeres también hacemos cosas hirientes y solo se ve lo que hacen ellos. Me va a costar relacionarme sexualmente con él y en cuanto me toque lo voy a recordar todo, pero siendo justos tengo que reconocer que siempre hago con él lo que quiero. Me gusta cómo es, un caballero galante, se levanta de la mesa cada vez que una dama se levanta, es generoso, rara vez aparece con las manos vacías, como si siempre estuviese pensando en mí, dice que tiene ganas de que venga el tiempo de ponerme los pantalones ajustados y la camiseta negra que le vuelven loco, a mí me gusta volverle loco, me gusta su mirada felina, su gesto serio, su porte de alto ejecutivo y su naturalidad de chico joven con vaqueros y la camisa por fuera. Me gusta su aspecto de tipo malo y el de tierno como la mantequilla cuando está conmigo, aunque no siempre es suave a veces le sale un ramalazo animal y salvaje, me besa como un loco, me sube a sus caderas, me aprieta contra la pared y me toma como si fuera la última cosa que va a hacer en esta vida, no puedo vivir sin él y creo que voy a ceder, prefiero mil veces una hora con él a toda una vida con otro.

Marcel

Volví de madrugada, había estado bebiendo más de lo que lo hago habitualmente. Cuando llegué al recibidor, Alfred había tenido la consideración de no echar la llave de las puertas que daban a los salones, así que entré sin dificultad, aunque un poco tambaleante. Fui a la cocina a por agua, iba a tener que arreglar lo del agua, Elise tenía razón: debíamos poner un pequeño frigorífico de esos de los hoteles en la habitación para evitar salidas nocturnas a la cocina. No se oía nada, subí la escalera con la esperanza de que estuviera en el dormitorio. No había nadie, la habitación estaba intacta, me bebí el agua de un trago y oriné, tenía la vejiga llena, había probado toda la gama de combinados de la coctelería, me quité la ropa medio dormido y me dejé caer en la cama.

Me desperté más tarde de las diez, me di una buena ducha, creo recordar que anoche no lo hice, abrí el armarito para afeitarme, olí a ella, a sus perfumes, laca, cerré la puerta con violencia, con tanta que la puerta en vez de cerrarse, rebotó en la cerradura y volvió a abrirse. ¡Mierda! No quería ni pensar. No se oía un ruido. Baje a la otra planta, Alfred estaba en la cocina, estaba trasteando por allí.

—¿Qué pasa, señor, una mala noche?

Lo miré con gesto agrio, pero no contesté.

—¿Quiere que le prepare algo? Ayer no cenaron.

—No querrás que me coma la cena a la hora del desayuno —el hombre solo intentaba ser amable, y yo como siempre pagando mi mal humor con el primero que me hablaba.

—Tómese por lo menos un café, señor, he traído esta mañana unos bollos calientes de la cafetería, pensé que les apetecería.

—¿A qué hora te levantas, Alfred? ¿A qué hora has ido a la cafetería?

—Bueno, señor, son casi las once de la mañana.

—¡Joder! ¿Por qué no me has despertado antes?

—Subí a las ocho y media, y le aseguro que estaba usted muy dormido.

—Ya, bueno, ponme el café, que si no me espabila lo vomitaré con lo mal que lo haces.

—No creo, señor, lo dejó hecho la señorita Elise antes de irse.

Di un respingo y me le quedé mirando, él seguía impertérrito poniendo el café como si no hubiera dicho nada importante.

—¿Elise ha hecho el café? Pero la habitación...

—Ha dormido en uno de los sofás, en el del rincón, es más discreto.

Tenía el corazón a cien, no me lo podía creer, había dormido en el sofá, había dejado hecho café. Y ahora.

—En el salón de belleza, señor, se ha ido a la peluquería.

—Y su ropa, ¿dónde se ha vestido? Ya, has subido tú a por ella a las ocho y media y ha utilizado la habitación de invitados para ducharse y cambiarse.

—No quería despertarle, señor.

—¿En que peluquería está, Alfred?

—Eso no lo sé, me dijo que se la había recomendado el señor Dumont, el modisto.

—¿No la ha llevado René?

—René le trajo a usted anoche, la señorita dijo que iría en un taxi.

Llamé a Jean Pierre, me dio las señas y a continuación llamé allí para ver si estaba todavía la señorita Elise Millán, no podía ponerse porque estaba en relajación después de un masaje, le dirían que había llamado, pero tenía por lo menos para dos horas más. Fui al despacho a ver si había cogido las tarjetas, estaban en el cajón de mi mesa. Me iba a subir a la habitación enfadado y Alfred me llamó:

—¡Señor! La señorita ha dejado una nota para usted.

La abrí.

¡No he cogido las tarjetas porque estaban en tu despacho y no he querido rebuscar en tus cajones, pero lo de anoche no se me va a olvidar fácilmente!

—Lo sé Elise, lo sé, murmuré.

—¡Señor!

—Sí, Alfred.

—¿Tiene un momento?

Miré el reloj, quería ir a buscarla para enseñarle una cosa, pero tenía

tiempo.

—Sí, Alfred, ¿qué pasa?

—No quisiera parecer entrometido, pero la señorita no es..., no es...

—No es qué —pregunté mosqueado.

—No es como las otras.

—¿A qué otras te refieres?

—A las otras con las que sale.

—Salía, Alfred, salía, y qué me quieres decir, ya sé que no es como las otras.

—No me refiero al nivel social o a su gusto por las joyas o las cosas caras, me refiero a que es joven, bastante joven, y tiene otros gustos.

—¿Qué me quieres decir, que soy viejo para ella?

—No, señor, Dios me valga, usted es un hombre joven también, pero tiene muchas responsabilidades, ha tenido una vida distinta a la de ella, los años que le lleva son perfectos, pero señor, no sabe usted divertirse.

Me eché a reír.

—¿Tú crees que no me divierto?

—A su manera.

—Claro, como todo el mundo.

—No como una chica de veintidós años o como un joven de veintiocho: nunca va a un partido como sus amigos, a pasear por un parque, a cenar una noche de tapeo, como dice la señorita, ni a bailar eso que bailan ahora y les gusta tanto a los jóvenes. No la lleva a un concierto de alguno de los cantantes que le gustan o a un estreno de una buena película o una obra de teatro divertida. Llega usted a casa a las siete de la tarde y se la lleva a la habitación y luego la deja sola hasta el día siguiente, que vuelve a hacer lo mismo.

—¡Alfred! —grité—, te estás pasando!

—No, señor, piénselo, salen a cenar. ¿Dónde la lleva?

—A un buen restaurante.

—¿Cuánta gente joven hay en esos restaurantes! Poca. ¿Y a bailar?

—A una sala exclusiva.

—¿Y a un espectáculo?

—La he llevado a una ópera.

—Todo muy divertido, eso está bien de vez en cuando, pero no siempre. La señorita le dirá que sí porque sabe que a usted le gustan esos sitios, pero ella preferiría ir donde va su primo, el señorito Louis, por ejemplo, ella quiere a

su alrededor gente que le haga reír, que la divierta. Hace un par de meses se fue usted de viaje y le dijo que fuera a Le Grotte y se entretuviera un rato con el señor Marc; pues la llevó al barrio latino a cenar y después estuvieron en un sitio de esos de bailes modernos y me dijo que se lo habían pasado «chupi».

—«Chupi». No me dijo nada.

—Usted le preguntó qué tal el fin de semana y le contestó que muy bien y no preguntó más. No pasó nada, no piense mal, es que simplemente se lo pasó mejor en otro ambiente. Es española, echa de menos su ciudad, su familia y sus amigos y usted no la deja ir sola, va y vuelve en el día, necesita hablar su idioma y necesita estar con su gente.

—Me da miedo que quiera quedarse.

—Querrá quedarse si no los ve, tiene que hacer porque vaya de vez en cuando unos días, que vea a su familia, que quede con sus amigas, no importa si va con ella, pero no la ahogue.

—¿Cómo sabes tú tanto de gente joven?

—Tengo tres sobrinos de veinte, dieciocho y quince años. De vez en cuando si hay algún concierto de algún cantante español o americano, si sé que les gusta, les saco entradas y se las llevo. No me gusta mucho porque hay mucha gente, pero son riesgos que hay que correr.

—¿Por qué les gusta tanto lo español?

—Mi cuñado era español, murió hace unos años y yo intento suplir de alguna manera su ausencia.

—Nunca me lo habías contado.

—Nunca me lo había preguntado.

—Ella sí.

Sí, la verdad es que me ha sometido a un tercer grado, nunca le había visto reír a este inglés tan serio como en aquel momento.

—Se aburre, señor, se aburre todo el día sola. Le gusta nadar. En Madrid, cuando viene el buen tiempo, los sábados se va con sus amigos a la piscina. Aquí, ¿sabe lo que hace? Pone la música a todo volumen y me pide el plumero y va habitación por habitación bailando y cantando, quitando el polvo de toda la casa.

—Ella no debería limpiar, Alfred.

—¿Y qué hace todo el día sola? Piénselo, señor, piénselo y cambie de hábitos. Ahora se van a Nueva York, entérese de si hay algún concierto de algún cantante como Alejandro Sanz, Pablo Alborán, Baute... En verano andan

siempre por ahí cantando, saque unas entradas y dé la sorpresa.

Sabio Alfred, aunque me molestaba que tuviera tanta confianza con él y tan poca conmigo.

La recogí en el centro de belleza, le habían hecho un llamativo peinado, era un grupo de trencitas que partían de la cara y se recogían en la parte de atrás con un pequeño postizo que terminaba en un pequeño moño que rodeaban las trenzas. No me imagino qué vestido habría comprado, aunque ya estaba guapa sin ponerse nada. El masaje le había sentado muy bien, tenía un aspecto relajado y ya no me miraba con odio, pero cada vez que sus ojos se paraban en mí, creo que se acordaba de lo que había pasado la noche anterior.

Quería que viera una cosa, mandé a René en un taxi con las bolsas de lo que había comprado en el centro de belleza y me dirigí a las afueras de la ciudad. Estábamos en una urbanización que, más que chalés, las casas eran grandes casonas con un montón de metros de parcela. Paré ante una de las más bonitas.

—Baja *chéri*.

—¿Dónde estamos?

—Baja.

Llamé por el móvil a la persona que se encargaba de vigilar la finca.

—¿Qué tal, Sebastián?

—¿Cómo está, señor? ¿Señorita?

—La señorita es mi novia, Sebastián. ¿Qué tal todo por aquí?

—Bueno, señor, en realidad no hemos avanzado mucho esperando sus órdenes. Me limito a tener esto limpio, pero en la casa no hemos hecho mucho más.

—Bien, ahora lo veremos, porque la primera idea no es factible, no va a poder llevarse a cabo. Ahora veremos la señorita y yo qué se nos ocurre.

Nos abrió la puerta y entramos. Le cogí de la mano y la miré.

—¡Perdona! Pero...

—Vale, si esto merece la pena, lo mismo hasta te perdono.

La besé y cogidos de la mano nos fuimos acercando a la casa.

La finca estaba en una parcela de muchos miles de metros cuadrados. Tenía caballerizas, perreras para la caza, fuentes, árboles frutales que crecían salvajes, dos pozos de agua potable y hasta un riachuelo que cruzaba todo el terreno.

La casa no era tan grande como las mansiones inglesas que salen en las películas, pero sí, para tener dos salones, dos salitas, una gran cocina de la

que saldrían cuatro como la nuestra, despensa, sótano, dos aseos en la parte baja para el servicio y tres en otro lado para los dueños y sus invitados, además de dos comedores, uno muy grande para las grandes ocasiones y otro que se habría usado a diario. En la planta de arriba había diez habitaciones, cinco baños, en aquella época no era tan normal un baño por habitación, sala de juegos para los niños de la casa, sala de lectura, en fin, una gran casa.

—¿Qué te parece?

—¡Enorme!

—Es una casa que perteneció a una familia bretona y que perdió en una partida de poker contra el abuelo, que luego nunca supo cómo deshacerse de ella. Mi abuelo era muy joven entonces y se metía en negocios turbios, nunca nos habló de por qué se habían jugado algo tan valioso y qué había puesto él que lo igualara. El caso es que nunca se deshizo de ella y nunca vivió aquí. Hace poco me la dieron como herencia para que hiciera con ella lo que quisiera, aunque ellos pagan los gastos, y ahí está: grande, magnífica e inservible, no son épocas de mantener una casa como esta, ni para venirse a vivir tan lejos de la ciudad. Cuando tuvimos la fiesta de los relojes las Navidades pasadas, ¿Te acuerdas?

—Sí, por supuesto.

—Yo quise darte mi caché, porque pensé que te hacía más falta que a mí, tú me dijiste que lo empleara en algo útil y pensé en esta casa. He tenidos varias ideas, pero con ninguna he llegado a buen fin. Pensé en un hospital infantil para niños en tratamiento con quimioterapia con pocos recursos y que vivan fuera de París, y que algún familiar, padre, madre, hermano mayor, pudiera quedarse el tiempo que durase el tratamiento y que los críos no tuvieran que ir y venir y no se sintieran solos, pero no es viable. Necesitaríamos médicos, enfermeros, material de hospital, alguna ambulancia para urgencias y traslados. Recogimos toda la documentación de lo que necesitábamos entre permisos, material y personal sanitario y, aunque consiguiéramos subvencionarlo con donaciones privadas, no sería suficiente para el mantenimiento tanto de la casa como del pequeño hospital. He pensado también en un albergue para personas «sin techo», pero aunque nos dejaran poner un autobús privado que funcionara, no sé, por ejemplo tres veces al día, esto está lejos y las personas que ya viven aquí quizá no permitieran que se instalara cerca de sus casas un centro de este tipo.

—¿Y una escuela de aprendizaje de oficios? Se podrían dar cursos de

capacitación para conseguir empleo a chicos de entre catorce y dieciocho años, habría que mirarlo, y podían salir de aquí con un certificado que les acredite para el trabajo.

—Si, chéri, es una magnífica idea, pero seguimos teniendo muchos gastos con la finca, hay que abaratarlo, porque luego tenemos los profesores, material de aprendizaje, personal para la limpieza, cocina y ¿cuánta gente crees que va a hacer donaciones para una escuela como esta?

Habíamos dado un paseo por los exteriores y habíamos echado un vistazo por el interior de la casa, no podíamos demorarnos mucho, teníamos una fiesta y no me gustaba llegar tarde a los sitios.

—Bueno, será mejor que vayamos retirándonos a casa, hay mucho que hacer y tenemos el cumpleaños de François, cuando estemos tranquilos ya se nos ocurrirá algo, seguro que hay por ahí muchas ideas y alguna podremos poner en práctica, digo yo —me volví hacia ella para besarla en el pelo—. Te amo —le dije. Sebastián nos seguía a una distancia prudencial.

—Yo, no; eres frío y cruel cuando te sientes herido y haces daño.

—Lo sé, no volverá a pasar.

—Quiera Dios que no pase, pero no me gustaría verte si te sientes traicionado o herido, serías capaz de cualquier cosa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas justo cuando llegamos a la verja y se despidió con un gracioso movimiento de mano. Durante el viaje de vuelta fuimos haciendo planes para el grandioso proyecto.

Elise

El centro de belleza me vino bien, me sirvió de distracción y dejé durante unas horas de pensar en lo que había pasado. Era otra historia, no había estado en un sitio así en mi vida, te hacen de todo, manos, pies, masajes de todo tipo, con chocolate, miel, fresa, aguacate, algas, lodo, radiofrecuencia, vello, en fin... Así están luego ellas tan bellas y maravillosas. Me dieron un masaje con chocolate y me tuvieron media hora, luego me lo quité con unas duchas vigorizantes que me activaban zonas de mi cuerpo que tenía olvidadas, aunque desde que estaba con Marcel no tanto, me pusieron una mascarilla maravillosa en la cara que me quitó las ojeras y el aspecto de cansada y de no dormir que tenía; total, creo que estuve unas cuatro horas, así cobran luego, además, pasan de vez en cuando con zumos y galletitas integrales y vegetales para paliar el apetito que se te pueda despertar. Cuando terminó el tratamiento, me acompañó una señorita que parecía sacada de una revista de modas hacia la salida, donde en una recepción y de una manera discreta se pasa factura de lo que te han hecho. Marcel me estaba esperando, sigo sintiendo la mismas sensaciones cuando le veo, no puedo remediarlo, su físico, su mirada y su sonrisa me cautivan, me estremece de una manera brutal, hay veces que temo que se me vaya a notar. Viene hacia mí con su paso felino, parece que no pisara el suelo, es tan elegante, me besa para que todo el mundo sepa que soy yo y solo yo la que tengo derecho a su boca y él a la mía.

—*Chère*, te has dejado las tarjetas en casa. —Y alarga la mano para dárme las.

Me dan ganas de decirle: «Vámonos a casa y estrenas este maravilloso cuerpo que me han dejado». Estoy relajada, ligera, suave, y me siento de un sensual que te mueres, vamos que en el centro este me han puesto cachonda, que dirían en mi barrio, pero me despeinaría y se me desharía este complicado peinado que me han hecho para la fiesta de esta noche, ¡qué le vamos a hacer!, mejor no decir nada, porque si no mi chico me va a llevar a casa echando leches y no se lo merece, tengo que hacerle sufrir un poco.

—Princesa —cuando me llama princesa es que está suave como la mantequilla; Elise, cuando está mosqueado o le pasa algo, y *chéri*, mitad y mitad—, quiero enseñarte algo que me hace mucha ilusión que veas.

Había mandado venir a René para que volviera al ático con los productos que me habían vendido para que los días que estuviera fuera pudiera usarlos durante el viaje a Nueva York que se nos presentaba, desde cremas para cualquier parte del cuerpo como cepillos, champús y cremas para que el pelo se mantuviera liso, para el sol, para la sombra, bueno, para que no me faltara un detalle durante esos días que además íbamos a alargar con un viaje que estaba preparando con mucha ilusión. «No me va a dar tiempo a ir a Madrid a ver a mi familia, siempre pasa igual, a ver si me puedo escapar un par de días».

Condujo hacia una de las salidas de París, tardamos aproximadamente una hora en llegar, era una urbanización sin barreras que estaba en una zona del noroeste de la ciudad. Me explicó que había un núcleo de población donde se podía hacer compra para las necesidades de las casas y estas estaban desperdigadas por todo el terreno ocupando cada una de ellas unas hermosas parcelas. Eran casas grandes, algunas casi pequeñas mansiones.

Hicimos el viaje de vuelta haciendo planes para la casona, había empezado con el dinero que tenía guardado de lo que sacaba del baile del tango, que prácticamente ya no se realizaba, después del verano iban a dejar Le Grotte, Marc iba a abrir su restaurante de comida española y Marcel me tenía a mí y ya no necesitaba ir a otro sitio, así que en un principio lo haría con capital privado y algunas donaciones o ayudas de amigos y familiares y tenía esperanza de poderlo mantener en un futuro. También había aportado los cachés de los anuncios, pero no era suficiente, la casa necesitaba un buen arreglo. Todavía no tenía claro lo que iba a hacer y quería que le ayudara a pensar qué podíamos hacer con aquella propiedad de origen un tanto oscuro.

Después de comer estuve ayudando un poco a Nina con el tema de las cremas que tenía que guardar para llevarme al viaje, no estaba acostumbrada ni a viajes tan largos, ni a viajar con servicio ni a aviones privados, así que tenía que consultar con él. Marcel estaba hablando con su tía Charlotte, gran entendida en moda para que viniera conmigo un día a la buhardilla y me aconsejara, también vería lo que tenía en casa, Marcel quería que aprovechara el viaje para comprar ropa en las grandes tiendas de la Gran Manzana, su tía y su hermana también iban a eso, quedó con su tía en que la recogería René el

viernes y la llevaría a mi pequeña y acogedora casa. Alfred junto con Nina se ocuparían de los equipajes, yo no tenía que ocuparme de nada, así que hasta la hora de arreglarme para la fiesta estuve pegada a la *webcam* hablando con mi familia.

Antes de las siete vino una chica del centro de belleza a maquillarme, no soy muy ducha en el tema, tendré que aprender. Marcel estaba dando vueltas por la habitación y tenía loca a la maquilladora, le dije en voz baja que terminara y me esperara abajo, porque a la pobre chica le iba a dar un jamacuco, me iba a hacer una raya en el ojo que iba a dar la vuelta a mi cabeza.

Marcel estaba impresionante con su *smoking*, era increíble lo que unos buenos genes pueden hacer en una persona, así que me hizo el favor de, sin ponerse los gemelos ni la chaqueta, bajarse a esperarme. Es curioso, una de las maneras que más me pone de Marcel es cuando se quita los gemelos o cuando se los pone, no tengo idea de por qué, pero me pone mucho, verle en mangas de camisa con el pantalón del *smoking* y poniéndose los gemelos, uff, nada, que un día me lo voy a tirar así, seguro que no le importa.

Marcel

Teníamos que estar en el restaurante a las ocho, a las siete bajé vestido y la dejé para que se arreglara con tranquilidad. Era un cumpleaños importante para mi amigo, cumplía treinta años y la familia había echado la casa por la ventana. Habían reservado el Sabores del Mediterráneo al completo para la cena, así que es de suponer que acudiría bastante gente entre amigos y familia; después, copas y bailes en una de las más elitistas salas de París, hasta las tantas. Sabía que era una fiesta por todo lo alto y los invitados irían con sus mejores galas, aunque no era obligatorio el *smoking*. Yo me lo puse, estrené la temporada de verano, pantalón negro, chaqueta blanca. No tardó mucho en bajar, me quedé con la boca abierta, vestía un smoking femenino, de un tejido ligero y con mucha caída, el pantalón la quedaba de lujo, llevaba debajo un top de lamé de tirantes, ajustado y que le llegaba a la cinturilla del pantalón, que realzaba su espectacular busto así como el color morado que le favorecía un montón. La chaqueta, del mismo tejido del pantalón, tenía una caída muy suave con el cuello de raso. Estaba magnífica, por eso el peinado que llevaba tirante desde la frente y con el ligero maquillaje, hacía que sus ojos parecieran el doble de grandes de lo habitual. Estaba cambiando, tenía mucho gusto para la ropa y estaba perfecta. Le cogí la mano para ayudarla a bajar los escalones con sus altos tacones y se la besé. La admiré y la deseé con toda mi alma.

—Señorita Elise, si me permite que le diga, ¡va a causar mucha admiración! El señor tendrá que tener cuidado, le van a salir muchos admiradores. Está usted peligrosamente bella.

La voz de Alfred salió de mi espalda antes de que yo pudiera decir nada y me molestó, debería estar agradecido porque lo que yo me creía que iba a ser una guerra entre Elise y Alfred, no lo era, al contrario, tenían más confianza de la que tenía conmigo.

—¡Alfred! ¡Ya le diré yo a la señorita lo bella que está!

—Por favor, deja que diga lo que piensa: estoy encantada, Alfred, muchas gracias —y, sin cortarse un pelo, se acerco a él y le estampó dos besos en las

mejillas—. Y tú, me dijo, ¡relájate!

Le cogí de la mano y bajamos al garaje a por el Austin, René nos seguiría en otro de los coches, como seguridad y por si tenía que conducir a la vuelta.

Entramos en el restaurante cogidos de la mano, el tema de mi noviazgo ya era un secreto a voces, para mí nunca fue un secreto, yo no lo oculté, pero pensaron que era un rollete más. Ya había bastante gente tomando un aperitivo y charlando cuando entramos, unas cuantas cabezas se volvieron hacia nosotros. Estaba claro que había expectación por conocerla, por ver a la mujer que según ellos se había llevado el premio gordo, más que por lo que yo valiera, porque nunca desde Georgia había presentado a nadie oficialmente como mi novia. «Pues aquí está, señores», pensé con orgullo, la mujer que definitivamente me había robado el corazón. Me dirigí al grupo donde estaban mis amigos, algunos ya la conocían. A mitad de camino apareció mi padre para saludarnos, mi madre no estaba, cosa que yo esperaba y tuve una agria discusión con él sobre el comportamiento de su mujer, la primera fiesta oficial en la que aparezco con mi novia y la señora se excusa, simplemente porque no acepta nada de lo que hago. Elise tuvo el detalle de decir que iba a saludar a mi primo y mi hermana para no tener que oír lo que mi padre y yo nos dijimos, mis padres pasaban de todo: no se preocupaban ni de mi hermana, que era una chica delicada y de poco carácter que necesitaba mucho apoyo y no lo tenía ni de su propia madre. Por eso no quiero hijos. ¡Vaya una mierda de familia!

Vino a buscarme François, me parecía una fiesta demasiado protocolaria para celebrar un simple cumpleaños, me estaba perdiendo algo, se lo dije a mi amigo. Se echó a reír, nervioso: «Has estado muy ocupado estos meses, de todas formas se ha decidido anunciarlo hoy aprovechando mi cumpleaños y va a ser una sorpresa, ¡me caso!»

—No jodas, ¿de verdad, sí? ¿Y quién es la víctima? —me señaló a una rubia que había al fondo rodeada de un grupo de chicas y que se reían como si estuvieran en el instituto, yo le hice un gesto de extrañeza con la cara.

—Es la rica heredera de unos conocidos de mis padres, viven en Londres y la conozco desde hace unos meses.

—¿Por qué tanta prisa?

—Hoy cumplo treinta años, entre la boda, el viaje, y todo lo demás, pasará otro tiempo y los hijos hay que tenerlos jóvenes.

—Pero, ¿estás enamorado de ella?

—No, me gusta, qué más da esta que otra. Es de buena familia, tienen dinero

a espuestas y a los suegros les caigo de maravilla, cuando pase un tiempo volveré a mis viciosas costumbres con discreción y ella irá de compras con las amigas.

—¡Eres un cínico!

—Puede, como tú con Georgia. ¿No es lo que ibas a hacer?

—*Touché*. Es que ahora veo las cosas distintas, no podría estar sin Elise.

—Bueno, deja que pase el tiempo, te acostumbrarás; por cierto, si te cansas me lo dices, me gustaría saber qué tiene que estás tan loco por ella, ¿debe ser muy buena en la cama, no?

Me volví y con mucha mala leche y con la voz ronca, le dije:

—Ni se te ocurra acercarte, no voy a permitir esos comentarios, aunque no me haya casado. Para mí es mi mujer y da gracias a que eres mi amigo, si no ya estarías por el suelo.

—Bueno, tío, si que te lo has tomado en serio, pues no soy el único.

—Sois todos unos mierdas.

—Pues antes pensabas igual. Por cierto, Moreau está invitado.

—Mira me voy, no jodas que me has hecho eso, no me lo puedo creer, sabiendo toda tu familia lo que me ha hecho y lo cerdo que es.

—Lo sé, pero no he podido evitarlo, lo siento. Son negocios y mi padre gana mucho dinero con él.

—Te lo advierto, François, si le hace daño, si le habéis metido aquí a pesar de todo, de la amistad que nos une por ganar más dinero, si se acerca a ella, te juro que los negocios de tu padre van a ir detrás de los de él, no os voy a perdonar en la vida.

—Mira, a mí no me amenaces, no te tengo ningún miedo y sabes que si de mí dependiera ese tío no estaría aquí: de hecho va a venir tarde, me ha costado discutir con mi padre por eso, pero quiere presentarle al padre de Caroline para introducirle en el negocio familiar, somos amigos desde niños y siempre te he considerado como mi hermano. Lo siento de verdad. ¡Quédate, por favor!, aunque me veas así, estoy asustado. No tengo ninguna gana de casarme, me das envidia, has encontrado una mujer que te llena de verdad y yo me caso a rastras, te diré que ni siquiera me gusta, da saltitos con sus amigas como si estuviera en el colegio, son una pandilla de niñas tontas, esto va a ser un desastre. ¡Mírala a ella y mira a Elise!, no hay comparación.

—Está bien, me quedo por ti, pero como aparezca y se acerque a ella, nos vamos.

—De todas formas te diré que lo de los comentarios sobre Elise son verdad, hay unos cuantos tíos que se la comen con los ojos y lo que se dice te lo puedes imaginar. La llaman «la chica de los anuncios» y «la intocable».

—Ya me he dado cuenta de las miradas, ¡eso déjame a mí! Y los nombres son verdad, que no se les olvide que es intocable.

La cena transcurrió de una forma más o menos agradable, yo ya estaba en tensión, Elise me preguntó qué me pasaba y le dije que se lo contaría cuando estuviéramos a solas. Le diría lo de la boda, no tenía por qué preocuparla.

Cuando acabó y repartidos en los coches, nos dirigimos a la sala donde se iba a celebrar el baile. Todavía no habían comunicado el compromiso, mi amigo estaba bebiendo mucho y cada vez tenía peor cara. En el salón las mesas tenían el nombre de los invitados, una buena idea porque, si no, habría tortas para sentarse. La noche iba a ser larga y acabábamos todos con los pies doloridos, nos sentaron en una con Louis, Christine, el hermano de François y su novia y una pareja que no conocía. Antes de comenzar el baile, comunicaron el compromiso. Mi amigo se fue a vomitar, me disculpé con Elise y salí disparado detrás de él. Llegaron su padre, su hermano, su futuro suegro y su madre, estaban todos en el baño de caballeros y le estaban atosigando, les dije que salieran, nos quedamos su padre, Antoine, hermano de François, y yo; no se podía estar más pálido, le dio un ataque de ansiedad, comprobamos que el baño estaba vacío y entonces me enteré. El negocio del padre había sufrido un revés y estaban en números rojos, necesitaban una inyección de dinero para salir adelante. Su padre me explicó que había hecho unas inversiones, aconsejado por Moreau, que habían resultado un fiasco y ahora estaba en sus manos, la única salida era el dinero del padre de Caroline, si no, el gran cabrón se quedaría con la empresa familiar. Les aconsejé que no dijeran nada, que fueran el lunes a mi despacho con los libros de cuentas, y todo lo que había pasado desde que habían hecho esas inversiones, a ver qué se podía hacer, que siguieran adelante con el compromiso y si lo otro tenía solución ya se encargarían ellos de anular lo que fuera a su debido tiempo. Volvimos a la sala de baile. Hubo disculpas, el novio animado por la buena noticia del compromiso había bebido demasiado. En la sala esperaban al novio para que abriera el baile con su prometida.

Llevábamos un par de horas con el baile, Elise estaba bailando con mi primo, mi hermana y un grupo de gente joven pasándose muy bien, se había quitado la chaqueta del traje y lucía por sí sola en la pista, cada minuto que

pasaba estaba más colgado de ella, me acordé de los consejos de Alfred, alguien me dio en el hombro, era Marlene, no la había visto hasta ese momento, me dijo que quería hablar conmigo; vi que Elise seguía bailando y me levanté, Marlene fue hacia la barra y yo la seguí, me volvió a recriminar mi comportamiento de la otra noche y a preguntar cuándo iba a pasar el día y la noche con ella como le había prometido. Me disculpé otra vez, le dije que mi compromiso era serio, de verdad lo sentía, había sido una buena amiga y no entendía por qué ahora de repente tomaba aquella actitud, estaba rabiosa. La relación que tuvo con aquel tipo que la había engañado, la había cambiado, llevábamos un rato discutiendo cuando se oyó un revuelo en la sala, gritos y voces, salí corriendo, temiéndome lo peor; Moreau estaba en el suelo, pálido y echando por su boca lo que no estaba escrito hacia Elise. Louis la había cogido y se la llevaba a la mesa, buscándome con la mirada, Elise estaba también pálida y temblando, me abalancé hacia el tío y lo levanté de las solapas de un tirón, él se echaba la mano a la entrepierna, bien por mi chica, no sé lo que había pasado, pero si le había dado en los huevos, bien mil veces.

—¡Zorra, hija de puta, me las vas a pagar —gritaba—, y tú también! — Mirándome a mí.

Nos separaron a duras penas, yo me acerqué a mi chica, seguía temblando: «¿Qué ha pasado?» «Me ha sacado a bailar y le he dicho que no, ha insistido, te estaba buscando y no te he visto; me ha amenazado, o bailaba con él o se ponía a dar voces de que era una caliente braguetas, que le estaba comprometiendo como una buscona y otro montón de guarrerías y como no aparecías he cedido para que no diera un espectáculo, cuando me ha tenido cogida ha empezado a manosearme y apretarme contra él. No podía separarme y entonces me ha puesto una mano en la espalda, la otra en el culo y me ha apretado para que yo notara cómo estaba de excitado el muy guarro. He subido la rodilla lo que he podido al tiempo que le ponía las dos manos en el pecho y he empujado con todas mis fuerzas mientras se restregaba contra mí. Ha perdido el equilibrio, entre el dolor y el empujón y se ha caído al suelo».

Me quise soltar de los que me habían sujetado: «¡Le voy a matar, un día le voy a matar!» Entre Elise, Louis y François, me llevaron hacia la salida.

—No merece la pena —me decía mi amigo.

—¿No?

—No, así no, ¿qué quieres, que te metan en la cárcel? Busca la manera de hacerle daño sin que te toque un hilo de la ropa, ya encontrarás la manera.

Me sentía impotente por no haberla podido defender. ¡Joder, siempre la cago con ella! En un rincón de la barra seguía Marlene con un vaso en la mano y sonriendo, levantó el vaso hacia nosotros e hizo una especie de brindis, ¡no me jodas que había tenido algo que ver con lo que había pasado! Bajó el vaso y se lo bebió de un trago, la madre que la parió. ¡Me lo iba a pagar, la muy zorra! Le pregunté a Louis si los llevaba René y me dijo que no, habían ido en su coche. Cogí a Elise, que temblaba todavía, y nos fuimos a casa.

El viaje de vuelta lo hicimos muy callados, ella llevaba las manos agarrando el bolso de mano sobre el regazo, mirando por la ventanilla.

—¿Cómo estás? —pregunté. Hizo un gesto con la cabeza.

—¿Dónde fuiste con Marlene?

—¿Con quién? —Joder, me había visto, no la conoce.

—Tu amiga, con la que te acuestas. Te vi salir con ella, le pregunté a Louis quién era y me dijo que Marlene, una amiga del grupo vuestro, así que supuse quién era, luego ya no te volví a ver.

La llegada al garaje me salvó de una respuesta inoportuna, así me daba tiempo a pensar, aunque no había hecho nada malo, pero con la semana que estábamos pasando esto no lo iba a mejorar.

Subimos en el ascensor otra vez en silencio, dijo que se iba a hacer una tila, no me dejó llamar a Alfred: «¡Pobre hombre, son las tres de la mañana! Yo me la puedo hacer». Buscamos en la cocina hasta que encontramos las infusiones.

—Te he hecho una pregunta y no me has respondido.

Estaba bloqueado, no tenía una respuesta. Le dije la verdad y que sospechaba que estaba de acuerdo con Moreau para sacarme de allí y que él pudiera actuar.

—Nunca la creí capaz de hacer una cosa así, ha cambiado mucho; lo siento, no sabes cuánto siento haber caído en la trampa.

—Está bien, me voy a la cama.

No sabía dónde iba a dormir, pero subió al dormitorio, nos dimos una ducha cada uno en uno de los baños, nos metimos en la cama, cuando quise abrazarla como siempre, no me dejó.

Al día siguiente venían las chicas que había seleccionado Alfred para que Elise eligiera una. No lo dudó, escogió a Marie, tendría algo más de treinta años, parecía tranquila y a la vez una persona a la que no le asustaba el trabajo. Después Alfred nos dijo que era la misma que había elegido él, empezaría el lunes. A mí solo me preguntó:

—¿Te gusta?

—Te tiene que gustar a ti.

—Ya, te ruego que a esta no te la folles.

Me dejó petrificado, así que no se le había olvidado lo de Marlene.

—Te dije para lo que me llamó.

—Sí, y te ocupó tanto rato que no te enteraste de lo que pasaba, menuda defensa.

—Escucha...

—No quiero saber nada, ¿vamos a salir? Para ponerme una ropa u otra.

—¿Te apetece que llame a Louis y a Christine y nos vayamos a comer fuera de París?

Pasamos el resto del fin de semana fuera. La semana siguiente iba a ser muy intensa, tenía que ajustar algunos números de los dossier que me tenía que llevar al viaje, tenía que ver el tema de las cuentas de François y la empresa de su padre a ver qué podía hacer, llamé a Michelle para ver qué arreglo le dábamos, íbamos a estar fuera un tiempo y quería dejarlo solucionado.

Tenía que llamar a la tía Charlotte para que fuera con Elise al apartamento a ver la ropa que le quedaba allí, la iba a asesorar porque íbamos a volver con muchas compras, así que teníamos el tiempo muy repartido, pero tenía que hablar con ella, no podía dejar que la bola se hiciera más grande.

La semana pasó en un vuelo, yo estuve muy ocupado, el problema de la empresa del padre de mi amigo me estaba llevando más tiempo del que pensaba, venía tarde a casa, no había tenido tiempo de hablar con ella, pero no me iba a la cama sin besarla, era muy cariñosa y no podía estar mucho tiempo distante, parecía más contenta, la compañía de Marie le estaba haciendo mucho bien, además hablaba algo de español, a Elise le encantaba. El viernes vino del apartamento muy cabreada.

—¿Tu tía qué se cree, que se pueden tirar las cosas porque ella lo dice?

—¿Qué ha pasado?

—La señora finolis, que no le vale nada, me ha hecho probarme todas las cosas que tengo allí y están todas por la cama y el suelo, dice que no vale nada: unas, no le gustan; otras, no me están bien, y otras dice que no me las puedo poner para ir contigo.

—Bueno, no te enfades, tú puedes quedarte con la ropa que quieras, pero es verdad que todos guardamos cosas que ya no nos ponemos, nos pasa a todos, y pasan los años y seguimos sin ponerlas. Yo también tengo que hacer limpieza

en el vestidor. Déjalo para la vuelta y lo vuelves a revisar.

—Sabes que no puedo hacer eso. Mañana por la mañana Marie y yo madrugamos y por lo menos lo dejo un poco recogido, no puedo irme dejándolo así.

—Vale, pero quiero que descanses, que no te vayas agobiada, teníamos que haber hecho esto una semana o dos antes, pero en fin. Mira, tú vete con Marie, yo te voy a buscar con la moto a la hora de comer, estate preparada, comemos por ahí y si te queda algo por comprar, por la tarde nos vamos de compras, ¿te parece?

—¡Vale! —me miro rápidamente—, vale de verdad.

El día siguiente se levantó muy temprano y se fue con Marie a la buhardilla. A media mañana ya se me estaba haciendo largo. Antes de irnos de viaje, tenía que dejar solucionado lo nuestro, estoy loco por tenerla entre mis brazos, no he dormido una noche ni medianamente bien sin ella, Dios, cuánto la añoro.

—René, me voy a buscar a Elise un poco antes, no coge el teléfono. Voy a sacarla de allí, lleva dos días con el tema de la ropa.

—Sí, señor. Y yo, ¿qué quiere que haga?

—¿Quién está hoy de servicio en la buhardilla?

—(Silencio) Nadie.

—¿Cómo que nadie? He dicho mil veces que tiene que tener vigilancia siempre.

—Sí, pero cuando se vino a vivir aquí se retiró la vigilancia de su domicilio y como usted no ha dicho nada, no se ha vuelto a poner.

Tuve un mal presentimiento. Salí a escape del ático y corrí con la moto a toda velocidad, si me ponían una multa, ya explicaría el motivo. Por el camino adelanté a un par de ambulancias que me pusieron nervioso, aceleré...

Elise

Era una noche muy importante para los dos, pero sobre todo para mí. Quería estar guapa, elegantemente vestida para la ocasión y que se sintiera orgulloso de la mujer que llevaba al lado. A él no le importaba lo que pensaba nadie, de eso estoy segura, aunque supongo que la aprobación de los demás también sería agradable para su ego. La noche de mi presentación oficial como la novia de Marcel Girard, nieto, hijo, presidente y heredero de las empresas Girard, toda una responsabilidad.

Lo de llegar a los sitios cogidos de la mano era ya una costumbre. Cuando entramos en el restaurante, unos cuantos grupos de personas se volvieron a mirar, nos dirigimos hacia el de François, ya conocía a algunos de ellos de algunas noches de salida a cenar y a bailar. Marcel no era muy amigo de salir en grupo, pero estaba haciendo concesiones porque me sintiera a gusto, alguien me dio en el hombro, nos volvimos, era su padre. Me cogió la mano y me la beso:

—Elise.

—Buenas noches Pierre —contesté.

—¿Has venido solo? —preguntó mi novio.

—Christine y Louis están allí —dijo señalando discretamente con la cabeza un lugar del local.

—Mi madre no se encontraba bien, ¿verdad?

—Ya sabes, ella no es muy amiga de fiestas.

—Siempre que no las haga ella y se rodee de gente que le esté dorando la píldora continuamente.

—Marcel, hijo, déjalo ya, es así y no va a cambiar.

—¿Ni por sus hijos? Ya ha perdido uno. ¿Qué quiere, perder a los tres? Tú eres tan culpable como ella.

—Marcel —dije—, voy a saludar a tu hermana y a Louis. No quería seguir oyendo hablar de problemas familiares tan duros.

Estuve un rato tomando un vino con ellos hasta que Marcel vino a buscarnos

para ir a la mesa, iban a servir la cena que no fue muy alegre. Mi chico estaba serio, supongo que por la discusión con su padre.

—Después de la cena fuimos a bailar a una de las salas más exclusivas de París, esta gente todo lo hace a lo grande. Entre que llegamos, nos acomodamos en una mesa, y se sirvieron unas copas, ya había pasado un buen rato, entonces un cañón de luces enfocó el escenario de la sala para comunicarnos el notición. François se casaba con una jovencita, heredera de una gran fortuna y por la que, según me enteré después, no sentía absolutamente nada. La chica era la típica niña con pasta, vamos que le resbala el dinero y que se pasó la noche dando saltitos con sus amigas e incluso bailando con ellas y mira que François era un tipo atractivo, seguramente habría en la fiesta un buen grupo de chicas dispuestas a hacerle feliz sin pestañear; el novio, de la ¿emoción? se puso malo, luego me contó Marcel la verdadera historia.

Había estado bailando con Louis y su grupo, qué buen chico, sé que me miraba con ojos más allá de lo familiares que podíamos ser, pero no había por qué preocuparse, Louis jamás pisaría la raya que le unía a su primo: se adoraban, más parecían hermanos, así que era con el único que podía bailar sin que mi novio pusiera mala cara. Aunque la música lenta, seguía sin gustarle que la bailara con nadie. Giré la cabeza y vi que Marcel salía de la sala con una chica muy atractiva y le pregunté a Louis quién era. Marlene es una amiga de su grupo, ya, ya sé quién es, la mujer que había causado uno de los disgustos gordos que había tenido con él. Me acerqué a la mesa a beberme la copa de champán de golpe cuando alguien me cogió de un brazo, era Moreau. Vaya, pensé, todo a la vez:

—¿Quería algo? —pregunté mirando descaradamente la mano que me sujetaba.

—Sí, que bailes conmigo.

—Lo siento, estoy acompañada y no le gusta que baile con nadie.

—Pero conmigo vas a bailar.

—Eso ¿quién lo dice?

—Yo, porque si no voy a gritar que eres una buscona, que me has comprometido, que tengo testigos y mientras averiguan cuánto hay de verdad y de mentira, la mierda se esparce y el olor queda.

Me puse muy nerviosa, no hacía más que mirar alrededor buscando a Marcel, pero no aparecía por ningún sitito, me arrepentía de haberme quitado

la chaqueta, ahora quedaba más expuesta a este cabrón, pero ya no tenía remedio, intentando que la voz no me temblara le pregunté.

—¿Qué quiere?

—Averiguar qué tienes tan atrayente que te hace tan importante para él, supongo que serás muy buena en la cama y te voy a proponer algo. Quiero un par de noches de sexo contigo, y os dejo tranquilos.

—¿Nada más? —dije en plan irónico.

—Creo que con dos días tengo de sobra, tampoco veo que tengas nada especial, es por divertirme un poco.

—Como con Georgia: seducida, embarazada, abandonada y humillada.

—¿Qué le vamos a hacer?

—¿Y si no acepto?

—Bueno, si no aceptas, tendrás esto.

Y poniéndome la mano en el culo, la otra en la espalda, me apretó contra él hasta el punto de que sentí lo excitado que estaba entre mis piernas, pero además el degenerado se restregó contra mí, hasta que conseguí separarme algo y subir la rodilla derecha y darle en los testículos. Al hacer el gesto de sujetarse la entrepierna se separó, momento que aproveché para darle un empujón con las dos manos que le hizo caer al suelo todo lo largo que era. A partir de ahí los insultos se sucedieron uno tras otro, apareció Louis, Marcel que se le echó encima y tuvieron que separarlos, pero él seguía insultando y amenazando. A pesar del empujón y de lo ridículo que estaba, yo temblaba como una hoja, era un hombre peligroso, repugnante y mentiroso porque si yo le hubiera comprometido no le habría empujado, así que estaba quedando como lo que era, un degenerado cabrón.

Cuando consiguieron calmar a Marcel, decidimos marcharnos a casa. Hicimos el viaje en silencio, yo quería saber qué coño estuvo hablando con la tal Marlene, para tardar tanto tiempo en volver y dar lugar a lo que pasó, seguro que si hubiera estado en la sala no habría pasado. Se lo pregunté:

—¿Qué hacías con Marlene?

—¿Con Marlene?

—Sí.

Le dije que le había visto salir con una chica y que le había preguntado a su primo, que me dijo quién era, y cuando el degenerado de Moreau me había atacado e insultado, yo le busqué con la mirada y no aparecía. Llegamos al ático y todavía no me había contestado, estaba hasta las narices de sus idas y

venidas y sus secretos que luego le servían de excusa para tapar sus mierdas. Me dijo que la chica le había servido al otro para sacarle a él de la sala de baile y que pudiera asaltarme sin que él lo viera, que estaba de acuerdo con él para haberla dejado plantada aquella noche.

Busqué una tila, todavía tenía un temblor interno muy desagradable, me ayudó muy solícito; no quería ni hablarle, estaba harta. Me hice la tila, me la tomé, me di una ducha rápida y me metí en la cama, no quise ni que me rozara.

Al día siguiente vinieron las chicas que había seleccionado Alfred. Elegí a Marie, había estado en una casa diez años al cuidado de unas niñas que ahora ya tenían veinte, el padre era diplomático y le trasladaban a un país latinoamericano y Marie no quería vivir tan lejos de su tierra, le había costado mucho tomar la decisión, pero ir a vivir a la República Dominicana no le seducía, así que se quedó, traía muy buenas referencias según los entendidos. Se había ocupado de la ropa de las mujeres de la casa donde había trabajado, tenía conocimientos de español, sabía algo de cocina, así que entre Nina, Marie y yo, podíamos tirar de eso para adelante y le enseñaría a Alfred a preparar café. Era una chica muy completa, me gustó. Le pedí a Marcel de un modo bastante sarcástico que no se la tirara. No le hizo gracia el comentario.

La semana se me pasó volando, Marcel y yo no tuvimos materialmente tiempo de hablar de nuestras cosas, se metió de lleno en preparar lo que tenía que llevarse a nuestro viaje, y todo el papeleo que estuvo revisando con François, su padre, Michelle, su directora financiera, más los asesores de las dos empresas, tenían que lograr una jugada que dejara a Moreau fuera de juego y terminar con él, así que estuvo muy liado.

El viernes estuve en la buhardilla con la tía Charlotte que se trajo a Christine, yo me llevé a Marie, y volví cabreadísima. Es una mujer afable, no voy a decir que no, pero acostumbrada a tener de todo cuando quiere. Me tuvo toda la mañana en bragas, sujetador y un kimono abierto por delante que me servía como bata, cambiándome de ropa continuamente porque no le gustó nada de lo que me probé. Habíamos quedado el sábado en que comería en casa y así vería lo que tenía allí. Afortunadamente Marcel me tranquilizó diciéndome que me quedara con lo que yo quisiera y, a la vuelta del viaje, tomara una decisión sobre lo que había allí. Por la tarde llamó la tía para decir que teníamos que dejar la comida para el domingo, le había surgido un asunto, así que de la manera que había quedado aquella habitación decidí irme el sábado por la mañana con Marie, recogeríamos ropa y zapatos, lo

guardaríamos en el armario. Marcel me iría a recoger a la hora de comer y, por la tarde, si nos faltaba hacer alguna compra, la haríamos. Salíamos para Nueva York en vuelo privado el miércoles por la mañana.

Habíamos madrugado para ir a la buhardilla, estaba todo patas arriba, Marcel quiso venirse para ayudar, pero yo sabía que iba a ser un estorbo, que si tú no tienes por qué hacer esto, que si vámonos, que si estoy cansado, al final me iba a poner nerviosa, eran las doce y media de la mañana y acabábamos de tomarnos un café con unos deliciosos *croissants* que había subido Marie de la pastelería, nos estábamos riendo porque yo me estaba probando otra vez algunas de las cosas que había desechado la tía, encontré el móvil que se me había perdido por la habitación con catorce llamadas de Marcel, seguía enfadada con él por lo de la fiesta, llamaron a la puerta.

—Abre, Marie, es el señor Girard, me ha llamado catorce veces.

Estaba mirando el whats app en la mesilla que estaba pegada al armario cuando oí un grito y un tremendo golpe, me volví: vi a Marie en el suelo, encima del biombo que también había caído gritando, alguien venía hacia mí como una tromba, era Moreau.

—¡Ven aquí, zorra, te voy a matar!

Llevaba una pequeña coleta, me agarró del pelo, me revolví como una fiera, le di con los puños en el pecho, estaba como loco, me dio con el dorso de la mano en la cara haciéndome un daño terrible en el pómulo y me volvió a pegar. Yo le daba patadas, volví a darle en la entrepierna, aulló de dolor, corrí hacia la puerta, pero no llegué a salir del recuadro de la cama, vi a Marie con el móvil en la mano, hablaba con alguien, pero seguía en el suelo. Me volvió a agarrar del pelo y me arrastró hasta tumbarme en la cama. La bata se me abrió, yo seguía intentando darle patadas, para evitarlo me sujetó las muñecas por encima de mi cabeza con una de sus manos, noté que me sangraba la boca, puso una de sus rodillas en mi vientre para evitar las patadas, haciéndome un daño horrible. Cargó todo su peso ahí, mientras con la otra mano me arrancaba el sujetador, yo me movía de un lado a otro sin conseguir avanzar debido a su peso, me faltaba el aire. ¡Dios mío, ayúdame! Alguien entró en la habitación y le daba golpes con un bastón en la cabeza, era un abuelo que vivía al otro lado del pasillo. «¡¡Déjela, déjela, la va a matar!!!» «Marie, Marie», grité.

—Señora, me ha roto algo, no puedo mover el brazo.

Seguía insultándome y pegándome, me terminó de arrancar el sujetador, noté clavarse sus uñas en el pecho que tenía fuera y continuó con las bragas:

—Cuando termine contigo, le vas a dar tanto asco que no te va a volver a tocar.

Se estaba desabrochando la bragueta, se me estaba empezando a cerrar el ojo y seguía notando un sabor salado y caliente en la boca, el dolor de mi vientre era insufrible: «No puedo respirar, me ahogo, por favor». De repente el peso desaparece, oigo un tremendo golpe contra el armario, algo se rompe, el golpe que oigo es brutal, pero ya no importa, me quedo encogida de lado, sujetándome la tripa, me acerco la mano a la boca y veo sangre.

—Hijo de puta, te voy a matar, tenía que haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Señor, señor, basta ya, déjelo, lo va a matar.

Oigo mucho jaleo en la habitación, pero no puedo casi ver, tengo ganas de vomitar.

—Marcel, Marcel —me coge la cara y las manos.

—Princesa, Dios mío, qué te ha hecho —le oigo sollozar.

—¡Eh, grandullón, qué pasa, no llores! Esto no es nada, necesito que seas mi chico fuerte, eh, no te veo bien, me cuesta abrir los ojos.

—Tienes un golpe, princesa.

Notaba sus sollozos, pero no podía consolarle, cada vez veía menos y los sonidos se me hacían más lejanos y ahora esto.

—Marcel, qué vergüenza, antes de que venga alguien lávame, me estoy haciendo pis, debe ser del miedo que he pasado.

—¡Dios mío!

Noté sus manos en mis piernas y más sollozos:

—Princesa, no es nada.

—Señor, por favor, déjenos, tenemos que estabilizarla.

—Señor —la voz de René muy lejana—, déjelos trabajar.

—Amor, no me dejes.

«Dios mío, casi no veo, me tocan muchas manos, pobre, me está limpiando el pis, qué vergüenza, se van las voces, es así, es así la muerte, no sientes nada, desaparece el dolor, las voces. Mamá, perdóname por no haber ido a veros, os quiero mucho, no es su culpa, él es bueno, no sufras, no siento nada, mamá...

Marcel

El ruido de las sirenas lo tengo clavado en el cerebro, no hay manera de apagarlo, querían llevarme al hospital en una ambulancia, tenía algunas contusiones del golpe que me di con Moreau llevándomelo por delante, pero me negué, quería ir en la moto y llegar antes que ellos y al mismo tiempo no podían separarme de Elise. ¡Dios mío, que no le pase nada! Cuando vi que estaban preparados, bajamos a la calle, habían tenido que cortarla, había cuatro ambulancias y cinco coches de policía, los curiosos se arremolinaban esperando ver alguna escena morbosa, no vi la moto, la policía había puesto una cinta de seguridad alrededor de la zona que dejaba protegida toda la entrada al edificio. La moto estaba tirada en la acera como la dejé cuando llegué al portal, y me bajé casi en marcha. René no me dejaba conducir.

—Señor Girard, no está en condiciones.

No hubo manera, o me llevaba él o se lo decía a la policía, cedí.

—Vamos, date prisa, quiero llegar antes.

Llegamos casi a la vez, solo me dio tiempo a cogerle la mano y besársela, su cara reflejaba el sufrimiento que llevaba, pero no dijo nada, solo lloraba en silencio, me llamaron de recepción de urgencias para que les diera la tarjeta sanitaria de Elise, no se me había ocurrido pensar en eso, pero era lo que menos me importaba. Llamé a Eric Duval, era el médico de la familia desde hacía años, tenían su hijo y él una consulta particular en uno de los mejores barrios de París, pero pasaban consulta en el hospital alternándose de una manera altruista. Estaba en el hospital haciendo una guardia.

—¿Qué pasa, muchacho? Cuánto tiempo sin verte, ¿qué pasa? —volvió a preguntar ya un tanto asustado.

Le expliqué a grandes rasgos lo ocurrido, quién era ella y cuánto me importaba, le hablé de la tarjeta sanitaria que no sabía si tenía, pero que no importaba lo que costara, quería una habitación para ella; no sé, creo que hablaba a toda velocidad, me sacó del pasillo y me metió en un despacho, le dijo a René que se quedara conmigo, me pidió los datos de Elise y me dijo que

esperara. No me acuerdo de nada, ni de cómo hable, ni de lo que dije, ni de que cuando me dejó en el despacho, rompí a llorar como un crío, mientras René esperaba en silencio a que me calmara.

Tardó una hora en volver:

—Lo siento, pero han entrado tres personas a la vez y dos venían mal: una, Elise. Y otra, un hombre —miró sus papeles—, André Moreau.

Moví la mano con tal violencia que algunas de las cosas que estaban encima de la mesa salieron por los aires, me disculpé un montón de veces, pero no sé si fue bastante, tenía que controlar ese genio porque un día iba a hacer daño a alguien. Eric era un buen tío y no se merecía que yo pagase mi ira con él.

—Te he traído algo para que te lo tomes, no me digas que no, ellos están mal, pero tú pareces un cadáver.

—No me digas nada que sepa, dime algo que quiero saber. ¿Cómo está Elise?

—La están valorando, tiene muchas contusiones, tienen que hacerle radiografías, ver el cuello, el golpe de la cara, bueno, los golpes, hay que hacerle una resonancia, ver si tiene lesiones internas. Lo siento, Marcel, pero no puedo decirte todavía nada concreto, tómatelo con calma.

—¿Con calma, que me lo tome con calma? ¿Te lo tomarías tú con calma si fuera tu mujer la que estuviera ahí?

—¿Es tu mujer?

—Como si lo fuera, Eric.

—Por cierto, tiene que verla un ginecólogo, he llamado a Alain para que la vea, pensamos que la hemorragia es vaginal.

—¿Vaginal? ¿Y eso qué significa?

—Un aborto.

—Ella tenía puesto un diu.

—Todo eso lo tenemos que ver, por eso te digo que no sabemos todavía nada, hay que hacer muchas pruebas. Necesito que le pidas a sus médicos copia de su historial.

—Están en Madrid.

—Pues pídelos, nos hacen falta. Posiblemente la tengamos que sedar, tiene muchos golpes y mucho dolor, aunque no la vamos a dormir del todo. Si va a estar somnolienta, no sé si va a estar lúcida para contestar a lo que le pregunten.

—De acuerdo, te los traeré. ¿Vas a estar con ella, verdad? Por favor, me

siento más tranquilo si estás.

—Todo lo que pueda, Marcel, de todas formas está en buenas manos. Ahora arreglaré lo de la tarjeta, entérate de qué tipo de tarjeta sanitaria tiene, la tendrá entre sus cosas. Volveré en cuanto tenga algo seguro que decirte.

—¿Puedo verla?

—Ahora imposible. Si veo un hueco, te llamo. René, llévelo a tomar algo con esa pastilla y que se eche en el sofá un rato, si no le voy a tener que ingresar a él también. ¿Vas a avisar a alguien?

—Debería avisar a su familia, pero si la ven así, van a querer llevársela de vuelta a Madrid, ahora no puedo dejar que se la lleven, quiero que ella lo decida.

—Consígueme el nombre de sus médicos, a ver si yo puedo hacer algo desde aquí. Salió de la habitación.

No me tomé la pastilla, le dije a René que me trajera un café, quería estar espabilado por si me necesitaban para algo, me senté en el sofá y me debí quedar dormido, me despertó la puerta al abrirse, eran Alain y mi padre. Alain venía con ropa de quirófano, pegué un salto, miré el reloj, habían pasado casi tres horas, me le quedé mirando, me dijo que era muy personal, miró a mi padre y a René que discretamente salieron del despacho.

—Le he hecho un legrado, efectivamente era un aborto de muy poco tiempo, seguro que ni siquiera ella lo sabía. Le he quitado el diu, pero no lo he sustituido hasta ver su historial ginecológico, parece que el que llevaba se había descolocado; por eso el embarazo. Ahora está bien, tendrá un manchado post aborto de cuarenta días, que no suele durar tanto, cuando tengamos el historial y ella esté despierta le preguntaremos qué quiere hacer. Ahora hay que vigilar que esta menstruación no se convierta en una hemorragia. Se debió a la presión del hombre que se le puso encima. No hay problema para que tenga hijos, es una chica fuerte.

—Gracias, Alain, ¿me puedes decir algo más?

—Sé que han llamado a un cirujano plástico y tienen que ver el tema del ojo, pero de eso sabe más mi padre, creo que están con ello.

—Gracias otra vez.

Cuando entró mi padre, me abrazó, y supe que era sincero:

—Lo siento, hijo, de verdad, esa chica te está haciendo mucho bien.

—Gracias, papá, estoy muy asustado, todo ha sido culpa mía, esto tenía que haberlo cortado cuando pasó lo de Georgia, no sabes lo que le ha hecho, la

podía haber matado. ¿Y mi madre? —me hizo un gesto de negación—. Ni siquiera en un momento como este.

—Para ella no existe.

Pasó otra hora, llegaron el abuelo y Louis, René se marchó a llevar la moto y a por uno de los coches, le dije que buscara la tarjeta sanitaria. Llamó la tía Charlotte y Jean Pierre, les dije que no vinieran, que esperaran unos días, que estaba sedada y haciéndole pruebas. Una hora más tarde apareció Eric:

—Siento haber tardado tanto, pero quería darte un diagnóstico más completo. Como el tema ginecológico ya lo sabes, no vamos a hablar de ello si no quieres, el resto dime si lo quieres saber a solas.

—No, puedes hablar, ya les diré el resto si es necesario.

—Os lo voy a decir en un idioma coloquial, si no os vais a hacer un lío. Tiene una fuerte contusión en el pómulo derecho con derrame, inflamación y dificultad para abrir el ojo, de hecho se le ha cerrado por completo, tiene una marca parecida a la de un anillo que llevaba el asaltante en la mano derecha (nos miramos asintiendo), tiene también entumecido el otro ojo a consecuencia de otros golpes, por lo menos dos. Al cogerle del pelo para sujetarla, le ha arrancado cabellos que a su vez salían con pequeñas cantidades de cuero cabelludo. Al abofetearla le ha hecho un corte en labio inferior, con sangrado del labio y de la encía, aunque no apreciamos la movilidad de ningún diente, creíamos que tenía un hombro dislocado, pero no, al cogerle las dos manos para sujetarla y subirse encima, según nos ha podido contar, se lo había retorcido y por eso la dolía tanto, se lo hemos inmovilizado y vendrán a darle fisioterapia en cuanto esté en condiciones de moverse. Lleva un collarín como precaución y se lo vamos a dejar unos días, en una semana, si no aparece nada nuevo, se lo quitaremos. Tiene muchos hematomas por todo el cuerpo que se irán haciendo más visibles hasta desaparecer. Lo que más nos preocupa es el ojo, al tenerlo tan hinchado no queremos forzarlo, pero le vamos a hacer otras pruebas para saber si hubiera un derrame, que seguro lo habrá, pero más grave de lo que pensamos. Luego habrá que ver si ha perdido algo de visión o no. Creo que no se me olvida nada.

—Quiero quedarme con ella.

—No puedes, está en una UCI, está con sedantes para que pueda descansar, pero te dejaré que la veas cinco minutos.

—De acuerdo, pero no me voy a ir.

—Aquí no haces nada, está en buenas manos. Ahora mismo no se entera ni

de dónde está, Marcel, hazme caso, descansa, estáis pasando un día horrible.

—Me voy a quedar en la sala de espera hasta que recupere la conciencia, no voy a negociar sobre esto.

—Voy a hacer un trato contigo, te dejo mi despacho a cambio de que comas algo y te tomes la jodida pastilla que has tirado, no te va a hacer dormir como un elefante, solo te va a calmar y te va a hacer que mañana veas las cosas con más serenidad. Ahhh, por cierto, sé que no debería deciros esto, yo estoy para curar, pero como sois mis amigos y no soporto el maltrato, quiero que sepáis que el hombre que supuestamente le hizo esto ha tenido que pasar por el quirófano.

—No es que nos importe mucho, pero para qué —fue mi abuelo el que preguntó.

—Bueno, la señorita, además de defenderse con uñas y dientes, tiene buena puntería, venía con un testículo muy dañado de un golpe anterior y el de hoy ha ido a parar al mismo sitio, se lo han tenido que extirpar y tú —dijo señalándome a mí— le has hecho una buena brecha en la cabeza y la nariz la tenía rota.

Ni siquiera me alegré, estaba tan tocado psicológicamente que le volví a preguntar por Elise porque no me había quedado claro.

—Ven conmigo, la verás en cinco minutos.

Entramos en la UCI, había otras camas ocupadas, pero la impresión de verla en una cama rodeada de cables y máquinas con el collarín puesto, los golpes de la cara, fue brutal. Tuve que salir porque me dieron arcadas. Cuando me recuperé, volví dentro, Eric me miraba con asombro.

—Nunca te había visto así por nadie.

—Es que, en realidad, nunca hubo nadie, solo ella.

Me acerqué a su cama y le cogí la mano, movió los dedos y murmuró mi nombre, se la besé, lloramos los dos, ella sin abrir los ojos, no podía:

—¿Me voy a quedar ciega?

—No, no, *chère*, no, los tienes hinchados de los golpes, pero en cuanto los abras, volverás a ver. No me dejan estar mucho rato, pero voy a estar ahí fuera esperando, no me voy a separar de ti, yo sé que tú puedes salir de esta.

—Además, me debes un viaje, no te lo perdono —volvió a quedarse dormida.

—¿Es normal? —le pregunté a Eric.

—Sí, los calmantes le hacen relajarse y se queda dormida, si reacciona bien

le iremos rebajando la dosis para que vaya estando más tiempo despierta. Me dio los horarios de visita, la iban a dejar descansar hasta el día siguiente.

—Gracias, Eric, muchas gracias. Estaré en tu despacho, si tienes que echarme, hazlo, esperaré fuera.

—Ya has visto que va a dormir casi toda la noche, así que haz lo que te he dicho.

—Lo haré, pero llámame si hay alguna novedad.

Me tomé la pastilla con algo de comer que me había traído René, además de un termo de café y ropa, no era muy tarde pero me tumbé en el sofá recordando mi llegada a su edificio. No estaba el portero, arriba se oían voces y gritos, no esperé el ascensor, nunca funcionaba bien, subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a la buhardilla, en la puerta estaban tres o cuatro personas de avanzada edad, alguien se había quedado en el ascensor entre piso y piso. No hice caso, entré como un huracán en la habitación, le vi encima de ella, me lancé en tromba contra él y fuimos a dar de cabeza contra el armario que se astilló, su cabeza también, yo quedé protegido por su cuerpo, empecé a insultarle y a patearle ciego de ira, no sabía dónde daba. Juro que no podía pensar, solo le machacaba sin piedad hasta que me sujetaron por detrás, era René, hicieron falta dos policías más y una amenaza de esposarme para que parara. No se me iba de la cabeza el momento en que la miré, lo que me dijo, su cara y sus ojos golpeados, su boca, Dios. No podía soportarlo, cada vez que recordaba todo aquello rompía a llorar, no podía soportarlo, ¿por qué tanto dolor? ¿Por qué ese afán de venganza? Nadie le había hecho nada, y menos ella, ¿por qué? No podía entenderlo. Caí en un sueño de pesadillas, persecuciones y al final me traían una bolsa con sus cosas haciendo un gesto con la cabeza de que no habían podido hacer nada, me despertaba sobresaltado y sudando, era un sueño recurrente que me persiguió hasta que a las seis de la mañana no pude más y me senté en el sofá. Como si fuera algo preparado, apareció Eric.

—Está bien, tranquilo, no pasa nada, vengo a decirte que te puedes dar una ducha en el cuarto de baño, yo me voy dentro de un rato a casa, voy a echarme un par de horas y volveré a ver cómo va, Alain vendrá por la mañana a verla. No la conocíamos ninguno. ¿Desde cuando estás con ella?

—Estábamos empezando una relación, la conocí el verano pasado, pero volvió a España. Luego regresó para un tema de trabajo que le salió aquí en París, es la chica de los anuncios de las Navidades, ¿te acuerdas? Y empecé a

tratarla, me ha costado mucho llegar a ella, no se fiaba de mí —le dije sonriendo—. Ya ves, hasta que al final, después de meses intentándolo, conseguí que se viniera a vivir conmigo, dice que tengo una mirada peligrosa y cara de chico malo. Tiene razón, no soy bueno para ella, todo lo que me rodea hace daño.

—Marcel, entiendo que estás dolido y muy sensible, no creo que hayas llorado en tu vida y ahora estás hecho polvo, sé de la enemistad de Moreau con tu familia, pero no quieras cargar con las culpas del universo, esa enemistad la empezó tu abuelo, no tú, sin embargo él solo te ha hecho daño a ti, no a ellos, ¿por qué?

—No lo sé, pero su odio es tan inmenso que si no llego a tiempo la hubiera matado y es la persona más maravillosa que conozco.

—Venga, date una ducha, te espero fuera para tomar un café y que comas algo, cuando ella esté mejor, te va a necesitar. Pregunta mucho por un grandullón que anda por ahí —me sonrió— tienes que estar fuerte.

Pasé en el hospital los siguientes tres días, parecía mi domicilio habitual, de vez en cuando me salía a los jardines y me sentaba en un banco con el iPod de Elise, me lo había metido Alfred en la bolsa de la ropa para que oyera su música. A veces me lo ponía para dormir, también me había mandado un par de libros, así que entraba a verla cuando podía y el resto del tiempo pululaba por allí. Tuve la sorpresa de que una mañana se presentaron mis abuelos, agradecí mucho su presencia, sobre todo de la abuela que no salía mucho, nos dejaron entrar a verla a los tres, la abuela salió llorando y mi abuelo tenía una cara que no le había visto nunca, espero que no haga una tontería, esto es cosa mía. Mi padre venía todos los días, comía conmigo, estaba un rato por la tarde y se marchaba. Vinieron François, sus padres, Louis y Christine, Marie, que estaba en casa, Alfred, Marc, mi buen amigo venía todas las tardes y se quedaba a hacerme compañía, había conectado con Elise muy bien después de los primeros meses, tanto que a veces sentía celos, la amaba tanto que todo lo que se pusiera por medio y pensara que me la pudiera quitar, me producía una sensación de inseguridad terrible, tenía que cambiar eso y volver a ser el hombre seguro que en realidad soy. Vino mucha gente, todo el que nos conocía menos mi madre, la odiaba y me daba pena: tenía de todo, salud, dinero, familia y a la vez no tenía nada, pobre mujer.

El cuarto día la llevaron a una habitación, ¡qué felicidad! Y al día siguiente le quitaron el collarín, no había peligro. La cicatriz del labio estaba curando y

los arañazos del pecho también, uno de sus ojos lo abría bastante, el otro estaba dando más guerra, los cardenales estaban horribles de un color sanguinolento, pero irían desapareciendo; si seguía así, en cuanto le pudieran ver el ojo, le daban el alta hospitalaria, que no médica, pero estaríamos en casa. La habitación se llenó de ramos de flores.

Marcel

Llegamos a casa llenos de paquetes, flores, bombones, libros, casi necesitamos un carrito del supermercado. Tenía que pasar por varias revisiones antes de que nos dieran permiso para irnos de viaje, pero estaba mucho mejor. Alfred tenía los ojos llorosos, el hombre se emocionó al verla y ella, como siempre, se acercó a darle dos besos.

Empezamos a meter cosas en la habitación de invitados para que ella no tuviera que subir todos los días a la nuestra y cuando se dio cuenta dijo que no:

—¿Qué pasa, quién va a dormir ahí?

—He pensado que vas a estar más cómoda, tienen que traer una cama supletoria para mí, pero es para que estés más cómoda hasta que te pongas bien.

—De eso nada. Mira, Marcel, durante estos días me he dado cuenta de que he perdido mucho tiempo con divagaciones absurdas sobre el dinero y el bienestar. Nosotros no discutimos por la ropa, por los gastos de la casa, ni por dónde vamos a ir el sábado, ni si queremos hacer el amor. Estamos siempre de acuerdo, discutimos por mis ideas absurdas sobre quién tiene el dinero y quién no: tienes razón, tú lo tienes, te viene de familia y yo soy testigo de que te lo trabajas muy duramente para sacar la empresa y hacerla cada vez más importante, que no es cosa fácil, porque muchas personas habrán tenido la oportunidad y no la han sabido aprovechar; tú sí, das trabajo a mucha gente y además ayudáis a otra mucha, también tienes razón en que yo, desde la posición que me ofreces, puedo hacer cosas que ahora no podría, así que, dicho esto —y se echó a reír, parecía un pequeño dictador—, no hay nada que quiera más en este mundo que dormir contigo, aunque no podamos hacer nada más que eso, pero no me dejes sola la primera noche que vuelvo a casa.

—Que llames a esta casa tu casa, ya me parece un regalo.

Nos dimos el primer beso desde hacía muchos días y dormimos abrazados como hacía noches que tampoco.

El tiempo transcurre de manera agradable. Nos acoplamos bien a las nuevas circunstancias, yo me he reincorporado al trabajo, Elise tenía su fisioterapia que combina con sesiones en el gimnasio, quiere recuperar su figura, ha perdido peso con todo lo que ha pasado y dice que se había quedado fofa, que lo tenía todo blandengue, pero no es así, es muy exagerada con el tema del tipo. Bueno, se entretiene por las mañanas, una vez que se animó a salir, cuando yo llego del trabajo, salimos todas las tardes, al cine, a un museo, a pasear o con el coche y nos vamos fuera de la ciudad. Allí le hago coger el coche para que no se le olvide y durante unos cuantos kilómetros lo llevaba ella alguna vez, hasta lo ha llevado hasta el garaje. Estamos teniendo muchas visitas, ha venido en estos días más gente al ático que desde que le tengo: Louis y Marc son asiduos, sus admiradores, mi hermana, que le revuelve el vestidor en busca de cosas que le gustan, tiene una cara muy dura, le encanta cómo viste Elise, pero se toma la libertad de mirar entre sus cosas y llevarse lo que le parece. Se lo pide, pero a ella le da no sé qué decirle que no, y me tiene harto porque tiene muchísima más ropa que Elise, me va a costar echarle una bronca, es una niña muy caprichosa.

Están a punto de darle el alta, el ojo lo tiene muchísimo mejor y con un poco de maquillaje, se pueden disimular los restos del golpe y ya le han puesto el diu, parece que tenía una llaguita que no se terminaba de curar y no le colocaron el dichoso aparato como debían para que no se le hiciera más grande hasta el punto de que lo tenía descolocado, ahora no hay rastro de la llaga y lo tiene bien puesto aunque sin estrenar. Estamos deseando hacer nuestro viaje. Hace unos días cuando llegué a casa por la tarde tenía una sorpresa, agradable y desagradable:

—¡Elise! ¿Dónde estás?

—Aquí, en el comedor, tienes una visita.

Me acerqué hacia donde me dijo y me encontré con mi amigo Günther, ¡qué alegría me dio verlo! Inmediatamente pensé: «Problemas, en cuanto mencionara que éramos amigos, que nos veíamos en Munich, la fastidiamos». A ver cómo salimos de esta, no estoy dispuesto a esperar más tiempo para estar con Elise como siempre. Me acerqué a ella y le di un beso interminable. A lo que Günther dijo con su habitual buen humor:

—Parece que vienes hambriento —risas de los tres.

—Siempre vengo así, nunca me canso.

Dijo que había venido a solucionar unos asuntos a París y que no pensaba

volver sin verme.

—Te he llamado al móvil y no ha habido manera, y el de la oficina se me ha olvidado como el de aquí.

—Te los tienes que anotar todos. Günther, tío, qué bien estás. Hay veces que estoy pegado al teléfono todo el día, tengo que cargarlo un par de veces.

—Me ha dicho que sois amigos desde hace mucho —dijo Elise. Malo, pensé yo.

—Somos amiguetes de juergas, bueno, éramos, Marcel está muy pillado por una joven preciosa, no me extraña que se haya retirado a una vida más seria.

—Si te refieres a mí, tenías que haberme visto hace un mes, daba pena.

—Me lo contó Marcel por teléfono, por eso no podía dejar de veros, para conocerte y saber cómo era la chica que le había robado el corazón a mi amigo y me ha dejado sin compañero de juegos.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo vas a estar aquí?

No sabía cómo cambiar de tema, como siguiera por ahí, malo.

—Nos vamos pasado mañana y quería invitaros a cenar una noche.

—¿Os vais? No me digas que tú también tienes novia.

—Nooo, qué va, he venido con Mona, ¿te acuerdas? —Y señalándose el pecho, hizo el gesto de dos buenas tetas—. Lo siento, Elise, no pretendía ser grosero —se disculpó por el gesto.

—Bueno, déjalo —dije. Yo estaba pasando muy mal rato.

—Déjame que adivine dónde vives en Alemania —dijo Elise. Ya está, pensé yo—, ¿en Munich!

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Porque le he oído mucho hablar de esa ciudad a Marcel y esa Mona es una de vuestras amigas con derecho a roce, ¿verdad?

—Günther, amigo, mañana te llamo y quedamos para cenar, ¿te parece?

Le estaba materialmente echando de mi casa, si seguía hablando se iba a armar la de Dios.

—Acabo de llegar y necesito ducharme y hablar con Elise de los últimos arreglos del viaje a Nueva York, nos vamos la semana que viene.

—Vale, pues hablamos mañana. Elise, ha sido un verdadero placer conocerte, eres como él me había dicho: distinta y preciosa, si tienes algún problema con este cabezón, llámame, no lo dudes, y le dio un pico.

A qué coño venía eso, ¿por qué besa en la boca a mi novia? No me jodas Günther, no me jodas, por ahí no paso, ni pico, ni nada. Mañana, cuando

hablemos, tendré que ponerle las cosas claras. Y ¿que te llame? Bueno, me calmaré, no son más que palabras.

—¿Cómo estás? —pregunté a Elise.

—Yo muy bien, estupendamente, puedes irte a duchar tranquilamente, no voy a abrir la boca.

—Ya, me extraña que no digas nada.

—Tú estabas jugando a los papás y a las mamás cuando yo estaba haciendo EGB, así que...

—Vale, ¿qué hay de cena?

—Pues hoy o te gusta o no te gusta, es todo nuevo, cocina española, gazpacho, pastel de salmón y pollo a la cerveza.

—Suená bien, ¿dentro de una hora?

—Perfecto.

Tiene muy buena mano para la cocina, la cena estuvo estupenda, me dijo que no mezclara el gazpacho con el pastel de salmón que llevaba mayonesa por si a la tripa no le caía bien. Mejor con el pollo. Yo probé de todo sin pasarme y estaba todo delicioso. Estuvimos un rato abajo viendo la tele, hasta que le dije:

—Me voy arriba, tengo que hacer unas cosas en el ordenador, ¿te subes?

—Sí, ¿te molesta que ponga arriba la televisión bajita?

—No, por supuesto.

—Alfred, acuértese de llevarse un trozo de pastel para que lo prueben.

—No se preocupe, no se me olvida.

—Hasta mañana.

Me puse a trabajar con el ordenador mientras Elise entró en el baño. Estaba absorto con la pantalla, las cosas de números requerían una atención especial, porque si bailas alguno la has fastidiado y hay que empezar de nuevo. Oí encenderse la televisión, la tenía bajita, no me molestaba, pero estaba ansioso por acabar. De vez en cuando la oía levantarse de la cama y mover la pantalla, miré de reojo y vi que llevaba un conjunto para dormir muy provocador, la parte de abajo era un culote que dejaba ver parte de los cachetitos de su precioso culo y la de arriba muy escotada en seda y encaje color malva, me estaba poniendo brutote, seguí con los números y me costó trabajo centrarme, Elise se levanta a por agua al frigorífico que estaba a mi lado y me llegó el olor de su cuerpo, me cogió por detrás de la cabeza y me besó en el cuello haciendo un sonidito con la boca muy excitante, se fue otra vez a la cama,

ahora de espaldas, la vi con más detenimiento, estaba para comérsela y hacía mucho que no me la comía, ese conjunto que llevaba me sonaba, la estaba de muerte, ¡coño!, era el que llevaba el día del jacuzzi. Bebió agua, y su silueta recortada contra la luz, asomando su trasero por el culotte y sus pechos apuntando hacia arriba me pusieron de tal manera que el pantalón del pijama que llevaba me molestaba en la entrepierna, me levanté para colocarme el paquete mejor, pero no había manera, ella se tumbó boca abajo mirando la tele, con las piernas cruzadas hacia arriba. Fui hacia ella y me senté a su lado, metí mi mano por la pernera del pantaloncito y la acaricié, volvió la cabeza con una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—¿Esto? —le dije levantando una punta de la camiseta.

—Ya me lo puedo poner otra vez y como hacía dos meses...

No me equivoco si digo que le temblaba la voz.

—Estás preciosa.

Metí las dos manos bajo el pantalón, se revolvió y aproveché para pasar las manos por delante, me incliné sobre ella para besarle en la cintura mientras mis manos hacían su trabajo. La puse debajo de mí, le subí la camiseta y seguí besándola por la espalda hasta llegar al cuello, subí las manos y le acaricié los pechos con suavidad; ella gemía, me levanté para quitarme la ropa, la visión de su trasero y la postura que tenía me estaba quitando el aliento. Me quedé de pie al borde de la cama y tiré de sus pantalones, al tiempo que la dejaba de rodillas le dije:

—Quítate la camisa, y no tengas miedo, te va a gustar, cielo.

Cuando la tuve de rodillas delante de mí, le dije que se apoyara con las manos en la cama y la penetré por detrás, pero por la vagina, ella estaba un poco encogida pensando que le iba a hacer daño y cuando vio que no era así, se relajó, se abrió más y fue una delicia, agarré sus caderas para enseñarle a llevar el ritmo que llevaba yo y gemíamos a la vez. Mis manos no dejaron de acariciar su cuerpo hasta que terminamos. La forma que tenía de moverse cuando la tocaba me volvía loco, ella llegó al orgasmo un poco antes y yo a continuación. Caímos los dos en la cama jadeando. Nos quedamos unos minutos abrazados.

—¿Te ha gustado, princesa?

—Sí, sabes que sí, me gusta todo lo que hacemos, menos aquella vez.

—Pero fue a mala leche, yo nunca haría nada que supiera que te fuera a

hacer daño, aquello fue, no sé, se me fue la olla.

Nos aseamos con las cosas que desde que estaba ella había siempre por las mesillas, toallitas húmedas, agua, toallitas pequeñas para secarnos. Cuando terminamos, me cogió de la mano y me llevó al *jacuzzi*:

—Quiero borrar lo que pasó.

Cuando se iba a meter en el agua, cambió de opinión y se puso un albornoz:

—¿Dónde vas?

—A la cocina.

—Para...

—A por champán y dos copas.

—No, voy yo.

—Puedo ir así, no se me ve nada.

—He dicho que voy yo, Elise, no insistas.

Bajé a por el champán, dos copas, y busqué los bombones que por el calor estaban en el frigorífico. Cuando volví ella había puesto música y había encendido unas velas alrededor, tenía los ojos cerrados como la otra vez, el ambiente se ponía caliente. Me metí en el agua, dejé el champán y las copas en el borde y me acerqué a ella, la besé en los ojos, comenzamos un ritual de besos por todas partes. Me tenía loco, nunca me he sentido tan vivo y con los sentimientos tan a flor de piel como ahora. Cuando estaba ya dentro de ella, empujando como un poseso como si me fuera la vida en ello, me abrazó cogiéndome por el cuello enganchada a mis caderas y muy cerca de mi boca, con una voz muy sensual me dijo:

—¿Quieres que mañana por la noche invitemos a tu amigo Günther y a la chica a darse un baño con nosotros en el *jacuzzi*?

Me paré en seco, la aparté de mí y me la quedé mirando.

—¿A qué viene eso?

—Eso es lo que os gusta a los dos, ¿no? Intercambio de parejas.

—¿Y tú cómo sabes de qué va eso?

—Leo mucho, Marcel. No leo libros de economía, pero leo poesía, novela romántica, erótica, histórica y la vida de los santos si hace falta, que a veces la hace; leo de todo o de casi todo. Con la lectura yo he aprendido más de la mitad de lo que sé y no hace falta ser muy lista para saber que vosotros dos habéis sido amigos de juegos sexuales. Yo no los he practicado, pero quiero saber si a ti te gustaría compartirme con él o con otros, vamos, si te haría más feliz en el sexo que a mí me gustara.

Me la quedé mirando fijamente, no daba crédito a lo que acababa de oír, no era capaz siquiera de imaginarla en brazos de mi amigo como estaba conmigo, y que él pudiera follársela como yo había hecho tantas veces con las parejas de otros hombres que las habían compartido con nosotros, simplemente no podía, hace meses sí lo pensé pero ahora...

—¡Nooo! —dije levantando la voz—, ¡no y mil veces no! No quiero ni imaginarlo. Aquello fue una etapa de mi vida que llené con lo que en aquel momento me apetecía, estaba soltero y sin ningún compromiso, salí de algunos revolcones que tenía que superar, conocí a Günther y una cosa...

—Ya, llevó a la otra. ¿Estás seguro de que no me lo vas a pedir?

—Segurísimo.

Mientras hablábamos yo seguía dentro de ella moviéndome suavemente, manteniendo el deseo que sentía. Ella empujó un poco más, haciéndome gemir y acercándose a mí me dijo:

—Piensa bien lo que te voy a decir, no quiero bajo ningún concepto que me vuelvas a presentar a ninguna de esas damas con las que te has acostado, me parece asqueroso que yo tenga que cenar con una de tus *follamigas* con las que has compartido más que un inocente polvo, yo todavía no te he presentado a nadie con quien me haya acostado y menos te he hecho comer o cenar con él, así que —mientras me decía esto muy bajito y muy cerca de mi boca, me pasaba la lengua por los labios muy suavemente e incrementaba el impulso de su movimiento pélvico que me estaba volviendo loco, eso hacía que entrara más profundamente en ella—, ¡si vuelves a presentarme a alguna o me entero de que has tenido una aventura con alguien, te juro que voy a hacer una cosa u otra, según me dé —se movió más deprisa, me iba a correr—: o te dejo para siempre, o te la devuelvo con la misma moneda acostándome con otro tío!

Y dando un fuerte empujón, se salió de mí y se dirigió a las escaleras del *jacuzzi*.

Nunca, nunca en mi vida, me había nadie hecho una cosa así. Me quedé un rato dentro del agua, porque tenía la polla del tamaño de una banana ecuatoriana y me iba a doler a lo bestia, no quería que me viera así, humillado, como yo la dejé a ella. Está claro que parecía una cría inocente, pero sabía muy bien lo que quería y cómo. Intenté masturbarme para acabar con aquello, pero imposible, no me podía ni tocar, iba a tardar un rato en volver a su posición normal, no tenía pinta de desaparecer de golpe, ¡joder!, salí y me puse un albornoz, aquello parecía una antena con capucha. No tenía intención

de decir nada, me bajaré a ver la televisión, no podía hablar con ella porque se iba a partir de risa, así que salí sin abrir la boca.

Prueba del *jacuzzi*: ¡no superada!

Por la mañana, al irme al despacho, le di un beso como todos los días pensando que no iba a decir nada, pero me dijo: «No anules la cena, tengo ganas de salir», como si me hubiera leído el pensamiento; pensaba ponerle a Günther una excusa y cancelar la cena, así que Elise estaba peleona, iba a ser una noche más que tensa.

Estaba tomando un vino en el salón esperando que bajara arreglada, dándole vueltas a lo que había pasado, mi polla estaba descansando, pero dolorida, espero me responda como siempre, joder con la niña, tenía que arreglar este desaguisado. A ver cómo baja, reconozco que soy un poco cabroncete, soy muy celoso y acaparador con Elise, algo que no me había pasado antes, y no es que desconfíe de ella; al contrario, desconfío de los tíos que pululan a su alrededor y que cada vez son más: soy uno de ellos y sé perfectamente cómo pensamos. Sé cuando un tío mira a una chica como la mira y qué piensa: primero, el culo, las piernas, las tetas y la cara, por ese orden o parecido, y me jode que la miren así. Entendía que mi chica tiene un cuerpazo, con unas curvas muy marcadas que a mí me encantan y es inevitable que la miraran con deseo, pero es mía, me había costado mucho encontrar una mujer como ella y no iba a permitir que nadie se interpusiera, así que me cabreaba cuando veía a moscones a su alrededor, pero disfrutaba llevando una mujer como ella a mi lado, soy un poco morboso: «Te la enseño, pero no la puedes tocar». A veces, cuando estábamos enfadados, ella se aprovechaba de eso y se pasaba de amable o bailaba con alguno que sabía que no me gustaba para joderme un poquito, que es lo que pasará esta noche. Y cuando yo ya estoy muy cabreado, viene la reconciliación más salvaje y eso me encanta, sí, soy un poco, no, un muy cabroncete, era un juego y hasta ahora nos daba muy buen resultado. Alguna vez me he ido a dormir solo, también hay que decirlo; cuando dice no, es no.

Llevaba un vestido blanco roto, creo que dicen ellas, ajustado al cuerpo y por encima de la rodilla con un solo hombro y cuyo único adorno era un broche de piedras azabache que caía como una pequeña cascada por encima del único hombro que tenía tela como si lo sujetara. Su peinado era una especie de recogido con rizos que le caían por la cara y el cuello y unas sandalias negras de tiras al tobillo de tacón. Francamente espectacular. Alfred

salió a acompañarnos al ascensor, se había convertido en una costumbre salir a despedir a Elise como si fuera alguien de la familia, me esperaba una noche dura.

Quedamos para tomar el aperitivo y luego íbamos a un restaurante nuevo al que había pedido reserva desde Munich, dada la cantidad de personas que acudían desde que habían abierto. Cuando llegamos a Sabores del Mar, ya estaban allí esperando. Elise no besó a Mona, simplemente le dio la mano con un simple «mucho gusto» y la otra se quedó un poco cortada, aparte de que tuve la sensación de que estaba de malas. Mona era una de las amigas de Günther, cuando iba a Munich, y aunque todos follábamos con todos, a Mona me la pasaba a mí, o sea, se convertía en mi pareja. La verdad, nos entendíamos bien, pero la cosa había cambiado. Si venía con intención de acostarse conmigo, se había equivocado. Elise estaba encantadora, sonriente, hablaba con mi amigo sin parar y le tenía encandilado, ellos llevaban la conversación, y Mona y yo nos limitábamos a escuchar. Yo saludé a Mona educadamente, al fin y al cabo, la chica no tenía culpa de nada, hacía algo que le gustaba como los demás, aunque ahora reconozco que no me gustaría que Elise participase en esos juegos. Tomamos unos canapés que nos habían preparado y nos fuimos a cenar. Hoy conducía René, cuando salíamos en ese plan conducía él por el tema de la bebida. Voy a acostumbrar a conducir el coche de vuelta a Elise para poder llevarme el Austin, si no, no se va a hacer viejo nunca.

Pedimos unos entrantes y luego cada uno lo que quiso. Elise casi siempre pide pescado o ensalada de algún tipo, pidió la de langosta que compartió con el alemán, mi amigo quería probarla y para ella era mucho, Günther además iba a tomar carne. Así que tuve que soportar el coqueteo de probar los platitos y prueba esto o aquello, estaba de una mala hostia increíble, pero me tenía cogido por los huevos. Si armaba follón iba a parecer un crío celoso de un amigo, y ella se iba a cabrear un poco más y otros quince días de morros y por ahí no.

El sitio estaba muy conseguido, era grande, con un jardín muy cuidado y una orquesta que tocaba durante toda la noche procurando no molestar durante la cena, bajando el sonido. A una hora en la que ya se han terminado las cenas, la orquesta tocaba para que la gente bailase hasta las dos o las tres de la mañana. Solo había parejas.

Cuando terminamos de cenar, pedimos una copa. Unos minutos después, mi

amigo me dijo:

—Marcel, amigo, me permites —antes de que yo abriera la boca, Elise contestó.

—Por Dios, Günther, dos amigos que han compartido cosas tan íntimas, cómo no te va a permitir que bailes conmigo, así él puede bailar con vuestra amiga.

Tengo que reconocer que utilizaba las palabras adecuadas, así que hice un gesto, inicié una leve sonrisa, pero me quedé clavado en la mesa.

—No quieres bailar —preguntó Mona.

—Perdona, pero no tengo ganas, no me encuentro bien del estómago. Ayer me sentó mal la cena.

—Ya, te sentó mal la visita, se lo dije: llámale antes, pero dijo que si te llamaba ibas a buscar una excusa para que no la conociera. ¿Qué pasa, va en serio?

—A mí me ha dicho que había llamado —hizo un gesto negando—, ¡qué cabrón! Sí, va en serio de momento.

—¿Qué significa de momento.

—Pues que va en serio, pero nadie sabe cuánto pueden durar las relaciones.

—¿Ella participa en los juegos?

—Nooo —respondí con demasiada rapidez; no quería ofenderla—, nuestros juegos han estado bien durante un tiempo. Ahora para mí se han acabado. No me arrepiento de lo que he hecho antes, ni de lo que quiero ahora.

—Me parece bien, él venía con idea de pasar unas horas juntos, ya sabes.

—Ya me imagino, pero esto es todo lo que va a conseguir y es más de lo que le consiento a nadie.

—¿Tan especial es?

—Para mí, sí, mucho. He conocido muchas mujeres, muchas, seguramente más guapas, más espectaculares, más explosivas; no sé, pero ella es distinta, me da calor, me hace reír, se cuida de lo que como, si vengo cansado, no sé Mona, está pendiente de todo lo que necesito. También te diré que tiene carácter, no es tan suave como parece y para nada sumisa, me ha costado meses llevármela a la cama: es noble, sincera, no sé Mona, para mí es muy especial, estoy enchochado con ella, colgado, como quieras llamarle.

—¿Y el tema sexual? Tú eres muy exigente, no te conformas con poco...

—Ahora todo es nuevo con ella, es como una esponja, absorbe todo lo que le enseño, nunca tiene un no, jamás me niega nada, yo voy poco a poco con

ella, pero no me canso, siempre me sorprende con algo nuevo que se le ocurre. A ti te lo puedo decir, me caes bien, aunque a ella no por razones obvias. Me hace perder el control, tú me conoces y sabes que eso no me ha pasado nunca, pues con ella sí. Es suave y dulce y puede ser salvaje como una gata, lo mismo hacemos el amor que follamos como dos conejos, pero no es eso lo que me tiene loco. Es ella, su forma de mirar, cómo se tumba en la cama a leer y cómo los rayos de luz que entran por la ventana le dan en el pelo. Me lee, Mona, me lee; dice que leo poco. Cómo, cuando está contenta, se le llenan los ojos de chispas doradas, y si está enfadada se oscurecen, cómo anda por la casa, en una casa por la que mi madre andaría vestida de Chanel, ella va con un pantalón corto y una camiseta de tirantes o cómo se mete en la cocina a hacer una tortilla de patatas para que cene caliente, es todo Mona, es todo.

—Estás completamente enamorado.

—Sí.

—¡Ojalá encuentre a alguien que me enamore como ella a ti!

—Yo creí que Günther y tú teníais algo más.

—Yo, sí; él me llama cuando quiere una noche de juerga y se acabó, no va más allá. Yo, si me lo dijera, estoy loca por él, pero no tiene intención; además, que si fuéramos pareja de verdad, me gustaría dejar lo de los juegos y dedicarme solo a él, pero no está por la labor.

—Lo siento, te mereces tener algo mejor. Perdona, me voy a levantar a separar a esos dos que me están poniendo de mala leche.

Me acerqué a ellos.

—Princesa, ¿vas a bailar conmigo?

—Por supuesto.

Me quedé en la pista con Elise.

—¿Cuándo vas a dejar de coquetear con él?

—¿Yo?

—Sí, sé lo que estás haciendo, creo que ya he pagado con creces todo lo que piensas que he hecho mal y que te ha dolido, sé que eres capaz de conquistar a un hombre con chascar los dedos y ya me has hecho pasarlo mal, ¿nos vamos?

Cerré un poco más el espacio que había entre los dos, pasé mis dos manos por su cintura acercándola a mí, ella apoyó sus dos manos en mi pecho subiéndolas despacio hasta llegar a mi cuello y quedar completamente pegada. Hizo un mohín con sus labios y me lanzó una mirada traviesa.

—No sé si es bastante, Günther quería que fuésemos a un sitio que conoce a

pasárnoslo bien.

—Elise, como broma ya está bien. Si te ha dicho eso, que no creo, está muy equivocado. Y si lo ha dicho a conciencia, mi amistad con él termina aquí. Vamos —nos dirigimos a la mesa.

—¿Le has propuesto a Elise ir a un sitio nuevo? —le dije con muy mala leche.

—Bueno, yo creo que la niña tiene facultades, ¿por qué no pruebas?

—Tú y yo hemos hablado ya de esto, es una relación seria y ni ella quiere ni yo lo haría, mantener ese tipo de relación con ella no es viable de ningún modo. No creo que tenga que decírtelo más veces, eres para mí más que un amigo, pero si sigues por ese camino a partir de ahora eso se acaba.

—Espera, Marcel, espera, no te enfades, ha sido una prueba. Sé lo que me has dicho, pero siento perder un magnífico compañero de juegos y lo siento. Tú y yo hemos tenido un gran entendimiento en esto y hemos sido un dúo con fama...

—¡Vale, eso se acabó para mí, déjalo ya, no insistas! Hay cosas que acaban y esta etapa acabó y ahora perdonad, nos vamos. Tenemos muchas cosas que preparar para el viaje.

Nos despedimos y nos marchamos, de camino a casa le pregunté:

—¿Quieres tomar algo? Es pronto.

—No, prefiero ir a casa.

Entramos haciendo un poco de ruido, aunque no tanto como la otra vez. Elise se fue al frigorífico y aquella noche inauguramos la noche de la nata y las fresas, las tenía preparadas y no me lo había dicho, tuvimos que cambiar las sábanas muertas de risa de lo pegajosas que las dejamos, además hicimos las paces con el *jacuzzi*, tendrían que limpiarlo para poder volverlo a usar, porque lo dejamos lleno de pringue. Fue una noche maravillosa que cerraba otra etapa, la de las dudas, los durísimos percances, su divorcio, sobre todo aclaraba de una vez lo que queríamos ambos, nos conocíamos mejor y eso era bueno, empezaba otro capítulo.

Me despertó un golpeteo en la puerta y Alfred llamando, nos habíamos dormido a las tantas, por Dios, era sábado y las ocho de la mañana. Me levanté a la puerta en calzoncillos.

—¿Qué pasa, Alfred?

—Le esperan unos policías abajo, señor.

—Es sábado y son las ocho. ¿Qué coño quieren?

—No sé, pero insisten en verle.

—Ahora bajo.

Me puse un pantalón de pijama y una camiseta, Elise preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada, ahora vuelvo, duermo. Es muy pronto.

Cuando bajé estaban el Inspector Leville, otros dos policías, Alfred y René.

—Buenos días, señor Girard.

—No creo que sean muy buenos, ¿qué corre tanta prisa que no pueda esperar al lunes?

—Lo siento, reconozco que no son horas.

—Ni día.

Me preguntó dónde había estado el día antes, la noche, qué habíamos hecho por la mañana, tuve que contestar a un buen número de preguntas.

—Mire, lo de anoche se lo puedo decir yo, el resto tendrá que preguntarle a mi secretaria. Soy un hombre muy ocupado y ciertamente no me acuerdo de todo, ¿qué pasa?

—¿Sabe quién soy?

—Por supuesto, una de mis virtudes es no olvidar una cara y en su caso más, el inspector que lleva el caso del asalto a mi novia.

—De Moreau.

—¿Y bien?

—Me extraña que no me pregunte por él.

—No le extrañe, mientras no esté en la cárcel para el resto de su vida, o muerto, no tengo ningún interés en saber nada de él. Podría mentirle, pero no lo voy a hacer.

—Ha habido un «accidente» en la prisión, le habían destinado a trabajar en la limpieza, ya sabe, fregar suelos, letrinas, ese tipo de cosas, parece que estaba en la cocina y ha estallado una tubería de gas. Ha sido muy extraño, porque en ese momento estaba solo y le ha pillado de lleno.

—¿Está muerto?

—No, pero está muy grave, si sale de esta le van a quedar secuelas muy importantes.

—Muy bien, ¿algo más? Estaba durmiendo muy a gusto y esta noticia me va a hacer coger el sueño en cuanto me acueste.

—No lo siento, nada.

—Ni lo más mínimo. ¿Algo más?

—Me he enterado de que se van de viaje por una temporada.

—Sí, debíamos haber vuelto ya, pero un cabrón hijo de puta le pegó a mi novia una paliza y ha estado mes y medio de recuperación, es un viaje que no se ha podido realizar por sus lesiones.

—Lo sé, lo sé y lo siento. No le molesto más, estaremos en contacto.

—Alfred, déjanos dormir hasta que nos despertemos.

—Sí, señor.

Al salir crucé la mirada con René, entré en la habitación con una sonrisa y más emocionado de lo que había querido parecer abajo. No quería llorar, esa etapa había acabado, pero cuando la miré allí acostada, tan vulnerable, arrastrada a un mundo tan sucio que no era el suyo y pensé que podía estar muerta, los ojos se me humedecieron. La abracé como hacía siempre para dormir.

—¿Pasa algo?

—Nada, princesa, nada, duerme tranquila.

Elise

Habíamos salido tarde del aeropuerto de París, llevábamos aproximadamente dos horas y media de vuelo, ocupábamos el avión propiedad de la compañía Girard ocho personas: Michelle y su ayudante, la tía Charlotte y Christine, René, Louis, Marcel y yo. El avión tenía ocho plazas, más la tripulación. Alfred y Marie habían salido el día antes en vuelo regular.

La gente iba dormitando, eran cerca de las tres de la mañana, pero por la diferencia horaria habían decidido salir a estas horas para aprovechar el día siguiente. Marcel iba en la cabina, me había dicho que si no me importaba le apetecía pilotar un rato. Me entretuve charlando un rato con Louis, cuanto más le trataba más me gustaba, era un chico encantador, alegre, le gustaba la música, leer, tengo que reconocer que tenía más cosas afines con él que con Marcel. Cuando nos pareció que nuestra charla no dejaba dormir a los demás fue a sentarse con René, le había avisado su primo de que a mi lado se sentaba él. Intenté dormir sin conseguirlo, así que cogí un libro. estaba leyendo *La chica del tren*, había sido un éxito de ventas hacía poco tiempo en España, pero no me concentraba, los dos últimos meses habían sido muy duros y aunque mi recuperación fue bastante rápida, no podía quitarme de la cabeza todo lo que había pasado. No quería recordar la paliza en sí. Todavía me producía horror, a pesar de que yo disimulaba todo lo que podía, lo hice durante bastante tiempo y aunque el ático era una pequeña fortaleza, no dejaban de sobresaltarme los pequeños ruidos que me eran desconocidos y que a veces me hacían temblar como una hoja.

Aquello fue terrible, pero lo que más me sorprendió es cómo me sentí después. Cuando pasó todo y llegaron las ambulancias, la policía, Marcel y los demás y me llevaron al hospital, en el momento de entrar en aquel pasillo de urgencias me sentí muy sola. Fue una sensación tan brutal el que me metieran en un habitación con toda clase de instrumentos quirúrgicos, no sé, siete, ocho personas, cada una quitándome una parte de la poca tela que me quedaba, dejándome expuesta a todo el que me quisiera ver, hablando un

francés rápido, atropellado y de tipo técnico del que no entendía absolutamente nada, sin poder casi hablar por los golpes de la cara y casi sin ver, sola, sin nadie que me ayudara a preguntar o explicar nada, que solo quería desaparecer. Me sentí sola, desamparada, absurda y cabezota por empeñarme en ir a un país que no conocía, que no me quería, con un idioma distinto al mío, con un hombre del que no sabía casi nada, peleando por un trabajo de mierda que no me iba a dar de comer. ¿Por qué, por un capricho, por un enamoramiento que no iba a llegar a ningún sitio, por la moda? ¿Qué iba hacer una chica como yo en el mundo de la moda? Nada. Me odié, me odié por ingenua y por no escuchar a los que saben más que yo, me odié por haber dejado a mis padres, odié a Marcel por ser tan jodidamente atractivo y haberme engançado de tal manera que había perdido el culo por estar con él; odié a Robert porque si no hubiera hecho lo que hizo, yo no estaría en esta situación, viviría tranquilamente en mi bonito piso, disfrutando de mi recién estrenado matrimonio y de mi familia y no en una sala de urgencias de un hospital, en una ciudad que me era hostil, o yo por lo menos sentía que lo era. Había sufrido la paranoia de un tipo con mucho dinero que, cabreado con otro con más dinero todavía, había dicho: «Voy a pegarle una paliza a esta infeliz por estar en medio» y casi me mata. Durante los días que siguieron tuve la «suerte» de no poder hablar, si hubiera podido, le habría dicho a Girard que me mandara a mi casa en un avión, porque no quería estar allí, aprovechaba mi estado para no abrir la boca y las lágrimas que salían continuamente de mis ojos las achacaban a lo que había pasado. Luego pasaron los días y me di cuenta de en qué estado estaba él, que no se separaba de mi lado, con la misma ropa arrugada, él, que se cambia dos o tres veces al día, con unas ojeras tremendas y adelgazando al mismo ritmo que yo. Sentí pena, porque estaba terriblemente apesadumbrado y asustado. Con el tiempo fui cogiendo un aire que me faltaba, echaba muchísimo de menos a los míos y reconozco que la idea de que había perdido la mejor oportunidad para haber vuelto a mi casa no me abandonaba. Sé que lo habría pasado mal, pero al final las penas se curan y las del alma, aunque duren más, también; y habría rehecho mi vida, si no antes, después. Como el tema del bebé. He procurado no hablar de ello, pero no es justo que no se le haya dado la oportunidad de venir a este mundo, que haya perdido la vida antes siquiera de manifestarse. Y todavía no sé por qué, además de que nadie casi ni lo haya mencionado, cuando si hubiera llegado a término, hubiera sido el heredero del apellido Girard. Sé que él no quiere

tener hijos, pero si este embarazo hubiera seguido adelante, tengo claro que lo habría tenido a pesar de todo.

Debí quedarme dormida, noté un roce en mi boca. Entreabrí los ojos, estaba tan cerca que mis pestañas tocaban las suyas. Sonreí, siempre tan besucón. No podía evitarlo:

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

—¿No te mareas? En estos aviones se notan más las turbulencias, aunque está siendo un vuelo muy tranquilo.

—Estoy bien, de verdad.

—Voy a intentar dormir un poco.

Me besó otra vez. Cambió la posición del respaldo para quedar de frente y después de lanzarme una larga y profunda mirada, cerró los ojos.

Aunque estos aviones tienen privilegios que no tienen los aviones comerciales llegamos al hotel, un poco antes de la hora de comer, uno de los mejores de la zona de Manhattan. Intenté dar a mi rostro y a mis movimientos un aire de naturalidad que no tenía. Todo era majestuoso, fantástico y enorme: los vestíbulos, lámparas, muebles, todo, pero no quise comportarme como una pardilla como cuando estuvimos en Roma. Nos fuimos distribuyendo por las habitaciones, cuatro individuales, una doble y una *suite*, la nuestra. Entiendo que los trabajadores de la empresa, Michelle y su ayudante, ganarían buenos sueldos, pero no para pagarse hoteles como este y debían estar acostumbrados a viajar con este lujo, así que si ellos podían, yo también.

Nuestra enorme *suite* tenía además una gran terraza con unas vistas fantásticas, el hotel estaba situado frente a la catedral de san Patricio, de una belleza extraordinaria. Y la teníamos a nuestros pies, una de las primeras cosas que haría en mi tiempo libre sería visitarla; a su vez, estaba rodeada de innumerables e impresionantes rascacielos. Era una vista que se me quedaría grabada en la retina por mucho tiempo.

Marcel y sus empleados decidieron irse unas horas a trabajar, pero no todo el día. Había que irse acostumbrando al cambio horario, aunque el vuelo en avión privado lo hace más fácil, así que volverían pronto para descansar y al día siguiente estarían listos.

Le pregunté a la tía Charlotte si quería salir y me dijo que no le apetecía, que el día siguiente íbamos a andar mucho. Se quedaría en el hotel haciendo llamadas a las casas de moda y consiguiendo citas para los días siguientes; los

chicos y yo nos fuimos a hacer una primera incursión por mi parte por la ciudad, siempre acompañados, claro, de René. Me cambié de ropa y me puse un calzado cómodo y salimos, no sin antes recibir dos llamadas de «papá» Marcel, con recomendaciones de sitios donde no debíamos ir, comer, ni subir ni bajar; bueno, ni caso, iríamos donde nos apeteciera, estos dos ya eran mayorcitos y además conocían la ciudad y nos acompañaba el rey de los guardaespaldas.

Como Louis había estado varias veces, además con amigos también había estudiado un par de años allí, se lo conocía bastante bien, así que me pegué a él como una lapa para absorber lo que nos iba explicando. Ni siquiera comimos de restaurante, lo hicimos en un sitio de esos donde van los jóvenes estudiantes, era un puesto móvil donde tuvimos que hacer cola, lo tenían todo muy organizado, en un sitio la bebida y en otro el pollo. Lo preparaban con lechuga y una salsa que estaba rica, yo no soy mucho de comer platos de estos. En Madrid la comida rápida no es mi fuerte, pero si voy a un sitio nuevo me gusta comer comida típica del país. Luego, si no me gusta, no como más. El caso es que era muy pintoresco y estaba rico. Hasta la hora de la comida no había tenido ninguna otra llamada. Christine iba protestando porque estaba cansada. No había tenido la precaución de ponerse calzado cómodo, yo me lo estaba pasando fenomenal, Louis es un acompañante ideal, sabe cómo hacer que te lo pases bien y nunca tienes problemas, es un encanto, es la versión alegre y divertida de su primo. Le dijimos a René que podía acompañar a Christine al hotel, que nosotros le esperaríamos en algún sitio, pero no hubo manera, así que Louis y yo maquinamos un plan, iríamos todos al hotel y luego, si él y yo nos podíamos escapar, veríamos la catedral y luego nos tomaríamos un té en alguna de las famosas teterías que hay.

Conseguimos escapar y directamente nos fuimos a la catedral, magnífica e impresionante. Nos llevó una hora darle un ligero repaso, tendríamos que volver, después en un taxi fuimos a tomar un té en una de las mencionadas teterías que conocía Louis. Se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta. Cuando volvimos al hotel y entré en la habitación, hacía dos horas que los ejecutivos de la compañía habían vuelto. La cara de Girard era un poema, estaba cabreado, no, lo siguiente. Nada más entrar me espetó:

—¿Te parece bien?

—¿Qué? —contesté haciéndome la tonta (pero no coló).

—¿No sabes de qué hablo? Pues no eres tan lista como me creía.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¿Cuántas horas hace que estáis por ahí, seis, siete, ocho? Tú sabes lo preocupados que estamos, has chuleado a René, le has dado esquinazo, porque esto es cosa tuya, Louis sabe que no lo puede hacer y le va a costar volver a París mañana por la mañana. Tengo muchas cosas en qué pensar como para dejar que dos niños me tomen el pelo. Te lo dije en París la última vez, quiero a mi lado una mujer, no una cría que se crea que está jugando al escondite. He despedido a René, ahora tengo que esperar que me manden un sustituto solo por un capricho tuyo y por querer salirte con la tuya.

—Está bien, ha sido una chiquillada, pero me parece excesivo cómo te pones, no estoy acostumbrada a esto, soy muy independiente, estoy acostumbrada a ir sola por la calle, a comer sola en un restaurante, a sacar mis entradas del cine o mis billetes de avión, para mí es complicado seguir todas esas normas, no me gusta.

—¿Se te ha olvidado lo que pasó con Moreau?

—Lo que pasó con Moreau no fue culpa mía, fue contra ti y tu familia. El odio que os tenéis trajo como consecuencia lo que pasó, si no hubiera estado contigo, no hubiera pasado nada.

Nada más decirlo, me mordí la lengua. El aire de la habitación, si es que lo había, se podía cortar con tijeras. La mirada fría y dolida que me lanzó me congeló el corazón, pero era verdad.

—Nos vamos a cenar fuera, te disculparé. Dile a Marie que prepare tu equipaje, encargará un billete para mañana para Madrid.

—Escucha por favor, no hagas eso, eres muy drástico. No permites un error a nadie. Cuando decidimos estar juntos, me dijiste que eras un hombre muy complicado, que te diera tiempo a acostumbrarte a tu nueva vida. He pasado por muchas cosas por ti, porque te amo, porque quiero vivir contigo, estar contigo, pero no me perdonas nada. Quiero pedirle disculpas a René y pedirte por favor que no lo despidas. Yo le aprecio y quiero que sepa que no lo he hecho con mala intención, llámale y se lo digo. Y tú, tú tienes o has tenido una vida complicada, eres un hombre muy maduro acostumbrado a lidiar con situaciones muy tensas y quizá incluso de peligro. Yo, no. Me cuesta mucho llevar continuamente a alguien detrás de mí, no disfruto de las cosas igual, ten paciencia también.

Se estaba poniendo la chaqueta y no había vuelto a abrir la boca, ya en la puerta miró su reloj y me dijo:

—Te doy media hora, espero abajo, si en media hora no has bajado nos vamos.

Salió y cerró con suavidad.

Me di una ducha de cinco minutos sin mojarme el pelo, me puse una falda negra de cortita con el top morado que llevaba el día del *smoking*, unas sandalias negras de tacón, me recogí el pelo como pude por no llamar a Marie y salí echando leches, no me preocupaba lo guapa que estaba. Hasta que lo vi en los ojos de René que estaba en la puerta. Le pedí perdón de mil maneras y la verdad es que el hombre no estaba enfadado, solo me decía que no me preocupara. Cuando llegué al vestíbulo Marcel se estaba levantando para salir, no me atreví a mirar a Louis. Marcel me cogió de la mano y salimos al exterior.

La cena transcurrió con tranquilidad, Marcel y yo hablamos poco y comimos menos, yo porque había tomado el té, que lo ponen con unos pastelillos deliciosos, Marcel seguía cabreado, intentaría contentarlo cuando volviéramos.

Estaba muy cansada, bueno, todos. Desde que salimos de París habían pasado muchas horas, me estaba dando una ducha, él hablando por teléfono, me puse un picardías negro muy mono y con muy poca tela que me había regalado Jean Pierre que llevaba dos aberturas a los lados y estaba ribeteado por una cinta estrechita color rosa chicle, la verdad es que no soy de rosa, pero el modelito me había parecido picantón. Me quité el maquillaje y salí del baño a la vez que entraba él. Me asomé a la terraza para volver a ver las espectaculares vistas, a cada hora del día que te asomaras parecía un paisaje distinto, ¿a cuántas tías habrá llevado a sitios como este? Mejor no pensarlo. Entré en el inmenso dormitorio y me tumbé en la cama, me estaba quedando adormilada cuando apareció en calzoncillos. Verle era un espectáculo; su cuerpo era perfecto, sin un gramo de grasa. Su ancha espalda y su culo pequeño y apretado, su mechón sobre la frente, su boca, ya estaba acalorada pensando cuando ese cuerpo se me ponía encima y me abrazaba y era todo mío, se acostó sin hacer ademán de acercarse, se quedó boca arriba con los ojos cerrados. Me volví hacia él, metí mi boca en el hueco de su cuello y noté cómo se estremecía, pasé mi brazo por su pecho y una pierna entre las suyas. No se movió, tenía que estar haciendo el mayor esfuerzo de su vida, yo tenía una sonrisa malévola en la cara pensando quién iba a aguantar más o menos, bajé mi mano hasta sus calzoncillos y apreté con suavidad su paquete que ya

había aumentado de tamaño, metí mi mano dentro y empecé a masajearlo y acariciarle:

—No empieces lo que no vayas a terminar —me dijo.

—¿Por qué crees que no lo voy a terminar?

—Porque te doy mala suerte, ¿no es así?

Eché la ropa hacia atrás sin contestarle y me subí encima, ya no pudo más, menos mal que la cama era extra grande porque las vueltas que dimos, yo arriba, él abajo, o al contrario una vez y otra y otra, besándonos tan ciegos de deseo que podíamos habernos caído al suelo, me quitó las bragas y yo le bajé el calzoncillo, pero fui yo la que al final me puse encima. Le volvía loco, me ponía las manos en las caderas, las subía y las bajaba desde mi sexo hasta mis pechos masajeándolos suavemente mientras nosotros gemíamos de placer, hice lo que él me hacía a mí otras veces, aguantar sin correrse, hasta que yo le dejé, estaba tan excitado que pequeñas gotas de semen se desprendían de su pene sin que él pudiera evitarlo, pero conseguimos llegar al final a la vez. Nos quedamos abrazados, entonces le dije:

—No me das mala suerte, quise decir que el incidente había pasado por otra circunstancia que no era la de que yo hubiera esquivado a los guardaespaldas. No tenía nada que ver conmigo y a pesar de todo lo que me pase, prefiero estar un día contigo que toda una vida con otro.

—Por favor, hazme caso en lo de la seguridad, nunca pasa nada, pero un día pasa. Ya lo has visto.

—De acuerdo, pero ten paciencia, me tengo que acostumbrar.

Nuestra primera noche en la ciudad de los rascacielos no había estado mal.

Elise

El día siguiente más de lo mismo. Marcel se fue temprano, desayuné en la habitación y cuando bajé al vestíbulo no vi a Louis:

—¿Qué pasa con Louis? —pregunté a las dos.

—Está en la oficina, ha dicho mi sobrino que así aprende a ver cómo se llevan lo que sea que estén haciendo.

—Ya, por mi culpa.

—En parte sí, pero no te apenes. En realidad ya tiene veinticuatro años y es bueno que se vayan ocupando los demás de cosas importantes; mi sobrino mayor lleva toda la carga de la compañía y pagan muy buenos sueldos, además, así es como han aprendido todos.

Nos fuimos a la calle, siempre acompañadas de René, a hacer más compras. Ese día compré dos trajes de noche que eran «los trajes». Fue verlos y enamorarme. Uno era negro, con un generoso escote en pico, tanto por delante como por detrás, ajustado al busto y caía con vuelo, pero se pegaba a las caderas hasta el suelo y se abría al andar. Estaba hecho de un tejido que llevaba en la tela algo así como escamas finísimas de cristal, así que al vestido no le hacía falta más; él en sí solo era una pequeña obra de arte. Cuando le daba la luz, pequeños puntos superdelicados iluminaban el vestido, era una joya, me lo pondría la noche del baile de gala. El otro era blanco, plata y unas pequeñas manchas que parecían ojo de perdiz y subían o bajaban daba igual, por todo el vestido en fila, separadas dos palmos unas de otras en la falda y se iban uniendo según subían. Era palabra de honor con adornos en plata, ajustado al cuerpo y con multitud de diminutas plumas blancas desde las caderas al suelo, era un vestido impactante y delicado. Elegí otros dos largos más por decisión imperiosa de la tía, no sé para qué coño quería tanto vestido largo, y luego me encapriché de unos vestidos monísimos cortos que había en una de las tiendas que eran tipo años veinte, precisamente le había visto uno a nuestra reina Letizia en una revista que era azul lavanda, y plata y negro, o eso parecía a través del papel de la revista: son sueltos desde arriba, cortitos y

muy ponibles, los puedes llevar a una fiesta, a una comida, a lo que quieras, siempre que no sea de mucha etiqueta. Me encantaron, cogí varios de distinto diseño y color, dejamos para el día siguiente ropa de calle, de baño y algo de lencería. ¿Dónde se creía esta gente que iba? Todo esto no cabe ni aunque me deje el vestidor para mí sola. No entiendo nada, me da vergüenza tener tantas cosas, es ofensivo, tenía otros vestidos de los desfiles que ni siquiera me había puesto otra vez y los de los anuncios, no sé.

Ese día, cuando volvimos por la tarde, ya no me quedé por ahí, estaba acusando el cansancio. Cuando volvimos al hotel me di una ducha, me puse un pantalón corto y una camiseta, encendí la tele en un canal hispano y me quedé dormida. Me despertaron sus suaves besos.

—¿Qué tal el día?

—Exagerado, ¿para qué quieres que tenga tanta ropa? Me habías dicho que no me ibas a obligar a llevar lo que no quisiera.

—Y lo que has cogido, ¿te gusta?

—Claro, sobre todo lo que he elegido hoy; cuando los veas, te vas a quedar pasmado.

—Pasmado, ¿eh? Bueno, pues te vas a poner lo que tú eliges, no te lo elige nadie.

—Bueno, tú me entiendes, listillo.

—Tenemos un largo viaje que realizar y tendrás que cambiarte de ropa, yo también, lo que pasa es que los hombres tenemos menos...

—Perifollos.

—Perifollos, contigo voy a aprender un idioma nuevo: hoy he aprendido ‘pasmado’ y ‘perifollo’.

Empezó a hacerme cosquillas.

—Me voy a dar una ducha, ¿dónde vamos a cenar hoy?

—No sé, esas cosas siempre las piensas tú.

—Yo estoy cansado, podíamos cenar aquí en el hotel y luego tomar una copa en un salón que tienen con un pianista que canta estilo Frank Sinatra bastante bien. Así cuando nos cansemos nos subimos, ¿qué te parece?

—Bien, porque la tía estará cansada y tu hermana o se queja, o no dice ni pío.

—Quiero encargarte una cosa. Mañana por la mañana se va a quedar todo preparado para la firma y este hombre y sus asesores llegan justo mañana, esperamos que firmen pasado; bien, mañana por la noche, me gustaría preparar

una cena aquí, en el comedor de la suite, una cena informal, ropa cómoda y una cena apropiada, ¿te encargas?

—Tú crees que yo...

—Estoy seguro, seremos cuatro personas más, creo. Viene Vermont con su mujer y el resto son de la oficina. Escucha, estoy haciendo negocios con él, pero es un tío que me desagrada, es un baboso con las mujeres, he hecho cosas con él de las que me arrepiento, porque me da a ganar mucho dinero, no me mires con esa cara, espero que no se acerque a ti.

—¿Otro Moreau?

—Ni lo nombres, pero sí, algo parecido.

—Todas las mujeres que nos acercamos a ti parecemos unas putas.

—¿Tú crees eso de verdad? ¿Crees que te trato como a una puta?

Estaba furioso, pero yo también.

—¿Qué diferencia hay? Me has traído a tu hotel como a las demás, me compras ropa y joyas como a las demás, te acuestas conmigo como con las demás y parece que sirvo de cebo para tus negocios como las demás...

Me sentía herida, empecé a llorar, él había salido de la ducha para decirme lo de la cena con la jodía toalla enrollada a su cintura, pero estaba muy dolida; vino hacia mí, me empujó contra la pared, me agarró la cara con las manos y me dio el beso más largo desde que nos conocíamos, mientras yo intentaba apartarle con los puños, conmigo de la mano me llevó al armario, había un smoking azul que yo no había visto. Metió la mano en un bolsillo y sacó una caja azul claro, atada con una cinta de raso blanca, ponía «Tiffany's». La abrí, era el anillo más bonito que había visto nunca. Era un diamante rosa en forma de pera, rodeado de brillantitos blancos, tanto por la parte de arriba como por el aro, engarzado en platino, era bellissimo. Era una montura cómoda para poderlo llevar cada día, sabía que no me gustaban las joyas aparatosas que se me engancharan en la ropa, había pensado en todo. Yo lo miraba a él y a la sortija, con la boca abierta como un pez fuera del agua, no era capaz de cerrarla.

—¡Cásate conmigo!

—Pero tú no te quieres casar.

—No quería, ahora lo que no quiero es perderte, no me has contestado.

Dejé caer mi cabeza en su pecho y cogiéndole la cara le contesté:

—¡Dios mío, claro que quiero! Pero esto es demasiado, yo con uno más pequeño tengo suficiente.

—Quería que se pareciera a ti, ¿te gusta?

—Marcel, es una belleza, lo tiene todo: fuerza, delicadeza, originalidad, me está perfecto.

—Quiero pedirte un favor, princesa, no lo sabe nadie, no quiero que se presente mi familia y la tuya no puede venir. Van a poner todos el grito en el cielo, vamos a esperar unos días más para decirlo, lo tengo todo preparado, la boda va a ser en cinco días pero en cuanto te vean la sortija en la mano todo va a saltar por los aires: la prensa, los teléfonos, todo. ¿Te importa esperar esos días?

—Eres increíble, lo tenías todo pensado. Por eso toda esa ropa, el viaje, tus escapadas a no sé dónde, señora Girard, voy a ser tu mujer. —Me tuve que sentar, estaba mareada, era todo muy fuerte—. No, no me importa, pero voy a dormir con ella. Se echó a reír, me cogió la mano, me la puso y nos pusimos a bailar por la habitación, yo con pantalón corto y camiseta y él con una toalla enrollada a la cintura, así fue nuestra pedida de mano, sin más protocolo.

Después de una cena muy agradable en la que yo estuve flotando en una nube, pasamos a tomar una copa a la sala que había comentado Marcel que tenía un pianista. Era un sitio muy acogedor, parejas casi todos, aunque había algunas chicas sueltas. Nos habíamos sentado en un rincón recogido con unos sofás muy cómodos. La tía dijo que se subía a la habitación, estaba cansada, así que el resto nos quedamos, llevábamos un rato charlando, aunque yo casi no podía abrir los ojos, habían sido muchas emociones y estaba rota. Un par de mesas más allá, se hizo un grupo de dos hombres y tres mujeres, una de las chicas no nos quitaba la mirada de encima como si conociera a alguien, era morena y con el pelo corto, era guapa, y miraba con demasiada insistencia.

—Esas chicas que andan sin pareja por aquí, ¿quiénes son? —le pregunté en voz baja a mi chico.

Levantó la cabeza y echó una mirada.

—Señoritas que se ofrecen a caballeros que vienen solos o buscan compañía.

—¿Compañía para qué?

—Elise, por Dios, prostitutas de cierto nivel, aquí no dejarían entrar otro tipo de chicas.

—¿Siempre son las mismas?

—Depende, ¡oye, deja esta conversación! No me gusta hablar de eso.

—Ah. Y tú las conoces.

—¿Qué pregunta es esa? —me espetó de mala manera.

—Que si las conoces.

—¿A todas? —me miró riendo—, ya estas otra vez.

—No te cabrees.

—Elise, esa boca.

—Es que hay una que no nos quita la vista de encima.

—Será una casualidad.

—No, no lo es, nos mira insistentemente.

—Venga. ¿Cuál?

—Dos mesas más abajo, la mesa de cinco, la del pelo corto.

Me tenía cogida la mano y cuando miró donde le indicaba, juraría que apretó la mano sin darse cuenta, porque a continuación me dijo:

—No tengo ni idea.

Diez minutos después, se levantaron para irse y al pasar por nuestro lado, la chica nos miró, pero a Marcel no se le movió ni una pestaña. Bueno, lo dejaremos pasar, total no me iba a enterar de la verdad.

—Cielo, me subo a la habitación, quédate tomando la copa, estoy muy cansada.

—No, nos subimos todos —me dijo en voz baja.

—Señores, nos vamos a subir, a ver si mañana conseguimos que Vermont firme temprano y adelantamos un día.

—Sí —dijo Michelle, y haciéndome un guiño, me dijo—. Vosotros a descansar que ya os queda poco.

—Hasta mañana.

Se fueron hacia su ascensor, nosotros estábamos en otra ala. Y yo empecé a refunfuñar.

—Qué pasa, que esta sabe lo de la boda.

—¿Esta? Ah, te refieres a Michelle.

—No me corrijas, hablo como quiero, qué pasa, a mí me dices que no se lo diga a nadie, que es un secreto, pero parece que tú con ella no los tienes. ¿No es eso?

—Michelle es muy discreta, no va a decir nada.

Entramos solos en el ascensor, a esas horas no había casi nadie en el hall.

—Ya, lo que pasa es que a ti esta tía te da morbo, te pone un montón y si ella quisiera ya te la habías tirado.

—Vale, Elise —dijo resoplando.

—Ah, ¿no? No me digas. Si fuera bisexual, ¿no te la habrías tirado? Lo estás deseando.

De pronto le da al chico del ascensor en el hombro y le habla en inglés, yo como no entiendo casi ni papa, pues no me entero. El chico para el ascensor, Marcel le da un billete y el muchacho se queda fuera cerrando las puertas. Se quita la chaqueta, la entremete en el agarrador del ascensor, se afloja la corbata y se agacha, me da un golpe en una pierna mientras tira de mis bragas y al levantarse se abre el pantalón. Mi corazón golpeaba a mil por hora. ¿Qué iba a hacer este insensato? Me coge por el culo, me sube las piernas a sus caderas, me dice: «¡Agárrate!» Y me acomete con su arma de destrucción masiva que la tiene en forma y cargadísima para disparar. Yo doy un respingo, porque la verdad, no había notado que estuviera tan preparado y me dejo llevar.

—Mira cómo me tienes toda la noche —me dice recalcando mucho las palabras y apretando los dientes—, no puedo estar un puñetero día sin follarte. Me paso el día mirándote o recordando tu cuerpo y lo que siento cuando estoy contigo, te necesito como el aire que respiro y el día que no lo hago de la manera que sea, parece que tengo el síndrome de abstinencia. Estoy así por ti, si deseara estar con otra, ya lo habría hecho.

Y mientras seguía entrando y saliendo de mi cuerpo y yo moviéndome como una muñeca: arriba, abajo, arriba, abajo, al final me excitó tanto que sujeté su cuello con una mano, metí la otra en su pelo se lo enganché por detrás hasta separar su cara de mi pecho y cuando lo tenía así, yo misma moví la pelvis para que me penetrara más y empecé a moverme con mucha suavidad mientras besaba su boca con besos suaves y húmedos que le dejaban sin aliento. Nos corrimos a la vez. Yo estaba empotrada entre un agarrador y un rincón y así nos quedamos unos larguísimos segundos hasta que nos fuimos calmando y entonces me dejó bajar. Nos miramos y me dijo:

—¿Esos besos que me has dado?

—Fabricación casera —le contesté mientras cogía un pañuelo del bolsillo del pantalón. Le limpié para que no pareciera la lámpara de Aladino y yo saqué el mío del bolso y me adecenté un poco hasta subir a la habitación. Nos estiramos la ropa, nos arreglamos el pelo y mi amante loco, salvaje y apasionado novio, golpeó la puerta del ascensor. El chico seguía solo. Marcel le dio otro billete y el chico le dijo que cuando le necesitara, le buscara, que él estaba siempre en los ascensores, menudo pillo. Cuando entramos a la

habitación nos dimos cuenta de que mis bragas asomaban por el bolsillo de su chaqueta y no pudimos evitar reírnos a carcajadas.

Nunca pensé que me iba a volver tan desinhibida y ansiosa con el sexo, pero éramos jóvenes, que es cuando se está fuerte para estas cosas. Los matrimonios mayores ya casi ni se acuerdan de cómo eran cuando tenían estos años, yo veo a mis padres, ¡qué pena! Uno enfermo y la otra cuidando de él, ya se les han acabado muchas cosas, les queda el sufrimiento y el cariño y pensar que alguno de ellos pueda desaparecer. Seguro que, dentro de tres o cuatro años, nosotros no funcionaremos igual y él no estará en forma a todas horas.

No paramos de hablar en toda la noche, yo no paraba de preguntarle cosas, quería regalarle algo bonito, pero qué se le regala a un hombre que tiene absolutamente de todo. Al final, y aunque no era muy original, era hombre de gemelos, nunca se ponía una camisa con botones: los tenía de todos los metales, modelos y tamaños, así que decidimos que le compraría los gemelos y el alfiler para la corbata. Quería que hicieran juego con las alianzas, que me confesó las estaban grabando para que fueran especiales. El nuevo socio para la zona de EE. UU. era canadiense y llegaba al día siguiente, después se celebraría el baile o la cena, ya no sé lo que era, de gala dos días después, ese día y el siguiente, los teníamos para nosotros para hacer compras. Íbamos a comprar unos regalos como recuerdo de la boda, me prometió que me dejaría pagarlo a mí. No tenía traje de novia, no importa, me pondría el blanco y plata de las plumitas, cualquier cosa valdría, estaba acelerada, excitadísima y apenada, mi familia no estaría en un día tan importante. Los veo tan poco, eso tiene que cambiar, somos cuatro gatos, pero siempre hemos estado muy unidos. Tenía la sensación de que me arrollaba una gigantesca ola que absorbía mis sentidos, mis deseos y me llevaba en una dirección que no es la que yo había elegido y al mismo tiempo que lo aceptaba, a la vez me aterrorizaba, era como dar un salto en el vacío hacia lo desconocido, fuera del calor de los míos, seguía teniendo dudas y no era capaz de dejarle.

Por la mañana madrugué para hablar con el director del hotel, tenía que preparar la cena antes de irnos de compras, esta vez ropa informal y de baño, ¡ojalá lo encontráramos todo en el mismo sitio, estaba cansada de ver tiendas!

El director subió a la habitación con un secretario o algo parecido que era el que tomaba notas, tanto uno como otro no pudieron ser más gentiles. Se pondrían unas mesitas en la terraza con una iluminación agradable y una mesa más larga con lo que se iba a servir de cena, la servirían camareros en la mesa

buffet. La comida y la bebida se serviría en las mesitas, habría también alguna mesa en la zona interior. Una hora antes habría un aperitivo con cocteles, refrescos y vinos, y la cena consistiría en pequeñas ensaladas, pescado y marisco en brochetas o asados y carne a la brasa, nada de salsas, frutas en copas ya limpias y troceadas y algún dulce no muy pesado, pastas y bombones, nada de tartas y, sobre todo, un buen champán francés. El director me hizo alguna sugerencia acertada como poner una *fondue* de chocolate para bañar las frutas, así que lo cambiamos por los bombones. Mientras hablaba con él tuve una idea y llamé a Marcel.

—¡Hola! Has madrugado.

—Estoy con lo de la cena, sé que no es momento, pero dime si se te ocurre algo.

—¿Qué has preparado? —Se lo expliqué—. ¡Perfecto, yo no podía haber elegido mejor!

—Pues quiero que me hagas un favor, cuando le comuniques a tu gente la invitación a la cena, pide por favor que si pueden vengan de blanco, quiero que parezca una cena ibicenca.

—Siempre un poquito de tu tierra.

—Será bonito, ya verás, compraré unas camisas para Louis y para ti, pantalones blancos, sé que tienes.

—Sí, la verdad es que va a resultar muy agradable; iremos pronto, si necesitas que salgamos a por algo, anótalo. Te amo, princesa. Nos hemos pasado la noche hablando, te debo muchos besos. —Emitió una risita peligrosa de «ya me cobraré»—, *au revoir*.

—Ah, somos once contando a los Vermont, no sé cuántos traen ellos, lo digo porque no vayamos a sumar trece y ya sabes, aquí ni pensarlo.

—No fastidies, vale, se lo diré a Michelle a ver que sume bien. Chao.

Al salir del hotel, le encargué al director unos ramos de claveles rojos para adornar la estancia. El cóctel empezaría a las ocho y a las nueve la cena.

Tuvo mucho éxito, hasta la tía me felicitó por el tipo de cena que había elegido, el tema de la ropa resultó muy agradable, fue un punto muy español en el centro de Manhattan. Yo por la mañana compré camisas y alguna cosa más en una tienda de ropa ibicenca que había descubierto por internet.

Vermont estuvo rondando a las damas, pero estábamos muy protegidas, tendría que buscar fuera, al final Marcel le dijo que preguntaría en recepción, parece que el matrimonio era abierto y a ella también le iba ese tema, no sé

cómo acabarían. Él y su equipo lo traían todo muy estudiado, así que las firmas se efectuaron por la mañana, por lo que teníamos todos tiempo libre, casi dos días, menos las noches con las cenas, íbamos a volver como pavos en navidad.

Elise

Nos pasamos la mañana buscando regalos, el pobre tuvo una paciencia tremenda porque nada me convencía, lo que me gustaba para uno o una no me gustaba para otro u otra. Al final se acordó de una joyería donde le conocían mucho y no era de las más caras, ya me encargaría de que nos hicieran descuento. Marcel se reía, quería verme regatear. «Yo no he regateado en mi vida», me dijo, y si lo había hecho, solo que en otro nivel cuando sellaba sus contratos, fusiones y sus historias. Seguro que antes había tremendas negociaciones que al fin y al cabo eran lo mismo.

Nos iban a hacer unas pulseras para las damas jóvenes de oro, de una marca americana muy conocida. Eran rígidas con un cierre que facilitaba la apertura y dos piedras en las puntas en tonos distintos cada pulsera; parecían egipcias, por dentro nuestras iniciales entrelazadas y la fecha. A las señoras de más edad, unos broches que elegimos cuidadosamente según para quien eran, yo elegí algo especial para la abuela Julie, pequeños joyeros de plata y juegos de semanarios en plata también, más modernos que los que llevaban las abuelas. Me encapriché de unos abanicos pintados a mano, preciosos y con unos diseños realmente originales, a Marcel le encantaron. A mi hermano le cogimos un reloj que hacía de todo, sobre todo acuático, a los chicos jóvenes como él, cuanto más hicieran, mejor. La verdad es que lo eligió mi casi marido para que fuera más elegante, yo le hubiera cogido un tocho que hablara. Para Louis y Marc escogimos, bueno, escogí, unos especiales. Eran dos llaveros en oro blanco y amarillo, Louis para su casa, y con una inscripción: «En mi hogar solo entra quien yo quiero, respétalo». Se iba a independizar, de hecho quería haberse quedado en la buhardilla hasta poderse ir a un sitio mejor, pero tanto Marcel como yo le dijimos que no, nos traía malos recuerdos a todos. A Marc para el restaurante que iba a abrir: «Que la ilusión guíe tu corazón». Llevaban un pequeño sensor que ante una palabra o una secuencia numérica que tenían que programar, y que marcaba el móvil, el llavero emitía un sonido indicando dónde estaba. Marcel se mosqueó porque está celosillo, sobre todo de Marc,

dice que a Louis lo tiene bajo control, pero a Marc no. También algunas pequeñas joyas de fumador para alguno de los amigos de Marcel que fumaban. Para los caballeros mayores, Marcel eligió unas plumas estilográficas bastante caras, porque parece ser les gusta firmar los contratos importantes con pluma y siempre con la misma, así que sí, salieron caras, pero fue a su elección, también elegimos una para Juanjo, mi cuñado. Compramos algún regalo más de cada uno porque luego siempre surge algún compromiso. Las plumas llevaban las iniciales de los dueños, y él también eligió una que la iba a estrenar el día de la boda. Ahora tenían que grabarlo y hacer algún pequeño arreglo y nos lo mandarían al hotel cuando estuviera. No me atreví a pedir descuento, no quería poner a mi chico en evidencia, pero el señor, que sabía con quién estaba tratando, sacó tres estuches, estos sí de Cartier con tres pulseras para que eligiera una: me quedé con una rígida que se abría en tijera y que llevaba unas piedras azules, perfecto, «algo azul», me encantó.

Pasamos un día estupendo, comimos por los alrededores del puerto buenos mariscos y además mi chico se metió entre pecho y espalda una macro hamburguesa, no iba a caber en el smoking. Recordamos cuando nos conocimos, las veces que fui a París por lo de los anuncios. No hablamos de Robert ni de Moreau. Nos hicimos muchas fotos, también en un fotomatón como los turistas de verdad, nos compramos unas gafas de sol chulísimas, un día maravilloso, como una pareja normal que está de vacaciones. Debí decirle a René que nos siguiera de lejos, porque yo no me di cuenta de su presencia.

Volvimos al hotel poco después de comer, había que prepararse para la cena que daba la compañía. Otros años habían ido los tres cabezas de la empresa, pero este año con el tema de lo que ocurrió las vacaciones se habían descolocado y la fiesta iba a ser más reducida, mejor, otra cena, íbamos a volver a París como auténticos botijos, aunque en estas cenas casi no se come: las damas, porque es vulgar y si te manchas más —y yo soy el veinte, siempre me toca—, así que poca comida y mucha bebida.

Nada más entrar en la habitación, algo llamó mi atención, unas fundas de esas que sirven para guardar ropa y un montón de cajas y bolsas de tiendas que a mí me sonaban de haber ido con la tía.

—¿Qué es todo esto?

—Espera, no lo abras, son nuestros trajes de novios, creo —llamó a Alfred por teléfono y tanto él como Marie se presentaron enseguida.

—Alfred, esto es lo que creo.

—Sí, señor. Lo que hay en el dormitorio es de la señorita, y lo de la sala lo suyo.

—Yo no había encargado nada para mí.

—Lo ha hecho *madame* Girard.

—¿Mi tía?

—Sí, señor.

—¿Y por qué está separado?

—Es algo que les tienen que decir, señor, creo que es una costumbre en algunos sitios.

—Elise, tú sabes algo de eso.

Me eché a reír.

—Me parece que sí. No van a dejar que durmamos juntos estas dos últimas noches.

—No fastidies ma *chère*, ¿costumbre de dónde?

—Qué gracioso, te estás enfadando —me miró con el ceño fruncido—. Escucha, antes de que las parejas convivieran antes de casarse, cuando supuestamente las novias eran vírgenes hasta la boda, el día de la boda el novio y la novia salían de la casa de sus padres, se veían en la iglesia y esa noche sonaban los fuegos artificiales, porque se iba a consumir el matrimonio. Como eso ya no existe, lo que se hace es que uno o dos días antes, la novia se va a casa de sus padres y el novio a casa de los suyos o al piso que comparten, están esos dos días de casto ayuno para el día de la boda cogerlo con más ganas y que exista ese pequeño compás de espera que le da más emoción al asunto y en algunos casos si ni siquiera se ven, dicen que mucho mejor.

—Ni hablar, voy a ir a la ceremonia con ojeras, no voy a pegar ojo.

—No seas niño, anda, vamos a darles gusto.

Se fue al baño murmurando que si costumbres ridículas, que vaya mierda, que si no iba a dormir..., se le pasaría.

—Alfred, ¿saben ya cuál es la habitación que va a ocupar el señor?

—Sí, señorita Elise, va a dormir con su primo. —Mi carcajada debió oírse en las habitaciones contiguas.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esa risa?

En ese momento llamaron a la puerta y era Louis.

—Ya era hora, os estábamos esperando para comer. ¿Qué pasa, prima, de qué te ríes con tantas ganas?

—Que me acabo de enterar de con quien va a dormir mi casi ya marido los próximos dos días.

—¿Con quién? No jodáis. ¿Qué habeis hecho?

—Esa boca, cariño, esa boca.

—Connmigo —dijo Louis.

—¿Contigo...? ¿En la misma cama? No, de ninguna manera, yo no me meto en la cama contigo.

—Si es enorme.

Entablaron una discusión muy graciosa sobre las famosas dos noches, al final accedió por el tema del vestido, acababa de llegar y no me lo había probado y no sabíamos si me estaría bien, ni siquiera sabía cómo era ni si faltaba algo. Así que no solo no podíamos dormir juntos dos noches, sino que tampoco podía estar en nuestra habitación. Estaba muy enfadado, no se esperaba que esa noche ya íbamos a dormir por separado, a mí me había parecido gracioso, aunque también me costaba estar sin él, además habíamos programado un baño conjunto en una gran bañera que había en la *suite*, pero... Mi traje era regalo del novio, pero él no había visto nada. Había hablado unos días antes con una diseñadora que les era muy familiar y tenía mucho ojo para la ropa y Marcel le dijo lo que pasaba, que me observara bien a ver qué tipo de vestido le parecía el apropiado y si yo veía algo que me gustara mucho, sin decir nada lo reservara. Así que zapatos, medias, lencería, todo lo eligió la diseñadora, pero mi novio no lo había visto para no crear mala suerte. Cuando Louis consiguió llevárselo a su dormitorio, me tiré cansadísima encima de la cama a descansar un poco los pies, mientras Marie preparaba la bañera y sacaba la ropa de la boda para probármela. La de la fiesta ya estaba a la vista, todavía nos quedaba la gran cena de esta noche y otra cena el día siguiente, la de mañana ya era en familia para reunirnos antes de la boda que era un día después. Marcel tenía que comprarse cosas de baño y alguna camisa de tipo ibicenco, le había gustado la que yo le compré para la cena, son cómodas y frescas y quería comprar un equipo de submarinismo para mí, él lo practicaba cuando podía y quería, si me gustaba que diera unas clases para poder luego practicarlos juntos. Me encantó la idea, me gustaba todo lo que tenía que ver con el agua.

Me despertó Marie una hora después, me había quedado frita (tenía que pulir mi lenguaje). Sacamos el traje de novia, ¡era el traje más precioso que había visto en mi vida! Tenía un diseño años veinte, seguro que era de la tienda

donde elegí aquellos cuatro o cinco vestidos que tenían la misma tendencia. El vestido base era un bajo vestido de raso liso con finos tirantes y muy escotado. Encima, el cuerpo era de una pieza hasta el bajo en gasa bordada en plata con escote barco perfilado, también con remates plateados y diminutas perlas y cristales. El bordado seguía hasta más abajo de las caderas, continuaba en liso dando vuelo a la falda y terminaba más arriba de los tobillos con los mismos adornos que el escote y dando al vestido un corte desigual en el bajo se alargaba por la parte de atrás, llegando hasta el suelo. El bordado era floral y al mismo tiempo líneas geométricas los entrelazaban hasta debajo de las caderas. Se abrochaba por detrás con diminutos botones de cristal, tenía una mezcla de Ibiza y años veinte. Al sacar más cosas de la caja vimos una muñequera hecha de pequeñas jaretas que llevaba en la parte de arriba una especie de pequeño cucurucho con un ramo de pequeñísimas rosas entre rosa y champán hechas de porcelana; eran los alfileres que las novias dan a las jóvenes invitadas, y que luego siempre todo el mundo quiere. Llevaba una esponjilla cosida discretamente al cucurucho y los alfileres iban prendidos allí para que no se cayeran. Dos pares de zapatos, un velo, flores para el pelo y dos o tres tocados para elegir. El diseño era exquisito, ¡ojalá me esté bien!

Había que hacerle unos pequeños retoques, uno a la altura del pecho y otro en el bajo, llevaba mucho peso para las perlititas y los cristales y no lucía el adorno. El peso hacía que el borde del vestido se metiera hacia dentro. Cogí una tarjeta que venía en las bolsas y llamé, era el teléfono personal de la conocida de Marcel, que fue encantadora. Me dijo que si me gustaba con el adorno, le meterían por el bajo un cordoncillo para que mantuviera el bajo extendido y pudiera lucirlo. ¡Perfecto! Vendrían a por él en diez minutos y que no me lo quitaran para mirar lo del pecho.

Mientras esperábamos le dije a Marie que había una cosa de los vestidos que me daba vueltas a la cabeza. La cena de esta noche era de alto copete, acudiría gente importante y, sobre todo, de cierta edad: grandes empresarios, gabinetes de abogados de renombre, algún político, algunos venían con sus esposas, algún que otro ligue o novios y se colaría alguna que otra señorita contratada para tal menester. Yo quería estar perfecta. Siempre digo que Marcel nunca me obliga a que me ponga esto o aquello, pero yo sé cuánto le gusta acudir conmigo a algún evento y que esté perfecta. Nunca me dice nada negativo, para él siempre estoy espectacular. Tenía intención de ponerme el vestido negro, era el más elegante que había comprado e incluso el más

elegante que tenía, pero dado el tipo de fiesta que era, la edad de las señoras que iban a acudir implicaba que el negro iba a ser el color preferido de la ropa femenina, por lo cual yo no iba a destacar precisamente.

—Pero, es usted muy joven, Elise, seguramente será la más joven de la noche.

—Por eso precisamente, debería ir acorde con mi edad. El negro seguro que me lo podré poner en otra ocasión. Había pensado en el de las plumas, pero cuanto más lo miro, menos me gusta para mí.

—Pero es precioso, es espectacular.

—Es muy tieso, no me siento cómoda con él, se ajusta mucho al cuerpo y a mí me gusta moverme con facilidad, voy a estar muy envarada.

Llamaron a la puerta.

—Elise, vienen de la casa de modas.

—Que pasen.

Reconocí inmediatamente a la señora que nos atendió durante el pase privado, no sé si era la dueña o la encargada. Nos saludamos muy cordialmente, si le había molestado venir en un fin de semana, no se le notó. Estuvo ella misma poniendo alfileres aquí y allí, hablando con la persona que la ayudaba mientras Marie y yo seguíamos con el tema del vestido.

—Disculpe, *madame* Girard —me dijo, el corazón me dió un vuelco.

—No —dije con una sonrisa—, todavía no soy la señora Girard.

Pero, claro, el vestido de novia era para algo.

—El señor Girard me ha hablado como si lo fuera, en cualquier caso, estoy segura de que si puedo solucionarle el problema, él lo agradecerá.

Le expliqué el problema del vestido, por suerte hablaba un francés perfecto. Sacamos los vestidos, el negro no era suyo, pero el blanco sí.

—¿El negro se lo quiere quedar?

—Sí, seguro que me lo pondré, además es un vestido muy cómodo; pero el blanco, aunque me parece un vestido espectacular, me parece más para los Oscar, para andar por la alfombra roja.

Se echó a reír, era madura y guapa, ¿habría tenido mi novio algo que ver con ella? Jo, qué pesadita soy, siempre pensando en lo mismo, no me lo quito de la cabeza. Él con otra en la cama, en la ducha, cenando, cogiéndole de la mano, besándola en el cuello, mierdaaa. Si todas estas finuchis supieran lo que pienso y mi lenguaje, me echaban del hotel, por lo menos.

—¿Confía en mi criterio?

—Bueno, el vestido de novia no podía ser más acertado, estoy encantada.
Y dirigiéndose a su ayudante le dio una serie de instrucciones, esta vez en inglés. La chica salió a escape.

—Vamos a esperar unos minutos, mientras ¿si se tiene que maquillar?

Media hora después, la chica volvió acompañada de otra persona más, esta vez era un hombre que le hubiera encantado a Jean Pierre, simpático y arrollador.

—¿Qué pasa *cherie*?

Danielle, ya sabía su nombre, le explicó el problema. El hombre me miró y asintió con la cabeza, además es muy joven y con ese cuerpo puede llevar lo que quiera.

—Es la prometida de Girard, pero no se puede decir todavía.

—¿De nuestro Girard?

—Sí, ese.

—Uf, qué hombre.

—Vamos Cocó, a lo nuestro.

—¿Quién la viste en París?

—Tengo una relación muy estrecha con Jean Pierre Dumont.

—Ohhh, mi gran amigo.

—¿Se conocen?

—Mucho, *cherie*, adoro a Jean Pierre, es la mejor persona que conozco.
Hace mucho que no le veo.

—Yo le adoro también, a mí me tiene supermimada.

—Se parece usted mucho a su hermana, pobre...

Danielle nos cortó.

—Cocó, vamos, es para esta noche, tenemos prisa. No queremos que llegue a la fiesta estresada, roja y sudorosa.

—No, por Dios.

—Saca los vestidos —le dijo a la otra chica.

Sacó tres vestidos que no vimos el otro día: «Han llegado hoy», me dijo como aclaración. Uno de gasa color coral, escote palabra de honor y sujeto en el hombro izquierdo con una tira en plata y pedrería que llegaba a la espalda imitando un gran broche, así como un adorno haciendo juego en la cintura, elegante, cómodo y juvenil, ideal para mí.

El segundo era también en gasa azul en *dégradée*, empezando por un azul noche y en esa gama bajaba hasta un azul pálido, se cruzaba en tres bandas en

el busto que cada una cogía el azul más oscuro y el más claro, haciendo un dibujo muy original en el cuerpo. Seguía en la falda con los oscuros y terminaba en el borde inferior en el azul pálido. La verdad es que eran muy apropiados, al final en otra funda traían otro al que yo llamé «el Rita Haywort», el famoso de *Gilda*, era un clásico, pero en vez de negro lo traía en rojo. Me dijo:

—¡Si se atreve!

—Me va a hacer mayor, de hecho he llevado uno más atrevido en la grabación de un anuncio con Marcel.

—¡Es cierto —dijo Daniella—, nosotros tuvimos fotos de aquel anuncio hasta hace poco en el salón! No me había fijado que era usted.

Me lo probé y no me estaba mal, pero tampoco perfecto, desde luego yo no tenía el tipazo de aquella mujer y habría que retocarlo mucho, además seguro que él prefería un modelo exclusivo para esa fiesta que el otro por muy insinuante que fuera. Me decanté por el color Coral. Marie me miró aprobando la elección, me cuidaba mucho y me estaba empezando a conocer bastante. Era un vestido elegante, juvenil y destacaba lo mejor de mí, iría muy bien. Mientras recogían lo que habían llevado yo hice una llamada a París y le pasé el teléfono a Cocó.

—Tome, quieren hablar con usted.

La conversación de esos dos después de tanto tiempo era para haberla grabado. Quedaron en verse en cuanto pudieran y el tal Cocó estaba feliz. No sé si estaba haciendo de casamentera.

Le hice un gesto a Danielle sobre el precio de los vestidos, el que me había quedado era de menos precio que el blanco de las plumas, y me dijo que me regalaba el azul, si me gustaba, así que estaba contenta, ahora había que darse prisa, teníamos mucho que hacer. Me despedí de aquellas personas que ya tenían una cara con la que quedarse para futuras ventas.

Elise

Cuando llegamos a la fiesta, confirmé lo acertada que había estado con el cambio del vestido, Marcel no me había dicho nada, solo que estaba preciosa. Cuando llegamos allí solo dijo «demasiado negro», le sonreí. No sé si estas fiestas tienen algún tipo de protocolo o no, solo imaginaba que iba a ser un tormento, decían que no iba a haber muchos invitados por el tema de las vacaciones, pero la había, yo me agarraba de la mano de mi novio para que no me soltara, porque me veía perdida en un tumulto de gente que no conocía. Al principio fue todo despacio, acompasado, presentándose aquí y allá, todo el mundo deseaba conocer a la joven compañera del heredero Girard de la que decían no se separaba, aunque al final lo consiguieron. Había un gran salón por el que los invitados estaban repartidos en mesas con nombres, preparadas para la cena, luego hablarían algunos señores importantes y entregarían algunos premios. Llevábamos un buen rato saludando aquí y allí, yo simplemente con la sonrisa puesta, porque entre que no conocía a nadie y no sabía inglés, alguna vez me hablaban en español, *¡oh my god!*, qué alegría, pero duraba poco. De repente me separaron de Marcel y me encontré perdida, a él se lo llevaron a presentar a alguien y no le dieron tiempo a cogerme y yo me quedé sola con una copa en la mano.

Me tocaron en el hombro con demasiada familiaridad. El señor Vermont, el canadiense, estaba en un grupo de seis personas, yo seguía sin saber inglés, no me había dado tiempo a hacer un curso rápido, hablaron entre ellos hasta que un apuesto caballero se dirigió a mí en francés:

—¿Cómo han podido abandonar a una joven tan hermosa?

—No sabe cuánto me alegro de oír un idioma conocido —contesté sin responder al piropo.

—¿Francesa?

—No, española.

Vermont le debió explicar quién era, el hombre me miraba con un interés más allá de querer saber eso. Se presentó:

—Jack, Jack Sullivan, australiano.

Tengo que reconocer que era atractivo el jodío, era un parecido a Jackman el actor de cine, me presentaron a la otra pareja y, ¡oh, casualidad!, su acompañante, la del australiano, era la señorita del pelo corto que andaba siempre por el hotel y que parecía conocía a mi chico. También estaba la señora Vermont; bueno, ya tenían un sexteto, ¡interesante!

Después de unos minutos de una extraña charla en francés e inglés que no nos llevaba a nada, los Vermont y la otra pareja se fueron a saludar a no sé quién y la morenita sospechosa murmuró una excusa y desapareció, me temo que en busca de Marcel. Estaba yo allí, así que si quería hablar a solas con él, era el momento; me quedé con el atractivo Jack, que si aparecía mi chico no le iba a hacer gracia, pero no veía a nadie conocido, así que:

—No sé cómo Girard ha dejado sola a una mujer como tú.

—La verdad es que no me ha dejado, nos han separado sin querer. Y yo no sé cómo un hombre como usted viene a una fiesta como esta solo.

—En una fiesta como esta nunca se está solo —dijo con una sonrisa lobuna.

—Sin pareja propia.

—*¡Touché!* Pero no era mi pareja, venía con Vermont.

—Todavía no entiendo cómo, hombres como ustedes —señalé el salón—, atractivos, ricos, con don de gentes, labia, inteligentes, en fin, hombres que con un chascar de dedos tendrían a la mujer que quisieran, tienen que pagar para ir a una fiesta con una mujer, de verdad no lo entiendo.

—Si yo chascara los dedos, ¿te vendrías conmigo?

—Hablo en serio. Fíjese en el salón, casi todos hombres de mediana edad para arriba, algunos con mujeres hermosísimas a su lado que posiblemente sean las suyas y muchos o algunos prefieren una de pago que disfrutar de lo que tienen en casa.

—¿Tanto te molesta?

—Pues sí, porque se ve mucho, sobre todo entre la gente de dinero como vosotros. Tenéis mujeres, hermanas, hijas, no sé, amigas que os acompañarían gustosas. Siempre se dice que las mujeres somos más complicadas y los hombres más simples, pero caray con la simpleza, a todos os da por lo mismo.

—Para el hombre tener sexo con otra mujer que no es la suya no es importante, es un pasatiempo, tenemos el defecto de necesitar saber que podemos conquistar a una mujer, si lo que tenemos en casa está seguro, echar una canita al aire no es importante, porque no nos quedamos ni con la cara y a

vosotras no os va a faltar de nada. Volvemos con el ego satisfecho porque seguimos siendo varoniles, atractivos, y porque por supuesto hemos buscado mujeres más jóvenes.

—¿Y si eso lo hace tu mujer?

—No es lo mismo.

—Ya, la típica escena, llega la mujer a casa y se encuentra al marido en la cama con otra mujer, desnudos y cuando el marido se da cuenta se levanta tapándose las vergüenzas con la mano, diciendo: «Querida, no es lo que parece». Y digo yo: «Y qué no parece, pedazo de gilipollas descerebrado». Perdón por las palabrotas, tengo que pulir mi lenguaje, Marcel me regaña, pero qué quieres, soy de barrio y de vez en cuando...

Jack se reía a carcajadas.

—Es verdad, para que veas lo simples que podemos llegar a ser. ¿Sabes una cosa? Nunca he hablado con una mujer tan joven más de un hola y adiós.

—¿Tampoco te has acostado con ninguna? ¿También te gustan mayores? Perdón, no debía haber dicho eso.

—¿Lo dices por tu novio?

—Sí. Cuando le conocí iba a París a trabajar, yo no sabía quién era él, no tenía ni idea, grabamos unos anuncios de perfumes y relojes para Navidad y alguna vez coincidimos con alguna de sus «amigas especiales» y vi que todas eran mayores que él, así que a todo el mundo le asombró que saliera conmigo.

—Eres muy sincera y muy directa, me lo estoy pasando muy bien contigo. Además eres preciosa, cuanto más cerca estoy de ti, más entiendo al joven Girard.

—Pues me parece que se ha acabado la diversión, viene a buscarme.

Marcel venía entre la gente con cara de pocos amigos mientras el australiano bebía de su copa completamente relajado.

—Elise, *chérie*, ¿qué ha pasado? ¿Dónde te has metido? Jack —dijo saludando al otro.

—Girard —le contestó el australiano.

—No me he metido en ningún sitio, tú has desaparecido y por mucho que alargaba el cuello, no conseguía dar contigo.

—Está bien, va a empezar la cena, vamos. Jack, ¿nos perdonas?

—Por supuesto.

Y alargando la mano me besó la mía con un «ha sido un verdadero placer».

—Igualmente.

Durante la cena Marcel no pudo hacer demasiadas preguntas, estábamos rodeados, si él estaba de morros, yo era la que se había encontrado sola más de una hora, así que no fastidies, la conversación iba un poco por ahí, pero tuvimos que dejarla, al final él se relajó y yo también.

La cena fue como esperaba, estábamos en una misma mesa los «franceses», como nos llamaban, por lo menos podía hablar con alguien, miré alrededor para ver dónde estaban ubicados los pocos que conocía. La cena se alargó durante más o menos hora y media y empezaron las presentaciones, los premios y los discursos, todo eran alabanzas a los presentes, a los de los premios, a la labor empresarial, en fin, me sentí muy orgullosa porque a Marcel le dieron el premio al empresario europeo más joven y que más premios tiene a pesar de su edad que mira hacia Estados Unidos, abriendo las puertas a un futuro prometedor. Los premios eran todos parecidos, una estatuilla dorada muy aerodinámica en distintas posturas, según el premio, integrada dentro de la Estatua de la Libertad hecha de metacrilato, con el nombre del premiado y la fecha en la base. Subió a decir unas palabras a una tribuna que habían puesto al principio de la cena y no había un hombre más interesante, atractivo y perfecto que el mío, me lo comía con los ojos. Cuando terminó, vino a la mesa, me dio un beso suave en la boca, que agradecí como una sedienta, casi no había estado con él, dejó la estatuilla en la mesa y fue a saludar a otros personajes y yo me levanté para salir un momento. Me dolía la cabeza y agradecí el aire que corría por el jardín, veía el movimiento de la gente y las sonrisas, algunas forzadas, la tía estaba loca por irse al hotel y la niña se había enrollado con un joven alemán hijo de alguien importante.

Estaba disfrutando cotilleando lo que se veía desde allí, cuando oí el crujido de la tela de un vestido, alguien venía hacia mí, con lo a gusto que estaba,forcé la vista y vi que era la pesada del hotel, qué pasa, nos iba a dar la matraca a los dos, nos iba a dar la noche, ¿a qué venía?

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Lo está pasando bien? —me preguntó en inglés.

Le dije que no hablaba inglés con mis escasos conocimientos y pasó a un francés mediocre, pero suficiente.

—Que si lo pasas bien.

—Lo he pasado mejor —dije escuetamente; no tenía ganas de hablar y menos con ella, me iba a sacar alguna historia que no me iba a gustar, pero ver la

gente que había dentro tampoco me apetecía, que venga alguien al rescate por favor.

—¿Sois pareja?

—¿Quién?

—Pues el francés espectacular con el que te veo.

—Sí, es mi prometido, y por cierto, ¿por qué eres tan pesada con nosotros? No nos pierdes de vista.

—El año pasado fui su acompañante durante unos días.

—¿Con su familia aquí?

—Cuando se fueron.

—Todo controlado —pensé, y le dije—: pues muy bien, me alegro mucho, lo pasaríais muy bien.

—Fueron tres días maravillosos.

Venga Elise, vete de aquí, que te vas a empezar a poner mala, aunque tú el año pasado estabas disfrutando de tu luna de miel, por lo menos.

—Bueno, te dejo, voy a ver si veo a alguien.

—Espera.

—No, no espero. Mira, me parece muy bien que hayas tenido una aventura con mi prometido, porque entonces no lo conocía, pero no me parece bien que luego vayas a las parejas de tus amantes a decirles lo que has hecho con ellos, es de muy mal gusto y no tengo por qué oírlo.

—Bueno, te iba a contar por qué estoy tan pesada.

—Bueno, guapa, vomita ya, porque no me vas a dejar en paz —seguro que entendió la mitad.

—Pues aquellos tres días fueron fabulosos, tú ya sabes cómo es él en todos los sentidos —pegué un soplido de me voy a c..., pero ella siguió—. Es un hombre impresionante.

—¿Y estabais todo el día juntos en su habitación?

—Bueno, el amanecía todos los días en el sofá, me dijo que tenía problemas de espalda, pero luego nos duchábamos juntos, salíamos a comer, a veces veníamos a echar la siesta, tú sabes.

—Bueno, ya está bien, qué quieres, no sé cómo te llamas, no es que me importe, pero eres la chica del hotel —le dije por no llamarla otra cosa, estaba hasta allí de oírla.

—Me imagino, me llamo Nelia. Bueno, pues lo que más me ha molestado fue que cuando vino después, me hizo subir a la habitación, me utilizó como si

fuera una guarra y no me reconoció y ahora, cuando ha venido contigo, tampoco.

—Uyyy, qué mosqueo; cuando vino, ¿cuándo?

—En febrero, yo no le había visto, pero llegó un día, supongo que de su trabajo, se asomó al bar y me llamó. Me preguntó precio por una noche, se lo dije, me contestó que en media hora subiera —ahí me explicó lo que hicieron y que le había dicho que se fuera en poco más de media hora—. Y ahora —continuó— por más esfuerzos que he hecho, tampoco me ha reconocido. Ni un beso, ni una caricia, ni señales de conocerme, eso me ha puesto furiosa.

—Mira, no quiero ofenderte, pero tienes un trabajo, porque me imagino que te dedicas a eso, en el que la discreción debería ser tu máxima virtud. Tú no puedes tener relaciones sexuales con alguien comprometido o no, pero que cuando le vuelvas a ver pretendas que te reconozca como si fueras alguien de su familia; puedes jorobar un noviazgo o un matrimonio sin necesidad, si haces eso con todos los hombres que conoces, te vas a quedar sin trabajo.

—Yo es que pensé cuando estuvimos juntos el año pasado que significaba algo importante para él.

—Ni para él, ni seguramente para ninguno de los que conoces, ten cuidado.

—Ya lo sé, me lo ha dicho.

—¿Cuándo?

—Esta noche, cuando se ha hecho el grupo, que por cierto no me ha gustado nada; ese Vermont es un baboso. Pues como tú estabas ahí, me he ido a buscarle y se ha puesto furioso, casi me ha hecho llorar.

—Me lo imagino, se habrá puesto como una hidra.

—Y me ha dicho que no me acerque a ti.

No oímos los pasos de una persona que salía al jardín por otra de las puertas.

—Elise —era Marcel con su tono de voz de ¡todos al suelo!, y dirigiéndose a la chica—. ¡Tú qué haces aquí!

—Nada —contesté demasiado deprisa—, le pasaba lo que a mí, le dolía la cabeza.

—¡Déjanos en paz! —le dijo de muy malas maneras—. Si continúas con esa actitud, vas a tener prohibida la entrada en cualquier hotel en que me hospede, ¡lo tienes claro! Y ahora, ¡vete de aquí!

—¿Estás bien, princesa?

Qué jodío, después de la información que tengo, ahora princesa, ja. Así que

cuando vino al viaje de una semana, cuando me echó la bronca porque Robert estaba en la buhardilla durmiendo y casi le manda dos matones, él se estaba follando a la morenita del hotel, tan pichi, ¡los hay cabrones y cabronazos, este es de los últimos! Me cogió de la mano para entrar en el salón, nos íbamos al hotel.

—Quiero pasar esta noche contigo, me pongo nervioso cuando no estás.

—Pues toma tila.

—¿A qué viene eso? Qué te ha dicho.

—Lo bien que te lo pasas cuando sales de viaje, ya lo sabes, así que mejor no preguntes, límitate a dejarme en el hotel y no se te ocurra tomar medidas contra esa chica, no debe tener mucha experiencia y las neuronas a ras del suelo. Se cree que todos sois ranas convertidos en príncipes azules y no sabe que es al revés, sois príncipes que os convertís en sapos, más que en ranas, y lo malo, como dice mi amiga Eva, es que al final por mucho que busques todos se convierten en ranas.

No voy a llorar, no tengo ni ganas, lo he elegido a él, sabía que no iba a ser fácil, por eso he dudado tanto y todavía dudo, ya me he equivocado una vez y no estaba tan loca por mi otra pareja como lo estoy por esta. Mi amor por él no ha disminuido lo más mínimo: estar con él, hacer el amor, reírme, dormir, bañarme, mirarlo, sentarnos a ver una peli comiendo palomitas, cualquier cosa que hago representa para mí la llegada de los reyes magos. Lo adoro y sé que él a mí, no sé quién depende más del otro. Espero que esto sean retazos que quedan de su forma de actuar de antes y no se repita. Quiero disfrutar de mi boda, de mi luna de miel y que seamos capaces de disfrutar durante mucho tiempo del amor, la ilusión y la pasión que tenemos ahora.

Marcel

Iba apoyada en mi hombro, me sentía el hombre más feliz del mundo, ya había pasado la semana en Nueva York, un poco apresurada y llena de compras y carreras para un lado y otro, también había pasado el incidente con la chica del hotel que me tuvo en vilo casi hasta que salimos de viaje. Pensé que Elise no se iba a presentar el día de la boda, vaya suerte la mía, de todas formas ya dije cuando pasó que somos unos cabronazos, pero Elise se comportó chapeau, eso sí, casi no me habló hasta la misma mañana para decir: «Sí, quiero». Se llevó una gran sorpresa cuando vio a sus hermanos, a Juanjo, su amiga Eva, Jean Pierre y Marc, creo que eso hizo que me perdonara la metedura de pata y no volvió a hablar del asunto.

El día de la boda estaba bellísima, el vestido que llevaba le hacía parecer un personaje salido de un cuento, no iba muy maquillada y no le hacía falta, nunca pensé que se me iba a caer la baba mirando a una mujer, la mía. Después de la boda civil, que se celebró en nuestra terraza de la suite adornada de rosas blancas, se ofreció un cóctel y nosotros desaparecimos hacia nuestro primer destino.

Estábamos recorriendo una parte de EE. UU.: Florida, Missisipi, las Rocosas, Las Vegas, las Cataratas del Niágara, ahora volábamos a California y terminaríamos en Hawai. La familia de mi madre tenía una gran casa en Honolulu, en una zona muy exclusiva donde pasábamos con mis padres las vacaciones de verano. Cuando fuimos creciendo se nos permitía llevar a algunos amigos de París y a veces nos tirábamos allí todo el verano, eran buenos tiempos, lo pasábamos de maravilla. Los primeros amorcillos, nos bañábamos desnudos sin darle importancia, los primeros besos, era todo muy inocente, sin malicia. Mi padre iba al principio, cuando éramos pequeños, luego, poco a poco, dejó de ir, después mi hermano, primero, y yo después, dejamos de ir también. Ahora iban Louis y Christine. Yo sentía nostalgia y quería que Elise lo conociera. Mi madre no había querido saber nada de nosotros, así que nosotros íbamos a verla a ella. Elise decía que nos iba a

amargar el viaje de novios, que lo teníamos que haber hecho al revés, primero ella y después lo otro y tenía razón, pero quería que mi mujer se quedara con la imagen del sitio que de pequeño me hizo tan feliz, era el mejor recuerdo que tenía.

Me hacía ilusión el viaje que estábamos haciendo, aunque un poco apresurado, la pobre estaba agotada, pero me hacía gracia cuando veíamos alguno de los sitios en los que había estado en televisión o en el cine, a veces se levantaba y daba palmas y me decía: «Yo he estado allí», y se reía como una cría.

Viajábamos en el avión de la compañía para aprovechar el tiempo en los aeropuertos, teníamos un visado de EE. UU. que nos servía para toda nuestra estancia, era más cómodo. Elise iba durmiendo, teníamos ganas de coger una cama de verdad y dormir unas cuantas horas. En estos días no habíamos tenido mucho tiempo para nuestra intimidad, o rodeados de gente o viendo todo de prisa, teníamos que volver y ver algunas cosas con más calma. Quería que conociera muchos sitios, pero si quería estar una semana por lo menos en Honolulu, no podíamos parar mucho tiempo en otros, así que las ganas de estar con ella a solas se me estaban haciendo muy duras.

Elise quiso pasar la primera noche junto a las Cataratas del Niágara y allí fuimos, al Radisson Hotel, con unas vistas casi escalofriantes por la fuerza del agua y el ruido que producía la continua caída. Nos dormimos arrullados por el soniquete del agua, pero aprovechamos bien el tiempo, no paramos de decirnos lo que sentíamos el uno por el otro, lo felices que nos hacía estar juntos y los besos y las caricias eran interminables. El último sitio que habíamos visitado era California y ahora volábamos hacia Hawai.

Al llegar a Honolulu alquilamos un coche. Desde Nueva York mandamos de vuelta a París a Alfred con gran parte del equipaje. En principio íbamos a realizar un crucero por eso tanta ropa, pero por cuestiones de tiempo y ser un viaje tan cambiante decidimos quedarnos con menos maletas, íbamos a ir a pocas fiestas y nos quedamos con Marie para que nos ayudara y con René por el tema de seguridad.

Estábamos llegando a la casa, era una preciosa casa de dos plantas y unos 550 metros cuadrados, construidos, seis habitaciones dobles, con cuarto de baño cada una, más otros dos baños repartidos por la planta baja. Tenía la piscina justo frente al mar con unas vistas impresionantes, con una pequeña playa privada. La habían comprado los abuelos de mi madre sobre los años

cincuenta, hace unos diez se habían hecho unos arreglos en los baños y otros sitios y la casa me encantaba. Mi madre se consideraba dueña y señora de ella, porque era herencia de su familia, aunque los gastos que generaba, los impuestos, gastos de servicio, el mantenimiento en general lo pagaba mi padre, nunca le había oído a mi madre decir: «Nuestra casa en Hawai», siempre era su casa. Tenía un hermoso jardín y una gran terraza donde comíamos y desayunábamos habitualmente. Las cenas eran otra cosa, hacíamos barbacoas o nos íbamos a cenar a algún sitio típico o junto a la playa. Yo había llamado a mi madre diciéndole que prepararan una de las habitaciones del piso de arriba, una de las más grandes y otras dos de las que había en una casa que había para el servicio junto a la grande para Marie y René, mi madre solo me había contestado: «¿Vienes con esa chica?» «Voy con mi mujer, madre, se llama Elise, no chica, te ruego te comportes». «Vienes a mi casa, te lo recuerdo». «Y yo te recuerdo que los gastos de “tu casa” los paga la compañía, pórtate si no quieres que anule la cuenta de gastos de “tu casa” y te recuerde que parte de esa casa es mía». Esta fue la maravillosa conversación telefónica que tuve con mi madre desde California, me estaba arrepintiendo, no deseaba bajo ningún concepto que el aparente odio que sentíamos le tocara a Elise.

Como era costumbre, allí no había verjas, solo setos, y alguna que otra valla de piedra de poco más de metro y medio de alto que separaban una casa de otra; llevaban allí muchos años, todo muy verde con muchas palmeras, y todo tenía un aspecto limpio y cuidado, no tenía mi madre idea de lo que costaba cuidar aquello.

Entramos en el jardín y rodeamos una zona central repleta de setos de flores de distintas clases, Popo-Hau, una planta proveniente de China, Dawrt Pittosporum y Kokutan, originaria de Asia. La combinación de colores era increíble, recuerdo cómo cortaba pequeños ramos de aquellas preciosas flores para regalárselo a alguna de las chicas con las que salía en aquel momento, teníamos doce o trece años, a cambio de un beso inocente y luego me echaban una monumental bronca. Había multitud de flores: el hibisco púrpura, la rosa de Sharon, la Gardenia, Elise había abierto la boca cuando entramos al jardín y todavía no la había cerrado. Cuando veía algo que le gustaba de una manera especial, no era capaz de disimularlo, iba delante conmigo, yo conducía porque me conocía el camino y llevaba su mano izquierda apretando mi pierna y cada vez que veía algo nuevo apretaba un poquito más con un «ahhh». Estaba

guapísima, le había dado el sol estos días de viaje y su piel tan blanca y tan fina había tomado un color dorado precioso, de los bañadores que se había comprado tenía dos en particular, uno blanco y dorado y otro verde manzana, muy bonitos, que con el color de piel estaba para comérsela. ¡Dios mío, que mi madre no estropee el final de nuestro viaje!

Toqué el claxon repetidamente y apareció mi hermana corriendo: «¡Marcel, Marcel!» Nos abrazamos con cariño, después apareció Louis, estábamos saludándonos cuando apareció ella:

—Marcel —dijo—, ¿qué tal?

—Bien, madre.

Se dirigió a Elise.

—¿Qué tal, joven? Parece que nos teníamos que volver a ver, ya me ha dicho mi hijo que os habéis casado. Bueno, en esta familia los matrimonios no duran mucho.

—¡Madre! Qué poco agradable eres.

—No digo más que la verdad, a lo mejor ella se piensa que es para toda la vida, se lo digo para abrirle los ojos y que no se haga ilusiones.

—Elise, *cheri*, vamos dentro.

Creo que ellas no se saludaron, de hecho Elise no abrió la boca.

Dentro de la casa estaban Kalau y Malú, el matrimonio que trabajaba en la casa desde que yo recuerdo y me presentaron a Miley, su hija que iba a echar una mano, tan cariñosos como siempre. Cogieron el equipaje y lo subieron a las habitaciones mientras yo, tomando a Elise de la mano, salía de la casa por la parte de atrás para enseñarle el paisaje. Había tantas plantas como en la parte delantera. Kalawui se tenía bien merecido el sueldo que ganaba por mantener esa casa en condiciones. El jardín era de diseño, la piscina, con un pequeño trampolín, limpia de plantas y árboles a su alrededor para evitar las raíces, tumbonas puestas estratégicamente, a la izquierda una barbacoa que pegaba a un pequeño bar techado con un frigorífico que siempre estaba lleno y delante, cerrando el magnífico espectáculo, el mar, al que se accedía por un pequeño paseo.

—¿Es suya? —preguntó mi mujer (Se me llenaba la boca cuando pensaba en ella como mi mujer).

—Sí, por herencia. La compraron sus abuelos, luego hace unos años se ha reformado con la casa para el servicio, aunque aquí nadie se queda a dormir. Todos tienen sus casas, es más bien una casa de invitados. Como te decía es

suya, pero a la vez los hijos tenemos derecho a una parte, también por herencia; pero bueno, es su refugio, yo creo que mi madre acabará viviendo aquí, no es una mujer que se relacione mucho en París. Sin embargo aquí tiene multitud de amistades y es una especie de reinona, «la gran señora», la llaman los nativos. Con mi padre ya sabes que no tiene mucho contacto, hace años que no duermen juntos y casi ni se hablan.

—Pero ¿por qué?

—La verdad es que no estoy seguro, yo estoy más unido al abuelo que a mi padre, pero creo que es un asunto de faldas.

—Joder, Marcel, ¿él también?

—Cielo, esa boquita, te la voy a tener que cerrar así. —Y la besé.

— Más —dijo ella.

—Ansiosa —contesté yo—. Creo que lo de mi padre es otra cosa.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—Sí, y puede que lleves razón.

—Pero perdona, eso sería una canallada para todos, habría sido la acción más egoísta y cobarde de todas las que he oído.

—Lo sé, tengo que hablar con él, y si es verdad tendrá que salir a la luz, hay demasiadas personas infelices por su causa.

Habíamos llegado a la playa. El azul del agua era intenso, aquel trozo de playa era nuestro, no sé si de una forma muy legal, pero en los tiempos de mis abuelos maternos se apropiaban del trozo de al lado y no pasaba nada, allí se suponía que el trozo de playa era de «la señora de la casa grande», y a nadie se le ocurría decir lo contrario. Ahora había casas mayores. Miré a Elise, le quité las gafas de sol, porque con aquella claridad sus ojos se veían más verdes y más dorados, era una combinación preciosa, eran dulces y me tenían completamente enamorado. La besé, un beso largo y profundo, nos enredamos con ese entretenimiento tan delicioso, hasta que si mi hermana y Louis no se desgañitan llamándonos, no sé qué hubiera pasado. Subimos a la casa, nos esperaban un par de noticias: buena y mala. Empezaban los manejos de mi madre.

—¿Qué pasa, madre?

—Bueno, te has ido tan deprisa que no he podido decirte que vamos a tener invitados.

—¿Quién?

—Ha llamado François, se ha enterado de que antes de volver a París

pasarías por aquí y me pedía permiso para venir con una amiga y verte, estaba muy sorprendido de tu boda, por supuesto le he dicho que sí.

—Y bien, ¿qué más?

—Pues antes de saber que venías me llamó Madeleine. No sé si sabrás que se ha quedado viuda y quería que nos viéramos, así que les invite a ella, a Georgia y al niño. Vienen mañana.

Se hizo un silencio tenso, la ira que me recorría el cuerpo era tremenda. Oía los latidos de mi corazón como si lo tuviera fuera del pecho, ¿qué pretendía esta mujer? Tenía la mano de Elise todavía cogida y tuve la sensación de que temblaba, me volví hacia ella.

—Princesa, no hemos comido, ¿no tienes hambre?

—Tenía.

—Bien, sube a la habitación y cámbiate, yo diré que nos preparen algo para picar hasta la hora de la cena y nos damos un paseo por la playa, ¿te apetece?

—Sí.

—Cuando estés preparada, baja, tendremos la mesa en la terraza— la besé con suavidad.

Cuando desapareció por la escalera, le dije a Louis.

—Ocúpate ¿quieres? Pídele a Malu algo para picar que no nos quite la gana de cenar, no hemos comido desde el desayuno y fíjate la hora que es.

Esperé que desaparecieran todos, miré a mi madre y por primera vez creo acertadamente que en sus pupilas se reflejaba el miedo, por supuesto no de que la fuera a tocar, sino de que le quitara algunos de los privilegios que tenía por pertenecer a la familia Girard que tanto ella despreciaba. Le hice entrar en una de las salitas que había en la planta baja.

—¿A qué juegas, qué pretendes, qué quieres, meterla en mi cama para distanciarme de mi mujer, es eso?

Por primera vez, noté que tartamudeaba.

—Yo no sabía que ibas a venir.

—Íbamos, madre, íbamos, qué te crees, que no me doy cuenta de que te diriges a mí como si estuviera solo, como si ella no estuviera, y ella también se da cuenta. A ver qué es lo que buscas, porque eso no lo vas a conseguir.

—Marcel, eres muy mal pensado, les han pasado cosas malas en muy poco tiempo, vosotros os llevabais bien hasta que pasó lo que pasó, así que no creo hacer nada malo si las invito unos días.

—¿Y no tienes en todo el verano una semana más que esta? Sé por qué lo

haces y la intención que tienes, yo no te gusto, mis hermanos tampoco, no te hablas con mi padre, no vas a ver a los abuelos... Elise tampoco te gusta y a la única que aceptas es a la mujer que yo respeté y me puso unos cuernos con embarazo incluido, ¿esto es normal? ¿Eres una enferma? ¿Estás loca? ¿Qué te hemos hecho?

—Una desgraciada, una mujer que no ha sido feliz nunca, una mujer a la que su marido le hacía hijos para entretenerla mientras él iba a ver a su amante. Tus abuelos porque los habéis querido siempre más que a mis padres, cuando todos sabemos la vida que tu abuelo le dio a tu abuela, siempre follando por ahí.

—¡Madre! No hables así.

—Hablo así porque tengo derecho, dos hijos promiscuos que ya apuntaban maneras bien jóvenes.

—Nosotros apuntábamos maneras, la zorra sí apuntaba; por cierto, cuando volvamos a París quiero tener una conversación sobre eso contigo —me di cuenta de que estaba levantando la voz— Y tú lo permitiste, no te lo perdonaré nunca. Y ahora, Elise, ¿qué te ha hecho ella?

Estábamos los dos exaltados, rojos por la rabia y se nos debía estar oyendo desde fuera. Yo tenía los ojos rojos por la fuerza que hacía para no llorar como un crío, por fin mi madre decía que no nos quería.

—La verdad es que no sé por qué le tengo manía, al fin y al cabo no es más que una pobre desgraciada que se va a tragar toda la mierda de la familia Girard, porque no sois más que mierda.

—Ella no es una pobre desgraciada, vale más que todos nosotros juntos. Mira, porque eres una mujer y además eres mi madre, si no ya te habría roto la cara; si no eras feliz y somos todos tan malos, no haber dado lugar a que nacióramos y haberte ido a tu maravillosa casa, pero es muy bonito vivir sin dar ni golpe nada más que gastando para luego quejarte de lo desgraciada que eres. Ni siquiera te has molestado en criar a tus hijos. ¿Christine que te ha hecho?

Salí de allí dando un portazo.

Elise estaba sentada en la sala de al lado esperando. Allí estaba, sentada en el sofá, con las piernas juntas, recatada como una colegiala. La luz del sol entraba por el ventanal haciendo un contraluz con su silueta que la hacía desaparecer en una nube dorada, inmóvil, quieta, expectante. Siempre había algo en ella que era un don y que por momentos hacía desaparecer mi ira para

convertirlo en admiración y me hacía olvidar lo malo para convertirlo en bueno, o simplemente olvidarme. Fui hacia ella, no quería que nada le hiciera daño y nada más llegar aquí la habían ignorado, avasallado, insultado y yo lo consentía. ¿Por qué no la cojo de la mano y nos vamos a un hotel u otro país, a España? Ella estaría encantada, pero no, mi orgullo y mi soberbia no me permiten tener ese gesto de generosidad porque quiero, no, necesito que mi madre me quiera, que reconozca que nos hace daño por rencor a mi padre, que nosotros nunca tuvimos la culpa de nada, que no soporto este peso. Es la única persona del mundo que me desestabiliza por completo y yo, en vez de olvidarme de ella, busco el enfrentamiento porque quiero que me dé la razón.

Habíamos llegado a la habitación cogidos de la mano, otra vez sin comer, la deseaba como a nada en este mundo, quería desahogarme con ella, nada más entrar en la habitación cerré con llave y la arrinconé contra la puerta. Estaba desesperado, ella era la única que podía quitarme la ira rabiosa que me comía, tire del vestido que llevaba, tenía puesto un bikini color turquesa, se lo bajé, besando sus pechos y mordiendo donde podía hasta que me dijo bajito: «Me haces daño», las prisas me hicieron arrancarle la parte de arriba del biquini, así la llevé a la cama, nos quitamos el resto de la ropa, no tardé mucho en penetrarla, la necesitaba como respirar, estuve un rato intentando correrme, pero no podía, estaba tan ansioso de pegar a alguien que no era capaz de canalizar mi energía, no me di cuenta de que llevaba mucho rato en la misma postura, la estaba aplastando con mi peso.

—Marcel, *mon amour*, me escuece, ¿no podemos parar un rato?

—No, nunca me ha pasado y ahora lo necesito —le hablaba enfadado.

—El amor se hace por «amor», cielo tienes que sentirlo, ¡para, me haces daño!

Me salí de ella cabreado y dejé caer mi cabeza en las sábanas sin haber conseguido nada. Sentía angustia, malestar y dolor de cabeza.

—Ahora esto, ¿qué me pasa?

—Nada, no te pasa nada más que estás tremendamente enfadado. Estás empezando a canalizar tu energía de otra forma, te contienes, hoy no has roto nada, pero tu enfado es monumental, tienes que descargar tu ira de otra manera.

—¿Cómo, haciéndote daño a ti como ahora?

—No me estabas haciendo daño a propósito, no sabías expresar lo que te pasa de otra manera, querías que supiera lo dolido que estabas, pero tanto

dolor no lo puedes desahogar así, tienes que hablar. Espera, voy a hacer una cosa.

Se levantó de la cama envuelta en una colcha de flores, parecía una folclórica, estaba graciosa, solo le faltaba un clavel en el pelo, siempre me hacía sonreír. Se metió en el baño, tardó sus buenos quince minutos en volver. Oía el agua correr, tenía los grifos abiertos, yo me estaba relajando tanto que creí dormirme. Salió y desnuda se metió en la cama, nos tapamos con una sábana, no había nada que me gustara más que dormir con ella desnudos los dos, pero dice que no se puede dormir porque tengo una pollita muy juguetona, así la llama, pero a mí el contacto con cada poro de su piel me fascina. Estaba llenando la bañera. Cuando se hizo la remodelación en la casa, una de las cosas que se tocó más a fondo fueron tuberías, electricidad y los baños, se pusieron grandes bañeras empotradas en el suelo con mandos de jacuzzi, no eran como la mía del ático, pero suficiente, todos no eran así, pero uno de los más remodelados era el de mi habitación. Tardó un tiempo en llenarse. Cuando estuvo preparada, mi mujer me cogió de la mano y me llevó allí.

Olía a frutas y a flores, había apagado las luces más fuertes y había dejado una sola más suave, había encendido unas velas que no sé de dónde sacó, alrededor en el borde que rodeaba la bañera, nos faltaba el champán y los bombones, pero la bañera estaba llena de pétalos de rosa, le dije lo de los bombones y me contestó:

—La próxima vez en casa.

Me emocionó lo de «en casa». Jugamos en el agua, sin prisas, pequeños besos y mordisquitos, jugueteamos con nuestras lenguas pasándolas el uno al otro por los sitios que más placer nos producían; descansábamos y volvíamos a empezar, me gustaba cuando me cogía la cabeza y jugaba con mi pelo mientras su cuerpo se tensaba y se pegaba al mío, a veces se restregaba mimosa contra mi polla que ya estaba en forma con una sensualidad apabullante. Estaba consiguiendo que me pusiera en forma con suavidad, con delicadeza, con pequeños actos sensuales que me volvían loco y yo había querido empezar la casa por la ventana. Cuando estuvimos preparados, nos salimos, nos medio secamos y volvimos a la cama, cuando me tumbé encima de ella yo ya estaba más que preparado y según la tomaba, ella me ponía la mano en el pecho y me decía: «Con esto amor, siéntelo con esto». Se nos hizo de noche, habíamos caído rendidos después de amarnos una y otra vez, el peso que tenía en el pecho, el dolor y la ira, habían desaparecido.

¡Te amo, Elise, te amo más de lo que te imaginas y más de lo que yo mismo sé!

Tenía los ojos cerrados y sus largas pestañas daban una suave sombra sobre sus mejillas, era temprano, pero gracias a las persianas y visillos la luz de fuera no inundaba la habitación, el sol en este lado del mundo es como si saliera solo para dar luz a las islas. Me levanté con cuidado para no despertarla, llevábamos tres días aquí, al día siguiente de nuestra llegada habían aparecido los invitados. Me gustó ver a François, nos llevábamos muy bien, aunque era un poco cabroncete. Teníamos un juego de adolescentes que era quitarnos las novietas que teníamos, a ver quién se la follaba antes. He visto cómo mira a Elise, siempre la he visto como una mujer con un cuerpazo que podía tener al hombre que quisiera, aunque los demás no la vieran como yo, he visto cómo la mira y empieza a no gustarme, soy muy celoso de lo mío y ella es más mía que nada ni nadie, se acerca demasiado a ella y tiene costumbres de contacto que no me gustan. Voy a tener que hablar con él. Louis es su guardián, bailan juntos, se bañan juntos, la está enseñando a tirarse de cabeza en la piscina, pero Louis es Louis, a veces me cansa porque está demasiado encima, pero es el tío más noble que conozco.

En cuanto a la otra visita, sigue siendo la chica rubia que conocí, no había cambiado mucho. Si acaso, se había vuelto más atrevida conmigo, se metía en el agua cuando lo hacía yo, se agarraba a mí como si jugara, pero lo que quería era entrar en contacto conmigo físicamente, yo me la sacudía en cuanto podía, pero era insistente. Elise a veces me miraba con cara de «me estoy cansando y va a arder Troya». Me gustaba verla celosa, pero si me lo hiciera a mí, ya habría saltado.

Una noche fuimos a cenar a una fiesta hawaiana. Mientras cenábamos bailarines indígenas realizaban danzas al son de los *ipu* o *ipu heke* o *pahu*, un tambor de piel de tiburón que se considera sagrado. Tenían multitud de pequeños instrumentos y las danzas eran todas muy sensuales.

Estábamos en plena fiesta, la cena transcurría entre risas y bromas de unos y otros, habíamos acudido todos los jóvenes de la casa, más algunos amigos que vivían allí: la comida, la bebida y sobre todo la música y las danzas tan sensuales nos estaban poniendo a tono. Yo no hacía más que mirarla y pensar lo feliz que me hacía. Estaba muy mimosa y realmente preciosa, llevaba un vestido blanco, el ibicenco largo hasta los tobillos, abierto por delante. Le habían puesto una flor en el pelo y con el contraste del moreno de su piel

estaba impresionante, era mirarla y sobre todo que ella me mirara, y yo temblaba de deseo, me derretía, me estaba calentando. Su cuerpo estaba empezando a responder a los estímulos de mi mano en su espalda, su boca en mi cuello hacía que me estremeciera y se me pusiera el vello de punta. De repente no pude más, me levanté, cogiéndola de la mano, tiré de ella y bajamos a la playa.

Había una luna llena preciosa que iluminaba sin consideración toda la playa, desde la balconada de la fiesta se veía perfectamente lo que había abajo.

Cuando llegamos a la orilla, la volví hacia mí, mis manos empezaron a subir y a bajar por su cuerpo con tal intensidad que todo el vello parecía electrificado, ella empezó a besarme en el cuello en un lado y otro, pequeños y suaves besos que subían por mi cara, por mis ojos, hasta llegar a mi boca, deteniéndose para abrirla con su suave lengua y producir en mí miles de sensaciones. Yo ya no la cerré, la dejé que hiciera lo que quisiera, no tenía voluntad. Le bajé un tirante del vestido y luego el otro. El vestido cayó a sus pies, formando un remolino, se estremeció al notar el pequeño y suave roce de la brisa, y se agarró a mi cuello mientras me quitaba la ropa, tuve que hacer un pequeño esfuerzo porque al ser tan alto y con ella al cuello tuve que agacharme bastante para quitarle lo único que le quedaba, el tanga. Así, desnudos, abrazados hasta casi traspasar nuestros cuerpos, estuvimos unos minutos besándonos con pasión sin importarnos quién nos mirara. A mí no me importaba, estaba acostumbrado a hacer lo que quisiera, cuando y donde me diera la gana, pero ella no. Aunque conmigo perdía la vergüenza, el pudor, el miedo, éramos dos personas dándose y demostrándose todo lo que sentían sin inhibiciones.

Entramos en el agua cogidos de la mano, la luna iluminaba nuestros cuerpos como si fuera de día. Era tal la claridad que veíamos perfectamente por dónde pisábamos. Cuando el agua me llegó a las caderas me paré, la volví a abrazar, mis manos bajaban hasta sus nalgas, apretándola contra mí, notaba mi excitación que el contacto con el agua no había hecho desaparecer lo más mínimo. Estaba como una piedra, me besaba con una pasión que ya me había demostrado en otras ocasiones, se arrimaba a mi cuerpo haciéndome ver que el deseo era el mismo. Me volví hacia la playa y desandamos unos metros para permitir que el agua no cubriera nuestros sexos, sabíamos por experiencia que era mejor sin que el agua llegara ahí. Empezó a jadear, cuanto más se apretaba contra mí, más quería yo, y más, y más. La cogí de la cintura y

le dije que pusiera sus piernas alrededor de mi cuerpo. No sé cómo lo hicimos: con ella encima, el agua, ella sujeta a mi cuello y con sus piernas a mi alrededor, no sé cómo no se escurrió, pero no, de lejos debíamos parecer dos estatuas pegadas a no ser por los cadenciosos movimientos de nuestra danza amorosa, se agarró un poco más a mi cuello, subiendo un poco más. Perfecto, la unión era perfecta, el ritmo que imprimimos los dos al notar que había entrado más en ella fue maravilloso, ella jadeaba y gemía, yo con la voz enronquecida por el momento tan intenso, también, además de pronunciar su nombre con devoción y decirnos cantidad de cosas maravillosas, llegamos al clímax a la vez y nos quedamos en esa postura un rato, esperando que nuestros cuerpos dejaran de temblar. Ha sido, con mucho, la experiencia más tierna y maravillosa que he tenido. Y la hemos recordado muchas veces.

Los días transcurrieron con algún que otro sobresalto, pero Elise y yo disfrutamos mucho, al final a ella le gustó aquello como a mí, ¡ojalá pudiéramos venir quince o veinte días los dos solos! Pero mi madre no me iba a dejar. Después de la bronca del primer día casi no hablábamos.

Unos días antes de volver a París, tuve que ir al aeropuerto a solucionar un asunto del avión, Elise se quedó con los chicos y unos amigos en la piscina, iban a hacer una barbacoa. Cuando volví, entré por la puerta principal, atravesé la casa y aparecí en la gran terraza: mi madre y sus invitadas con François y la chica que venía con él, estaban sentados en la mesa con mi hermana. Había dos sitios vacíos, pensé que eran el de Elise y el mío, no pensé en Louis, venía de buen humor. Me senté a tomar una cerveza, mi madre dio orden de que sirvieran la comida, entonces caí en que mi mujer no aparecía, miré a mi madre.

—¿Dónde está Elise? —se hizo un molesto silencio, nadie contestó.

— Madre, he hecho una pregunta.

—¡Ah, esa chica! Creo que ha decidido irse a comer a la piscina con la gente como ella, eso sí, antes ha tenido la amabilidad de ponernos la mesa, pero no te preocupes, Louis está con ella.

No podía más, noté que un sudor frío me recorría el cuerpo, no me daba descanso. Cuanto más contento estaba, peor se ponía ella, sacudí un golpe en la mesa y algunas de las cosas que había en ella cayeron al suelo, intenté mantener la calma y recuperar la compostura, entonces apareció Elise, me miró, cogí aire y dije:

—Señoras, perdonen mis modales, no soporto la mala educación y mi madre

últimamente parece que tiene mucha guardada. Discúlpenme por no acompañarles en la comida, pero voy a comer con mi mujer. Louis, gracias por no dejarla sola.

—Marcel —dijo François—, yo lo siento, no sabía qué pasaba.

—Tú eres un mierda que te lo estabas pasando bien con la situación. Yo siempre te he apoyado y no has sido capaz de hacer lo que ha hecho Louis. Si por mí fuera, te ibas ahora mismo de vuelta a París. ¡Y tú —dije dirigiéndome a mi madre—, ya veremos a la vuelta lo que pasa con esto!

—Tú no me vas a decir cuándo me voy y cuándo me quedo —me dijo mi madre.

—¿Qué te apuestas? ¿Quieres ver cómo anulo la cuenta de gastos de esta casa? ¡Ponme a prueba! —le dije gritando.

—Vamos, Elise, vamos a comer por ahí. Louis, ¿te vienes?

Louis asintió con la cabeza.

—¿Y yo? —preguntó Christine.

—Tú quedate ahí, parecías estar muy a gusto. A ver si maduras un poco.

Elise

La verdad es que la madre de Marcel tenía la capacidad, con solo tocar una tecla, de ponerle a cien. Le cambiaba la cara, el carácter, el estado de ánimo, todo le volvía un amargado y sacaba de él todo lo malo. No hablábamos de ello, quiero decir que no hablaba, nunca me había dicho qué es lo que le separaba de su madre de una manera tan brutal y encarnizada, era todo muy cruel. Esa mujer conseguía cambiar un día de sol por uno gris y tormentoso. Nosotros procurábamos no molestarla y pasábamos casi todos los días fuera para impedir encontronazos, pero bastaba una pregunta o cualquier comentario para que saltara alguno de los dos con la misma fiereza. Sé que Marcel decía que la odiaba, pero no era cierto, por eso su dolor era mayor, porque la quería y mucho. Deseaba que su madre le quisiera, anhelaba un acercamiento con ella, poder contarle sus cosas como cualquier hijo y yo creo que pensó que mi presencia la iba a calmar y hacer cambiar de opinión en cuanto a su relación, pero fue peor. No tengo idea de qué habría ocurrido en el pasado que hacía que esa mujer odiara de tal manera a sus hijos, sobre todo a mi marido y al hermano mayor. Parecía que con Louis y Christine no era tan encarnizada, lo único que se me ocurre es que los hermanos hubieran hecho algo contranatura a alguna de las mujeres de la familia.

Y luego estaba la otra persona, Marcel se refería a ella como «la zorra», pero nunca he podido averiguar quién coño era que estaba haciendo tanto daño. Una familia acomodada, digo acomodada, lo siguiente y más, educados, cultos, había de todo como en cualquier familia, los había más simpáticos, mas cariñosos, altos, delgados, y lo contrario. Yo no podía imaginarme a mi madre y a mí hablándonos de esa manera. No llegaban a las manos de chiripa.

Yo no me había atrevido a preguntarle más que una vez y me dijo que no quería hablar de ello y no volví a preguntar; y quizá debería, si esa es la razón más importante para que Marcel no quiera tener hijos, debería saberlo. Soy muy joven y ahora no siento la necesidad de ser madre, acabo de estrenarme por segunda vez como esposa y tengo que centrarme en que no sea un fracaso

como la primera, pero sé que la naturaleza, llegado el tiempo, me lo pedirá y no sé que haré. En un principio sí quiero, pero ¿será verdad que si me quedo embarazada me dejaría? ¿Sería capaz? Hay muchos matrimonios que hacen un pacto de no tener hijos cuando se casan, y no los tienen, pero un hijo es muy importante para mí, no me imagino mi matrimonio sin hijos. Sé que hay gente que no estaría de acuerdo conmigo. Él no sería feliz con hijos y yo no lo sería sin ellos, ¡vaya papeleta! Espero que cuando llegue el momento, tengamos solucionado lo de su madre y podremos elegir con tranquilidad.

Me desperté con una extraña sensación, desasosiego, angustia, intranquilidad y al mismo tiempo como si hubiesen corrido una gran cortina que dejara correr el aire y me hubiera quitado un gran peso de encima. Como si supiera que había pasado un examen muy importante, pero todavía no sabía la nota que había sacado. Me quedé unos minutos más adormilada, era muy temprano y también me parecía que no había dormido mucho. ¿Estaba despertando de un sueño que había durado un año? Abrí los ojos de golpe, no, estaba en la habitación de la casa de Hawai, era mi viaje de novios pero él no estaba. Eran las cinco de la mañana, pronto se verían los primeros rayos de sol. Me asomé a la gran balconada, daba a la piscina y al mar, pero a esa hora entre luces no se veía muy bien. Me tumbé otra vez en la cama y, al girar la cabeza, vi las maletas preparadas. Hoy volvíamos a París, se acababan las vacaciones y anoche hubo una fiesta. Ahora empiezo a recordar.

Los amigos les hacían una fiesta de despedida en la playa: los amigos, los primos y las parejas de los amigos y los amigos y los primos de todos, total unas treinta o cuarenta personas. Hicieron unas fogatas en la arena y una especie de barbacoas con brochetas de todo tipo, bebidas de frutas, refrescos y algo de alcohol y música, mucha música, nos sentamos en la arena por grupos, cogíamos platitos con comida y mientras unos comían, otros bailaban y tocaban. En nuestro grupo estábamos los de siempre los de *The grand house*, como les llamaban. Georgia no se separaba de nosotros, aunque reconozco que la pobre, cuando se tiene un niño y se es madre soltera, no se está ni en un lado, ni en otro. François se estaba pasando con las miraditas y los comentarios y me tenía un poco harta, le encontraba bastante inofensivo, pero los comentarios que me hacía pasaban ya de la gracia a la ordinariez. No le había dicho nada a Marcel, porque sé lo mucho que le apreciaba mi marido, era su mejor amigo de la infancia y no quería que esa amistad se rompiera por mí, pero si le hubiera oído lo que me decía, seguro que un puñetazo ya se

habría llevado.

Llevábamos ya dos o tres horas en la playa cuando Marcel se levantó y se dirigió a Louis a decirle algo, me dio la mano para que me levantara y se despidió de los demás.

—Nos vemos mañana para ir al aeropuerto, nosotros vamos a dar la última vuelta, quiero enseñarle a Elise una cosa.

Yo no abrí la boca porque no tenía idea de lo que íbamos a hacer. Cogimos mi bolso playero, con un par grande de toallas, las gafas de sol y la documentación y nos fuimos andando hacia la parte más oscura de la playa.

—¿Dónde vamos? —pregunté curiosa.

—Ya lo verás, *cherí*.

Respuesta incompleta porque seguí sin saber dónde coño íbamos.

—¿Y si me asesinas y me entierras en la playa?

—Qué tétrica, ¿no te puedo secuestrar y desaparecer los dos de aquí?

Total, que entre bromas y risas, fuimos dejando atrás la luz de las fogatas hasta que dejamos de oír las voces.

Anduvimos casi una hora y empezaron a verse unas luces que se acercaban, le pregunté. Era un grupo de hoteles que tenían puestas en la playa unas camas balinesas que, incluso por la noche, las utilizaban clientes de los hoteles en pareja o en grupos para bajarse a charlar a la playa y en las que también se servían bebidas, no se utilizaba para el folleto, si te pillaban en ese plan te podían echar.

Llegamos enseguida, eran muy cómodas y estaban muy bien atendidas. Marcel le dio al chico encargado de aquello un dinero, supongo que al no estar en el hotel habrá tenido que pagar un alquiler, luego pidió un par de bebidas exóticas y esperamos a que nos lo trajeran.

Yo estaba expectante y él lo sabía. El corazón me latía a mil por hora porque no sabía si lo que me iba a contar influiría en mi decisión de seguir o no con él.

—Voy a hacer algo que estoy retrasando porque me cuesta mucho hablar de ello, pero no quiero esperar más, confío en ti más de lo que lo he hecho en toda mi vida en nadie, quitando al abuelo, eso ya lo sabes. Necesito hablar contigo de ello, quiero que sepas por qué no he confiado en las mujeres, por qué han sido para mí simplemente un instrumento de placer, por qué me he sentido traicionado por las que deberían haber sido mi apoyo. Por qué no quiero tener hijos. Cuando termine, si decides dejarme, lo entenderé. Quiero

que sepas mi historia, la historia que me atormenta.

Marcel

Doce años atrás

—¡Leti, Leti! —llamaba desesperadamente por el interfono de la habitación.

—¿Qué te pasa, niño?

Había venido corriendo desde la zona del servicio. Un chaval alto y desgarrado vomitaba en el aseo de su habitación, no sin antes haber puesto perdido parte del suelo, la cama y a sí mismo.

—¿Has terminado, mi niño?

—Joder, Leti, te he dicho mil veces que no me llames niño, tengo quince años.

—Ahhh, usted perdone, yo creía que los que vomitaban poniéndolo todo perdido después de una noche de juerga eran los niños, pensaba que los mayores se controlaban y no hacían tonterías.

—Bueno, ayúdame, porfa, mira cómo está todo.

—Y como lo vea tu señora madre, además de por el vocabulario, te la va a liar por esto.

—Lo sé, joder, Leti.

—¿Has terminado?

—Creo que sí.

—Pues métete en la ducha mientras yo bajo la ropa sucia y traigo un cubo.

Al rato, sonaron unos golpes en la puerta.

—¡No entres! —estoy en bolas.

—Toma ropa limpia. Ah, y llevo en esta casa desde antes de nacer tú, así que esas bolitas te las he lavado muchas veces. —Salió de la habitación riéndose bajito para que no la oyeran—. Estos críos.

Cuando tuvo la habitación limpia, le hizo tomar una infusión para que se le pasara el malestar.

—¿Qué hiciste ayer, Marcel, por qué esa vomitona? ¿No habrás bebido ni fumado guarrerías, no?

—No, te lo juro, no bebo alcohol, pero me metí dos macro hamburguesas y

dos o tres coca colas.

—Sabes que te sientan mal.

—Ya, pero qué quieres.

—Bueno, mi niño, acuéstate y duerme un poco, tienes una cara fatal. Sabes que a tu madre le gusta desayunar temprano.

—Pues que se espere. A su hijito mayor, el guaperas, le espera el tiempo que haga falta, además es sábado.

La muchacha miró con ternura al joven, Marcel. Era un chico estupendo, estaba en una época difícil, pero era un buen muchacho. Tenía siempre la habitación recogida, nunca tenían que rehacerla durante el día porque estuviera desordenada, era tranquilo y nunca mentía y es verdad que su madre tenía una preferencia visiblemente descarada por el hijo mayor, Pierre, de dieciocho años, que se pasaba el día con el móvil o mirándose en el espejo. Le contaba a la madre trolas que ella se creía, y además alababa su comportamiento y se le caía la baba mirándole. Todavía no entiendo lo que ve en ese chico que no tenga el otro. Pero yo a ver, oír y callar.

—¡Dios mío! Las diez, mi madre se va a poner como una fiera, menos mal que estoy duchado de hace un rato, me echaré colonia por si huelo a vomitona, no, no creo.

Salí corriendo por el largo pasillo donde estaban las habitaciones para llegar a la escalera. Salía música de una de ellas, tenía la puerta abierta, me asomé para cerrarla y allí estaba ella, la hermana de mi madre, estaba hablando por el móvil, con una risa muy rara. Ja, ja, ja, le hice burla, no parecía natural, llevaba una bata: ¡coño!, transparente, se le ve la raja del culo, se giró frente a mí, y se transparentaba por delante y por detrás, me puse como un tomate. Eso me pasa por cerrar las puertas de la gente. ¡Qué guarra! Me hizo una seña con la mano y salí a escape sofocadísimo.

En el comedor solo estaba mi madre, mi padre llegaba detrás de mí.

—¡Buenos días!

—Nunca llegas puntual, Marcel.

—¡Por Dios, Josephine! Ha llegado prácticamente el primero.

—¡Siempre se mete conmigo! Ahora bajará su adorado hijo, y no pasará nada.

—Bueno, Marcel, ya hablaré yo con tu madre, desayuna. ¿Vas a ir a casa de los abuelos?

—Sí, tengo que sacar a los perros. Mis abuelos tenían cuatro perros, dos

pequeñajos que siempre iban pegados a la abuela y dos pastores alemanes preciosos que sacaba yo los sábados y los domingos para ganarme una propina para el fin de semana. Los abuelos me la daban igual, pero a mí me gustaba ganármelo haciendo algo.

—¿Es que no tienen quien saque a los perros? Pareces su criado.

—También te molesta que vaya, contestó mi padre ¡Ojalá Pierre lo hiciera también! Qué bien pone la mano cuando le interesa.

—A mis hijos no les hace falta que nadie les dé dinero y lo sabes.

«¡Vaya, ahora soy su hijo!», pensé mirándola. Ella me miró con desafío, pero no tenía ganas de pelea, se acercaba el cumpleaños de François y teníamos pensado una celebración por lo grande y no quería que me lo fastidiaran ni ella ni el guaperas. La volví a mirar, era guapa, muy guapa, rubia, llevaba una medio melena, era elegante y con estilo, cuando iba al colegio (pocas veces), todas las otras madres se la quedaban mirando. Siempre llevaba el coche más lujoso y grande que había en la casa. Era altiva, solo era simpática con sus amigas, las que tenían mayor poder adquisitivo, al servicio lo trataba regular, tirando a mal. Solo era agradable con Leti porque era la que llevaba la casa. Mi madre no sabía hacer un huevo frito y seguro no había hecho jamás una cama, pero yo la quería más de lo que se imaginaba, no lo podía remediar y sufría cuando veía que todos los halagos eran para mi hermano mayor. Se lo perdonaba todo, a mí nada: que si iba vestido como un pordiosero, aunque todo lo que llevaba era de marca, que si mis modales, mi vocabulario, todo le molestaba. A los hijos se los quiere a todos igual, ¿no? Pues eso.

La verdad es que el niño era guapetón, o como decían las chicas, que era un bombón, rubio, más que yo, elegante, más que yo, modales, mejor que los míos, estaban enamoradas de él las hijas y las madres. Acababa de cumplir dieciocho y tenía un tirón con las nenas, pufff.

—Me voy.

Me acerqué a dar un beso a mi madre, ahora en casa no me daba vergüenza besarla, pero me lo podía haber ahorrado.

—Quita, quita, que está pringoso del desayuno, anda, vete a lavar.

La miré con tristeza. Ni eso. Tenía que hablar con mi padre.

—Espera, Marcel, te acompaño a la puerta —dijo mi padre—. Tengo que darte una cosa para el abuelo.

Salí a coger la bici, los abuelos vivían en la misma urbanización, pero un poco más cerca de los servicios de tiendas y demás.

—Papá.

—¿Qué pasa, hijo?

—¿Por qué me trata así, es que no soy hijo suyo?

Mi padre se echó a reír a carcajadas.

—No, hijo, si no lo fueras no habría quien la aguantara.

Nos reímos los dos.

—Tu madre te quiere, pero le cuesta demostrarlo. Ya ves tu hermanita, es pequeña y tampoco le hace mucho caso. Es una cuestión de carácter, no se lo tomes a mal.

Besé a mi padre y salí disparado con la bici.

—¡Cuidado, conduce con cuidado!

La fiesta del cumpleaños de François fue un fiestón. Fue dos semanas después, hubo un poco de todo. Había unas niñas que eran unos auténticos bombones, pero sigo sin comerme una rosca. No sé qué me pasa, las besuqueo, las sobeteo, pero cuando voy a terminar la faena no hay manera, me da miedo equivocarme y servir de risa de mis amigos, que alguna cuente que no tengo experiencia y se monte una juerga a mi costa. Yo supongo que no seré el único, pero sobre todo si se entera mi hermano, la risa y las bromas a mi costa van a ser de órdago, aunque últimamente está más cariñoso y digo «cariñoso», no sé qué le pasa.

Llegué a casa tarde, mis padres iban a ver una ópera con unos amigos, aunque no salían mucho.

Entré en mi habitación derecho a la ducha, era una manía, la de ducharme fuera la hora que fuera. Estaba contento. Mañana nos íbamos al cine con dos niñas muy monas, queríamos ver una película calentita a ver qué se podía hacer. François no era virgen como yo, me iba a quedar el último. Oí un ruido fuera, me quedé escuchando, no sé, he debido oír mal. Salí del baño, había dejado una luz pequeña para que no vieran que estaba todavía despierto y lo suficiente para no pegarme un porrazo. Me metí en la cama, no llevaba unos minutos cuando alguien se deslizó detrás de mí.

—¡Joder, Christine!, ¿qué te pasa esta noche, otra vez con pesadillas?

—No soy tu hermanita.

—¡Ahhh!, salga de aquí —dije gritando.

—¿Qué quieres, que te oigan?

—Usted está en mi cama, no yo en la suya. Salga, salga. Me lie a empujarla y a darle patadas.

—Oye chico, ni se te ocurra darme ni una patada más.

Salí de la cama y me la quedé mirando.

—Está usted loca. Una mujer de su edad, que podría ser mi madre. ¿Qué pretende?

—¿Qué quieres? Siempre me han gustado los jovencitos y vosotros sois muy guapos, además de que estáis muy bien armados —dijo señalándome el paquete—, así que aquí tengo unos muchachos jovencitos muy guapos y que a la hora de follar responden muy bien.

—Usted qué sabe cómo estamos. ¿Estamos? ¿Quién?

—Bueno, con tu hermano ya llevo desde que tenía tu edad.

—¿Con Pierre? Imposible, no lo permitiría y ¿por qué no sigue con él si tan bien le va?

—Porque se va —al ver mi cara de asombro me dijo—, ¿no lo sabías? Se va a estudiar fuera, preguntale mañana, así que me ha sugerido que le cambie por ti.

—Ni hablar —dije levantando la voz.

Unos minutos después de que esa mujer me mandara callar, llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Marcel, ¿te pasa algo? Te he oído gritar desde abajo, vas a despertar a tus padres.

Quise decirle que pasara, que viera lo que tenía dentro de la habitación, temblaba como una hoja, se me estaba poniendo mustia, no me atrevía a mirar a la zorra de esa mujer. Yo creo que no llevaba ropa, la polla, si la quería para algo, no iba a poder, no la podía tener más pequeña en esos momentos.

—No, Leti, tenía una pesadilla. Gracias, acuéstate.

—¿Seguro, niño?

—Joder, Leti, otra vez.

Oí los pasos que se alejaban y miré a la mujer. —

—¡Váyase de aquí!

—¿Qué pasa? ¿No vas a querer sustituir a Pierre? Está bien, no voy a luchar contigo, lo intentaré con tu primo. Es una monada, y más tierno que tú.

—¿Está loca? Es un niño, no sabe nada de esto.

—Por eso, es tan jovencito que ni se va a enterar, se va a creer que es un juego.

—No, por favor, espere, espere, déjeme que lo piense. Pero, por favor, es un

crió pequeño.

—Bueno, te doy una semana. —Y dando la vuelta, salió de mi habitación.

Estaba desecho, desconcertado, abrumado. Me eché a llorar desconsoladamente. Pierre no me había dicho nada. Ni me había avisado, y ahora la tía asquerosa me hacía chantaje con mi primo, al que adoraba. Me tumbé en la cama con la ropa por encima, no quería que mi cuerpo tocara donde había estado el suyo, pensando en cómo podía solucionar aquello, me quedé dormido, hipando.

Eran las once cuando bajé a desayunar, mi padre estaba leyendo el periódico.

—Se te han pegado las sábanas, jovencito.

—Sí un poco, y a Christine, a esa sí que se le pegan las sábanas.

—Tu hermana ha madrugado un montón, se los ha llevado Sophie, a ella y a tu primo a Eurodisney, iban con una amiga de tu tía y su hija a pasar el día allí.

Me caí de la silla, se me había olvidado el incidente, no podía creer la caradura de esta mujer. Pregunté a qué hora se habían ido, a qué hora volvían, si los niños iban contentos, estupideces que en mi sano juicio no hubiera preguntado.

—¿Pero qué te pasa? Haces preguntas absurdas, ¿estás bien?

Me fui corriendo a mi habitación, cogí el teléfono y llamé a mis tíos. Pregunté por Louis, a qué hora se los había llevado, cuándo iban a volver, para excusarme por el nerviosismo dije que quería llevarlos yo al cine y al Burger; nada, no saqué nada en claro. Estuve todo el día alterado y de un llorón que te cagas pensando que por mi culpa les habría pasado algo. Cuando volvió mi hermana, la sometí al tercer grado. Pobre, no sabía de qué iba, volví a llamar a mis tíos, todo estaba bien. Cuando me tranquilicé, me di cuenta de que había plantado a mis amigos, no me iban a volver a mirar a la cara. Cené muy poco, casi no había comido en el día, tenía el estómago revuelto. Cuando terminamos de cenar, estuve haciéndome el remolón un rato hasta que cada uno se dispersó hacia sus habitaciones. En mi casa no se hacían tertulias familiares, era un asco. Subí al piso de arriba y entré en su habitación sin llamar a la puerta, estaba mi hermano. ¡Era verdad! Salí sin decir ni mu. A lo mejor la bruja había cambiado de idea. Me encerré en mi habitación y cerré la puerta con llave.

Unos días después, me di de narices con mi hermano por el largo pasillo:

—¿Qué tal, hermanito, ya has estrenado tu pistolita?

—Eres idiota, ya veo que tú sí. No te da vergüenza, una mujer que puede ser tu madre.

—Pero no lo es.

—Es tu tía carnal. Pregúntale al padre confesor del colegio mañana, a ver qué te dice.

—Eso es una tontería, hay chicos que no se han estrenado todavía y su propio padre se los lleva una noche de juerga y la pasan con una prostituta y no pasa nada. Es algo que hay que pasar, que más da que sea mayor, mejor, más experiencia.

—Pero tú, ¿cuánto tiempo llevas con ella?

—Como tú, desde los quince. No siempre es así, a esta es que le gustan los niños jovencitos.

—¿Es una pederasta?

—No sé, con quince años, no tengo idea.

—Pierre, no fastidies, es un asco. Tú te imaginas a Louis en sus manos, manipulándole sus intimidades y que se eche a llorar. A ti no te da pena.

—No lo pienso mucho. Mira tú, según mis amigas, dicen que eres un bombón, quieren que te presente porque quieren enrollarse; pero no puedo, si eres virgen y te entrego tal cual, se van a reír de ti hasta el día del juicio. Hazme caso, empieza con una mayor conocida, te acostumbrarás y te lo pasarás bien. Yo me voy este verano a estudiar a Reino Unido, por lo menos dos o tres años y allí conoceré gente nueva y me olvidaré de todo esto.

Una semana después vi otra vez a la mujer esa. Metía a Louis en su habitación, entré rápidamente detrás.

—¿Qué quiere? —pregunté señalando a mi primo—. Si necesita algo, luego vengo yo.

Rojo como un tomate otra vez.

—Está bien. A las diez y media, ¿te parece?

—Está bien.

Fue el primer día de un secuencia de ellos que parecía no se iban acabar nunca. Fue desagradable, vomitivo, asqueroso, tanto como instructivo, se podía tirar horas masturbándome para que me corriera y resultaba imposible. Se me hinchaba todo y luego no podía andar, pero la tía no tenía compasión. Intenté dejarme llevar, hasta que un día lo conseguí, pero ¡me daba tanto asco! La mayoría de las veces era en su habitación, alguna en la mía, a ella le gustaba porque la guarra decía que olía más a chico joven, ya ves y a los

chicos como yo nos olía todo, cuando veníamos de hacer deporte y nos juntábamos en las duchas, siempre nos reíamos de eso.

Un día me pilló en la ducha de mi habitación y allí me echó un polvo o yo a ella, no sé cómo va eso.

Llegó la fecha de la marcha de mi hermano, se iban mi madre y mi padre a presentarle en la Universidad, mi hermana y yo nos quedábamos con el servicio y la hermana de mi madre, yo necesitaba una excusa para desaparecer de allí, si no esa tía me iba a machacar y les dije a mis padres que me apuntaran a un campamento de verano del colegio, así que les pareció una buena idea y nos apuntaron a los tres. Iba a tener quince días de respiro.

Entre unas cosas y otras acabó el verano, todos nos incorporábamos a nuestros trabajos. La zorra me sometió a un trabajo intensivo por escaquearme los días de campamento y cogí una infección. Estaba perdiendo peso, tenía fiebre y no podía salir de la cama, además de otros síntomas asquerosos. Ella se asustó. Un día vino con unos medicamentos, antibióticos para la fiebre y algo más, y me hizo tomarme todo el tratamiento. No me tocó hasta que no estuve bien del todo. ¡Bendita infección! Había pegado un estirón de narices.

La verdad es que mi vida y mi forma de ser había cambiado totalmente, me había vuelto más serio, más introvertido, me daba miedo que se me escapara algo y al mismo tiempo quería que alguien se enterara y le pusiera fin. François no hacía más que preguntarme qué me pasaba y para más inri se había echado una novia que me encantaba, era una morenita española, hija de un diplomático con la que me hubiera encantado probar en el campo del sexo. Nosotros en aquella época éramos un poco gilipollas y nos gustaba probar a la misma chica y jugar a ver quién era el más guaperas y se la quedaba. Era un juego que no siempre acababa bien, porque si la chica nos gustaba de verdad ya no era tan gracioso. La chica me gustaba tanto que no fui capaz de mezclarla con esta mujer. Carmen se llamaba la chavala, y se notaba que yo le gustaba, pero no quise hacerlo. De todas formas, ahora que yo he pasado por esta situación, tengo la sensación de que no se trata igual el tema del abuso en chicas que en chicos. Parece que el abuso de una chica lo tratan con más dureza, aunque tenga los quince años que tenía yo cuando empezó todo, que si es un chico: parece que un chico no sufre igual, no es una aberración igual, no se siente sucio igual, pero puedo asegurar que sí.

Empezó el curso e intenté concentrarme en los estudios, sacaba muy buenas notas y no quería perder el ritmo a pesar de todo, iba a cumplir los dieciséis y

tenía intención de hacer dos carreras. Cuando tenía exámenes me refugiaba en casa de los abuelos y como era época de colegio y entraba el invierno, Louis venía menos por casa. Era también un buen estudiante, la peor era mi hermana, así que desde mi «experiencia de mis ya dieciséis y con un curso adelantado» les sugerí a mis tíos que no le dejaran venir mucho por casa para que aprovechara el tiempo con los libros, que mi hermana le distraía mucho. Eso me dio un margen de descanso para que no coincidiera con la asaltacunas.

En Navidad vino mi hermano con un amigo y luego se iban los dos a Alaska a pasar el fin de año. Mi madre estuvo llorando todo el mes de diciembre y parte de enero.

—Princesa, ¿tienes frío?

De repente me había notado tiritar.

—Un poco —contesté.

—Espera.

Llamó al muchacho que cuidaba de aquellas camas y le pidió un manta suave, me encajó bien entre sus piernas y nos cubrió con la manta.

—¿Mejor? Si quieres continuamos a la vuelta, en París.

—No —dije con mucha rapidez—, prefiero que me lo cuentes todo seguido. Estoy bien, de verdad.

Antes de llegar al verano, y como yo interrumpía sus planes con los estudios y porque había empezado a ir a la oficina, ella estaba rabiosa porque no podíamos tener las sesiones que quería.

Mi cuerpo estaba cambiando físicamente y estaba claro que le gustaban los críos, pero también tener una buena verga en la mano o en los distintos sitios que se la ocurrían y le producían mayor placer, y eso y que se lo diera yo le gustaba mucho, así que como yo tenía menos tiempo provocó días de sexo en grupo.

Tenía una amiga de su edad con una hija de la mía y que utilizaban para sesiones con más personas, así que los fines de semana me llevaba al apartamento de la amiga y la amiga llevaba otro chavalín y nos hacían follar con ellas tres y no se cansaban. El otro chico estaba más acostumbrado que yo, lo notaba porque lo hacía más suelto y más contento. Alguna vez también llevé algún que otro tío mayor y eso era todavía más asqueroso, no podía soportarlo. No sé por qué tenía ese miedo a contarlo, si se lo dijera al abuelo..., me daba tanta vergüenza. A mí alguna vez me llegó a pegar con una especie de látigo de cuerdas para que fuera más efectivo o me corriera con

más facilidad, no adivinaba en aquel momento que me iba a gustar tanto el sexo y lo iba a practicar como mi deporte favorito; eso sí, con mujeres mayores y por supuesto no con hombres. Tenía cierta aprensión a hacerlo con mujeres muy jóvenes por si sacaba el vicio que tenía ella con chicos jovencitos, yo casi era mayor para ella. Yo creo que tenía por ahí algún crío más pequeño, yo le gustaba por unas cosas y los más pequeños por otras. Así empezó otra parte de mi aprendizaje.

Aquel verano no pudimos ver a mi hermano por cuestiones de trabajo de mi padre, pero fuimos un par de meses después. Nos llevamos a Christine, pero no a Louis por las clases, pero antes advertí a la zorra, y no bromeaba que si le tocaba un pelo era capaz de matarla. Ella sonrió y me dijo:

—¿De verdad no te gusta lo que te enseñó?

—Lo que me enseñas, lo hubiera aprendido antes o después, pero no a la fuerza por una sucia perra que lo hace con sus sobrinos, los hijos de su hermana.

Mi madre ya la había visto a ella salir de mi habitación y a mí de la suya. Me miraba con más odio que antes, odio y asco, así que si se creía que iba a dudar, estaba muy equivocada. La verdad es que en estos dos años había cambiado mucho, seguía siendo delgado pero más fuerte, había crecido bastante y me estaba convirtiendo en un chico con mucho tirón, o eso decían. Yo dejé de darle importancia porque te das cuenta de que ser más o menos guapo no te sirve para defenderte de esta gentuza. Esperaba cumplir los dieciocho porque ahora mismo mi cuerpo y boca, mis manos, todo yo, no me pertenecían, no podía estar con quien quisiera, no podía tocar ni besar ni hacer el amor con quien quisiera, era como darle un beso en el culo a cualquier tío feo que se le pusiera delante a una chavala y que no le apeteciera. Bueno, ya queda menos. Iba a cumplir diecisiete el año que viene. Como fuera quería salir de aquello. No sé cómo, según le hablaba, todavía quería seguir teniendo relaciones conmigo, me decía que seguiría teniéndolas aunque me hiciera mayor.

Nos fuimos a primeros de octubre, yo no empezaba las clases hasta finales y Christine a mediados de mes, así que no perdíamos clases.

Mi hermano también había cambiado mucho, se estaba convirtiendo en un hombre muy atractivo, aunque la verdad, ya era un chico guapo cuando se fue. No iba a ser tan alto como yo, también castaño rubio y de complexión fuerte, se veía que allí el francés tenía bastante éxito, pero yo me iba con una idea

maligna que era si tenía alguna novieta americana, levantársela como venganza por lo que me había hecho con el tema de la tía, la frialdad que había demostrado sobre todo con Louis.

Nos alojamos en un moderno hotel que nos había buscado Marthe, la secretaria de la oficina que se ocupa de estas cosas. Habíamos traído una doncella que se encargaría de la ropa, comimos en el hotel y después de que mi madre descansara nos daríamos una vuelta por la ciudad. Habían elegido Oxford por ser una universidad de mucho prestigio y encontrarse relativamente cerca de París y tener una cierta facilidad con el idioma. Era muy conveniente en todos los sentidos. Como todavía no tenían clase, disfrutaban de un horario muy cómodo, así que habían quedado para cenar. Vino solo.

A mi madre se le caía la baba mirando a su hijo, yo miraba a mi padre para ver si veía lo que yo, los mimos a su hijo, los abrazos, cogiéndole del brazo y sin soltarle. La verdad es que tenía envidia, lo reconozco, envidia de cómo le miraba, cómo le abrazaba, cómo le preguntaba por sus cosas, cuando a mí no me lo había hecho nunca. No sé qué especie de manía me tenía, porque lo de su hermana es algo que ha pasado ahora, pero el trato distante y antipático que me tiene viene de atrás y no sé por qué, me moriré con las ganas de que me explique el porqué.

Aquella primera semana mi hermano se comportó de lujo, estuvo amable hasta conmigo, jugó con Christine, habló de estudios y de la empresa con mi padre, alabó la belleza y la elegancia de mi madre. Estuvimos viendo monumentos, museos, sitios conocidos, fuimos a comer a restaurantes que había conocido él, nos llevó a su residencia para enseñarnos su habitación y todos los departamentos en los que se dividía todo aquello, que era enorme.

Sus compañeros se iban incorporando poco a poco y así no necesitaba presentárnoslos a todos, así no veíamos a quien no quisiera, había gente que me daba mal rollo.

Les dijo a mis padres que ese fin de semana, si no nos importaba no verle porque iban a dar una fiesta para celebrar la llegada del resto, así que mis padres decidieron hacer un viaje a Escocia, querían ver aquello para cuando me tocara irme a mí. No sabían que yo ya tenía decidido dónde quería ir. A mí me dijo que me quedara para la fiesta. Como habitación en el hotel ya tenía, todo solucionado.

Aquel sábado conocí a su chica, tenía su misma edad, rubia, con melena, siliconada y se llamaba Suzy. Su color preferido era el rosa, un poco cursi.

Parece que estaba muy flipado por la niña, que por cierto no era mi tipo, estaba destinado a tirarme mujeres que no eran mi tipo, en fin, desplegué todas mis dotes seductoras y dejé que la muñequita rubia que ya mostraba dotes de «soy la mejor y la más guapa» diera algunos pasitos hacia mí.

Mi hermano me dijo que era una familia muy conocida en el Reino Unido. Negocios de papel, tres hermanos, eran también dueños de una marca muy conocida de electrodomésticos, un poco caprichosa porque su posición desahogada le permitía gastos que no están al alcance de todos. Mi hermano ya había estado comiendo un día en su casa. Observé que no era la única chica con la que salía Pierre: rubio, francés y atractivo tenía muchas admiradoras y él jugaba con eso, tenía a Suzy más o menos fija y cuando aparecía alguna chica nueva jugaba a dos o tres bandas. Justo en esos días había aparecido una nueva que se incorporaba, era una italiana espectacular y mi hermano se había fijado en ella, todos nos habíamos fijado en ella, así que tenía un poco abandonada a la rubita, aunque no quería que nadie se le acercara, le ponía mil disculpas sobre la otra, pero estaba claro que su intención era tirársela en cuanto pudiera.

Nos mandaron a comprar a la ciudad, algunos de los chicos tenían coche y Suzy tenía, me dijo que fuera con ella y con Penny, una de las amigas de la rubia. Había que comprar muchas cosas para el fin de semana.

—¿Y tú? —pregunté, haciéndole un gesto sobre su chica. Sacudió negativamente la cabeza.

—Esta todo controlado. —Y levantó la voz—. Voy a enseñar a los nuevos todo esto y cuando vengáis ya lo preparamos todo.

—Ya estamos otra vez —dijo Penny.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tu hermanito, que en cuanto viene una nueva la deja de lado hasta que se la tira y ya vuelve con ella.

—Y por qué lo consiente. Es una chica guapa, tiene buena posición, se podría llevar a quien quisiera.

—Está colgadita. Mira cuando llegó tu hermano aquí, las chicas nos quedamos flipadas, todo su físico, es un bombón de niño: educado, con pasta, parece que no se le acaba el dinero, don de gentes y todas las chicas nos quedamos colgaditas. Ahora has llegado tú y seguro que antes de que te lleves a la italiana, se la va a llevar él. Está claro que sois los alfas más atractivos que hay por aquí.

—No sé, Penny, yo no estoy pensando continuamente en eso.

—Pero él sí, ¿o no es así en París?

—Sí, la verdad es que sí.

Se acercaba Suzy hacia nosotros, había ido a buscar las llaves del coche a su habitación y a decirle algo a su novio.

—Nos vamos —grité al grupo de chicos que había allí—. Lo mismo no venimos a comer, según se nos dé.

Así lo hicimos, nos pasamos la mañana de compras, se había unido a nosotros Alfredo, un español hijo de alguien de la embajada española que vivía allí y que parecía que bebía los vientos por Penny. Comimos en un sitio para jóvenes que me enseñaron, y por la tarde me llevaron a ver algunos de los monumentos históricos de la ciudad, casi los mismos que habíamos visto con Pierre.

Volvimos tarde. Suzy venía enfadada, no había hablado mucho en todo el día, seguro que pensando qué estaría haciendo mi hermano. Creo que se parecía él más al abuelo que yo, era un donjuán. Cuando llegamos mi hermano no estaba, nos dijeron que había ido a comprar «no sé qué», ya sabíamos lo que era eso. Colocamos la bebida y la comida en la sala de baile, se suponía que en las habitaciones no se podía estar, pero se estaba. Las chicas tenían que ir a arreglarse y yo tenía que ir al hotel a adecentarme un poco y a ponerme mi look parisino. Salí al exterior del edificio a ver si cogía a alguien que me llevara, apareció Suzy.

—¿Qué esperas?

—Pues me gustaría darme una ducha y cambiarme de ropa, llevamos todo el día cargando cajas y paquetes y mira cómo estoy. Entonces me miró como si no me hubiera visto antes.

—¿Sabes que eres guapísimo?

—Sí, ya. Eso me dice mi madre.

—No, de verdad, ese mechón de pelo, esa planta y esa manera de andar, de verdad, perdona que no he estado muy atenta en todo el día. Tu hermano es un gilipollas y siempre está igual con las chicas, hasta que me canse. Mira, si me esperas, me ducho, meto la ropa en una percha y me termino de arreglar en tu hotel. ¿Te parece?

—¿Que si me parece? Ya lo creo.

—Pero no te pases, eh.

Me parece que me iba a costar menos de lo que pensaba.

Olía bien, era una de las cosas que había aprendido con Sophie, a olerlas. Todas no huelen igual, por supuesto, y no huelen mejor porque gasten perfumes carísimos y se pongan cremas y potingues: es otra cosa, es su olor, su piel, las mujeres adultas con las que me había acostado, no me había gustado ninguno, demasiado intensos, olían bien, pero no era lo que me gustaba, me gustaba cuando olían a naturaleza, a perfume fresco, a suavidad, a sensualidad, a jabón, a ternura, era una mezcla en la que nadie olía igual, era su piel.

Salí de la ducha después de un buen rato procurando que la toalla no se me escurriera de donde la tenía. Ella se había puesto un vestido corto de fiesta fucsia y se estaba arreglando el pelo. Nos quedamos mirando, yo al escote y ella a la toalla. Estaba guapa, le sonó el teléfono; era Pierre, me hizo un gesto:

—En su hotel.

Tenía que venir a cambiarse y estaba solo.

—Y tú, ¿dónde coño estabas? ¿Con la nueva, no? Tú te crees que soy tonta, pues no lo soy. Bueno, me llamas ahora porque ya tienes a la otra a tiro, ahora te aguantas. ¡Vete a la mierda!

Y colgó. No dije nada, bueno, sí:

—Si esperas un poco a que se vaya el vaho, puedes entrar a maquillarte si quieres.

—Eso haré.

—¿Estás bien? —intenté ser tierno con ella, lo estaba pasando mal.

—Sí, gracias.

Me acerqué para quitarle una hipotética mancha de maquillaje que tenía en la nariz, le pasé el dedo suavemente, me fui acercando a ella y le di un beso suave en los labios.

—Perdona, te he visto tan triste.

—No te preocupes. ¿Nos vamos?

—Sí, ahora mismo.

¿Me había equivocado? Nos fuimos a la fiesta.

Le di la mano para bajar del coche, sus amigas vinieron a ver el modelito y a decirse unas a otras lo guapas que estaban. Apareció mi hermano con cara de pocos amigos, pero lo ignoré.

La fiesta iba a ser una de esas fiestas universitarias con mucha vigilancia y donde los alumnos hacen lo que quieren, como las de las películas, chicos y chicas besándose en las habitaciones, fumando porros, y algunas de las habitaciones que estaban con la puerta cerrada contenían parejitas follando.

Llevaba un par de horas en la fiesta y no me apetecía continuar. Al fondo del amplio salón de baile, vi a Pierre y a Suzy discutiendo, la debía tener hasta el gorro. Y un poco más a mi izquierda un grupo de chicos riéndose a lo bobo, rodeando a una chica, Lisa, parecía un poco bebida y si seguía así no iba a salir entera, algunos de los chicos insistían en que siguiera bebiendo aunque la chica se negaba. Me acerqué. No todos me conocían, debieron pensar que era uno nuevo o un familiar de la chica.

—Lisa, ¿nos vamos?

Me miró con cara de no te conozco, pero al final hizo un movimiento con la mano de «ya sé quién eres» y salimos de allí.

—¿Eres el hermano de ese guapo pesado que me persigue?

—Sí, te voy a acompañar a tu habitación, y cierra la puerta. Has bebido y fumado algo que no te ha sentado bien, mejor quédate allí y no salgas hasta mañana. Cuando llegamos allí era imposible, estaba llena de gente. Me llevó a la de una amiga, tampoco. La miré y le dije:

—¿Puedes salir de aquí?

—Creo que sí, todavía no tengo que estar en lista, esta fiesta la han hecho los alumnos, no la universidad.

—Yo tengo una habitación en un hotel a veinte minutos en taxi. Si quieres nos vamos, yo me iba ya y puedes pasar la noche allí.

Me miró con cara de desconfianza.

—Te puedo coger otra habitación.

—No, está bien así. Aquí no conozco a nadie, mejor contigo.

En la habitación la ayudé a cambiarse, se había manchado el vestido que además olía a porro. Le bajé los tirantes del vestido con delicadeza y antes de bajárselo del todo, le metí por la cabeza una camiseta mía de manga corta que le estaba grande, pero para dormir servía. Llamé para que se llevaran a limpiar el vestido, trajeran más toallas limpias y pedir algo de cena, y cuando cerré se había quedado dormida. Yo esperé que me subieran la cena, unos sándwiches y coca cola sin cafeína y me metí en la ducha, casi me quedo dormido de pie. Comí algo, me tumbé en el sofá y me quedé frito.

Me despertó el ruido de la ducha. Salió con el pelo mojado, una camiseta limpia y unos calzoncillos míos. Estaba muy graciosa y me levantó el «ánimo» verla así. Era realmente guapa. Le pregunté si tenía apetito, estaba muerta de hambre, dijo. Pedí el desayuno, mientras nos lo comíamos hablamos de lo que podíamos hacer, yo inexplicablemente me estaba calentando. Supongo que me

sentía a gusto y hubiera echado un polvo mejor que desayunar, pero preferí no estropear lo que había hecho tan bien por la noche, así que me mantuve quietecito. Ella no quería volver todavía y no le apetecía salir. Le propuse pasarnos el día jugando en la habitación, pedimos unos juegos de mesa que conocíamos los dos. Nos cubrimos con dos o tres pijamas cada uno y algunos calcetines de los que yo había llevado y el que perdiera la ropa antes tenía que dejarle al otro hacer lo que quisiera. Un juego de prendas, a ver cómo acababa.

Pasamos una mañana muy divertida, cuando no ganaba uno lo hacía el otro. Cuando no eran cosquillas, eran picos, fue una mañana muy agradable que terminó en el suelo del dormitorio y culminó en la ducha. Comprendí que se podía tener sexo de distintas maneras, no solo de la manera morbosa, desagradable y abusiva que ejercía Sophie; eso no significa que con ella no lo hubiera pasado bien alguna vez después de tanto tiempo, pero lo que había probado ahora con Lisa era distinto, era limpio, apropiado a dos chicos como nosotros, disfrutamos sin necesidad de artilugios ni aparatos para agrandar, estrechar ni ejercer sobre el otro sistemas que pudieran resultarle desagradables y agresivos únicamente por conseguir más placer. Me lo había pasado muy bien, sin promesas, sería un bonito recuerdo porque me acercó al sexo de una manera distinta.

Volvimos a la universidad por la tarde, Lisa tenía que terminar de colocar sus cosas, encontramos a Suzy y a Penny, su amiga, estaban intentando colocar unas estanterías para unos libros. Me ofrecí, les dejé instalados los ordenadores. La verdad, tampoco había tanto que hacer, en estos sitios los chicos lo teníamos todo hecho; más tarde se fueron a comprar unas cosas y nos quedamos en la habitación unos cuantos a tomar algo. De mi hermano ni rastro. No pregunté.

A la hora de irnos Suzy me preguntó si me llevaba.

—Me harías un favor.

—¿Has dormido mal?

Recordé a Lisa.

—La verdad es que he dormido bastante bien, pero luego no he parado en todo el día.

—¿Qué tal con Lisa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ha venido hablando maravillas del francés, todo un caballero,

dulce, simpático, para comérselo, etc. Y ese francés no es Pierre.

Me eché a reír.

—Creo que exagera, es una chica muy agradable, además de muy guapa.

—¿Y yo? ¿Cómo me ves a mí?

—La novia de mi hermano.

—Ya no soy la novia de tu hermano, te lo dije.

—No sé, él no me ha dicho nada. De todas formas las cosas no deben forzarse —habíamos parado a tomar un refresco antes de llegar a mi hotel—, eres muy guapa.

—¿Como Lisa?

—No hace falta ser ni más ni menos que otras chicas, tienes que ser valiosa para el chico que te merezca. Como ya lo ha contado ella, puedo contarlo yo. No fue nada preparado, simplemente sucedió, ni somos novios ni nada. Estábamos a gusto y sucedió, sin compromisos, no quieras buscar un novio para ser la más guapa del baile, porque eso pasa en las películas, pero la vida real es otra cosa. Me caes muy bien y seguramente si me quedara podíamos haber tenido algo, pero me voy y además tampoco sé si hubiéramos tenido algo serio, psicológicamente no estoy preparado para tener una relación seria con nadie —le volví a dar un beso en los labios. Y me despedí—. Nos veremos.

Había pasado una semana desde la vuelta de Oxford y llevaba a los perros de los abuelos a pasear, seguro que me habían echado de menos. Llegamos al terreno sin edificar que había al final de unas parcelas, allí podrían correr lo que quisieran. Llevaba un rato tirándoles piedras y pensando cuándo iba a tomar la decisión de decirle a «la zorra» que iba a terminar con aquello y cómo, entonces oí el motor de un coche subiendo la cuesta a toda velocidad. Me volví y vi corriendo hacia mí a mi hermano, se me tiró encima y empezó a pegarme puñetazos, cuando quise reaccionar ya estaba por el suelo. Había rodado por una pequeña pendiente y sangraba por la nariz.

—¿Qué te pasa gilipollas? ¿A qué viene esto?

Me quedé de pie restregándome la cara.

—¡Desgraciado, te dije que era mi novia y te la has follado!

Me acerqué a él dispuesto a aclararle que yo no me había acostado con Suzy, pero no me dio tiempo a decirle nada. Cogió una rama del suelo y se lio a pegarme con ella hasta que reaccioné y le crucé la cara con las correas de los perros, se cayó de espaldas, debí haberle hecho bastante daño, pero estaba

ciego. Los perros se asustaron y salieron a la carrera hacia la casa.

—Es mentira, ¿quién te ha dicho eso?

—Ella me lo ha dicho.

—Te ha mentado —dije, mientras nos enganchábamos otra vez y rodábamos otra vez más abajo.

Oí otro coche, era el del abuelo, miré hacia arriba. Raul y Jules, los hombres de su confianza, bajaban la pendiente a por nosotros. Consiguieron separarnos con facilidad, eran dos elementos de cuidado, nos subieron del cuello de la chaqueta a Pierre y de la camiseta a mí, parecíamos dos muñequitos colgando.

Entramos en la casa y nos dirigimos al despacho del abuelo.

—Está bien. ¿Qué ha pasado?

Empezamos a hablar a la vez.

—¡De uno en uno! —dijo levantando la voz.

—¿Qué pasa ahora, ninguno? A ver, tú, Pierre. Eres el mayor, qué pasa aquí.

Pierre empezó contando la historia de su novia a la que yo negaba continuamente con la cabeza.

—A ver, tú estás contando una historia de niños de diez años a lo que tu hermano dice que no, porque Marcel se haya acostado con una novia de la universidad, mientras tú te intentabas tirar a otra, no es motivo para lo que yo he visto. Cómo dos hermanos que siempre se han llevado bien, de repente se enzarzan en una violenta pelea con palos y las correas de los perros y de la que habéis salidos los dos marcados. Tengo ya muchos años y he vivido mucho para chuparme el dedo.

—Marcel, ¿lo cuentas tú? O voy a tener que buscar un detective privado para que investigue a mis dos nietos?

—Esto no es de ahora, esto viene de hace más de dos años, una noche que yo venía de una juerga con François un poco bebido.

—Tenía entendido que no bebes.

—Y no lo hago, pero era su cumpleaños y se nos había ido la mano, ya sabes.

—Ese «ya sabes» puede ser muy peligroso, continúa.

—Me duché y me metí en la cama. Unos minutos después noté que alguien se metía a mi lado, el color de mi cara se convirtió en el de aquella noche, creí que era Christine que volvía a tener una pesadilla, cuando me di cuenta de qué era, empecé a tartamudear.

—Vamos, quién era —dijo el abuelo—, no sería tan malo, ¿Leti?

—No, abuelo, por Dios. Leti es mi ángel de la guarda.

—Coño, Marcel, ¿quién era?

Después de un más que largo silencio, contesté con la voz muy baja:

—Sophie.

—Perdona, ¿has dicho Sophie?, ¿la hermana de tu madre? ¿Esa mujer que siempre va provocando?

—Sí, abuelo, esa.

—Me da miedo preguntar qué quería.

—Imagínatelo.

—¿Contigo?

—Joder, abuelo, claro.

—No digas palabrotas, un caballero no las dice. Y si las dice, en privado.

—Y me dio un cogotazo.

—Pero tú acabas de decir...

—Yo soy yo, tú te estás formando. Sigue...

—Me dijo que le gustaban jovencitos, que ella les enseñaba, que le gustaba cómo olíamos. Yo me lie a darle patadas, a echarla de la cama casi a gritos, de hecho Leti me oyó desde abajo y subió a regañarme, pero esa mujer me estaba amenazando.

Nadie sabe lo mal y la vergüenza que estaba pasando, el recuerdo de todo lo que me decía que me iba a hacer y cómo estaba volviendo a mi memoria como si estuviera pasando en ese momento. Le dije que se lo iba a decir a mi hermano, que él no iba a permitir que nadie nos hiciera daño. Era para mí como un caballero de la tabla redonda.

—¿Nos? ¿Con quién te amenazaba?

—Con Louis. Si yo no accedía a sus deseos, a todo lo que me pidiera, iría por mi primo —al ver la cara de asombro del abuelo, asentí con la cabeza, en aquel momento tenía once años—. «Será para él como un juego». A mí me horrorizó la idea de semejante cosa, la insulté, la empujé hasta que la eché de la habitación, no sin antes enterarme de que mi hermano no me iba a defender porque estaba con ella, él había sido el primero, pero había sido consentidor del hecho.

Cuando terminé, el abuelo se levantó del sillón de su mesa y fue a acercándose a mi hermano.

—¿Lo que está contando tu hermano es verdad?

—A ver, abuelo, Marcel tenía quince años. No tenía experiencia, quién

mejor que ella, al fin y al cabo era conocida. A muchos chicos los llevan con mujeres así para que se estrenen.

Inesperadamente el abuelo levantó la mano y le cruzó la cara.

—No sabías... No te imaginabas... Otros chicos... ¿Quién coño eres tú para decidir con quién se van a la cama tu hermano y tu primo? Tu primo también es mi nieto, qué te parece que esa mujer lo meta en su cama a hacerle porquerías que ni siquiera iba a entender. ¡Di, desgraciado, qué te parece! Y tu hermana, ¿y si se mete con ella? Qué te parece.

—No le gustan las niñas —contestó Pierre, tapándose la cara con las manos.

—¿Y habéis hablado de eso mientras follabais? Estás enfermo, hijo. Estás enfermo, más enfermo que ella, porque a ti como mínimo te tenía que haber chocado.

El abuelo se sentó, tenía los ojos brillantes y creo que si hubiera estado solo, se hubiera echado a llorar. No sé si le angustiaba la idea de que mi hermano se confundía, porque pensaba que por su edad ya tenía que tener experiencia o pudiera ser que al llevarlo en los genes tuviera tendencias de ese tipo. Creo que el abuelo estaba tomando conciencia de lo que podía representar una cosa como esa y yo, por las preguntas que le hizo, también.

Mandó a Jules a buscar ropa para nosotros, nos habíamos puestos hechos un asco y a mi hermano le mandó a una de las habitaciones que teníamos cuando veníamos aquí. Realmente cada uno tenía la suya, yo me quedé con él, quería hacerme unas preguntas.

—Y tú. Dime, ¿qué pensabas?

—Al principio no me hacía a la idea de que me estaba pasando a mí. Cuando me dijo lo de Louis yo le miraba, le veo tan inocentón que me volvía loco, un día se llevó a los niños a Eurodisney y cuando me enteré me puse como un toro hasta que volvieron, pero seguía dándole largas. Al final un día la vi metiendo a Louis en la habitación para enseñarle no sé qué y ya no pude más, entré en la habitación y le dije que si quería algo iría yo, y ahí empezó todo. Al principio, mucho asco, vomitaba, me daban muchas arcadas y ella se reía. Me decía: «Ya veras cuando le cojas gusto, no querrás parar». Me daba asco su cuerpo, sus tetas, su boca, llegué a pensar si sería marica, pero pasado un tiempo empecé yo a relacionarme con otras chicas y ya vi que no. Lo que pasa es que a mí no me gusta estar todo el tiempo dándole al tema, ni que me lo impongan, sé cómo me gustan, con curvas, pero que sean suaves y tiernas y me gusta ser yo el que seduzca a las chicas, no que me asfixien y me atosiguen,

aunque no sé si alguna vez me casaré ni tendré hijos, la idea de que pueda pasarles algo así con algún familiar, o que yo mismo pueda pasarles algo, me pone enfermo. Ah, el año pasado estuve enfermo, me pegó algo. Tuve mucha fiebre, se me hincharon mis partes y perdí bastante peso.

—¿No te llevaron al médico?

—Mis padres no se preocupan de nada. Ella misma como vio que estaba mal compró unos medicamentos y venía a mi habitación cada día para que me los tomara hasta que me puse bien. Tenía pinta de asustada. Pasé mucho miedo, lo pasé mal porque no tenía a quien contárselo y creí que me moría.

—¡Hija de puta mil veces! ¡Esa zorra no sabe que el que pone la mano encima de alguno de los míos lo paga y lo paga caro! Está bien, ahora cuando venga Jules con la ropa, te das una ducha y te vas a tu casa, yo pediré cita medica para que un amigo mío, especialista en enfermedades de ese tipo te vea y te haga un examen muy amplio, a ver si encontramos algo. Te voy a pedir un favor.

—Dime, abuelo.

—Sigue vigilando a tu primo y aguanta unos días más, entrarán en tu habitación a poner unos micros, en la de ella también, y dime las señas del piso donde te llevan. Cuando hables con ella, dile que estás hartito, que vas a dejar de ir, ya sabes, para que ella eche por su boca todo lo que pueda del tema, tenemos que tener alguna prueba.

—Para qué, abuelo.

—Para que yo haga lo que quiero hacer y tú puedas olvidar esta mierda para siempre, hijo. Has sido un valiente, no has sabido defenderte tú, pero sí lo has hecho con tu primo y seguro lo habrías hecho con tu hermano a pesar de ser mayor, estoy muy orgulloso.

Todo ocurrió como él predijo, menos una cosa.

A mí me hicieron una revisión de arriba abajo, de lo que podía haber cogido y cómo estaba en ese momento, si me habían quedado secuelas. Estaba limpio, y si me aconsejaron que cada cierto tiempo me hiciera una revisión para estar más seguro, que tuviera relaciones siempre con protección y poco más. Me dediqué a estudiar y empecé a ir con más asiduidad al trabajo.

Pusieron los micros y grabaron en nuestras habitaciones y en la casa de su amiga, yo no sé bien esta historia porque el abuelo me dijo que no preguntara, así que lo que sé es lo que vi una noche. El abuelo llamó a consenso a mis padres, lo sé porque estuve espiando, y les enseñó las cintas, mi madre no se

lo podía creer y se dedicó a insultarnos a todos, diciendo que mentíamos a pesar de que su querida hermana no supo defenderse. Sacaron todos sus enseres en unos baúles que ya se había encargado Leti de sacar de la casa, por lo cual mi madre la despidió y nunca tuvimos una persona trabajando para nosotros tan eficiente como ella. Vinieron dos coches negros con las ventanillas opacas y ella y las otras dos mujeres desaparecieron de nuestra vida para siempre. Yo nunca las he vuelto a ver.

Pero mi hermano se volvió a Oxford. Solo hablaba con mi madre, que le contó todo lo que había pasado a su manera. Por lo visto se hizo una revisión importante de la que no sabemos nada, le quedó una pequeña marca del latigazo con las correas de la que mi madre me culpaba a mí (cómo no). Un tiempo después pidió la parte de la herencia que le correspondía a través de un bufete de abogados, a mi padre le dio un amago de infarto. Buscaron por todas partes y por todos los medios.

Nunca he vuelto a saber nada.

Epílogo

Abrí los ojos despacio, no sabía dónde estaba. Me levanté al baño. Lo último que recordaba de Honolulu era su imagen en la playa con un color dorado precioso, su pelo más rubio y dando pataditas al agua de la orilla y a la arena. De vez en cuando levantaba la vista y miraba hacia nuestras ventanas a ver si me veía. Estaba enfurruñado, no sabía lo que pensaba de todo lo que me había contado. Luego ya la vorágine de la vuelta no estaba muy clara en mi pensamiento.

Me volví a meter en la cama con suavidad y apoyé mi cabeza en la mano derecha para mirarle. Estaba plácidamente dormido, me gustaba verle así relajado, pensando que yo era la causa de que estuviera en paz. Abrió los ojos y sonrió, yo empecé a darle suaves besos y humedecía sus labios con los míos, él se quedaba con la boca semiabierta como un pececillo fuera del agua, le dije:

—Soy muy feliz. ¡Estamos en casa!

—En nuestra casa, *chérie*.

—Duerme tranquilo, mi amor, olvida el pasado, ya nunca volverá y jamás volverás a sentirte solo, porque como me dijiste una vez, mientras yo te quiera, tú estarás a mi lado y mientras tú me quieras, yo estaré al tuyo.

—¿Siempre?

—Mientras me quieras...

—Siempre.

Me abrazó como todas las noches, me besó el pelo y volvimos a dormirnos.



ANNE ABAND

Una Boda por Contrato

Ganadora del concurso
Novela Romántica Juvenil
2018
BUBOK

bubok

Una boda por contrato

Aband, Anne

9788468523781

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Andy, un atleta australiano, está desesperado por participar en las olimpiadas. Jordi, entrenador de la selección española de atletismo, ha mostrado interés en su ficha. Andy haría cualquier cosa por formar parte del equipo... incluyendo pagar a una desconocida, casarse con ella y obtener así la nacionalidad. Laura está a punto de perder el piso en Barcelona que tanto le costó conseguir. Es muy testaruda y no quiere pedir dinero a nadie por lo que la inusual propuesta del australiano parece ser la solución que buscaba. Aunque el amor no estaba incluido en el contrato, Andy y Laura congenian mucho mejor de lo que esperaban. Sin embargo, el futuro, la familia y sus antiguas parejas no tardarán en poner trabas a esta relación de conveniencia, perfecta a primera vista. ¿Puede surgir el amor verdadero de un contrato? ¿Serán capaces Andy y Laura de seguir con sus vidas una vez que termine el pacto? ¿Aparecerá un amor verdadero que ponga en peligro su relación? "Una boda por contrato es una novela fresca, divertida y tierna que nos obliga a reflexionar sobre lo que estamos dispuestos a apostar para conseguir nuestros sueños". Portal literario "Los libros del querer"

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Bailando Sola



Inés Sabater Octavio



Bailando sola

Sabater Octavio, Inés

9788468516899

498 Páginas

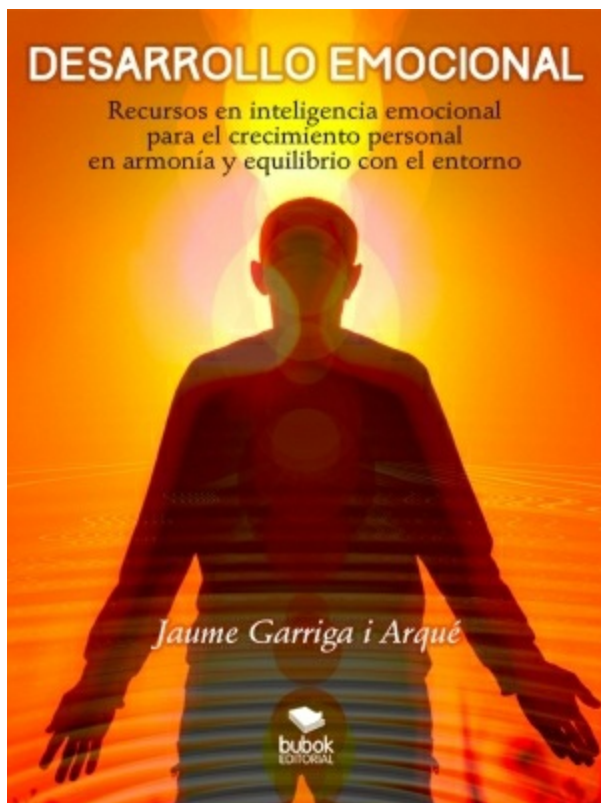
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta es la historia de Inés, una mujer fuerte y valiente decidida a compartir sus vivencias. Con el convencimiento de que pasamos la vida esperando a que suceda algo "y lo único que pasa es la vida", en estas páginas Inés lo saca todo fuera: recuerdos de infancia, amores, pérdidas, la crianza de los hijos, retos constantes, tristezas y alegrías. Estas vivencias tejen un relato auténtico, emocionante y tierno.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DESARROLLO EMOCIONAL

Recursos en inteligencia emocional
para el crecimiento personal
en armonía y equilibrio con el entorno



Jaume Garriga i Arqué

bubok
EDITORIAL

Desarrollo emocional

Garriga i Arqué, Jaume

9788468690278

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El libro es una guía para el crecimiento personal y el desarrollo de hábitos y habilidades comunicativas y en inteligencia emocional para vivir plenamente. Ello se complementa con las habilidades sociales, planificación de metas futuras, valores, actitudes y hábitos saludables a cultivar para ser una persona sana y feliz. El objetivo del libro es ayudar al lector a organizar su vida haciéndole reflexionar sobre los aspectos más importantes de la misma para que pueda tomar decisiones acertadas, ofreciéndole los recursos para llevarlo a la práctica. En el libro se desarrollan un total de 100 aspectos distintos, complementado cada uno de ellos con un apartado de citas para la reflexión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

GUADALQUIVIR



Carlos Florido Florido

Guadalquivir

Florido, Carlos

9788468646626

100 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El invierno había sido excepcionalmente lluvioso y el río Guadalquivir estaba desbordado sobre la marisma inundándola por completo y formando un inmenso lago en el que tan solo sobresalían algunas suaves alturas coronadas de maleza. Las primeras lluvias de primavera habían limpiado el cielo de nubes y el ambiente era extremadamente sereno. Amanecía en la marisma aquella mañana resplandeciente de abril cuando se oyeron dos disparos de escopeta procedentes de la casa situada sobre la loma y rodeada de pinos y abundante vegetación. A esa hora y en aquella zona no resultaba extraño el sonido de unos disparos, pues los cazadores furtivos utilizan el vedado para conseguir algunos ánsares sin llamar demasiado la atención de la Guardia Civil. Pero la desenfrenada carrera de aquel hombre hasta alcanzar el todo-terreno, que arrancó velozmente por el camino enfangado en dirección a la carretera comarcal, hubiera cambiado la opinión de cualquier observador sobre la finalidad de ambas detonaciones. El vehículo enfiló la desviación hacia Villamanrique, dejó a la izquierda Pilas, bordeó Aznalcázar y alcanzó la general Huelva-Sevilla a la altura de Benacazón. Hasta ese momento no se había cruzado con vehículo alguno y las pequeñas poblaciones aparecían desiertas, por lo que su ocupante confiaba que nadie se hubiese fijado en él. Respiró hondo y tomó la dirección a Sevilla.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

E

Ni todo tú ni todo hoy

Bea Sánchez



Ni todo tú ni todo hoy

Sánchez, Bea

9788468518732

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este no es un libro de gestión de tiempo al uso. ¿Y si te dijera que lo que hace implementar tu productividad no es el buen uso del tiempo sino de tu voluntad? Con este método de gestión, tres herramientas ordenarán tu vida bajo tres sencillas preguntas. Aprender a manejar el tiempo no es lo prioritario, sino dar voz a tu propósito vital. Bajo el enfoque del minimalismo, te propongo un plan de acción en tu vida que abarca desde minimizar tu armario, mejorar tu alimentación, simplificar tu hogar y establecer fuertes lazos con aquellos que de verdad importan en tu vida. La felicidad es una decisión y tú puedes tomarla con las herramientas que ya posees de serie.

[Cómpralo y empieza a leer](#)